

**F. OSSENDOWSKI**

**EL HOMBRE Y EL  
MISTERIO EN ASIA**

**Traducción del inglés  
de  
J. Dubón**

**M. Aguilar  
Editor  
Marqués de Urquijo, 39  
MADRID**

# INTRODUCCIÓN

El enorme éxito alcanzado en todo el mundo por la obra de Ossendowski, *Bestias, hombres y dioses*, ha despertado en los lectores el vivo deseo de conocer con algunos detalles cuanto se refiera al pasado y presente del célebre autor y explorador, cuyas aventuras narradas en dicho libro le presentan al público como un ser verdaderamente extraordinario en los tiempos actuales. Para satisfacer tan natural curiosidad y presentar la figura de Ossendowski con su verdadero relieve, he aquí un resumen de su biografía, en el que quedan suficientemente expresadas sus condiciones de hombre de acción y de sabio eminente, dotado de ánimo entero, vigor físico y agilidad intelectual.

Considerado, merecidamente, como una autoridad en el problema de las minas de carbón en las orillas del Pacífico, desde el Estrecho de Behring hasta Corea, descubrió también un gran número de minas de oro en Siberia. Perteneció al ejército ruso como Alto Comisario de Combustibles, a las órdenes del general Kuropatkin, durante la guerra ruso-japonesa. En el transcurso de la gran guerra fue enviado a Mongolia en misión especial de investigaciones, y entonces aprendió la lengua de este país. Fue algunos años consejero técnico del conde Witte, para los asuntos industriales, cuando este político formó parte del Consejo de Estado. Se ha distinguido por varios trabajos científicos, que le valieron ser nombrado profesor de Química industrial en el Instituto Politécnico de Petrogrado, donde también desempeñó al mismo tiempo la cátedra de Geografía económica. Su experiencia como ingeniero de Minas le llevó al Comité ruso de minas de oro y platino, y más tarde a la dirección de una revista de minería. Se ha dado a conocer, tanto en lengua polaca como en la rusa, como periodista y escritor, con quince volúmenes de interés general, sin contar numerosos estudios científicos. La declaración de guerra le halló agregado como miembro técnico en el Consejo Superior de Marina. Después de la revolución pasó a ser profesor en el Instituto Politécnico de Omsk, de donde Kolchak le sacó para darle un cargo en el Ministerio de Hacienda y Agricultura del Gobierno de Siberia. La caída del almirante Kolchak motivó su fuga a los bosques del Yenissei, y le proporcionó ocasión para escribir *Bestias, hombres, dioses*.

Un capítulo de su vida parece estar en contradicción con sus opiniones declaradas, cuando en realidad, sus actos estuvieron también entonces de acuerdo con sus principios. Hacia el fin de 1905 presidió el gobierno revolucionario del Extremo Oriente, cuya capital era Karbin. Compartiendo con infinidad de súbditos rusos el amargo desengaño causado por la actitud del zar, repudiando los términos de su manifiesto de 17 de octubre de 1905, Ossendowski consintió en ponerse al frente del movimiento separatista que debía segregar la Siberia Oriental del resto de Rusia. Durante dos meses dirigió los esfuerzos organizados para tal fin, creando subcomités en Vladivostock, Blagovestcheusk y Chita. Cuando la revolución de 1805 fracasó, arrastró en su caída a esta avanzada suya en el Extremo Oriente.

En la noche del 15 al 16 de enero de 1906, Ossendowski fue detenido al mismo tiempo que sus principales asociados, los ingenieros Novakowski, Lepeshinsky, Maximov, Wlasenko, Dreyer y el abogado Koslowsky. Avisado con anticipación, hubiese podido huir, pero prefirió compartir la suerte de sus camaradas, y, condenado a muerte, le fue conmutada la pena por la de dos años de prisión, debido a la intervención del conde Witte. Preso en distintas cárceles de Siberia, conoció a fondo la vida íntima de los prisioneros., y de ella trata con gran conocimiento de causa en este libro al ocuparse de la isla de Sajalín, siendo después trasladado a la fortaleza de Pedro y Pablo, en Petrogrado. Su estancia en las prisiones criminales de Siberia le valió un nuevo indulto, y recobró la libertad en 1907.

Cuando Ossendowski se reintegró a la civilización, después de su fuga a través de Mongolia, le nombraron agregado a la embajada de Polonia, asistiendo a la Conferencia de Washington como consejero técnico para los asuntos del Extremo Oriente. Hace poco, y con motivo de la Conferencia de Génova, publicó un notable

folleto sobre la política asiática de los Soviets. En la actualidad es profesor de la Escuela de Guerra de Varsovia, así como también en la de Estudios Comerciales Superiores de la misma capital. Hay una triste coincidencia íntimamente relacionada con la redacción de ésta obra, que no se puede pasar en silencio. Dos personas, una de las cuales figura con preferencia en la narración, mientras que a la otra se le debe la conservación del original en polaco de ella, han fallecido el 6 de mayo y el 11 de julio de 1923, respectivamente. Eran el profesor Zaleski y la madre del doctor Ossendowski. El primero acompañó a Ossendowski en dos de las expediciones descritas en el libro que encabezamos con estas notas, y la segunda, al escapar de la Rusia bolchevique en 1920, llevó consigo los apuntes de las expediciones científicas de su hijo y copias de cinco de sus trabajos en ruso, en los que narra algunos de los episodios insertos en el presente volumen. Existe otro incidente que asocia al profesor Zaleski y a la madre del doctor Ossendowski, que también merece ser referido, especialmente a los que han leído el palpitante relato de la huida de Ossendowski en *Bestias, hombres, dioses*. Sucedió, que en un bosque de las orillas del Yenissei, cercano a una ciudad, se encontró envuelto en unos harapos el mondadado esqueleto de un hombre que había sido devorado por los lobos. En un bolsillo de la chaqueta, que las fieras desgarraron pero no destruyeron, hallaron los partidarios de los bolcheviques el pasaporte del doctor Ossendowski. Como éste era muy conocido y odiado por los gobernantes rojos de la ciudad siberiana, el hallazgo llenó de regocijo a sus enemigos, y la noticia de la muerte del célebre adversario del bolchevismo se difundió por medio de todos los órganos rojos en Siberia y Rusia. El profesor Zaleski, cuando huyó, llevó la triste nueva a la madre de Ossendowski, y en junio de 1921 se celebró en Varsovia un funeral por el alma del viajero polaco. Hay que reconocer, sin embargo, que la madre de Ossendowski se negó siempre a admitir que su hijo hubiese muerto, y que a pesar de la ceremonia religiosa, a la que asistió devotamente, en el fondo de su corazón creía que éste vivía aún, y que en el momento menos pensado volvería a su lado. Sus presentimientos no la engañaron, y sólo falta explicar cómo se encontró el pasaporte en el bolsillo de la chaqueta destrozada. Luchando en la selva con una partida de bolcheviques, el doctor Ossendowski, en defensa propia, mató a uno de los comisarios que le perseguían, y necesitando poseer documentos más útiles y menos comprometedores que los extendidos a su nombre, cambió los suyos por los del muerto, originando esta estratagema de nuestro autor la confusión que acabamos de referir.

**Lewis Stanton Palen.**

## PREFACIO DEL AUTOR

Nosotros los polacos estamos históricamente unidos a Siberia y Asia. Ya en el remoto siglo XIII defendimos las fronteras de la civilización occidental de la asoladora Horda Amarilla capitaneada por Gengis Jan, y muchos de nuestros compatriotas, apresados en las batallas que con ella sostuvieron, fueron llevados a las playas del Pacífico y a las cumbres del Kuen-lun.

Más tarde, después del reparto de Polonia, los zares rusos desterraron a Siberia multitud de polacos, sentenciándolos al sufrimiento y a la muerte. Media Asia conoció a nuestros mártires, quienes, arrastrando sus cadenas, trabajaron a lo largo del interminable camino a Siberia, desde los Urales al río Lena, en busca de un fin tan fatal como inevitable, y todo porque, cual seres libres, no quisieron inclinarse ante el conquistador nórdico y pelearon por su patria con valor y fidelidad. Durante los últimos cincuenta años del régimen zarista, el gobierno ruso, en su deseo de tener a los súbditos polacos lo más lejos posible de su tierra, envió deliberadamente a Siberia a los funcionarios, doctores, estudiantes y militares naturales de Polonia.

En la inauguración del Casino Siberiano, de Petrogrado, recuerdo que uno de los invitados, un polaco, dijo con evidente acierto: «Los polacos tenemos dos patrias: una, Polonia; otra, Siberia». Mi propia vida ha estado íntimamente relacionada con Siberia. He vivido en este país muy cerca de diez años estudiando sus riquezas naturales, tales como carbón, sal, oro y petróleo, o haciendo expediciones científicas para descubrir yacimientos minerales o fuentes termales, algunas de ellas positivamente salutíferas y eficaces.

Es significativo y característico que, recorriendo toda Siberia, de los Urales al Pacífico y de la frontera Índica a las regiones Árticas, haya encontrado con frecuencia a otros exploradores polacos como los profesores Estanislao Zadeski, Leonardo Jaczewski, Carlos Bohdanowicz, J. Raczowski, los ingenieros Batzevitch, Rozycki y otros. Estos inesperados encuentros, a veces en las desiertas orillas del lago Kolundo, en las praderas del Altai o en las costas rocosas del mar de Ojotsk, parecen extraños, pero la suerte ha dispuesto que los rastros de los polacos se crucen en todos los parajes del globo.

Hace muy poco que poseemos de nuevo nuestra amada patria, a la que todos tendemos para aportarla las riquezas materiales y espirituales que hemos ganado.

De mis variadísimas aventuras y arriesgadas andanzas, que abarcan un período de muchos años, he escogido un número considerable de impresiones y recuerdos, a mi juicio curiosos e interesantes, para formar esta narración. Las descripciones puramente científicas de mis viajes han aparecido en distintas ocasiones en revistas científicas y en libros separados, pero todas se han publicado en ruso, puesto que realicé mis expediciones por órdenes del gobierno de esta nación o patrocinado por instituciones rusas técnicas e industriales.

**F. Ossendowski**

# **PRIMERA PARTE**

**La tierra de los fugaces nómadas**

# CAPÍTULO PRIMERO

## El lago amargo

EL caudaloso Yenissei ha ejercido siempre una influencia dominadora e irresistible en el reino de mi imaginación. En otra obra ya he relatado cómo vi la inmensa corriente de puras aguas frías, verdosas y azul oscuras, descender del nevado manto que cubre las cimas de los Sayans, Áradan, Ulan Taiga y Taunu Olo, y cómo llegando al máximo de su desmedido poder rompió los pesados grilletes de hielo con que el invierno pretendía sujetarla, haciéndome admirar la terrible belleza del espectáculo, y por fin cómo me conturbó y obligó a desviar la vista del río la increíble masa de sufrimientos y tristezas humanas que transportaba hacia el Norte, para ofrendarlas a su amo el Mar, al unirse a él con el entusiasmo propio de su libertad primaveral.

Cuando contemplé todo esto en el comienzo de mi huida de los soviets de Siberia a través del Urianhai, Mongolia, parte del Tibet y de China hasta Pekín, en mi pecho brotó la llama del odio y de mis labios salieron constantemente palabras de maldición. ¡Cultura, civilización, cristianismo, progreso, siglo XX; qué horriblemente anacrónico me parecía entonces todo esto a orillas del Yenissei, como si sus aguas fuesen las del salvaje Amazonas!

Pero mi primer encuentro con el Yenissei, el cual tuvo lugar hace bastantes años, fue completamente distinto. En aquel tiempo la agitada vida a la que conducen las pasiones políticas no había blanqueado mis cabellos; yo era joven y tenía una fe inquebrantable, no sólo en el progreso de la Humanidad y en el poder de la ciencia técnica, sino en la moralidad de las personas y en el dominio del espíritu sobre la materia.

Esto ocurrió en 1899, el año en que iba a doctorarme en la Universidad de Petrogrado; pero en el mes de febrero del mismo los estudiantes hicieron una demostración contra las medidas adoptadas por el gobierno ruso, y como protesta de los medios de represión usados por la policía, renunciaron a presentarse a exámenes, no apareciendo nadie por la Universidad. Entonces, precisamente un eminente hombre de ciencia, químico y geólogo, el profesor Estanislao Zaleski, fue enviado por el gobierno a estudiar la sal y los lagos minerales de las praderas del Chulyma-Minusinsk. Me ofreció el puesto de ayudante, que acepté gustoso, y salí de Petrogrado para emprender mi primer viaje a Siberia.

Llegamos por ferrocarril a Krasnoyarsk, y desde allí viajamos hacia el Sur, Yenissei abajo, en un vaporcito hasta el cabo Bateni, donde desembarcamos para continuar nuestra excursión en unos carricoches llamados *piestierki*, tirados por tres vigorosos caballos de las praderas. Cerca de ese promontorio, las orillas del Yenissei son unas praderas bajas, que se elevan gradualmente en dirección Oeste, para convertirse por último en los cerros y acantilados de Kizill-Kaya, formados por capas de piedras areniscas, rojas y de arcilla esquistosa.

La enorme roca Bateni surge abruptamente de la margen del Yenissei, el cual corre a su pie, siendo en aquel sitio un profundo abismo. El peñasco, de unos veinte metros de altura, se compone de esquistos oscuros ocultos por abedules y matorrales espesos. Una estrecha senda conduce de la base a lo alto de la roca y desde este punto se disfruta de una vista maravillosa. Las praderas cubiertas de crecida y nutritiva hierba, se extienden hacia el Oeste y ofrecen vastos pastizales a los rebaños de caballos tártaros y de ganado lanar. Más lejos las recortadas siluetas de las crestas medianamente elevadas de los Kizill-Kaya, se distinguen en el horizonte. Las pardas yurtas de los campamentos nómadas de los tártaros negros o del Abakan, y las hogueras de los pastores se vislumbran allí y acullá en las praderas. La ancha cinta del Yenissei salpicada de islas, se desenvuelve hacia el Este, mientras que allende el río se divisa la orilla derecha con sus campiñas cultivadas y las aldeas de los colonos rusos, que bajo la égida y con la protección del gobierno, quitaron esos amplios y fértiles terrenos a sus primitivos dueños, los tártaros, a quienes empujaron

a la orilla izquierda, donde continúan hasta hoy su nómada existencia. En la cima de la roca Bateni, que se alza sobre el río como una enorme columna, se encuentran siempre peregrinos tártaros que acuden allí de muy lejos. Vense en ella incluso mongoles del Altai y de la región de los Siete Ríos, al Norte del Turkeistán, y aun naturales del Pamir.

Esta solitaria roca tiene su historia. Cuando Batyi Jan con sus hordas atravesó las praderas del Chulyma, apresó a sus pobladores para hacerlos soldados y les arrebató sus rebaños y caballos. Uno de los príncipes tártaros, Aziuk, intentando cortar estas depredaciones, formó un gran destacamento de tártaros de las distintas tribus, atacó la retaguardia de Batyi Jan y recuperó los ganados que les pertenecían. El ensalzado Jan envió contra el rebelde a su paladín Hubilai, quien dispersó la partida de Aziuk, y después de alguna lucha, persiguió al jefe de ésta y a un escaso grupo de sus secuaces hasta la misma peña Bateni. Allí resistieron largo tiempo; pero por último, vencidos por el hambre, se arrojaron al Yenissei antes que rendirse, y perecieron en la rápida corriente del implacable río. Después de la muerte de Aziuk nadie se atrevió a oponer resistencia a los atropellos de los triunfantes mongoles. Los tártaros recuerdan con gratitud el nombre de Aziuk, a quien creen envuelto en la luz de un *muelín* o santo. Los peregrinos suelen acudir a Bateni en el mes de julio y desde lo alto del peñasco echan al río comida, cuchillos y hasta carabinas, como presentes al heroico, aunque infortunado príncipe.

La pradera próxima a Bateni está totalmente desierta, porque los tártaros evitan esta comarca, temiendo al contacto de los oficiales rusos, que acostumbran a imponerles fuertes tributos, y también por miedo a encontrarse con los colonos de la ribera opuesta, a los que naturalmente odian, por usurpadores de sus tierras. Un espacioso y bien atendido camino conduce a través de esta parte de las praderas del Chulyma, de la estación ferroviaria de Atchinsk a la ciudad de Minusinsk, a 420 millas de ella, situada cerca del punto donde el río Abakán desagua en el Yenissei.

Las praderas están cubiertas de alta y fuerte hierba, excelente para el ganado. A trechos, relucen al sol, como enormes hojas, parecidas a espejos, lagos de sal y de agua fresca. Los de sal se hallan bordeados por una ancha franja de fango negro o por marjales, y despiden los desagradables olores del hidrógeno sulfuroso, de las hierbas podridas, bacilos y otras clases más grandes de seres vivos. A los lagos de agua fresca les rodean juncos y cañas. Siempre que tuvimos la suerte de acercarnos a uno de estos lagos, quedamos sorprendidos por la cantidad de aves acuáticas que en ellos viven. Numerosas variedades de gansos salvajes y patos, de gaviotas, garzas, y aun de cisnes, flamencos y pelícanos, volaban en grandes bandos y permanecían largo rato en el aire lanzando agudos graznidos, hasta que se posaban de nuevo en la superficie del lago o desaparecían entre los tupidos cañaverales. Yo llevaba conmigo, por entonces, una escopeta Lepage de calibre 16, que aunque vieja y de poco alcance, me sirvió para hacer estragos en aquella volatería y enriquecer mi colección con ejemplares de garzas chinas y de flamencos indios.

Encontramos mucha caza de pluma, no sólo en los lagos, sino en el espeso herbaje de las praderas, donde anida el gallo silvestre. (*Tetrao-gallus campestris Ammam*) llamado en tártaro «Strepat», nombre que ha pasado también al idioma ruso. Recorriendo a caballo las praderas he visto a menudo grandes aves grises salir de sus escondrijos, las cuales, después de un corto vuelo, desaparecían otra vez entre la hierba o bajo los diseminados arbustos de rododendros alpinos (*Rhododendron flavus*), comunes allí. No era difícil matar esas aves, porque dejaban que nos acercásemos a ellas y su vuelo era lento y en línea recta por lo general, presentando, por tanto, un blanco fácil.

El gran lago Szira-Kul, que significa «lago amargo», está situado entre Bateni y la cadena montañosa de Kizill-Kaya, muy próximo a las laderas de ésta. El lago es un óvalo de siete millas de largo por tres de ancho, que se extiende en un valle sin árboles. En su extremo Norte hay un cañizal, junto a la boca de un riachuelo de agua fresca, que desagua en él en ese punto. El Szira-Kul es un depósito de agua mineral, amarga y salina, buena para baños calientes y eficaz en las enfermedades del estómago; en su orilla Oriental han levantado un balneario que tiene fama en la región.

Al día siguiente de nuestra llegada nos pusimos en seguida a trabajar. Nos proporcionamos un pequeño y ligero bote, que cargamos con nuestros distintos instrumentos: un aparato para medir la profundidad y sacar muestras del fondo; otro



para conocer la temperatura en diferentes profundidades y un tercero para ciertos estudios químicos.

Cuando íbamos a empezar nuestras tareas, nos rodearon multitud de tártaros, que vivían en el pueblo o acampaban cerca del lago, quienes vigilándonos atentamente y moviendo la cabeza con ademán de duda, murmuraban con voces atemorizadas los más y con entonación profética los ancianos:

—Esto no traerá nada bueno. El lago es sagrado y se vengará terriblemente de los extranjeros que lo profanan.

Nos sorprendió oírles llamar sagrado al lago, porque los tártaros son musulmanes y los adeptos del Islam no suelen tener tales tradiciones. Nos contaron que durante siglos el Szira-Kul había sido considerado como un lago sagrado y que conservan esta creencia a modo de legado de las tribus que anteriormente acamparon allí y que han desaparecido sin dejar rastro de ellas.

A pesar de todo, no parecía que el sañudo augurio referente a la venganza del lago fuese a cumplirse, porque el Szira nos permitió trabajar tranquilamente. Hicimos una labor interesante. Nuestras medidas de las profundidades demostraron que el lago tiene forma de embudo, con su parte más honda cerca de la costa Sur, que es muy escarpada. A poca distancia de ella hallamos una hondonada de 976 metros; pero esta depresión no pasa de tener 15 metros de diámetro, y junto a ella el fondo se encuentra a unos 30 o 36 metros de la superficie. Imagínese nuestra sorpresa cuando algunas semanas después, tomando nuevas medidas, no dimos con el sitio que tan cuidadosamente habíamos determinado. Sin embargo, a cosa de unos 1.000 metros más al Norte, descubrimos un abismo de 963 metros. Dedujimos de esto que el fondo del Szira es movedizo y se halla sujeto a errantes y poderosos cambios, producidos probablemente por intensas fuerzas tectónicas.

Sacamos del fondo del lago muestras de limo, negro y frío, cuya temperatura no excede nunca de 34,6° y que siempre huele a hidrógeno sulfuroso, y observamos en ellas un extraño fenómeno. Después de exponerlas algún tiempo al aire libre, les salió en la superficie un musgo bastante consistente, de color amarillo pálido, que desapareció pronto y completamente. Diríase que algunos seres que viviesen en el limo tendían sus antenas y luego las recogían. En realidad esto era lo que ocurría: se trataba de colonias del bacilo *Beggiatæ*, esos precursores de la muerte de los mares y los lagos, que aparecen cuando algunas de las sales se descomponen y forman el hidrógeno sulfuroso, que agota toda la vida en esos depósitos.

Continuando nuestros estudios, hallamos a cierta distancia, debajo de la superficie, una inmensa red formada por un gran número de estas colonias, entretejidas, que subían del fondo cada vez más, destruyendo todos los síntomas de la vida. El lago estaba, por tanto, totalmente muerto, excepto la parte de encima de la red, donde todavía vivían algunos diminutos cangrejos llamados *hammarus*, similares a los camarones corrientes, pero muy pequeños, pues sólo tienen un centímetro de largo, si bien son tan rápidos e intrépidos como sus congéneres del mar. No obstante, llegará un día en que la cantidad de hidrógeno sulfuroso creado por los *Beggiatæ*, también matará a estos últimos representantes de la fauna anterior del lago, y el proceso de putrefacción de éste habrá terminado, porque los mismos bacilos a su vez serán envenenados por su pernicioso gas.

Más tarde he estudiado, con el profesor Werigo, las caleras cercanas a Odessa y las de algunas regiones del Mar Negro. En ellas se realiza un proceso idéntico de descomposición, y después de un período más o menos breve, también quedará completamente destruida la vida del Mar Negro. Los peces, presintiendo este proceso, están poco a poco abandonando este mar, debido a que encuentran en sus hoyas esas envenenadas capas de agua que gradualmente suben a la superficie.

Esta es la triste y repugnante suerte reservada a los grandes estanques de agua, que se convierten en muertos depósitos de agua salina, despidiendo hidrógeno sulfuroso. El Mar Muerto, en Palestina, ha sido hace tiempo un lago así, y gran número de otros semejantes a él están esparcidos en las inmensas llanuras de Asia.

El *hammarus* es un animal muy curioso. Miles de estos cangrejos nadan cerca de la superficie del lago de Szira y traidoramente atacan a los bañistas, acometiéndoles con el duro caparazón de sus cabezas y desapareciendo inmediatamente. Cuando echamos al agua pedazos de pan o trozos de corcho, vemos enjambres de esos insignificantes crustáceos rodearlos, girar en torno de ellos en todas direcciones y devorarlos con rapidez.



Durante nuestras excursiones por el lago, desembarcamos con frecuencia en la orilla septentrional, donde desembocaba el riachuelo de agua fresca entre cañaverales y junqueras. Nos sentíamos atraídos a aquel paraje por los grandes y negros patos, denominados *turpanes* o cuervos del mar. Claro que vivían en otro lago, pero sin duda tenían alguna razón para ir al Szira, quizás porque las aguas salinas de éste, excelentes para las enfermedades del estómago, gozasen de fama entre esas vistosas aves. Matamos algunas y lo sentimos, pues su carne es dura y sosa.

Una vez, estando sentados a la orilla del arroyo, tomando té, oímos un ligero ruido, y, mirando alrededor nuestro, divisamos entre la hierba una cabeza, que se ocultó sin perder tiempo. Nos dirigimos al sitio donde la hablamos visto, y encontramos escondida allí a una linda muchacha tártara que, cuando nos acercamos a ella, se echó a llorar. Nos costó mucho tranquilizarla. Por último, se sosegó y fue con nosotros junto a la hoguera. Allí, bebiendo té y chupando un terrón de azúcar, nos contó su triste historia, típica ¡ay! de toda Asia, excepto de Mongolia. Aunque sólo tenía catorce años, sus padres la habían ya entregado en matrimonio a un rico y viejo tártaro, que poseía seis mujeres además de ella. Como su familia era pobre y carecía de influencia, las otras mujeres la trataban con desdén y crueldad, y a menudo la pegaban, la tiraban de los pelos y arañaban o pellizcaban su agraciado rostro. La muchacha sollozaba desgarradoramente al referirnos su lamentable situación.

—¿Por qué ha venido usted aquí? —la preguntamos.

—He abandonado el campamento de mi marido, para no volver jamás a él —contestó.

—¿Y qué va usted a hacer ahora?

—¡Voy a ahogarme en el Szira! —exclamó con apasionada desesperación—. A una mujer maltratada Alá la perdona y favorece cuando se mata en este lago. En sus honduras abundan los montones de huesos de mártires como yo.

Nosotros éramos entonces jóvenes e impresionables, y lanzamos una mirada de sincera pesadumbre a las perezosas y saladas olas del Szira, que, bajo sus extrañas curvas, ocultaba los huesos de las infelices y sacrificadas mujeres que habían buscado en su calma el olvido y la paz eterna. No tuvimos, sin embargo, tiempo de sobra para reflexionar, porque algunos jinetes llegaron de repente, demostrando sumo recelo, y ordenaron a la muchacha que montase en un caballo que traían y volviese al rancho de su marido. Con las lágrimas en los ojos la tártara cumplió el mandato de su amo y montó a caballo. Uno de los jinetes dio un latigazo al animal con tal fuerza, que le hizo encabritarse, y todo el grupo arrancó a galope, desapareciendo pronto de nuestra vista en la lejanía de la pradera.

Durante muchos días no pudimos borrar de nuestra imaginación el recuerdo de la escena, y semanas después, cuando nadábamos en el lago, involuntariamente lo mirábamos, temiendo tropezar con el cuerpo de la desventurada y hermosa joven. No volvimos a verla nunca, y sigo ignorando si mejoró su suerte o si continuará padeciendo las afrentas, insultos y torturas que la impulsaron a pensar en suicidarse.

Mientras, el lago nos preparaba su venganza. Un día, a la sazón que trabajábamos en nuestro bote, a unos veinte metros del borde Sur, sentimos de repente que la embarcación se mecía con violencia. Miramos en torno nuestro. Grandes e impetuosas olas, que salían de las rocas a lo largo de la orilla, corrían hacia el Noroeste. Era un fenómeno sorprendente, porque en el cielo no había una nube y apenas soplaba el viento. No obstante, el lago estaba agitado y las olas iban y venían de costa a costa cada vez más altas, sacudiendo nuestra frágil barquilla y cubriéndola con una densa espuma, que casi la llenaba. Nuestro bote se inclinó varias veces tanto, que el agua empezó a entrar en él.

—¡Malo, malo! —dijo un compañero—. Imposible trabajar así. Más vale que vayamos a tierra.

Asentí a la idea; pero el Szira pensó de otra manera. A pesar de que los dos éramos fuertes y diestros remeros, y de los esfuerzos que hicimos, no conseguimos llegar a la orilla. Las pesadas olas de densa agua salada nos empujaban cada vez más lejos hacia el centro del lago, embate va y embate viene, medio sumergiendo nuestro bote. El agua nos llegaba ya a las rodillas, nuestros brazos se cansaban de bogar inútilmente, y, aunque luchamos lo indecible, comprendimos que nos afanábamos en balde, porque el Szira había decidido jugarnos una mala pasada. Resolvimos entregarnos a su merced, suponiendo que las olas nos llevarían a la costa Sur, y dedicamos toda nuestra atención a la empresa de achicar el agua del bote y de

mantenernos a flote. Para estar dispuestos a cualquier contingencia, nos pusimos los cinturones salvavidas y emprendimos la tarea de achicar el agua con la única lata que teníamos. En varias ocasiones una enorme ola sacudió la embarcación, y estuvo a punto de arrebatarnos de ella.

Nuestro trance atrajo la atención de los ribereños. Algunos hombres se embarcaron sin vacilar en una lancha, tumbada perezosamente en la playa para solaz de los bañistas; pero como sólo tenían un par de remos, se aproximaban a nosotros con desesperante lentitud, y pronto la rotura de un remo les obligó a regresar al pueblo, a costa de grandes dificultades.

Entretanto las olas nos empujaban a la margen opuesta. Los acantilados rojizos de Kizill-Kaya se veían con mayor claridad a cada momento, y no tardamos en distinguir la orilla baja del lago cubierta de rododendros, mimbreras y de las altas y puntiagudas hojas de los gradiolos. Por fortuna, la tormenta empezó a apaciguarse. Empuñamos de nuevo los remos y nos dirigimos a la orilla con rapidez.

Hasta entonces no habíamos estado nunca debajo del Kizill-Kaya. Esas montañas nos atraían vivamente por su brillante color rojo y su aspecto matoso, que tapa los pedriscales y los hondos barrancos. Esperábamos encontrar allí más caza que en las interminables y monótonas praderas del otro lado del Szira. No nos equivocamos, pues hallamos en aquel país, como veremos más adelante, una clase de caza por completo desconocida para nosotros.

## **CAPITULO II**

### **La huida de las aves cautivas**

Sacamos el bote a la orilla, y tras descansar un rato, después de nuestra fatigosa lucha con las olas del vengativo Szira, partimos en dirección de los Kizill-Kaya, que empezaban a elevarse desde el mismo borde del lago, aumentando en altura constantemente hasta formar a lo lejos una escarpada muralla roja. Tuvimos que abrirnos paso a través de los bajos pero muy espesos cañaverales y matorrales de la ribera y de las laderas. Cuando penetramos en el monte volaron las perdices de todas partes con el ruidoso batir de sus alas, lanzando agudos chillidos. Como no teníamos escopetas los pájaros escaparon con felicidad, no sin dejar víctimas en nuestras manos.

Una de las perdices salió casi de mis pies y se ocultó bajo una mata próxima, chirriando furiosamente. Comprendiendo que el nido no debía estar lejos, comenzamos a buscarlo junto a nosotros, y pronto lo encontramos a algunos pasos de donde nos hallábamos, oculto en la maleza. Doce pardos perdigones con manchas rojas en los lomos y cuellos piaban en él, formando una piña, y seguían atentamente todos nuestros movimientos con sus brillantes y negros ojos. Eran una pollada de perdices rojas o de roca, que suelen habitar en las regiones elevadas y secas.

En cuanto nos acercamos al nido se dispersaron en todas direcciones como hojas caídas empujadas por el viento. Sin embargo, notamos que al llegar a la hierba intentaban ocultarse pegándose materialmente al terreno. Empezamos a darlas caza, y pronto cogimos toda la pollada, llevándonosla al bote y poniéndola sobre una capa de hierba seca, a modo de nido, en una lata vacía de petróleo. Deseábamos soltarla luego con los pollos en nuestro corral, para ver si se acostumbraba a las condiciones de las aves domésticas, junto con las gallinas que en él teníamos.

El resultado de nuestro experimento fue instructivo, si no provechoso. Los perdigones siguieron con presteza a la gallina, metiéndose obedientemente con los pollos debajo de sus alas, y con mucha energía y éxito lucharon por el alimento con los pollos más grandes que ellos. Eran más fuertes, ágiles y valientes que sus primos domésticos, y lo que nos sorprendió en primer término fue el hecho de que cuando un perdigón se ponía a reñir, los demás acudían, sin perder tiempo, en auxilio suyo. Pasaron algunos días, durante los cuales vimos a las gallinas y perdices vivir pacíficamente en el corral, que estaba cercado por una alta valla, jugando, escarbando y buscándose la comida, así como haciendo todo el ruido que podían.

De improviso, al cabo de dos semanas, desaparecieron dos perdices sin dejar rastro. Al día siguiente se perdieron tres más. Hicimos cuidadosas pesquisas para encontrar las aves desaparecidas, que no dieron el menor resultado. Como no faltaba ninguno de los pollos, no podíamos deducir que los perdigones hubiesen caído en poder de un merodeador de cuatro patas o de pico corvo. Luego desaparecieron otros dos. Como era domingo y teníamos tiempo para dedicarnos a esas menudencias, nos pusimos en acecho. Pronto observamos que dos de las perdices andaban junto a la valla, y que empezaron con gran energía a escarbar un agujero en la arena, entre dos tablas de la cerca, por el cual se escurrieron, ansiosas de libertad. Durante el día siguiente, el resto de ellas abandonó a su madre adoptiva y el hospitalario corral de la misma manera, dejando a la gallina sola con sus polluelos.

Uno de los viejos cazadores siberianos a quien relaté este sucedido, me dijo:

—Es imposible domesticar las perdices y los gallos salvajes. Estos bichos viven en cautiverio pensando siempre en la libertad. Una ráfaga de viento que venga del bosque o la pradera, un grito de los pájaros libres, e inmediatamente buscan el modo de escaparse, aunque les vaya en ello la vida. La libertad, señor, es una gran cosa; sólo los hombres no lo entienden así.

Mientras tanto, después de asegurar a nuestros pequeños prisioneros en el bote, empezamos a subir las laderas del Kizill-Kaya. El núcleo de esta montaña está formado por piedra arenisca de Devon, dura y roja, cortada en algunos sitios por

vetas de arcilla endurecida. En medio de la cadena llegamos a anchas terrazas con señales claras de olas en la superficie de las vetas, mientras que los profundos hoyos y grietas en las caras de las terrazas denotaban con evidencia el hecho de que las aguas de algún gran lago habían golpeado antiguamente sus muros. Como las praderas del Chulyma-Minusinsk constituyeron durante una anterior época geológica el fondo del mar Centro-asiático, que ha dejado de su existencia numerosos lagos minerales y salados, desde los Urales a los grandes Khingan y Kuan-lun, es del todo admisible que hace siglos el extinguido mar tuvo en los Kizill-Kaya su costa occidental. Esto se desprende también de la presencia de gran cantidad de conchas fósiles, especialmente belemnitas, desparramadas profusamente. En una palabra, del moribundo Szira a Kizill-Kaya, vimos la vasta tumba en la que la naturaleza ha enterrado un inmenso mar.

Los puntos culminantes de la cordillera han sido modificados por el viento, la lluvia y las heladas, destruyendo la piedra dura y convirtiéndola en el polvo y la arena que han cubierto cada vez más los vestigios del mar y de las épocas hace tiempo desaparecidas. Encontramos en las cumbres hondas grietas y cavernas hechas por el frote de las arenas del Gobi, llevadas allí por los vientos otoñales. Algunas de esas rajadas eran muy anchas.

Al aproximarnos a una de ellas, nos asombró ver una leve columna de humo que salía de su fondo. La mirábamos con curiosidad, cuando de repente tres campesinos, descalzos y harapientos, surgieron de la profunda quebrada y echaron a correr hacia la ladera occidental hasta que ganaron una altura, desde la que nos hicieron fuego. Estaban a demasiada distancia para que pudiesen tirar con acierto, y además, como el arma que usaron era un revólver, las balas probablemente ni siquiera llegarían hasta nosotros. Mi conocimiento de Siberia y las varias aventuras de igual clase que me habían sucedido, me permitieron comprender quiénes eran con los que tenía que tratar. Indudablemente los fugitivos debían ser presidiarios escapados de alguna prisión rusa, quizás de Sajalín, adonde los Tribunales rusos enviaban los criminales más empedernidos. Por tanto, les grité en seguida que no éramos policías ni oficiales, y que no pensábamos hacerles daño. Se volvieron y acercaron a nosotros, pero con vacilación, desconfianza y visible temor. No obstante se quitaron los gorros y se mostraron muy respetuosos, aunque no separaban la vista de nosotros, buscando nuestras armas u otra prueba cualquiera de nuestra condición militar. Por último, cuando les dijimos que éramos hombres de ciencia, ocupados en estudiar el lago, y les referimos las peripecias de aquel día. Se tranquilizaron, y con afabilidad nos invitaron a visitar su guarida. Esta era una caverna hecha en la roca, ancha y profunda; grandes peñas que habían rodado desde la cima del monte dificultaban la entrada a ella. Nuestros nuevos conocidos se habían agenciado allí bastantes comodidades. En el rincón más apartado se veía un suave lecho de hierbas secas. Unas piedras colocadas a propósito formaban un hogar, donde sobre el fuego hervía el té en un caldero ennegrecido, y en los socavones de las paredes se ocultaban zurrones con mendrugos de pan, negros y duros. En otro rincón divisamos sacos y hachas, esos utensilios necesarios al merodeador siberiano que se ha evadido de una prisión o de algún lugar de confinamiento y vaga por la *tundra* septentrional, atravesando montañas y bosques vírgenes o *taiga*, hasta que por último cruza los Urales, igual en verano que en invierno, torturado por la lluvia, el calor o el frío más cruel, mientras intenta volver a Europa.

El vagabundo fugitivo lleva en su saco toda su fortuna, muy modesta pero utilísima. Con su hacha corta la leña que necesita, y en caso de precisión la emplea como arma para cazar o combatir con los policías y las patrullas cosacas. Esos evadidos se valen de su hacha con maestría, y saben arrojarla por el aire con increíble velocidad, y partir con ella la cabeza de un oso o de un hombre, si es que amenaza al fugitivo en su selvático refugio.

Nuestros nuevos amigos llevaban dos años viajando de este peligroso y emocionante modo. Eran unos sujetos muy interesantes. Uno de ellos, llamado Hak, se había escapado en pleno invierno de Sajalín, cruzando a pie la helada corteza de la Manga de Tartaria, que separa la isla de la tierra firme.

Como era de suponer, a Hak le perseguían sin tregua, por tratarse de un despiadado criminal, que en cierta ocasión mató a quince personas en el ataque a una casa de correos. En su saco guardaba un disfraz especial, propio del invierno, que consistía en una capa o sudario de tela blanca. En cuanto notaba que alguien le

perseguía, inmediatamente se tumbaba en la nieve del suelo y se envolvía él y sus efectos en la capa blanca, confundiéndose así con la blancura del helado y dormido campo sobre el cual silbaba el viento norteño del mar de Ojotsk, transportador de nubes de nieve y granizo, que pronto descargaban sobre él.

El segundo de los fugitivos respondía al nombre de Sienko y era un incendiario que había huido de una prisión a orillas del Amur, atravesando toda Siberia, en dirección a un pueblo cerca de Moscú, con el fin de asesinar a los testigos que, por declarar contra él ante el tribunal, contribuyeron a que fuese condenado. En oposición a Hak, que era cortés y sociable y con frecuencia jovial, aunque procuraba evitar las miradas de los extraños, Sienko se mostraba huraño y taciturno, y sus ojos, reveladores de un odio reconcentrado, parecían clavarse en los de quien le miraba.

El tercer habitante de la caverna de Kizill-Kaya, Trufanoff, era el tipo más curioso de los tres. Tratábase de un hombrecillo, casi siempre en movimiento, de pelo largo y canoso y de ojos negros, de expresión encantadora y penetrante; si se sentaba un minuto, al siguiente se levantaba, y sorprendía además por la verbosidad con que hablaba, sin prestar atención a las conversaciones de sus compañeros de correrías. Continuamente entraba y salía de la caverna, dando la impresión de un perro inquieto y jadeante. No nos dijo nada respecto a él, y cuando le preguntamos por qué había estado preso y de dónde se había escapado, contestó sencillamente:

—De la cárcel, en la que me encerraron injustamente— y sin añadir más, se fue de la caverna, bajando la cabeza.

—¡Pobre hombre! —murmuraron sus camaradas.

Algunos días después supe por Hak que Trufanoff había sido condenado por un robo insignificante que cometió siendo un jovenzuelo. El afán de reunirse con los suyos le indujo a intentar escaparse, por cuya tentativa le aumentaron la condena y le enviaron a Siberia. Tras varios años de permanencia en un presidio siberiano logró fugarse de él; pero no tardó en caer de nuevo en manos de la policía, y al ser capturado mató a uno de sus carceleros, lo que le valió ser condenado a quince años de trabajos forzados, durante los cuales se escapó varias veces de la penitenciaría en que se hallaba. Cuando yo le encontré, andaba huido por décima vez.

Nuestro contacto con los fugitivos nos incitó a preguntarles si querían ayudarnos en nuestras tareas en el lago, para lo cual obtendríamos del único policía que había en el pueblo el permiso para que pudieran vivir allí. Aceptaron; pero nos rogaron que no revelásemos a las autoridades sus antecedentes criminales y nos limitásemos a decirles que eran hombres que habían perdido sus documentos. El acuerdo de los fugitivos con los particulares es un hecho corriente en toda Siberia. Cualquiera escapado de presidio se confía a las personas que no desempeñan cargo oficial, porque en Siberia los labradores, y en general todo el mundo, prestan ayuda a los que se libran del peso de la ley, ocultándoles a la policía o poniendo comida en la entrada de las casas para los que vayan durante las noches, evitando presentarse de día donde los agentes de la autoridad puedan apresarlos.

¿Por qué los siberianos muestran tan buena disposición para con los fugitivos? Por dos razones. Una, de orden práctico, por el gusto de convertir en amigo al salvaje y a menudo peligrosamente brutal merodeador, perseguido y acosado como una bestia feroz. La segunda, de índole moral, estriba en que los siberianos saben que los tribunales del Zar sentenciaban con frecuencia al destierro en Siberia a personas realmente inocentes, a causa de sus opiniones políticas, y que estos infelices, olvidados por los gobernantes y los jueces, se hallaban en el dilema de escapar o de hacer frente a la muerte o la locura.

Debido a estas consideraciones, cuando nos enteramos de las historias de Hak, Sienko y Trufanoff, como necesitábamos trabajadores, les prometimos nuestra protección. Su petición fue atendida sin inconvenientes, gracias a la reconocida respetabilidad e influencia del profesor Zaleski.

La tarde de nuestra aventura no tardaron en aquietarse las olas y la superficie del lago quedó serena como la de un espejo. Nos separamos de nuestros terribles amigos y regresamos al pueblo, donde nos esperaban con impaciencia y sobresalto.

El profesor resolvió que no volviésemos al lago en adelante en el bote pequeño y que lo sustituyésemos por el grande, en el que los campesinos habían intentado inútilmente socorrernos. Esta embarcación tenía dos pares de remos y un timón; así que hacían falta tres hombres para manejarla.



Aprovechamos esta circunstancia para insistir sobre el caso de los fugitivos, y ya al día siguiente Hak, Sienko y Trufanoff empuñaron los remos, mientras practicábamos nuestros sondeos, sacábamos muestras de agua y limo y cogíamos ejemplares de *hammarus*, que conservábamos dentro de jarras en una solución de formalina.

Oímos de labios de nuestros obreros largos y pavorosos relatos de sus vidas y hazañas y de la miserable existencia de los pobladores de los presidios siberianos, y Trufanoff fue quien expuso ante nosotros la más horrible página de aquellas aterradoras historias.

—Todo eso no es nada —exclamó cuando Sienko concluyó un espeluznante episodio de las aventuras de unos fugitivos. Voy a contar lo que me ocurrió a mí, convirtiéndome en la ruina que soy, de pelo blanco e inteligencia embotada.

»Cinco presos decidimos escapar de Akatoni. Comunicamos nuestros planes a los conocidos que teníamos en el campo, cerca de la población en la que estaba situada nuestra cárcel, y nos prometieron proveernos de zurrónes, hachas y calderos. Pero nos sucedió una terrible desgracia.

»Acabábamos de abrirnos paso entre los barrotes de la ventana de la prisión y de escalar las murallas de ésta para dirigirnos a la aldea donde vivían nuestros cómplices, cuando supimos que habían sido detenidos y conducidos a la cárcel. Nos faltaron, por tanto, los objetos precisos para la huida y la vida campestre, y nos vimos en la necesidad de ocultarnos como bestias en los bosques cercanos, puesto que a la policía le hubiera sido fácil descubrir nuestra presencia en la aldea. Aunque comprendimos plenamente lo disparatado de nuestra empresa, no vacilamos en ponernos en camino sin el imprescindible equipo. Estaba muy entrado el otoño y sufrimos frío, hambre y enfermedades en cuanto nos pusimos en marcha.

»Por último, después de varios meses de torturas, el hambre nos dejó tan débiles, que la idea de morir no nos producía el menor temor. Como íbamos siempre por parajes despoblados, no podíamos esperar ayuda de nadie, pues evitábamos ser vistos en la carretera, donde seguramente las autoridades nos hubieran cogido, y por lo tanto andábamos, helados y hambrientos, como perros hostigados, entre las malezas y los riscos. Cierta noche uno de la banda cayó para no levantarse más. Cuando a la mañana despertamos del estado de sopor que era nuestro único descanso, vimos que el camarada había muerto. Me acuerdo de esa mañana como si fuese la de ayer.

»Un terrible y repugnante pensamiento cruzó por mi imaginación, para desaparecer inmediatamente: «Este hombre ha muerto; ni siente ni padece y no hace ni puede hacer nada. La misma suerte que a él nos aguarda. Y, sin embargo, podría salvarnos. Bastaría para ello que nos decidiésemos a comer carne humana, la carne de este hombre, que hace pocas horas hablaba y sufría con nosotros, conservando en su alma un destello de esperanza. En cuanto tengamos ese valor y esa resolución, todo habrá mejorado a la vez y luego será... lo que Dios quiera». ¡Nunca se debe perder del todo la confianza en Él!

»La horrible idea acudió de nuevo a mi cerebro con creciente insistencia y ya no se apartó de allí, obstinada y pérfida. Leí igual intención en las miradas de mis compañeros...

»Peleamos bravamente con el hambre durante algunos días; pero al fin, sin hablar sobre ello y sin ponernos de acuerdo, desenterramos de la nieve el cuerpo de nuestro compañero y nos le repartimos como si hubiese sido un buey o un cordero. Desde aquel momento saciamos el hambre; pero nos fue imposible volver a mirarnos cara a cara y seguimos adelante sin pronunciar una sola palabra. Nos envolvía un tétrico silencio. No sentíamos remordimientos, ni tristeza, ni siquiera un ligero escrúpulo; sólo existía en nosotros una indiferencia grosera y una marcada mala voluntad para la humanidad y para nuestras propias personas.

Trufanoff interrumpió su narración para fumar taciturnamente un cigarrillo hecho con un pedazo de periódico viejo. Cuando lo acabó, tiró la colilla al lago y continuó:

—El invierno de Siberia es largo imaldito sea! muy largo y más malo que una madrastra... De nuevo necesitamos alimento, y estábamos tan débiles que no podíamos caminar, porque la nieve sobre la que andábamos era espesa y parecía que nos sujetaba los pies; otra vez el frío y el hambre helaron la sangre en nuestras venas y encendieron en nuestros ojos llamaradas verdes y rojas... El corazón nos daba golpes como un martillo a cada momento y luego caía en abismos sin sonido, sin

movimiento... Y la imaginación, ya desenfrenada, trabajaba implacable, mientras que, a pesar nuestro, algo diabólico nos sugería este pensamiento: «¡Sé fuerte y espera!»

»El viejo tártaro Yusuf y yo sobrevivimos a todos los demás. Dos de nuestros compañeros murieron el mismo día y aquello simplificó las cosas. Uno era corpulento y más bien gordo; el otro, bajo y endeble. Los echamos a la suerte y me tocó el gordo. Con ellos nos alimentamos y recobramos las perdidas fuerzas hasta la primavera, estación en la que reanudamos nuestro interrumpido viaje.

»Aún me quedaba algo de mi parte cuando Yusuf se me acercó un día y me dijo:

»— Reparte conmigo; tengo hambre.

»— No; no reparto, porque mañana tendré hambre yo también —contesté.

»Se separó de mí sin decir una palabra, y yo decidí escatimar mis raciones y hacerlas durar lo más posible... Pero Yusuf...

»Aquella misma noche descubrí que mis ilusiones iban a resultar fallidas. Antes del alba me despertó un ligero ruido: abrí los ojos con dificultad y de repente me puse en pie, porque vi a Yusuf que venía hacia mí balanceando una pesada piedra atada al extremo de su cinturón. Comprendí en seguida que pretendía aplastarme la cabeza durante mi sueño con esa arma terrible, que nosotros los merodeadores, en la jerga de los antiguos bandidos, llamamos *kisten*. Yusuf, al principio, no se fijó en que yo estaba despierto y dispuesto a defenderme con éxito, puesto que tenía un cuchillo, arma de la que él carecía. Rugió de rabia y se alejó corriendo. Desde ese instante comenzó para mí la más espantosa tortura. El tártaro me acechaba continuamente; por las noches rondaba cerca de mí ocultándose entre los arbustos o detrás de las peñas. Intentó arrojarme grandes y pesados pedruscos, y cuando yo bajaba por las laderas de los montes hacía rodar desde lo alto enormes rocas o gruesos troncos. No disfruté un momento de calma o tranquilidad. Mi imaginación era un torbellino; la rabia hacía hervir mi sangre y me rechinaban los dientes. Al cabo adopté una resolución sangrienta, irrevocable y desesperada. Una mañana, después de comer la ración que me correspondía para adquirir fuerzas, con un hueso en la mano me dirigí al viejo, que me seguía a alguna distancia. Al ver el hueso vino hacia mí con un impulso de loco regocijo, y observé que tiraba al suelo el nudoso garrote que llevaba siempre como arma contra mí. Cuando le tuve cerca saqué el cuchillo de la manga y di una cuchillada al horrible espectro que me atormentaba con tanta furia. Sentí una alegría cruel al hundir en su pecho la cortante hoja, y que un chorro caliente me saltaba a la mano. Mi golpe fue certero, porque no lanzó ni una queja. Me estremecí de arriba a abajo... y respiré en paz.

»Mi acto brutal me salvó la vida y me permitió continuar huyendo; pero desde aquella horrenda mañana la sombra de Yusuf nunca se separó de mí. No podía dormir, pues temía que se precipitara sobre mí para estrangularme, y cuando me cobijaba en alguna choza o caverna un ímpetu inexplicable me obligaba a salir de ella para convencerme de que el tártaro no me acechaba. En el bosque esperaba que cayese sobre mí desde las ramas de un pino; en la pradera veía su sombra en la hierba o detrás de cualquier peñón. El pelo se me puso blanco, vaciló mi razón y nadie ni nada vino a favorecerme. Yusuf se venga de mí, terrible y cruelmente. Yo le devoré por completo; ahora él me devora a mí en cuerpo y alma, como un gusano devora una manzana...

»Sólo el *vodka* me alivia un poco, porque me proporciona unos minutos de olvido... ¿Señores, no tienen un trago de *vodka* para el pobre Trufanoff, que ha desnudado su alma ante ustedes?

Nos quedamos silenciosos, profundamente conmovidos y horrorizados por esa repugnante revelación; pero los otros empezaron a hablar y, alentados por la sinceridad del caníbal, nos contaron aún más horripilantes y verídicas aventuras de los prisioneros escapados y forajidos que se valen de aquellos medios y de tales maldades para salvar sus vidas, las cuales no tienen valor en el mercado social en Rusia, donde el gobierno con su indiferencia perversa cambia los hombres del siglo XX en bestias salvajes, conduciéndoles a la antropofagia y a los más feroces desmanes y creando hordas de descontentos y desalmados, que se han vengado con creces de sus verdugos en los sangrientos días del bolchevismo.

Hak y Sienko eran contumaces criminales que, después de las torturas y penalidades sufridas en la prisión, habían jurado odio eterno a la sociedad. Lograron varias veces escaparse del presidio, y en todas partes se les conocía como «pájaros» o «vagos», que en el modo de hablar carcelario significa reincidentes que no se



resignan a la monótona vida de los forzados. Los directores de los penales, para quienes los «pájaros» son motivo de prescripciones y responsabilidad, los tratan de manera despiadada. Todo soldado está autorizado para matar a los fugitivos cuando los persigue, y recibe una recompensa en dinero por cada uno que presenta vivo o muerto. En Siberia existe una clase entera de cosacos, especialmente entre los cosacos Yakut, cuya ocupación predilecta es perseguir presidiarios huidos, a los que prenden o matan, ganando de esta manera diez rublos por cabeza. A los prisioneros recapturados se les señalaba para siempre por las autoridades. Hak nos enseñó estos estigmas, estas afrentosas marcas de su cuerpo: consistían en círculos o triángulos, impresos con hierros al rojo, en su pecho y espaldas, y en algunos la quemadura fue tan profunda que se podían ver las apenas cubiertas costillas. Sienko tenía otros distintivos, pues le rajaron las ventanas de la nariz y le picaron las orejas. Cualquier ciudadano ruso, al encontrarse con hombres marcados así, tenía derecho a matarles, no sólo por el deseo de auxiliar a los agentes de la autoridad, sino porque quisiera experimentar una emoción fuerte o probar sus armas de fuego, puesto que los presidiarios de ese jaez estaban considerados por los tribunales como verdaderas alimañas o individuos fuera de la ley.

Los hombres con quienes trabajamos y nadamos en el lago Szira pertenecían a esta trágica escoria de la Humanidad. Sin embargo, eran amables, sumisos y complacientes. Quizás su excesiva sensibilidad y excitabilidad anormal fueran las causas de sus acciones violentas y sanguinarias, y en tal caso la justicia social cometió el error de no ponerles en escuelas o reformatorios, encerrándoles en cambio en cárceles inmundas y condenándoles al *katorga* o a trabajos forzados en minas y otros establecimientos, en los que concluyeron por perder los últimos vestigios de honradez.

El de mejores modales y carácter más dulce era Hak. Siempre de buen humor y dispuesto a trabajar, así como agradeciendo cualquier muestra de simpatía hacia él, nos prestaba valiosos servicios en nuestra labor investigadora de las condiciones del lago. Por haber sido marinero, le gustaba andar en el agua, y se hallaba en ella cual en su propio elemento, porque nadaba como un pez y gobernaba con maestría una embarcación. Una vez tuvimos la desgracia de perder el aparato para medir las profundidades, y Hak vino presuroso en nuestra ayuda. Llevando en las manos una piedra pesada, se sumergió hasta el fondo del lago, que en aquel sitio tenía unos ocho metros de hondura, desenredó la sonda, que se había enredado en unos guijarros, y volvió a flote con el aparato que tanta falta nos hacía.

Era también un excelente cazador de turpanes. Resultaba casi imposible aproximarse en un bote a esas desconfiadas aves, que huían muy lejos antes de que se las pudiese tirar; pero un domingo Hak nos trajo varios pares de ellas. Como le habíamos visto salir con un morral de lona por todo equipo, tuvimos la curiosidad de seguirle a distancia para saber cómo se las componía. En la orilla Norte del lago, junto a la boca del riachuelo, Hak se desnudó y cogió un gran manojo de cañas, que se sujetó alrededor del cuello para taparse la cabeza. Luego se colocó puñados de hierba sobre ésta para que el efecto fuese completo, y morral en mano se metió en el agua. Pronto se hundió en ella hasta el cuello y se puso a nadar, cuando no hacía pie, siempre con la cabeza visiblemente fuera de la superficie. El manojo de cañas y de hierbas se acercó despacio a una bandada de turpanes, los cuales, al principio, desconfiaron y se apartaron del movedizo objeto; pero por último, creyéndolo un flotante montón de plantas, no hicieron caso de él y continuaron comiendo. Mientras, el haz de cañas se aproximó a una de las aves, que hasta llegó a darle un picotazo; pero un momento después lanzó un graznido y desapareció debajo del agua. Las otras miraron en torno suyo con asombro; pero no reparando en ningún peligro, se aquietaron. Algunos minutos más tarde, un segundo y un tercer turpán siguieron al primero, después de lo cual el hombre-cañaverl volvió a la costa, ya sin disfraz, cortando el agua con vigorosas brazadas y nadando rápidamente en dirección al cañizal. Pasados unos minutos pisó la orilla, llevando consigo tres magníficas aves, que había cogido por las patas y guardado en el morral, después de haberlas ahogado.

—Debemos desollarlas ahora mismo, antes de que se enfríen, porque si no lo hacemos en seguida y con rapidez, su increíble destreza y sus esfuerzos no habrán servido para nada— recomendé yo—. ¡Lástima que nos falte un cuchillo que nos facilitaría la tarea!

—¡Un cuchillo!—exclamó Hak—. Yo se lo puedo dar a usted.

Y diciendo esto se llevó la mano a la desnuda cadera, precisamente al sitio donde el abdomen se une a ella, agarrándose un pliegue de la piel. Vi en ese pliegue una pequeña abertura, en la que Hak metió dos dedos sacando de allí una afilada navaja provista de una guarda de madera pulimentada hasta el mango, y una diminuta lima. ¡Aquel empedernido criminal tenía hecho un bolsillo en su propia piel!

—Nosotros los presidiarios veteranos no podemos por menos de someternos a esta operación —declaró Hak con la sonrisa en los labios—. Nos es imposible evitarla. Para escapar de las cárceles hay que limar los barrotes y los grillos, y a veces que cortarles a alguien el tragadero. ¡Lucidos estaríamos si no tuviéramos armas para defendernos de los carceleros y soldados que nos persiguen! Por eso usamos siempre este cortaplumas o cuchillo, pequeño pero afilado como una navaja de afeitar, con el que es fácil matar a un hombre que estorbe... Y sin decir más, Hak se dedicó a desollar los *turpanes*, y lo hizo con la misma maña con que hubiera asesinado a un enemigo o degollado a un cabo de vara.

## **CAPÍTULO III**

### **La ciudad sumergida**

Gracias a las proezas de Hak, como nadador, realizamos un descubrimiento sensacional en la parte Sur del lago. Un día un termómetro valioso, que nos servía para medir las temperaturas en distintas profundidades, se soltó cuando trabajábamos, yéndose al fondo. Hak se desnudó inmediatamente y se tiró al agua. Después de varias inmersiones volvió al bote pálido y aterrorizado. Aquello nos asombró, porque pensábamos que nada en el mundo podía asustar a Hak. Sin embargo, estaba dominado por el espanto y tartamudeaba diciendo frases incoherentes e incomprensibles con labios temblorosos. Por último, ya dentro de la lancha se tranquilizó algo y empezó a contar lo que le había sucedido.

—Cuando estuve debajo del agua la última vez, me envolvió una oscuridad extraña y sentí que me hallaba cerca del fondo, aunque no podía distinguir nada. En vano procuré comprender el por qué de ello. Al cabo de un momento mis ojos se habituaron a la media luz y vi que me encontraba entre dos cosas que me parecieron altas rocas. No obstante, acercándome a una de ellas, reparé en un boquete que era un verdadero cuadrado. Noté en seguida que se trataba de una puerta o de una ventana y que aquellas piedras formaban parte de unas paredes. Pasé por la ventana y salí al lado opuesto de la muralla, quizá al pie de una torre, y después...

Entonces Hak se estremeció y el pavor se pintó en su rostro.

—¿Qué vio usted después?—le preguntamos.

—Trocpecé con un esqueleto humano. Se hallaba junto a la muralla y se balanceaba en el agua apoyándose alternativamente en cada uno de sus pies.

—¿Está usted seguro de haber visto eso?

—Tanto como de que ahora le estoy viendo a usted —respondió respirando fuerte—. Lo juro por la salvación de mi alma.

Desde aquel día volvimos con frecuencia al mismo sitio, procurando penetrar con la mirada en el fondo sombrío y misterioso del Szira, pero no lográbamos descubrir nada en las densas aguas del lago.

Más tarde supimos por un mercader tártaro que existe una leyenda acerca del lago Szira, relativa al macabro hallazgo del presidiario. Este mercader nos buscó una mujer de su raza, vieja, ciega y casi sorda, la cual, mediante un rublo de plata, nos contó lo siguiente:

—En el lugar ahora cubierto por el lago amargo, hubo antaño una ciudad, Uigur, perteneciente a los tártaros que por entonces reinaban en una gran parte del Asia Central. En la ciudad había un templo donde, bajo una pesada losa con signos sagrados, descansaba el cuerpo del último de sus soberanos. El gran Gengis Jan la tomó y pasó a cuchillo a sus moradores, borrando a los uigueros de la faz de la tierra. Entonces la losa de la tumba del Jan Uigur se partió en pedazos y apareció el fantasma del rey, exclamando: «¡Madres, mujeres e hijas de los uigueros, derramad amargas lágrimas de odio y desesperación, porque ha llegado el fin de nuestro pueblo!» Las mujeres uiguras obedecieron el mandato, y los guerreros de Gengis, que se apoderaron de ellas con notoria satisfacción, cantando y bailando, porque las tártaras eran bellas y esbeltas como los juncos, al verlas deshechas en llanto y al oír sus maldiciones e imprecaciones las dieron muerte enfurecidos. A pesar de eso, los cadáveres de las víctimas continuaron llorando y sus lágrimas formaron una corriente tal, que el valle donde la ciudad se alzaba se convirtió en un lago amargo, en el que quedó sumergida ésta. Ahora las olas del Szira-Kull<sup>1</sup> corren sobre ella, y cuando la superficie del lago se encrespa, es porque abajo, en lo hondo de él, el último jefe de los una vez poderosos y valientes uigueros, enconado por el rencor, echa espuma de rabia.

Esta leyenda tiene las características acostumbradas de las tradiciones asiáticas; pero su origen es sin duda más reciente que los restos de la ciudad vista en el fondo del Szira por nuestro arrojado Hak.

En las «Memorias» del distinguido explorador ruso Martianoff, se hace referencia a la creencia de los tártaros de que hay hundidas en el lago las ruinas de edificios y murallas. Ya dije con anterioridad que el valle del Szira está sometido a procesos geológico-tectónicos y que el fondo del lago es susceptible de experimentar imprevistas elevaciones y depresiones. No es, por tanto, inverosímil que alguna aldea tártara, incluso con un templo, y parte de la costa se hubiera sumergido a raíz de uno de los levantamientos del suelo del lago. Los tártaros verían en el agua los vestigios de las hundidas moradas, y este hecho desarrolló gradualmente entre sus cuentistas la leyenda que nos narró la vieja, puesto que los hombres de Asia aman los relatos novelescos y misteriosos y les prestan suma atención mientras reposan y se solazan después de las fatigas usuales de la incolora vida cotidiana.

¿Y el esqueleto humano balanceándose en el agua?

Fue la pregunta que nos hicimos unos a otros, a la que juzgamos dar apropiada explicación recordando nuestro encuentro en la pradera con la desgraciada joven tártara que nos habló de la triste suerte de las esclavas del harén, acudiendo a buscar en las aguas del Szira la rotura de los insoportables grillos que las avasallaban a su despótico amo. Nada más posible que las olas del Szira hubiesen llevado el cuerpo de una de ellas a las ruinas de la sumergida ciudad, en la que con los pies cogidos en la posición en que Hak contempló el esqueleto, permanecería año tras año en la sima del moribundo lago, donde los voraces *Reggiotoee* luchan con las más rudimentarias formas de vida, ignorando que ellos también hacen el amor a la muerte. Todo esto es para nosotros los del Oeste comprensible, fácil y sencillo, pero en el salvajismo y la inmensidad de Asia, tan crédula y supersticiosa, lo natural pasa a ser enigmático, inconsistente e indefinido.

## CAPITULO IV

### Entre flores

La ribera oriental del Szira, así como la occidental, en la que se alzan los montes Kizill-Kaya, posee una elevación montañosa, la cual tiene todo el carácter de una verdadera meseta, no muy allá y revestida de exuberante vegetación y que separa el valle del Szira de la cuenca del otro lago, llamado It-Kul o Lago Dulce. En la parte superior de esta meseta encontramos numerosas agrupaciones de belemnitas o sepias fósiles y conchas petrificadas, que son propias de esas capas geológicas, en las que además se hallan a menudo vetas de carbón de variable grosor. También preponderan allí las denominadas «ammonitas».

A continuación de la meseta existe una inmensa pradera que se dilata hacia el horizonte bordeada por montañas cubiertas de pinos y abetales y que sirve de marco a tres de los lados del lago It-Kul, un poco mayor que el Szira.

Un día hicimos una excursión a este lago con el propósito de practicar un reconocimiento y estudiar su carácter científico. Las innumerables flores que adornan con brillantes manchas de color la perspectiva de la pradera, estimulaban nuestra constante admiración y nos maravillaban al atravesar la llanura entre el Szira y el It-Kul.

Inmensos ejemplares de lirios silvestres, blancos y amarillos, con cálices que miden cerca de ocho pulgadas, se levantaban sobresaliendo de la hierba y llenaban el aire de su dulce e intoxicador aroma. Algunos pasos más allá las llamadas violetas de noche o de las praderas se mantenían inmóviles como bujías. Esta planta tiene un solo tallo cubierto con unas ochenta florecillas blancas y ceras, cuya forma recuerda la de las orquídeas, siendo tan feroces como éstas, pues un sin fin de incautos insectos encuentran la muerte en sus traidores cálices. Estas flores exhalan un perfume excesivamente fuerte y hasta envenenador, cuyos efectos aumentan después de la puesta del sol y llegan a su máximo a eso de la media noche. Vimos a veces vastos prados en los que no había más que una solitaria planta de esas violetas nocturnas, a pesar de lo cual, en cuanto anochece, el aire a su alrededor estaba intensamente impregnado de su sutil y penetrante aroma. Intentamos destilar el perfume de esas flores y hacer un extracto de aceite de almendras; diez gotas de este extracto en medio litro de alcohol bastan para obtener una esencia muy delicada y permanente; pero un ramo de esas violetas puesto en una habitación cerrada es un verdadero tósigo. Como prueba de ello, yo padecí una terrible jaqueca que me duró dos días enteros, en los cuales sufrí bruscas palpitaciones de corazón y experimenté entumecimientos en la mitad del cuerpo. Indudablemente la violeta de noche posee, además de los aceites etéreos peculiares de estas flores, ciertos elementos tóxicos, por ejemplo, ácido prúsico, como su olor acre a almendras fácilmente perceptible lo hace suponer.

Otro hecho demuestra el carácter venenoso de estas flores. Ya cité antes que esas en apariencia inocentes corolas son feroces y devoran los insectos que penetran en su interior. El nervio que actúa en el aparato cerradizo de dichas flores está colocado en lo profundo del pequeño cáliz. El insecto que revolotea junto a las flores empieza a chupar la miel cerca del borde de ellas y seguramente se marcharía incólume sino fuese porque la violeta emite su perfume perturbador, de modo que lo marea y hace perder el sentido de la dirección; así que en vez de retornar a la entrada, a cada instante más embriagado, llega a ponerse en contacto con el nervio central. Los pétalos de la violeta se cierran inmediatamente y su cáliz se convierte en una perfumada tumba para el goloso insecto, que gradualmente es absorbido por la cruel y fascinadora cérea flor. Observamos también que las abejas, al aproximarse a ellas, huyen de estas flores, a pesar de que su olor particular las atrae desde muy lejos. Los lirios alpinos, rojos con pintas y rayas negras, llamados *sarana*, se destacaban de la hierba. Sus pétalos se enrollan en forma de espiral dirigida al terreno y carecen de olor. Esta clase de lirios es muy solicitada por los galenos chinos,

aunque en las praderas del Chulyma-Minusinsk nadie la apreciaba. El *sarana* contiene un bulbo blanco, oblongo, del tamaño de una nuez, que se compone de dos partes; es tan harinoso como una castaña y tiene un sabor dulzón. Los chinos que importan estas plantas del Urianhai y de Mongolia, cuecen estos bulbos y los echan una salsa dulce de miel y jengibre, sirviéndoles como plato exquisito en las más refinadas comidas.

Los iris japoneses amarillos, blancos y encarnados, con flores de ocho a diez pulgadas de largo, crecen en manojos, distinguiéndose hermosamente en la verde alfombra de la pradera. Poseen un olor tenue a violeta, que sus raíces atesoran con mayor intensidad. Tales raíces, ya secas y pulverizadas, conservan el aroma durante bastantes años, y no sólo se usan en Asia, sino que constituyen la tan conocida raíz de lirio del comercio occidental. Las mujeres de Asia se ponen saquitos de este polvo —*sachets sui generis*— en sus vestidos o se los prenden en el peinado y los hombres lo guardan en sus tabaqueras o lo añaden al tabaco que usan para fumar en pipa.

En algunos barrancos más húmedos cruzamos entre flores azules de una planta de la especie Saponífera, notable por la dulzura de sus tallos y raíces. Son la gala de la pradera y en las proximidades de los ranchos tártaros pandillas de chiquillos recorren los campos en busca de ellas.

Distintas variedades de espárragos crecen muy bien en las vecindades del It-Kul, y según dice el ingeniero E. Rozycki, en primavera se puede vivir allí sólo de espárragos, siendo no pocas de sus clases verdaderamente deliciosas.

Hay otra planta digna de mención que ha elegido por hogar la cuenca del lago; es una de la especie Brassica, llamada en China *zebet*. Las raíces de esta planta huelen fuertemente a almizcle y se conocen en el comercio con la denominación de «almizcle vegetal». Con ellas se hace un perfume muy caro, que se usa mucho en las casas de los chinos ricos. Los tártaros del Abakán están familiarizados con las propiedades aromáticas del *zebet* y lo emplean lo mismo que la raíz de lirio.

Me he limitado a hablar de los tipos más interesantes de plantas de un país donde se desarrolla una vegetación ciertamente pródiga, pero aún no he dicho nada referente a todo un grupo de plantas medicinales y ponzoñosas, muy codiciadas por los tártaros y especialmente por los médicos, brujos y curanderos musulmanes, que saben apreciar la ipecacuana, valeriana, genciana, estricnina, quinina y belladona. No tuve ocasión de estimar personalmente la habilidad de los físicos de la comarca; pero he oído y no poco de algunos dramas en los que el opio y la estricnina desempeñaron un gran papel, por causa de los cuales ha habido que colocar en las praderas nuevas piedras que señalan los sitios donde duermen el eterno sueño los confiados hijos de la llanura que entregaron su salud a la excesiva práctica de un saludador tártaro.

Típica y característica de aquella región es el *edelweiss*, una muestra de la flora alpina que se halla en ella con gran profusión. Esto puede explicarse por el hecho de que la pradera entre el Szira y el It-Kul constituye una vasta elevación, cuyo clima corresponde al de las zonas superiores de los Alpes. Por doquiera hallamos pastizales alpinos de abundante y nutritiva hierba, entre la que se encontraban esas *edelweiss*, grandes flores perpetuas que parecen, aun después de cortadas, de blanco terciopelo.

El lago It-Kul presenta también un carácter alpino. Escarpadas rocas se hunden rectamente en él y en la base de ellas descubrimos grandes profundidades, bajas temperaturas y unas aguas de transparencia poco corriente, con espesas capas de ramas petrificadas de árboles que cayeron hace muchos siglos al fondo del lago desde las montañas. Todo esto nos recordó los numerosos lagos alpinos de Europa y los de igual tipo del Urianhai descritos por Mr. Douglas Carruthers en su obra *Mongolia desconocida*, y por mí en *Bestias, hombres, dioses*.

Además comprobamos la existencia en las sierras que rodean al It-Kul de una amplia variedad de minerales, incluyendo yacimientos de hierro, manganeso, cobre y carbón. En cuanto a esto, la geología del lago es similar a la del Szira, en la que preponderan las capas de manganeso y de hierro.

No teníamos bote para explorar el It-Kul y sus orillas se hallaban completamente deshabitadas. Algunos rebaños de caballos tártaros iban a él a beber; pero eso no era frecuente, por motivo de que sus aguas poseen una plétora de fauna en aquella parte de la región. Paseando por las márgenes del lago vimos en seguida que estaba lleno de peces, debido evidentemente al hecho de que sus frescas aguas son muy ricas en flora y fauna microscópicas que abarcan toda clase de musgos, gusanos e hidras. Observamos constantemente que grandes peces surcaban el agua persiguiendo a



otros más menudos. Resolvimos quedarnos allí varios días y enviamos a Sien-ko por cañas de pescar y otros útiles necesarios para la pesca, sin olvidar el cebo artificial y un buen surtido de sedales. Aquella misma tarde, despiadadamente picados por los mosquitos y las voraces moscas, nos sentamos echando el anzuelo entre los juncos de la orilla Norte, sufriendo un duro castigo entomológico a cambio de las vivas emociones piscatorias ante una caña que se dobla o un flotador que se sumerge. Al cabo de algunas horas sacamos sesenta carpas y percas, algunas de las cuales pesaban más de quince libras.

Sienko y Hak, que habían sido pescadores desde la niñez, y especialmente durante sus años erradizos, demostraron gran habilidad y sagacidad no menor en el arte, y en el curso de los primeros días entraron a saco en el lago, cogiendo en él un enorme sollo, de más de sesenta libras, que tenía en su lomo todo un jardín botánico de hierbas acuáticas y algas, que formaban una tupida maraña.

Cierto día, cuando vagábamos en torno del lago, recorriendo las eminencias rocosas de sus orillas, tropezamos inesperadamente con el famoso cazador inglés, ruso por elección, doctor Peacock, que conocía al dedillo los más apartados rincones de Siberia. Se acercó a nuestro campamento, y en unión suya, cazamos con éxito y emoción, cobrando varios urogallos, gallinas monteses y gamos, en las próximas y arboladas laderías, de abundante hierba y escasa maleza, que me recordaban sin esfuerzo los bien cuidados parques ingleses. Pero fue del lago de donde obtuvimos más provecho. Allí las aves acuáticas anidaban entre los cañaverales: gansos, patos, gaviotas de distintas clases y garzas. Las crías ya estaban crecidas, pero aún no podían volar, si bien finalizaba el mes de junio. Siempre que nos acercábamos a los cañizales veíamos los pollos de ganso y pato nadar en el lago, chapoteando en todas direcciones, o terriblemente asustados correr a ocultarse entre los juncos y el herbaje. Tardamos mucho en ver a los padres de aquellas crías. Peacock nos dijo que los cazadores de Siberia han notado con frecuencia que los ánades y ánsares machos huyen de las hembras durante todo el período que éstas dedican al adiestramiento de sus crías, y que cuando los polluelos empiezan a volar, haciéndose independientes de sus madres, vuelven al lado de ellas. Esta regla tiene excepciones, porque hay machos que comparten la carga de la enseñanza de la familia buscándola alimentos y defendiendo el nido. El viejo Peacock deseaba cazar esos fieles y pacientes maridos, y cachazudamente esperaba echarse algunos a la cara. Sus esperanzas se realizaron, porque después de algunas caminatas entre los matorrales y espesuras, espantamos a varios ánsares machos; pero volaron tan lejos, que nuestros tiros no les hicieron daño, a pesar de que algunos perdigones debieron alojarse en sus poderosas alas.

—Debemos ir cada uno por un lado —manifestó Peacock—, pues sólo así podremos tirarles bien en cualquier dirección que vuelen.

Después de separarnos, no encontré nada en los macizos de cañas y juncos que golpeé; pero de repente observé en medio de un herbazal una extensión bastante ancha de arena, en la que se pavoneaba con orgullo un grupo de ánsares. Di un largo silbido para asustarlos, porque desde un lamentable suceso que le ocurrió a mi padre en una partida de caza, cuando yo tenía doce años de edad, no he vuelto a tirar a un pájaro quieto en el suelo, y como por ensalmo los gansos echaron a volar abriendo sus largas y poderosas alas y alejándose de mí casi en línea recta. Tocada por uno de mis plomos, una de las aves cayó en tierra pesadamente; pero consiguió levantarse y se dirigió a los cañares arrastrando, rota, una de sus alas. Me apresuré a interceptarla el camino, y apenas toqué la arena con mis pies, sentí que me hundía en ella hasta los tobillos. Mi entusiasmo de cazador no me permitió mostrarme prudente, y en cuanto di muy pocos pasos noté como si la tierra se abriese debajo de mí. No parecía que pisaba terreno sólido, y a cada momento me clavaba más en el arenal. Ya me llegaba el engañoso arenal a la cintura, y pronto cubrió también mi canana. Mis desesperados esfuerzos para salir del atolladero sólo servían para hundirme más en la arena, y comprendí que había caído en una verdadera trampa. Moviendo la cabeza en todas direcciones, empecé a gritar, siéndome imposible ver al doctor Peacock detrás de los matorrales que me rodeaban.

Mientras la arena seguía tirando de mí hacia abajo, y faltaban sólo pocos minutos para que concluyese de tragarme, borrando luego sobre mi cabeza todos los rastros de la catástrofe, para que nadie pudiese encontrar mi cuerpo. Al pensar en esto se erizaron mis cabellos, y mi imaginación, estimulada por el peligro, no cesaba de



proyectar algún medio remoto de salvación. ¿Qué hacer? ¿Podría salvarme yo solo? ¿Oiría el doctor mis voces de auxilio?

Recordando las historias de los hombres que estuvieron en mi caso, cogí mi escopeta, que había dejado caer al suelo durante los esfuerzos que hice, y fijándola delante de mí en la superficie del pantano, apoyé en ella mi pecho, intentando que me sirviese de sostén entretanto que procuraba sacar las piernas del arenal. La tarea resultó difícil, porque el arma cedía con mi peso, y me vi obligado a trabajar con precaución y a repetir varias veces la maniobra. Al cabo de unos instantes de lucha conseguí tumbarme en la capa arenosa cuan largo era, de forma que, repartiendo el peso, pudiera sostenerme aquella inconsistente superficie, y tras un momentáneo descanso, me arrastré como una lombriz en dirección a los espadáñales, en los que por fin me juzgué libre de la traidora ciénaga, aunque cubierto de pegajosa arena mojada. Hallé un sitio seco expuesto a los rayos caldeantes del sol, me quité la ropa y las botas, y, aguardando a que estas prendas se secaran, me puse a limpiar mi querido Lepage, que se había llenado de arena. Tardé una hora en emprender la marcha para ir en busca de Peacock, quien sin duda estaba muy lejos de allí, fuera del alcance de mis gritos. Con él a tanta distancia era indudable que sin mi mejor compañera, mi amada escopeta, mi muerte hubiera sido tan inevitable como horrible.

El doctor había matado un par de patos y yo volvía al campamento con el morral vacío; pero cuando le conté mi aventura, se puso muy serio y me dijo:

—¡Oh! Ha ganado usted algo más que unos cuantos pájaros, puesto que en lo sucesivo sabe de todo lo que es capaz un hombre sereno. Con sangre fría se puede uno librar de los peores riesgos, bastando para ello con decir, sin que el abatimiento se apodere de uno: «¡Estoy perdido, pero quiero salvarme!»

Aunque le agradecí sin reservas el elogio y la recomendación, no concluí de tranquilizarme hasta que llegó la hora de comer. Me acuerdo siempre de esas manchas en los pantanos, y no he vuelto a fiarme de ellas. Prefiero chapotear por el agua y el barro, con los pies atascados en el lodo de las charcas» antes que pisar esos, en apariencia, firmes parajes.

## **CAPITULO V**

### **Domando caballos tártaros**

Después de nuestro regreso al Szira, pasamos varios días trabajando sobre los estudios que hicimos del It-Kul. Luego fuimos con el profesor Zaleski a la Pradera Grande, por habernos invitado a que le visitásemos el acaudalado ganadero tártaro Yusuf Spirin, propietario de inmensas yegadas. Era un nómada, sencillo y poco culto, pero fabulosamente rico con relación al país. Vivía con su familia en tiendas que trasladaba, de sitio en sitio, por toda la región que se extiende entre los lagos de Szira, It-Kul y Shunet, según el pasturaje de sus rebaños lo exigía. Amablemente subrayó su invitación, indicando que se consideraba muy honrado con la visita de unos sabios tan distinguidos.

Nos mandó un buen carruaje, tirado por tres grandes y hermosos caballos, para llevarnos a su campamento. Un atrevido y simpático mozo tártaro, Alim, lo guiaba. Cuando nos acomodamos en el coche, miró en torno suyo, se levantó en el pescante, lanzó un grito salvaje y fustigó a los animales con un largo y trenzado látigo de cuero. Pareció que el carruaje se hacía añicos a nuestros pies, y para no ser despedidos de él tuvimos que agarrarnos a lo que encontramos a nuestro alcance. Los caballos arrancaron a todo galope y atravesaron velozmente la pradera, hostigados por los gritos del atroz cochero y por los terribles latigazos. En una hora recorrimos trece millas.

Al aproximarnos vimos varias tiendas de fieltro pardo, junto a las cuales pastaban en la pradera algunos rebaños de ganado vacuno y lanar, dedicados al uso doméstico, pues los grandes rebaños habían sido llevados a pastar lejos de allí, allende los montes Kizill-Kaya. En el horizonte divisamos unos edificios cuadrados, hechos de troncos de pino, cercados de tapias bajas de arcilla; eran las llamadas *auls* o casas en las que los tártaros ricos pasan los meses de invierno.

Spirin, con su hijo primogénito Mahmet, nos recibió delante de su tienda o *yurta*, acogiéndonos con ceremoniosas zalemas y bendiciones en nombre del Profeta. El interior de la *yurta* nos deslumbró. El piso estaba cubierto por una espesa capa de mantas de lana, y sobre ella resaltaban lujosas alfombras hechas por las hábiles manos de las mujeres de Bojara. Suaves cortinajes de seda tapaban los lados y colgaban del techo de la *yurta*, y muelles almohadones, también de seda, y colchones incitaban al descanso. Alrededor de la tienda había grandes arcones y pequeños cofres incrustados de turquesas, lapislázulis y malaquitas, y provistos de adornos y cerraduras de plata. Las bandejas, platos y copas de plata, cobre y metal blanco, brillaban en los estantes, y precisamente frente a la entrada se leía una sentencia del Corán, en un cuadro con marco de plata, viéndose junto a ella un retrato del Jeque del Islam, la personalidad más culminante para los mahometanos.

Entre dos arcas con ricas guarniciones de plata había un tablero parecido a una panoplia, porque sostenía fusiles, revólveres, sables, espadas, cimitarras y yataganes o sables cortos, algunos rectos como estiletes y otros curvados como hoces para segar.

—Vaya—dijo el profesor—, tenéis aquí todo un arsenal.

—Sí—asintió el tártaro—. Los tiempos son tormentosos, y hay que defender los bienes y las vidas. Corren días malos y negros.

Evidentemente esos días negros le preocupaban, porque una vez que nos acomodamos a nuestro gusto en los almohadones, comenzó a exponernos los asuntos de las praderas. El Gobierno ruso se complacía en hacer uso del odio y del castigo entre las diferentes tribus bajo su dominio, y la pradera del Chulyma-Minusinsk no era una excepción.

A esa comarca, que perteneció siglos enteros a los tártaros de Abakan, las autoridades enviaron colonos procedentes de Ucrania, labriegos holgazanes, borrachos y licenciosos, que empezaron a saquear las tierras de los tártaros, robándoles los caballos, maltratando a sus mujeres y hasta asesinándoles a mansalva.

Los naturales del país se quejaron en vano a las autoridades, que, lejos de refrenar semejantes desmanes, alentaron a los ucranianos en sus atrocidades. Exasperados los tártaros acudieron a las armas, y la pradera se trocó en teatro de feroces luchas, sangrientas venganzas y de cuantos estragos acompañan a esta clase de contiendas. La ley quedó aparte; cada uno defendió su vida y su hacienda lo mejor que pudo, rebelándose contra los abusos escandalosos de los desmoralizados colonos ucranianos. La espesa y alta hierba de la pradera cubrió más de un cadáver, que seco después por los vientos y convertido en polvo, por éstos fue esparcido por las arenosas llanuras.

Spirin nos demostró ser un gran hospitalario huésped. Tenía seis mujeres, la mayor de cincuenta años cumplidos y la menor una muchacha de diez y seis, flexible como una varilla de mimbre y de ojos grandes y dulces como los de una corza. Todas estas mujeres estaban ocupadas en la segunda *yurta*, en la que se hallaba instalada la cocina. Cuando nos sentamos a comer nos presentaron sucesivamente distintos y sabrosos manjares, cada uno más apetitoso que los otros, servidos en fuentes de plata repujada: *salta* caliente, un bocado grasiento del pecho del cordero, asado sobre los carbones; *tzchiherty*, un caldo hecho de pollo y huevos; *shashlyk* de carnero con unas vainas ácidas y secas como arándanos; *shashlyk* de riñones de carnero; *azu*, una especie de guisado húngaro, a base también de carnero; *tamalik* o bollos de setas y frutas; un queso dulce, fabricado con leche de oveja, y una compota de ruibarbo, uvas, higos y dátiles. Rociamos todo esto con *kumyss*, la imprescindible bebida de las estepas, y con borgoña y champagne, traído especialmente de la ciudad en honor nuestro. Después de este banquete tomamos innumerables tazas de té acompañadas de toda clase de conservas de frutas, mermeladas, miel y otras confituras, además de galletas inglesas sacadas de sus cajas de hojalata.

La bebida del té, que es la parte ceremoniosa de la comida, suele ser larga y aburrida; pero en aquella ocasión Spirin atendió amablemente a distraernos durante ese aspecto del festín. Ordenó a sus mujeres que colocasen delante de la *yurta* algunas alfombras y cojines frente a unas mesitas bajas, y nos rogó que saliésemos a respirar el aire libre.

—Les enseñaré mis mejores caballos —nos dijo sonriente, dando una palmada a continuación.

A esta señal, el cochero Alim y el hijo del ganadero, Mahmet, montaron a caballo de un salto y corrieron en dirección a las *auls*. Volvieron a los quince minutos guiando ante ellos cincuenta hermosos caballos padres, algunos negros como cuervos y otros blancos o leonados. Se acercaban a toda velocidad con sus largas crines y magníficas colas agitadas por el viento de la llanada. Los animales resoplaban muy fuerte, como bestias salvajes que eran, coceándose y mordiéndose unos a otros; sus relucientes y sanguinolentos ojos parecían despedir fuego, y fuego también se hubiera dicho que salía de las ventanas de sus narices.

—Son sementales, jóvenes todavía, que no conocen la silla y no saben tampoco lo que es la mano del hombre. Tienen sangre noble, pues han sido criados en Chum-Barlik, donde crecen los más ricos pastos. Mi ganado es el orgullo de la pradera, y posee la fuerza de los osos, la vista de los lince y la rapidez de los alados halcones. Son tercios y rebeldes, aptos para pelear con osos y lobos, y en la guerra no reconocen rivales, porque durante el ataque ayudan a sus jinetes con los dientes y los cascos. Los *argamaks* de los turcomanos, esos caballos que en la batalla luchan como demonios y después de la refriega corren por el campo para aplastar las cabezas de los enemigos caídos, sacan sus salvajes instintos de esta raza.

Spirin llamó en tártaro a los dos jóvenes, que en seguida gritaron furiosamente. En un instante los caballos se diseminaron en todas direcciones, emprendiendo despavoridos una veloz huida, que los alejaba de nosotros cada vez más. Los tártaros los siguieron maravillosamente montados, empuñando su *arkan* o lazo del país, que removían sobre sus cabezas a medida que se iban apartando del sitio desde el que los mirábamos. Empezó una asombrosa carrera. Las bestias bravas, libres de toda carga, ganaron al principio alguna delantera a las monturas de nuestros amigos; pero éstas, adiestradas en largas y tenaces persecuciones, no las dejaron aumentar la ventaja inicial, y cuando los caballos sin domar, ya algo cansados de su loca galopada, acortaron insensiblemente la marcha, los alcanzaron poco a poco. Los dos jinetes, de modo gradual y habilidoso, dirigieron los movimientos de los desaforados brutos, obligándoles a describir en la pradera círculos cada vez más cortos.

Cuando al cabo juntaron todos los caballos en un solo hato, los tártaros se levantaron en las sillas, lanzaron contra ellos por el aire sus enroscados lazos, semejantes a voladoras serpientes, y de nuevo el ganado se dispersó. Los jinetes les siguieron y vimos a poco que dos de los caballos salvajes, uno negro y otro tordo, empezaron perceptiblemente a aflojar el paso. Luego retrocedieron e intentaron ir en distintas direcciones, y por último, cayeron al suelo como heridos por el rayo.

El viejo Spirin se rió:

—El *arkan* ha podido más que ellos.

Entonces observamos que los dos jinetes echaban pie a tierra y se aproximaban con cautela a los pataleantes animales, al tiempo que estrechaban los lazos que los sujetaban. Cuando les tuvieron medio ahogados, se deslizaron diestramente a su lado y les trabaron las patas traseras. Después de un momento, los caballos, libres del lazo corredizo, se levantaron y pretendieron escapar; pero pronto notaron que estaban atados y tras unos violentos esfuerzos para soltarse, se dieron por vencidos y se quedaron quietos. Los tártaros les pusieron las bridas y en seguida les desataron las patas. Aunque las bestias se empearon y resistieron, fue sólo hasta que sus domadores volvieron a montar en sus cabalgaduras, e inclinándose sobre las sillas, trajeron a la zaga a aquellos magníficos e indómitos corceles, no tocados anteriormente por la mano del hombre.

No tardaron en llegar frente a la *yurta* con las orejas hacia atrás y los dientes al descubierto. Trajeron dos sillas y Alim sujetó al caballo negro por la brida, mientras que Mahmet lo ensillaba. Entonces presenciábamos una extraordinaria lucha entre el hombre y la bestia. El bravío bruto estaba casi constantemente en el aire, dando con su flexible cuerpo prodigiosos botes, y cuando esto no, se encabritaba, poniendo los cascos en el suelo lo preciso para reanudar sus saltos descomunales. Loco por la furia y el miedo, resoplaba y relinchaba, pero, no obstante, Alim, fuerte como un roble, sujetándole con firmeza por la brida, no le permitía irse. Las correas de cuero crudo eran resistentes como el acero, mientras que el bocado cortaba la tierna boca del potro, de la que se escapaba una espuma rojiza cuando resoplaba y movía la cabeza. Mahmet, sin embargo, era tan ágil como el animal y no perdía la ocasión de apretarle la cincha en cuanto podía. Terminada esta tarea, le puso los estribos. Alim, con la fuerza de un toro, hizo que el animal humillase la cabeza, y como un relámpago el joven tártaro se plantó en la silla al modo del país, echado hacia adelante y con las rodillas en ángulo agudo sobre los cortos estribos. Lanzó un grito gutural y dio un latigazo al caballo.

Por un momento la indomable bestia permaneció inmóvil como una roca, los ojos llameantes, y de repente se encabritó cual si intentase tirarse hacia atrás; botó, coceó y se puso a dar vueltas con movimiento de remolino, de forma que parecía imposible pudiese mantenerse en él ningún ser humano; pero a pesar de todo, el bizarro hijo de la pradera continuaba montado en él como si fuese parte del indócil animal.

Desesperado por no arrojar a su jinete, el negro bruto arrancó a correr bruscamente y huyó como una flecha por la pradera, saltando sobre las zanjales y los pedruscos. Vi que Mahmet le llevaba con las riendas flojas y que se balanceaba ligeramente en la silla, golpeando los ijares del animal con sus suaves botas y fustigándole a veces sin excesiva rudeza. Noté también cómo se estiraba el musculoso cuerpo del caballo y lo admirable que resultaba el uniforme y vivo movimiento de sus esbeltos y fuertes remos. Mahmet se asemejaba al espectro de un jinete, e incluso me figuré que los cascos de su cabalgadura no tocaban la tierra.

Aunque creí que el animal iba con la rienda suelta, Mahmet le obligó a describir un inmenso círculo en torno de la *yurta*. La espuma brotaba de sus costados y de su aún sanguinolenta boca. Después de dar otras dos vueltas más pequeñas, vi una cosa que me hizo lanzar una exclamación de asombro. El tártaro, sentado en el frenético bucéfalo, se inclinó tranquilamente a un lado, soltó las riendas, sacó su pipa, la llenó con calma y la encendió. Hecho esto, se afianzó en la silla y vino directamente a nosotros; la bestia atendía las menores indicaciones de sus manos y pies, y temblaba, dominada, aunque a pesar suyo.

—¡Oh, es un verdadero prodigio!—exclamé, mirando a Mahmet con admiración, el cual sonreía, fumando y limpiando el sudoroso cuello del animal.

—Eso no es nada—contestó el viejo Spirin—. Ese caballo salvaje llegó a comprender que si no obedecía, los talones de mi hijo acabarían por aplastarle las costillas.

Me fijé en los pies de Mahmet, curvos y poderosos como las raíces de un roble centenario, y consideré que le sería cosa fácil romper los huesos de su caballo.

Alim, el cochero del ganadero tártaro, nos hizo sentir mayores emociones. Como su joven amo, colocó la silla al semental tordo, que se resistía salvajemente a dejársela poner, y sin duda a causa de los incesantes saltos que daba, no le apretó la cincha lo necesario, puesto que en el momento que se apoyaba en el estribo para montar, con el resto del cuerpo en el aire, la silla resbaló de costado, cayendo Alim a tierra. El caballo salió escapado, e incluso el impasible Spirin gritó aterrorizado.

Alim fue arrastrado por el suelo con el pie izquierdo enganchado en el estribo. Iba de bruces y varias veces corrió peligros mortales, porque el caballo le golpeaba contra las piedras; pero por una combinación milagrosa de vigor y destreza, daba un empujón con las manos, de las que se valía para no chocar con la cabeza en el suelo y se libraba así de tropezar en las piedras de gran tamaño.

Cuando todavía nos hallábamos bajo la impresión de la caída de Alim, sobrevino algo aún más increíble, pues vimos a éste apoyarse con el pie derecho en la ijada del animal y coger la brida con la mano izquierda, yendo así en esta inverosímil postura, casi en sentido horizontal, al costado de la desbocada bestia, por un portento de serenidad y energía. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos, y ya la figura del caballo empezaba a desvanecerse en la lejanía de la pradera, no obstante lo cual distinguimos claramente que su jinete, sin soltar la brida de la mano, se deslizaba por debajo de la barriga de su cabalgadura, muy cerca del suelo, como si intentase trabar las patas del desenfrenado cuadrúpedo. Después de algunos esfuerzos logró echar un lazo a una de las patas delanteras de la bestia, y hecho esto recobró su anterior posición tirando de la pata atada del caballo hacia atrás y a un lado. Un instante el animal continuó corriendo con tres patas, pero no tardó en caer de rodillas. Alim se zafó del estribo y se arrojó sobre el cuello del animal como un gato montes, apretádoselo ahincadamente con un nudo corredizo. El caballo cesó de luchar, y Alim, sin dejar que se aflojase la correa que le sofocaba, empleó la otra mano en estrechar la cincha causante del accidente. En un segundo se colocó sobre la silla y quitó a la cabalgadura las ligaduras a las que debía la salvación. Después de esta breve y dramática tentativa, el potro no hizo más resistencia y dócilmente vino trotando hasta la *yurta*, subyugado y vencido por su jinete, quien a pesar de sus manos cortadas y desolladas, sonreía, acariciando al jadeante animal.

—*iAt, at, jaksze att! iToor!* (Caballo, caballo, ¡buen caballo! ¡Quieto!)

El espectáculo de la derrota de la indómita bestia bastó para recompensarnos de los sufrimientos que nos produjo la copiosa comida con que nos obsequió el generoso Spirin. Durante mucho tiempo nos acordamos de ella, y en lo sucesivo nos mostramos prudentes en el comer, siempre que asistimos a un festín de su clase. Además, sostuve sobre ella una discusión con mi querido profesor.

—Creo que fue el *azu* lo que nos hizo daño —observó él cariacontecido.

—No; yo opino que comimos demasiado *sulta*, que es un guiso grasiento —respondí.

—Ca —exclamó el profesor—; la *sulta* es ligera y de fácil digestión; el *azu*, con sus raíces y vainas vegetales, es un verdadero veneno.

Insistí en mi criterio, contrario a la *sulta*, al paso que el profesor la defendía, atacando al *azu* violentamente. No llegamos a ponernos de acuerdo y él siguió siendo enemigo del *azu*, mientras que yo sentí profunda aversión por la *sulta*.



## **CAPÍTULO VI**

### **Un drama en la pradera**

Bien ajenos estábamos al ser tan espléndidamente agasajados en la morada de Spirin de que sobre la familia de éste iba a descargar la fatalidad un tremendo golpe.

Algunos días después de nuestra visita al ganadero tártaro, el profesor me mandó hacer ciertas investigaciones geológicas en la pradera. Consistían en averiguar si dependería de la existencia en ella de algunas vetas de azufre la abundancia de sulfato de magnesio que hay en las aguas del lago Szira. Examiné los barrancos y cortaduras hechos por la acción de las inundaciones, las escarpadas márgenes de las ramblas secas de la llanura, y en el curso de mis trabajos divisé de repente una gran bandada de cuervos y algunos corpulentos buitres que revoloteaban sobre algo que supuse sería un buey o un caballo muerto; pero mirando más detenidamente al sitio donde se posaban las aves, desde un pequeño terraplén próximo a mí, distinguí en la hierba un bulto que me pareció el cuerpo de un hombre.

Me acerqué a aquel punto y el corazón me dio un vuelco en el pecho al ver tendidos en el suelo los cadáveres de los dos osados y juveniles jinetes tártaros, Mahmet y Alim. Aquellos invencibles dominadores de la víspera yacían allí con los rostros mutilados y los cráneos destrozados a hachazos. En torno de ellos no se notaban señales de lucha.

Hak, que me acompañaba, se fijó minuciosamente en los cuerpos de las víctimas, y con el profundo conocimiento que tenía de tales hazañas, exclamó gravemente:

—Las cabezas de estos tártaros han sido machacadas con el revés de un hacha y luego se han cebado en los caídos, acribillándoles las caras con el filo del arma.

Informamos inmediatamente a la policía y al viejo Spirin de nuestro fúnebre hallazgo. Cuando comunicamos la desgracia a nuestro cordial amigo, no pudimos por menos de emocionarnos al contemplar su acerbo dolor. La autoridad inició en seguida un proceso, pues dio la feliz casualidad que un célebre juez se hallaba visitando a la sazón el Instituto médico de Szira. A los pocos días supimos todo lo que había ocurrido en la pradera, teñida por la sangre de los infortunados mozos.

Para comprender este drama es preciso estar en antecedentes de los detalles de la vida en aquellas comarcas. De todos sus bienes, los más apreciados por los tártaros son sus yeguas, porque en ellas crían tipos especiales con cualidades valiosas y estimadísimas. Los caballos padres del Abakán son muy solicitados en la región del Altai, donde han contribuido a la mejora del ganado local, que estaba en decadencia, haciéndole progresar en grado extraordinario. Debido a la gran demanda, los colonos ucranianos se dedicaron de lleno al abigeato, robando y vendiendo los caballos en tierras del Altai. No les era fácil hacerlo, porque los ganaderos tártaros guardaban sus caballadas de modo vigilante y bravo, y disponiendo de buenas armas, no temían el encuentro con los ladrones. Además, los rebaños estaban también defendidos por los sementales, esos animales salvajes y feroces que atacan a los merodeadores desconocidos con los dientes y los cascos. Todo esto sucedía igualmente en las yeguas de Spirin; pero se había notado hacía poco que algunos sementales encargados de guardar un grupo de yeguas abandonaron a éstas, dispersándose por el campo. Sólo una vez fue posible coger a uno de los hatos escapados, volviéndole a llevar a la dehesa donde pastaba. Los pastores descubrieron muchas huellas de herraduras cerca del rebaño, hechas sin duda por algunos caballos cuyos jinetes huyeron al aproximarse los tártaros. Los caballos fugitivos que se recuperaron tenían numerosas heridas, prueba evidente de que antes de abandonar a las yeguas riñeron con algunos enemigos.

Aquel acontecimiento constituía un misterioso enigma, y ni los avezados tártaros consiguieron hallar a nadie en la pradera, no reponiéndose de su asombro. Pero el inteligente juez encontró la clave del misterio. Examinó los sementales heridos que componían el grupo que se recobró y las señales de los caballos herrados, así como el

camino seguido por el hato escapado, después de lo cual ordenó a la policía de todo el distrito que capturase al dueño de un caballón zaino, sin herrar y con un casco roto.

A los pocos días la policía de un pueblo situado a 35 millas del Szira trajo a un labriego ucraniano poseedor del caballo indicado. No presentaron al semental, porque el labrador dijo que se le había escapado y lo estaba buscando. Aunque el juez amenazó al rústico con meterle en la cárcel si no hablaba claro, el detenido protestó obstinadamente de su inocencia, y entonces el juez dispuso que se le encerrase en el cuartel de la policía, yendo después a visitarle para decirle lo siguiente:

—Veo que eres un pájaro de cuenta; pero he tratado con otros peores que tú, porque he cogido cuatrereros en el Turkestán y me han temblado los valientes turcomanos y los astutos persas. En estos asuntos nadie puede engañarme. Acuérdate de ello y presta atención a lo que voy a decirte. Tú tienes un semental grande, zaino, rebelde y con el casco de la pata trasera izquierda partido. La cola de este animal es blanca. Es un bicho sabio, porque tú le has enseñado las mañas de tu oficio. Mira lo que ha pasado, bribón: Luego de elegir la yeguada a propósito, llevaste junto a ella, de noche, a tu castaño semental, el cual riñó con el de los tártaros, y como era más grande y fuerte, lo venció. Los deheseros no hicieron caso de los relinchos ni del alboroto de los combatientes, y si miraron adonde salía el ruido, lo hallaron todo en orden y se durmieron otra vez. Hubieran vigilado mejor la noche siguiente si tú no te hubieras arrastrado hasta su tienda, poniéndoles polvos para dormir en los morrales de sus provisiones. Cuando tu caballo acobardó a su adversario, despacio al principio y a continuación más de prisa, sacó a las yeguas de allí, conduciéndolas al sitio donde tú y otros prójimos de tu calaña las aguardabais. Luego guiaste la yeguada en dirección al Altai, mientras que tus compañeros borraban las huellas de las bestias robadas galopando por el camino que llevaban con sus caballos herrados. Consumado el pillaje, lo demás fue coser y cantar. Vendiste las yeguas a los tártaros y ganaderos del Altai, regresaste a tu pueblo, te gastaste el dinero en vodka y cerveza, y cuando se te acabó, empezaste a planear una nueva aventura. Pero esta vez no te salió tan completa, porque apenas los guardianes se pusieron a perseguiros, volviste a su campamento y vagaste por sus contornos, buscando algo. ¿Qué se te había perdido en la pradera?

El cuatrero, pálido y tembloroso, aterrorizado por el relato del juez, a quien juzgó brujo o adivino, permaneció sentado, mudo y sin pestañear. El juez continuó:

—Ya ves que lo sé todo. Tampoco ignoro por qué volviste atrás. Uno de los tuyos perdió el saquito de los polvos para dormir. No diste con él a causa de que estabas borracho, pero yo lo encontré: ¡míralo!

Diciendo esto, el juez sacó del bolsillo un pequeño bolso conteniendo un polvo compuesto, según me enteré más tarde, de semillas molidas de belladona y adormideras. El labriego cayó de rodillas y pidió a voz en grito misericordia, citando los nombres de los sujetos que condujeron al Altai los animales robados. El juez ordenó por el medio más rápido, o sea por telégrafo, que los prendiesen. Así lo hicieron, y a Spirin le devolvieron sus bestias.

Desde entonces Mahmet y Alim casi no se separaban de la caballada, vigilando a los pastores atentamente. En una de sus idas a la dehesa, los parientes de los cuatrereros presos atacaron a los tártaros y los mataron a traición. Por desgracia, los autores del crimen no fueron descubiertos.

Respecto al origen de la tragedia, pregunté al juez, lleno de curiosidad, cómo se las había arreglado para desembrollar el enredo.

—¡Bah!—replicó—. Los métodos de los cuatrereros no tienen secretos para mí, debido a mi larga experiencia judicial entre los pueblos orientales. Ciertos indicios del crimen me pusieron inmediatamente sobre la pista. Mis presunciones no me engañaron. Examinando los sementales heridos, encontré en sus bocas algunos pelos de color castaño y otro, muy largo, blanco, de la cola de algún caballo. No había ningún semental de esas señas en la yeguada de Spirin; además, en el campo de batalla vi con claridad las huellas de los cascos de su agresor y no dudé ya acerca de su tamaño. El saco con polvos para dormir lo hallé registrando la tienda de los deheseros. No podía comprender cómo éstos no repararon en la presencia de un semental desconocido y permitieron que les llevaran las yeguas en sus propias narices. Al principio supuse que estarían borrachos con *buza* o *arraka*, pero no encontré señales de ninguna comilona. Entonces descubrí en la arena el saquito del narcótico. Uno de los tártaros evidentemente lo había pisado, aplastándolo contra el



suelo, por lo que los ladrones no pudieron dar con él. En cuanto al asesinato del hijo de Spirin y de su cochero, es un suceso frecuente en el país, donde la ley de la venganza impera entre los tártaros, nacidos aquí, y los forasteros rusos.

El juez, sin disputa, poseía indudable experiencia y una imaginación despierta para aclarar con tal rapidez el intrincado asunto; mas cuando vi el llanto de la anciana madre y de la mujer de Mahmet, lamenté que todas las leyes y procesos del mundo fuesen incapaces de devolver la vida al simpático mozo tártaro que tan bien sabía domar y amaestrar los salvajes corceles de las yeguas de su padre. Con estas ideas presencié que un grupo de tártaros trasladaba los dos cadáveres a la loma en la que sus tumbas les aguardaban, y allí mis ojos se fijaron con complacencia en el hermoso rostro de una doncella tártara, casi una niña todavía. Con hondo e indescriptible pesar, pero sin derramar una lágrima ni exhalar un suspiro, contemplaba el cuerpo del robusto Alim, atrayente aun después de muerto. Pensé que el gigantesco y atlético mozo había encendido el fuego del amor en el corazón de la virgen y que quizás el vengador brazo de la justicia cumpliera su sentencia empleando la mano linda y fina de la triste doncella, que no ignoraba a lo que obliga la ley de las praderas.

## CAPÍTULO VII

### Batalla de tarántulas

Cuando se disipó la penosa impresión que nos produjo el drama que acabamos de referir, reanudamos nuestras tareas. La vida es la vida; llora a los muertos, visita sus tumbas, pero continúa su curso llena de energías y anhelos, en pos de la felicidad y de la realización de sus fines naturales.

Al cabo de algunos días fui a hacer estudios al lago Shunet, conocido por ser muy salino y tener una espesa costra de limo negro que desprende fuerte olor a hidrógeno sulfuroso. Viajé con Hak en un cochecillo de dos caballos. El presidiario me había tomado mucho cariño a causa de que yo le trataba como a un igual. Después de recorrer seis millas, observamos que la vegetación de la pradera era menos abundante y que el terreno estaba cubierto únicamente por una hierba de escasa altura y de frágiles tallos, tan rojos como si estuviesen tintos en sangre. Era la *Salicornia*, una variedad de hierba adaptada a los terrenos saturados de sal. Por último, desapareció también, dejando la pradera totalmente pelada y cubierta de cristales de sal parecidos a la escarcha. Eso se llama *Solouchak*.

Cerca de esta pradera muerta vi por primera vez las tumbas de los nómadas primitivos del país. El distinguido etnólogo y arqueólogo ruso, Adrianoff, muerto después en Tomsk, en 1920, por el Gobierno de los Soviets, demostró que esas tumbas son las de los Niguros, quienes llevaban una vida nómada antes de la invasión de Gengis Jan. Dichas tumbas debieron primeramente tener bastante altura, pero ahora se alzan poco del suelo. Solían estar rodeadas de cuatro a seis piedras, altos pilares o monolitos de piedra de Devon traídos a veces desde sitios remotos porque los he visto análogos a ellos a orillas del Tuba y en las praderas entre el Tuba y el Abakan, ambos afluentes del Yenissei. Estos túmulos o dólmenes se extienden en una sola línea recta y desaparecen en la distancia. En algunos de ellos hay todavía inscripciones visibles. Están escritas en signos rúnicos, el alfabeto más antiguo de la humanidad, usado no sólo como medio de comunicación que suplió el poder limitado de la voz humana, dibujando palabras en tabletas o trozos de cortezas, sino para intentar, esculpiéndolas en una materia tan sólida como las piedras de los sepulcros, perpetuar el recuerdo de una vida humana, extinguida, entre las tribus venideras. Por entonces me limité a echar una ojeada a esos dólmenes y monolitos, con los que hice conocimiento más íntimo durante un viaje posterior a través de la región de las tumbas, ese inmenso e histórico cementerio de todas las tribus y pueblos que vagaron por las vastas llanuras del Asia Central, impulsados hacia el Oeste por una fuerza irresistible, a fin de conquistar Europa y destruir la civilización cristiana.

Por último llegamos al lago Shunet, con su marco de lodazales negros y hediondos, salpicados de manchas de sal que brillaban a la luz del sol hasta el punto que, fijándose en ellas, dolían los ojos. No se veía ni un pájaro en las orillas y en la superficie del lago muerto. Este había perecido, pero con gracia, porque en su superficie refulgían los cristales de sal como diamantes, los cuales, aglomerándose en grandes capas y precipitándose en el fondo, formaban una espesa costra que insensiblemente iba llenando el depósito lacustre, chapoteando por los mal olientes marjales... Hak y yo nos acercamos al lago para sacar muestras de su agua y analizarla químicamente y medir su temperatura.

Cuando estuvimos junto al borde nos sorprendió vernos rodeados de un cerco como de coral rojo, de un pie de ancho. No sabiendo lo que podía ser, me incliné y descubrí que lo constituía una masa de bichillos ya muertos y podridos, que eran la causa del insoportable hedor que se notaba en el aire. Guardé en un frasco una buena cantidad de los rojos animalillos y eché agua del lago en él. De improviso vi en la vasija de vidrio unos cangrejos de cinco milímetros de largo que nadaban muy de prisa y tan delicados y efímeros que sólo vivieron muy escasos minutos. Los subsiguientes estudios biológicos establecieron que eran los últimos seres vivos del lago Shunet y se les dio el nombre de *Artemia salina*. Aparte de ellos sólo vivían allí

los *Beggiatoe bacilli*, destruyendo la restante vida en el lago y preparando al mismo tiempo la extinción de éste. Mandé a Hak explorar la hondura del lago. Mi auxiliar se desnudó, se metió en el agua y, cuando se había apartado algo de la orilla, me dijo:

—Parece que se anda sobre cristal.

Aquello me dio curiosidad, y después de quitarme la ropa le seguí.

Encontré que el fondo del Shunet era duro y pulimentado como el cristal o el mármol, estando formado por la sal que durante siglos y por la acción del sol y del viento se había precipitado de la superficie del lago. Recogimos muestras de una sal común excelente, pues tenía una pureza de 99,89 por 100.

Como hacía mucho calor, decidimos, después de nuestras investigaciones, tomar un baño; pero no encontramos en ninguna parte del lago una profundidad mayor de metro y medio, por lo que nos costó trabajo bañarnos. Cuando intentamos zambullirnos, el agua nos empujó hacia arriba como si fuésemos botellas vacías encorchadas. Quisimos nadar, y experimentamos una sensación especial al flotar en la superficie del agua como si estuviésemos echados en el piso de una habitación; pero esta base no era estable, porque algo movedizo y blando nos golpeaba ligeramente la espalda, el pecho y los costados cuando cambiábamos de postura.

—¿Qué diablo es esto?—exclamó Hak, lanzando una alegre carcajada—. ¡Es un verdadero escándalo! Una de las cosas peores que se pueden decir de un hombre es que pesa menos que el corcho, y en este lago el agua me lleva y trae como si yo fuese un tapón: ¿Cree usted que me habré vuelto de corcho?

Hak tenía razón, porque nuestros cuerpos estaban en la misma relación con el agua del Shunet que un corcho con el agua ordinaria.

No conseguimos tomar un baño, pero en cambio hicimos un notable descubrimiento. De repente observamos una cosa que avanzaba hacia nosotros desde la orilla. Sentados en el lago calculábamos lo que podía ser y bruscamente Hak se puso en pie, diciendo:

—Vámonos lo antes que podamos.

Le seguí de mala gana deseando averiguar lo que aquello era. Pronto divisé una inmensa tarántula que andaba por el agua con sus largas y peludas patas sin romper la superficie líquida aunque, como ésta cedía ligeramente al peso de la araña, el bicho marchaba con precaución. Extendía amenazadoramente sus antenas y llevaba alta la cabeza, dispuesta al ataque y a la defensa con la ayuda de su virulento veneno. Pasó junto a mí con el aire belicoso de un acorazado en plan de combate, pareciendo decir:

«¡Cuidado con que nadie se meta en lo que no le importa!»

Nos apartamos con repulsión de la gigantesca araña la cual lentamente siguió su camino a la orilla opuesta.

Cuando por fin salimos del agua sufrimos grandes molestias, pues sentíamos como si nos pinchasen con millares de agujas. Aquellos pinchazos nos lo producía el carácter salino del agua. Al cabo de unos minutos nos vimos cubiertos de pies a cabeza de unas escamas de sal cristalizada que se despegaban de nosotros al doblar las articulaciones o al hacer el menor movimiento.

—Parece —exclamó Hak— como si nos hubiesen roto encima de nosotros todas las ventanas de una casa.

Y el avisado Hak tenía también razón. Al fin nos descamamos completamente, quedándonos, a causa de la sal encarnada e irritada la piel como si nos la hubiesen escaldado. Las molestias del dichoso baño nos duraron bastantes días.

Pasé con Hak dos días a orillas del Shunet haciendo estudios del agua, la sal y el lodo del lago, cogiendo *Beggiatoe* y los cangrejillos rojizos, y coleccionando plantas e insectos.

Realicé varios descubrimientos interesantes, referentes a las tarántulas, que viven en agujeros que abundan sobremanera en las cercanías del lago. Estas cavidades son completamente redondas y tienen dos largos pasajes que conducen en direcciones opuestas desde el extremo inferior del hoyo. De éstos, el más largo es la vivienda familiar de la araña, mientras que el más corto es una fortaleza desde la cual el bicho inicia el ataque a sus víctimas y defiende su hogar de los intrusos, especialmente de los grandes escarabajos de duro caparazón y de glándulas que despiden un penetrante y tóxico olor. Estos escarabajos matan las arañas y las devoran. Para protegerse de ellos, las arañas construyen unos fuertes enrejados de telarañas, especies de alambradas de su reducto, en los que el enemigo queda prendido cayendo en poder de su mortal adversario, la tarántula. Al final de su

fortaleza la araña pone también una pequeña red donde guarda los cuerpos de los bichos que coge afuera y arrastra a su agujero. Estas especies de arácnidos acechan en la hierba y caen con rapidez sobre sus víctimas, matándolas con los dientes o arrastrándolas a sus covachas, metiéndolas vivas en la red fabricada para ello. Encontré una cavidad en la que había cinco grandes orugas encerradas entre los hilos de una fuerte telaraña.

La picadura de la tarántula es muy dolorosa y el sitio picado se hincha terriblemente, causando al paciente una alta fiebre. Me dijeron que las personas picadas por la tarántula mueren con frecuencia a pesar de que se tomen contra el veneno las medidas más enérgicas.

Aunque parezca extraño, el peor enemigo de la tarántula es la oveja, la cual no teme la picadura de la araña y pone la lengua en los agujeros en que ésta se esconde, aguardando a que el atrevido bicho se le agarre a ella con los dientes y las peludas patas, experimentando entonces una sensación agradabilísima a juzgar por la expresión de su mirada y por la rapidez con que se traga al negro arácnido, como si fuese una ostra, sin necesidad de limón ni pimienta.

Ordené a Hak que cogiese para mí los ejemplares más grandes y mejores que pudiese encontrar, y para eso le di un frasco de vidrio bastante capaz, cerrado con un corcho. Mi ayudante aceptó el encargo gustoso, pues atendía con cariño mis menores indicaciones, y aprovecharé la ocasión para decir que de los tres fugitivos era el más listo, el más complaciente y el de mejor carácter.

Sólo una vez observé, hallándonos junto al lago Szira, que se apartaban de nosotros y, bajas las cabezas, cuchicheaban entre ellos, cavilosos y apesadumbrados. Les pregunté el motivo de su tristeza, y Trufanoff, que hacía de cocinero en la expedición, contestó por todos, suspirando profundamente:

—¡Ah! ¿Qué quiere usted que le digamos, señor? No es difícil adivinarlo. Nosotros somos ahora otros hombres; nadie nos mira como a bestias salvajes, monstruos o como a la hez de la humanidad, porque ustedes nos protegen con toda la autoridad de sus respetados nombres; pero esta vida actual terminará pronto para nosotros; ustedes se irán de aquí, y entonces tendremos que volver a los parajes solitarios, que albergarnos en las cavernas, que ocultarnos en las simas, en la maleza de las selvas y hasta en las junqueras de los aguazales inaccesibles. Seremos otra vez lobos acosados o alimañas perseguidas. Sufriremos de nuevo el hambre, las enfermedades y las torturas de la vida errante. ¡Maldito sea! ¡No vale la pena de vivir para hacerlo de esa manera!

El presidiario bajó la cabeza con ademán de anonadamiento, y los demás guardaron silencio; pero al cabo de un instante Hak, con tono de voz desconocido para mí, exclamó:

—¡Bueno, ánimo! Tenemos que vivir y viviremos, aunque sea como las fieras.

Al oír esto, Sienko levantó la brutal cabeza de canosa pelambre, y murmuró:

—Yo tengo que ajustarles las cuentas a los que me denunciaron y no moriré antes de vengarme. A todos les llegará la suya, la hora mala, que me compense de las miserias que he pasado; pero siempre me acordaré de ustedes con gratitud y sentiré tener que dejarles.

Así pensaban nuestros extraños compañeros en las orillas del lago Szira.

Hak tomó el frasco de cristal y salió al campo a coger tarántulas. Le vi que guardaba en el bolsillo de los calzones una botellita con agua.

—¿Va usted a beber agua?—le pregunté asombrado, sabiendo que aborrecía esta bebida y que sólo le agradaba el vodka y el té.

—No; es para sacar a la araña de su agujero—repuso. Cuando derrame el agua en la covacha en que se mete el bicho, como le gusta el agua menos que a mí, saldrá a flor de tierra y entonces lo invitaré a que entre en el frasco.

Regresó transcurrida media hora con la vasija llena de arañas, entremezclados sus cuerpos y peludas patas, que formaban una masa sólida y negruzca. Colocó el frasco en el suelo y, al empezar a estudiar las tarántulas, noté que todos los ojos de la repugnante caterva se fijaban en mí con curiosidad y odio. Iba a echar alcohol sobre la maraña aquella para conservarla en nuestra colección, pero Hak me detuvo la mano, diciendo:

—Espere y presenciara una cosa curiosa. Luego le traeré todas las arañas que usted me pida.

—¿De qué se trata?—le interrogué.

—Eso lo verá usted mismo, y crea que se alegrará de verlo —añadió riendo mi jovial ayudante—. Es algo que recuerda las luchas de los hombres y las vilezas que cometemos.

Se rió de nuevo, y en su voz había tonos de desdén y mofa.

Despierta ya mi curiosidad empecé a estudiar las arañas. Estas formaban una espesa masa sin movimiento; sólo de cuando en cuando se agitaba y contraía una larga pata. La calma duró algunos minutos, y luego en el fondo del frasco comenzó a moverse un bicho completamente negro, dispersando a los otros. Se enderezó sobre sus patas, y, con jactancia, valiéndose de su cabeza y sus antenas, se abrió paso entre aquel enredo. De improviso, con un impulso violento, la araña se arrojó sobre su vecina más próxima y la clavó los dientes: algunos ligeros espasmos y la víctima sucumbió. Embriagada por este primer crimen, la negra tarántula, enloquecida, prosiguió su obra destructora, matando e hiriendo a las otras. Entonces se entabló dentro del recipiente una lucha cruenta. Era imposible distinguir por separado a una sola araña porque peleaban juntas, retorciéndose y saltando, dando y recibiendo pinchazos y mordiscos. El primer agresor, arrollado en el torbellino de la batalla, cayó muerto. Luego vi una gran araña roja desprenderse de la maraña de los combatientes y trepar por las paredes del frasco hasta el angosto cuello de él, donde se apretujó y sostuvo mientras que la mortífera contienda se desencadenaba debajo de ella.

—Es una tarántula joven—exclamó Hak—; joven y astuta, como toda la gente roja.

La araña roja permaneció en su atalaya largo rato, hasta el momento en que la última de las contendientes se quedó sola, malamente herida, agitando débilmente sus patas. La taimada tarántula se lanzó sobre ella para rematarla, y se puso a devorarla con evidente satisfacción.

—¡Bien! —exclamó Hak—; lo mismo sucede entre los hombres que luchan en los grandes pucheros, digo ciudades...

Sonreí a pesar mío, porque el símil no carecía de verdad.

Hak, sin más comentarios, abrió el frasco y esparció las arañas por el suelo. Viendo escapar a la araña roja, murmuró:

—Anda, corre, hermanita araña, que el mundo es tuyo porque eres lista...

Y se fue a coger más tarántulas. Volvió cuando ya había anochecido y se dedicó a preparar el té y la sopa en el encendido hogar. Mientras, yo echaba alcohol sobre los arácnidos, de los que el recipiente estaba casi lleno, y puse al corriente el diario de nuestro trabajo.

Durante la cena Hak, inspirándose en el frasco con las tarántulas, nos entretuvo con uno de sus interesantes relatos.

—A raíz de mi fuga de la cárcel de Atchinsk tuve que ir al Turquestán y de paso a la pradera de los Kirguisos, cerca del lago Balkash, y allí encontré la choza de un hombre en un paraje solitario. Aquel individuo no era kirguiso ni ruso. No pude averiguar lo que era, porque además de expresarse en ruso muy mal, no le gustaba hablar nada de sí mismo. Pasé con él algunas noches y observé que se marchaba en cuanto se ponía el sol y volvía muy tarde, trayendo debajo de su zamarra un paquete abultado. En vela una noche, le vi inclinado sobre una marmita puesta en la estufa, que guisaba algo. Un día se presentaron frente a nuestra choza unos jinetes kirguisos, sartos, y los menos, naturales del Turkestán. Me sorprendió que estuviesen armados, pues sabía la severidad con que las autoridades rusas castigan a los indígenas por el uso de armas. Calculé que eran bandidos y me inspiraron simpatía; ellos comprendieron que yo también era carne de prisión, y se mostraron conmigo comunicativos y afectuosos. Pronto supe que servían como criados a los posaderos establecidos a lo largo del camino de Bojara a Krasnovodsk. Esos posaderos robaban a los mercaderes que regresaban a Bojara y Jiva de los establecimientos rusos de Krasnovodsk, después de vender en ellos sus ganados y caballos, así como sedas, pieles y lanas. Cometían sus robos de un modo extraño.

Como los mercaderes van siempre acompañados de patrullas armadas, los posaderos tienen que emplear para saquearles medios distintos de la fuerza, y para eso añaden a las bebidas que sirven a sus clientes un brebaje llamado «vino de tarántulas». Este se hace con arañas de esa clase, enloquecidas antes de morir por haber sido ahogadas en alcohol, y cocidas luego con varias bayas y hierbas. Es un líquido denso, de color pardo-verdoso y de olor muy desagradable. Unas cuantas gotas de él, agregadas a cualquier bebida, produce casi instantáneamente un estado



de desvanecimiento que pasa al cabo de algunas horas, dejando, sin embargo, en la víctima, una especie de demencia de larga duración, con pérdida de memoria, temblores convulsivos e incoherencia en las ideas y en las palabras. El dueño de la posada roba al comerciante y a sus escuderos durante el sopor, y después sus secuaces les conducen a la pradera y les abandonan allí. Por lo general, la víctima no puede recordar lo que le ha ocurrido, ni dónde estuvo la última vez. Con esto suele terminar la aventura, pero aunque se acordase de todo y en unión de sus .hombres pretendiese recobrar su arrebatada riqueza, tropezaría con los birlescos que se guarecen en la posada a la que le llevó su mala estrella, e inevitablemente sucumbiría a manos de aquella gentuza, elegida entre los asesinos, rufianes y otros sujetos de igual ralea. Tales eran los hombres que llegaron a la cabaña en la que yo estaba refugiado. Supongo habrán comprendido ustedes que el amo de ella fabricaba «vino de tarántulas». Su industria era espantosa, pero, no obstante, le vi hacer muchas buenas obras. De todos los sitios del país de los kirguisos y de los Siete Ríos llegaban a su albergue las personas enfermas que padecían dolores reumáticos: algunas con las extremidades hinchadas, otras con el espinazo doblado y no pocas tullidas o deformadas. El preparador del vino venenoso les recetaba con esmero, sin exigirles la menor remuneración. Les propinaba una infusión de hierbas con una pequeña dosis del terrible vino, que en aquella cantidad no producía tan desastrosos efectos. Luego les ordenaba tenderse desnudos al sol, y tras de algunos días de ese plan curativo se iban totalmente sanos o muy aliviados, dando sinceras gracias a su bienhechor. Todos esos dolientes demostraban al curandero su gratitud, no con regalos, sino de otra manera más conveniente para él; pues le informaban, fiel y oportunamente, de los movimientos de los jueces y de la policía o de los de cualquier otro funcionario del Estado, permitiendo al improvisado médico ponerse en salvo. Debido al carácter de mi santuario, me hallaba en él en lugar seguro y podía desaparecer de sus contornos, como el alcanfor, si un intruso mal recibido acudía a nuestro tenducho. Casi medio año ayudé a mi patrón a hacer su «vino de tarántulas», que tan caro le pagaban los posaderos ladrones. Aprendí a volver locas a las arañas con una varilla de hierro incandescente, y las costumbres de estos bicharracos no tuvieron secretos para mí.

—¿Y por qué dejó usted su albergue?

Movió una mano y dijo indiferente:

—Por una mujer.

—¿Pues qué ocurrió?

—Una cosa muy sencilla—contestó—. El ansia de obtener una crecida suma causó la pérdida de mi amigo y la mía. Una tarde, una señora bien vestida se presentó de improviso en nuestro cubil, y permaneció en él largo rato, encerrada con mi patrón, discutiendo algo sin duda muy importante. Curioso e impaciente, me puse a espiarles. Pronto oí la voz de la señora:

—Bueno, convenido—decía—. Le daré a usted todas mis sortijas y mil rublos además; pero hay que hacerlo sin perder tiempo.

—Por eso no se preocupe usted—barbulló mi amigo en su mal ruso—. Eche diez gotas en el aguardiente que su marido beba antes de cenar, y cuente usted que esa será su última comida. ¡Que me mate un rayo si miento!

—La señora se fue y administró el bebedizo a su marido; mas con tan negra suerte, que las autoridades, sospechando un crimen, investigaron el caso y la prendieron. La mujer, apremiada por el juez, confesó dónde había adquirido el veneno. Inesperadamente cayó sobre nosotros la policía, como un halcón se lanza sobre las perdices, y sólo cuando estábamos esposados y metidos en el coche que había de conducirnos a la cárcel, llegó uno de nuestros agradecidos clientes a prevenirnos que la policía se hallaba a pocos kilómetros de la choza. Lo sabíamos de sobra. Fuimos a parar a la cárcel, y todo por una mujer...

Terminada la historia, Hak encendió la pipa y, levantándose, dijo:

—Me voy a dormir.

Aquella jornada dedicada a las tarántulas me había causado una profunda impresión. Pasé mucho tiempo dando vueltas a un lado y a otro debajo de mi gruesa manta de lana, pensando que sería poco agradable que una negra y peluda tarántula saliese de algún agujero del suelo y me clavase sus dientes en mis pies. Esos alevosos y repulsivos bandidos de las praderas me causaban asco. Los únicos que no me inspiraban aversión eran los que estaban encerrados en mi botella, en la que se hacía

el ponzoñoso brebaje, no para una dama cruel, ni para los salteadores del camino, sino para mi colección zoológica.

Hak, notando que todavía estaba yo despierto, me preguntó con voz de sueño:

—¿No se puede usted dormir, señor?

—No, no puedo—contesté—. Me dan miedo las arañas.

Él bostezó, añadiendo:

—Tranquilícese usted. Ninguna tarántula se atreverá a marchar sobre su cobertor de lana de oveja. Todas huyen de lo que huele a ese animal, hasta la araña roja de marras.



## CAPÍTULO VIII

### La maldición de Abuk-Jan

Faltaba todavía bastante tiempo para que terminásemos nuestras tareas en las praderas del Chulyma-Minusinsk. En el curso de ellas visitamos y estudiamos lagos ricos en sal de cocina, en los que había instalaciones primitivas para extraerla de las aguas salinas; otros que contienen sosa, como el lago de los Gansos y el Saletra; algunos con sales de Glauber, semejantes al Szira, y muchos más. Nos detuvimos en la mina *Julia*, con sus yacimientos de minerales cupríferos, explotados por una Compañía inglesa; vimos depósitos de hierro y manganeso, y penetramos muy al Sur en dirección al distrito de Minusinsk, entre las últimas estribaciones del Gran Altai. A medida que nos internábamos más en las llanuras del Chulyma, a la orilla izquierda del Yenisei, pasábamos con suma frecuencia junto a hileras de grandes y pequeños dólmenes, y a veces frente a grupos de esta clase de monumentos, que marcan el lugar de las *horodyshcha*, o fosa común de las primitivas tribus, barridas de allí por alguna catástrofe.

El país, en el que los tártaros del Abakán acampan con sus rebaños, es un vasto, confuso e histórico cementerio, usado en distintas épocas por los miguros, soyotos, kalchasmongoles, oletos y djungaros y por otras innumerables tribus nómadas, masas hermanas criadas en el ubérrimo seno de Asia, esa madre de los pueblos. Dichas tribus, impulsadas por sus peculiares motivos y razones, habitaron o cruzaron esas dilatadas planicies atravesadas por la cordillera rojiza de los Kisill-Kaya y sus ramificaciones, que la unen al Sudoeste con las montañas del Altai. Allí cabalgaron las hordas de Gengis-Jan el Conquistador, de Tamerlán el Cojo, del terrible Gondjur y del último vástago del Gran Mongol, Amursan-Jan. En tiempos remotos, el mismo camino fue seguido por los mercaderes de Babilonia y Ecbatana y por los belicosos aventureros de las laderas septentrionales del Pamir. Todos ellos dejaron tras de sí las tumbas de los que sucumbían en las empresas, marcadas por esos rojos monolitos o dólmenes. Se puede encontrar en esos históricos enterramientos espadas, flechas, hachas de bronce y hierro, bocados y estribos de cobre y plata, doradas hebillas de bridas y aretes de mujer; pero raras veces se han hallado los huesos de los sepultados, porque el tiempo y la Naturaleza han destruido esas humanas reliquias.

Entre los más numerosos pequeños dólmenes, de trecho en trecho se yergue un arrogante pilar coronado por un remate de pizarra. Son los sepulcros hechos por el sanguinario Gengis Temuchín. Los mandó erigir en sus campos de batalla sobre los cuerpos de sus hijos, sus adalides y sus guerreros, jalonando así la ruta sangrienta del invencible Conquistador. Aun hoy sirven de mojones de los Urales a Pekín y Tasjent, para apreciar las distancias en el territorio, de otro modo no medido.

Un viajero pregunta a un pastor tártaro:

—¿Cuánto hay de aquí al campamento del Azul?

El rústico meditará un momento y contestará:

—Tantas veces cinco como distancia hay de la tumba de Gengis el Chico a la de Kara-Gengis.

De esta manera se miden todavía las distancias en los caminos de las praderas, y esto es todo lo que actualmente significan los monumentos del implacable fundador de los Estados mongoles, indicaciones longitudinales en una pista praderil.

El caminante impresionable cree ver vagar sobre esas tumbas, y sobre aquel océano de verdura, las sombras de los héroes y mártires que perecieron antaño; se siente cegado por los lívidos resplandores de las ciudades incendiadas, que no han desaparecido aún de algún rincón del cielo azulino, y se imagina que todavía resuenan en sus oídos las terribles voces de la guerra y la matanza. Cada piedra parece tener su historia o su leyenda. Quizá en una de esas *cistas* se sentara pensativo el propio Jan cuando, después del gran Kurutai (Consejo), sacó miles de nómadas de junto a la muralla de la China y los condujo al Duiper, empapando en sangre la tierra y llenando los cauces de los ríos y los torrentes con las lágrimas de los cautivos.

Escuché con irresistible pavor y emoción los relatos de las batallas que se riñeron en aquellos parajes, dejando una estela de tumbas y fábulas, y llegó mi ilusión al punto de figurarme que el aire estaba lleno de los gritos jubilosos de los campeones triunfantes y de los ayes y sollozos de los caudillos vencidos. Me parecía que las hierbas susurraban desconocidos romances en loor de los héroes caídos que descansaban bajo los dólmenes, y que aquellos monolitos, con rudo esfuerzo, pugnaban por conservar los nombres de los valientes que hallaron la muerte en el camino recorrido por las razas, los pueblos y las tribus.

Una sensación de honda melancolía me invadió al errar entre los túmulos y las *horodyshchas*, y de mi alma brotó esta exhortación apasionada:

*¿Dónde estáis los que vinisteis de la orilla del Éufrates, de Taring Kerulen o de las riberas del río Amarillo? ¿Qué es de vosotros, los que nacisteis en las montañas de Kuen-Um y de Tian-Chan, en la meseta de Pamir, en el Gran Jingam o en el frondoso Tannu-Ola? ¿No recordáis los anhelos y las hazañas de vuestras vidas? ¿Encontrasteis el reposo o la tortura eterna en el país desconocido al que fue vuestro espíritu cuando vuestro cuerpo mordió el polvo y fue sepultado bajo la cista o el dolmen de piedra roja erigido para conmemoraros y glorificaros? ¿Por qué permaneces silencioso cuando te interroga un ser viviente? Dame una prueba de que algo ha quedado de ti, algo mejor y más duradero que tu carne y tus huesos, que han desaparecido sin dejar rastro.*

Tales eran los pensamientos que ocupaban mi imaginación mientras estudiaba las viejas piedras funerarias de los innominados hacedores de la historia. La mayoría de los pilares y postes eran lisos, pero en algunos hallé inscripciones rúnicas, círculos, triángulos, cuadrados, zigzags, flechas y puntos colocados sin orden aparente, y a veces como si fuesen de la escritura india o tibetana, tan complicada y difícil de leer. En otros había una combinación de puntos trazados a semejanza del encaje del alfabeto mongólico, y en varios comprobé la existencia de caracteres parecidos a los asirios o babilónicos; todos esos jeroglíficos fascinaban por el misterio que los envolvía, prometedor de nuevos y capitales descubrimientos históricos y etnográficos.

Frente a un gran y típico dolmen pensé hacer una fotografía de él. Estaba cerca del Lago Negro, junto al que pasamos dos días estudiando una importante instalación de extracción de sal. El dolmen se alzaba en una pequeña hoyita rodeada de montones de pedruscos y pedazos de mineral de cobre. Era un magnífico ejemplar consistente en diez y seis grandes columnas de unos ocho pies de altura puestas en torno de la tumba, de cuya elevación aun subsistían algunos restos. En los pilares del lado Norte descubrí algunos signos rúnicos repetidos con frecuencia. En el valle reinaba una apacible calma sin indicios de ningún elemento perturbador, y tuve la impresión de que me hallaba en un templo o ante una tumba abierta. Saqué dos fotografías de distintos aspectos del dolmen, y precisamente lo enfocaba con mi aparato, cuando un pastor tártaro, montado a caballo, se acercó a mí.

Me preguntó qué estaba haciendo, se lo dije y movió tristemente la cabeza. Luego soltó a su caballo para que pastase y se sentó a mi lado.

Los dólmenes no le interesaban; pero me enteró de que a corta distancia de nosotros cruzaba el valle el camino del *bagadir*, o bravo guerrero. Le pedí que me lo enseñara. A unos trescientos pasos de los dólmenes una zanja de unos dos metros de profundidad conducía a la orilla del Yenisei. Señalando a la quebrada que terminaba en la cima de las rocosas escarpas a lo largo del río, el tártaro dijo:

—Hace mucho tiempo, antes de que nosotros los tártaros viniésemos aquí del Abakán, algunas tribus, acaudilladas por el anciano príncipe Gun, acamparon en estas praderas. Gun murió en una batalla y su hijo le enterró en la cumbre del monte más alto de los que rodean al Buluk-Kul, y como allí no había piedras duras y rojas para un monumento, bajó cada mañana a la margen del Yenisei, cogía los materiales que precisaba y los transportaba antes de anochecer al lago Buluk. Hay un día de jornada desde el río al lago, y las piedras eran grandes y pesadas, más pesadas que dos toros; pero el hijo de Gun, *bagadir* sin igual, trasladaba sin fatiga esas enormes cargas y andando tan de prisa como un salvaje macho cabrío, hizo con sus fuertes pies esta zanja, lo mismo en el blando suelo de la pradera que sobre la áspera roqueda.

He oído repetidas veces esas tradiciones de caminos hechos por gigantes tártaros en otras partes de la región, y siempre el héroe de ellas es un hijo que transporta piedras de apartados sitios a la sepultura de su padre. Debe ser un tema

de la poesía popular mostrando el homenaje de respeto y amor de los hijos a sus padres. Sin embargo, estas leyendas circulan sólo entre los naturales de los distritos del Yenisei, Tuba, Amyl y Abakán, y más al Sur y al Este nadie me las ha referido.

Aquella misma tarde revelé las negativas que había sacado del dolmen. Mi sorpresa no tuvo límites al observar que no había nada en las placas, las cuales, aunque fueron expuestas como ya dije, no impresionaron ninguna imagen. Por la mañana repetí mi visita al monumento después de cargar mi cámara con placas Lumière de una caja sin abrir. Tampoco al revelarlas encontré nada en ellas. Como eran buenas y nuevas y la máquina me daba excelentes resultados en otros asuntos, deduje que la causa del fracaso no debía depender del aparato. La única hipótesis admisible era que en el valle donde se elevaba el dolmen existiera el raro pero posible fenómeno de la interferencia de los rayos luminosos, por cuyo motivo no pudieran las olas muertas de luz impresionar las placas. Esta explicación hipotética no me satisfizo por completo y resolví no perder más tiempo en fotografiar el curioso túmulo.

Posteriormente, cuando torné a la funesta comarca del lago Negro para estudiar sus yacimientos mineros, sus fuentes gaseosas y los depósitos de mineral de cobre que tanto abundan en esa cuenca lacustre, trabé amistad con algunos jinetes tártaros, entre los que había un *muedzin* o sacerdote. Cabalgando a su lado, a retaguardia del grupo de tártaros, me preguntó acerca de la vida de otros pueblos y yo también le interrogué respecto a las costumbres de sus paisanos.

El *muedzin* o *moulla*, bastante letrado por cierto, me contó ciertos episodios históricos, principalmente de la época de las expediciones de los mongoles a Europa y me relató una historia que yo nunca había oído antes. Cuando Gengis Jan llegó a nuestra pradera atravesando el Amyl, el Kemchik y el Abakán, empezó el *muedzin*, los valientes niguros acampaban aquí. Ya eran sólo los restos de un numeroso pueblo que había dominado en gran parte de Asia y constituido el más poderoso imperio nómada que registran las crónicas. A su derrumbamiento los niguros supervivientes, salvando las crestas de los Sayans y del Altai, se refugiaron en estas llanuras feraces, gobernados por sus janes, legítimos descendientes de los soberanos que los enaltecieron. Más tarde, al irrumpir en estas praderas las hordas de Gengis asesinando a quienes no los obedecían y destruyendo sus caballos y otros ganados, reinaba en el pueblo niguro su último Jan, el infortunado Abuk.

Este monarca envió a Gengis dos emisarios con la petición de que el Gran Caudillo cruzase sus praderas sin causar ningún daño a sus pobladores. Gengis mató a uno de los mensajeros, que era hijo de Abuk, y con ricos dones convenció al segundo para que participase a Abuk que Gengis seguiría la orilla derecha del Yenisei. Dicho jinete, lugarteniente del Jan y persona de su confianza, supo tranquilizar a su señor y disuadirle de que preparase la defensa. Los ejércitos de Gengis le atacaron de noche y le vencieron fácilmente. Abuk cayó prisionero y fue degollado, pero dirigiéndose al cadalso, exclamó:

«¡Maldición sobre todos y sobre todo! ¡Ay del hombre que profane el sitio donde yo muero! ¡Mi venganza será terrible, porque mi alma, como una niebla de otoño, flotará siempre en este lugar!».

—Así habló el Jan Abuk—continuó el *moulla*—. Gengis, con sus guerreros y magnates, seguía su marcha cual una llama destructora. Los niguros que no perecieron en la espantosa carnicería rodearon el sitio en el que sucumbió su jefe con piedras rojas, en las cuales trazaron sus palabras de odio y maldición eterna. En cierta ocasión vinieron unos hombres proyectando llevarse las piedras con sus inscripciones; pero uno murió derribado por un caballo y el segundo se ahogó al cruzar el río en un bote. Unos tártaros supusieron que en la tumba del Jan había enterrados cuantiosos tesoros y proyectaron apoderarse de ellos; pero al empezar a cavar surgió una humareda y les impidió ver la tierra; sus azadas tropezaban sólo en duras breñas de las que salió fuego y polvo. Tres de los cavadores quedaron ciegos y el cuarto fue muerto al huir hacia el río por el sendero escabroso. Algunos años después un artista ruso deseó pintar la sepultura de Abuk Jan; pero por último se alejó de ella desprovisto, pues vino tres veces delante del monumento y nunca pudo ver las piedras, a causa de envolverlas unas densas nubes que subían de la tierra.

—Enséñeme esa tumba—le rogué—pues me ha gustado y me complace en extremo conocer los sitios misteriosos en los que un enigma aparente puede ser el ropaje que cubre alguna razón natural.

—Pasaremos junto a ella —repuso el *muedzin*—, puesto que vamos a descansar a orillas del Lago Negro, donde nos espera un *Kunak*, un amigo ruso.

Proseguimos el viaje entreteniéndonos con toda clase de cuentos. Al cabo, uno de los tártaros que iba delante de nosotros, se volvió en la silla y exclamó:

—¡El sepulcro de Abuk Jan!

Lancé una exclamación de sorpresa. Era el dolmen que yo no había podido fotografiar.

*¡Ah!—pensé—. ¿Pondría el viejo Abuk su mano sobre las lentes de mi Zeiss?*

Acuciado por esta nueva curiosidad, decidí hacer un intento definitivo. Por la noche preparé placas de confianza; cargué mi máquina, esmerándome en todos los detalles y aguardé la mañana con la impaciencia de quien se propone ir a una atrayente y peligrosa partida de caza.

A las nueve en punto estaba otra vez frente al dolmen. Brillaba el sol. Los rojos monolitos parecían ígneos lingotes de acero. Di la vuelta al sepulcro, escogiendo tres sitios e hice dos instantáneas y una fotografía de veinte segundos largos de exposición. Luego esperé a que llegase la noche para revelar las embrujadas placas tiradas ante la tumba del iracundo soberano que lo maldijo todo.

A medio día regresó el profesor y después de comer nos dirigimos a una población próxima a la orilla del Yenisei, desde la cual teníamos que ir embarcados al Sur para reconocer algunas capas de sal, por si eran nitratos, según nos habían informado.

Nuestro coche rodaba suavemente por la amena campiña, y nos seguía un carro con los trabajadores y el equipaje. A la salida de una aldea un perro saltó de detrás de un dolmen. Los caballos se asustaron y volcaron el carruaje a la derecha del camino, arrastrándolo algunos pasos y despidiéndonos de él. Yo caí en un montón de guijarros y me torcí y lastimé el brazo izquierdo que desde entonces tengo más corto y débil que el derecho. Inútil decir que en el porrazo se hizo pedazos mi máquina fotográfica, tan completamente, que las lentes Zeiss y los paquetes de placas quedaron reducidos a polvo.

Cuando me levanté, lleno de cardenales y con un agudo dolor en el brazo izquierdo, no pude contener esta imprecación:

—¡Abuk, que los diablos te abrasen en el infierno por tu estúpido odio!

El profesor, que había perdido las gafas y que sacó roto el reloj, me oyó con asombro y me preguntó el significado de mi apostrofe. Le referí la historia de Abuk, así como mi duelo fotográfico con él, y sonriendo me dijo:

—Sí que la coincidencia es extraña y sí que el tal Abuk es un sujeto de cuidado.

Yo estaba furioso, avergonzado y maltrecho, y nunca me he olvidado del maldiciente y maldito niguro.

El Gran Gengis Jan tendría sus razones para degollar a Abuk; pero debió obligarle a firmar un contrato a fin de que no fuese un bandido después de muerto.

## CAPITULO IX

### Una boda en la tribu nómada

Durante todo el verano y hasta muy entrado el otoño, recorrimos la pradera entre las montañas de Abakán y el ferrocarril siberiano. Visitamos la orilla izquierda del Yenisei, en la que acampan los tártaros del Abakán, una tribu mezclada, compuesta de los restos de las varias naciones mongolas que atravesaron la llanura y dejaron en ella muchos de sus miembros. Estos tártaros han resistido a la civilización, y hoy tienen la cultura de los siglos XIII y XIV, que tanto se diferencia del régimen social y político que existe en toda Asia. La ley de Gengis y la denominada «de las praderas», confundidas con los preceptos coránicos, perdura allí y no está modificada ni adulterada por ninguna influencia actual.

La constitución de la familia tiene todas las características propias de las tribus que llevan una vida nómada y belicosa, en la que la mujer no es sino un objeto de lujo. Carece de valor, puesto que el guerrero nómada, expuesto a morir en cualquier momento, no desea lazos que le aten permanentemente al hogar. La posee hoy y mañana la abandona sin escrúpulos; mas cuando se ve obligado a huir ante el enemigo, suele matarla con su cuchillo para evitarla caer en manos de sus perseguidores. Y si la vida de estos nómadas es más tranquila, considera a la mujer como una bestia de carga, forzándola a trabajar desde el alba a la puesta del sol, sin sentir por ella, no ya amor puro y espiritual, sino ni siquiera respeto. Esta falta de afecto y consideración a la mujer se refleja claramente en la vida de familia, en la que la mujer es siempre una criada y una esclava, suerte de la que sólo la casualidad puede librarla.

El tártaro busca su mujer entre las hijas de sus conocidos; pero, siguiendo la costumbre oriental, nunca aborda el asunto con la muchacha, e incluso elude hablar con ella. Envía regalos al padre, a quien dice luego el casamentero:

—Mi *kunak*, al salir el sol mañana, vendrá montado en un potro overo a rondar su *yurta*, y tirará al suelo la pintada correa.

—Diga a su *kunak*—responde el padre o el hermano—, que es un bandido, y que le recibiremos a tiros si vuelve a acercarse a nuestro rancho antes de que mañana se oculte el sol,

Después de estas frases de ritual, el casamentero es obsequiado con valiosos presentes, para él y su representado. El mozo tártaro, cumpliendo su promesa, cabalga alrededor de la *yurta* y deja caer la correa con un lazo puesto en ella. Antes de que oscurezca, los padres atan las manos de la joven con la correa del pretendiente y la abandonan en la pradera, cubierta con un velo. Al anochecer llega el galán, coloca a la muchacha a la grupa y corre a su *yurta*. En esta parte de la ceremonia debe andar con cuidado y manejar su caballo con maestría. Cuando pasa cerca de la tienda de la novia, el padre o el hermano mayor de ésta da la voz de alarma, y hace varios disparos contra el jinete, apuntando a la cabeza de su caballo. Si el raptor no oye el grito y no es capaz de parar en seco a su montura, puede resultar muerto o herido. Esto acontece con frecuencia, aunque por otro motivo. Cuando el padre es viejo y no tiene hijos, ordena a uno de sus servidores que dispare contra el jinete, y sucede a menudo que estando el servidor enamorado de la hija de su amo, y deseando casarse con ella para ser ciudadano libre de la pradera, viendo sus esperanzas en peligro de frustrarse, suprime el aviso previo y procura alojar una bala en la cabeza de su rival. Si es buen tirador, el desgraciado novio cae pesadamente de su caballo, y una nueva esperanza surge en el corazón del enamorado siervo, el cual corre a la joven, la desata las muñecas y tal vez la murmura palabras sencillas de primitivo amor, tan espontáneas como la vegetación de los prados.

Si el novio consigue llegar con su elegida a la tienda en que mora, la pone en el suelo, permaneciendo él a caballo, y sujetándola por la correa la conduce alrededor de su *yurta*; luego corta el nudo y la hace entrar a su nueva casa. Con esto terminan los



ritos, y al día siguiente la juvenil pareja manda a los padres de la novia el *kalijen* o porción matrimonial, que consiste en ganado, dinero y otros presentes, que los padres estipulan previamente.

Tales matrimonios, en los que sólo se toman en consideración los deseos del hombre, y en los que la mujer no tiene ningún derecho a protestar, son causa de frecuentes tragedias en la vida campestre. Ya he hablado de los suicidios entre las infelices esclavas, pues no son otra cosa las mujeres de los tártaros. Hay también dramas distintos, creados cuando la flor roja del amor se abre en el corazón de las mujeres, y con el amor se manifiestan los celos salvajes, desmedidos como las sabanas de verdura, como los arenales inmensos, como las montañas terribles y peladas, como los glaciales vientos del Norte...

Las mujeres poseen el secreto de preparar venenos obtenidos de las bayas de la cicuta y de las raíces del *gazam*, una planta misteriosa que es muy buscada por ellas; para conseguir la cual, hasta roban los potros más hermosos de las yegadas de sus maridos. Los curanderos o chamanes ayudan a las desengañadas esposas, y conociendo las propiedades medicinales y tóxicas de las hojas y las hierbas, fabrican a su gusto filtros de amor, amuletos e infalibles tósigos para la rival, la nueva favorita o para el indiferente marido.

No hace más que tres años que he atravesado de nuevo esas praderas donde durante siglos han pastado millones de cabezas de toda clase de ganado. ¡Eran una desolación! Los tártaros habían huido al Sur, allende la frontera de Mongolia, escapando de la desatentada furia de los Soviets, y la hierba sólo se usaba para encender hogueras, cuando la campiña no era devastada por la langosta. ¿Era un castigo de Dios, la maldición de Abuk Jan o la venganza de las agraviadas sombras de los grandes jefes y héroes de las tribus extinguidas?

Hallé innumerables cadáveres de los tártaros asesinados por los bolcheviques, y un sin fin de osamentas de las reses que pertenecieron a sus rebaños.

Cerca del Lago Negro, donde veinte años antes acampé con mi sabio profesor y con los fugitivos de las prisiones rusas, vi los quemados edificios de la refinería de sal y las ruinas de las casas. Sólo quedaba en pie una cabaña, habitada por el guarda y su familia en espera de la muerte, que seguramente vendría. Como un símbolo de esa trágica y desesperanzada vida, divisé en la cumbre de la montaña, claramente proyectada sobre el fondo de un cielo limpio de atardecer primaverales, la oscura forma de un lobo. Estaba inmóvil como una figura de bronce; luego, de improviso, levantó la cabeza, tendió el pescuezo y lanzó un aullido. Aulló largo rato, rabioso y amenazador, como si llamase a la muerte, la ruina y el olvido.

\* \* \*

¡Adiós los días de mi mocedad! ¿Dónde están los pensamientos e ideales de mi juventud? ¿Era esto lo que yo esperaba de la vida y la civilización cuando hace veinte años vagué entre esos dólmene, escuché la leyenda de los siglos muertos y soñé que una poderosa cultura lograría detener la mano destructora que aniquila a aquellas tribus moribundas? Cuando trabajé allí por el progreso y la ventura de la humanidad, a fin de conceder un destino mejor a esa tierra interminable, tan fascinadora por su sencillez, ¿eran esos los cuadros que yo pensé contemplar, en el porvenir? Finalmente, ¿era esto lo que yo me figuré conseguir de la revolución, el fenómeno más total del progreso, cuando en nombre de este ideal y como protesta contra la criminal injusticia del Gobierno del zar, me arrojé convencido a la vorágine de la primera revolución, y por mi celo de neófito languidecí un par de años en los presidios imperiales? ¡No! No era todo eso lo que mi alma ambicionaba. El pueblo afirma que la revolución es un progreso. ¿Siempre?

El país de la muerte y de las tumbas, o sea las praderas en el Chulyma-Minusinsk con los murmullos de sus hierbas y piedras, coincide con la opinión de Hak, emitida al separarnos de nuestros extraños ayudantes, no lejos de Minusinsk y al finalizar el mes de septiembre.

—Mal lo pasaremos sin ustedes; pero no les envidiamos el porvenir que les aguarda. Nosotros sufriremos hambre y frío y otras penalidades sin cuento, pero respiraremos a nuestras anchas en la libertad de los bosques, mientras que ustedes, en las ciudades, lucharán con las perfidias y las maldades de la vida, que cada año es

más insidiosa y traicionera. Ustedes morirán, y al morir oirán los quejidos y clamores de los que perecen asfixiados por las ciudades.

Estrecharon nuestras manos con efusión, nos miraron fijamente a los ojos y se fueron, volviendo a su angustioso vivir; marcharon a lo desconocido, en fila india, como los lobos que se esconden en la maleza, puesto que odiaban y temían los caminos hollados por las plantas de los hombres, y aún más el tumulto de las ciudades y la bellaquería de sus habitantes. En la linde de la espesura se detuvieron y escudriñaron las cercanías, silenciosos y vigilantes.

Me recordaron al lobo del Lago Negro, que aullaba rabioso porque el progreso de la humanidad le condenaba al hambre y a muerte. También desde la altura maldijo, como Hak, la vida desleal y bajuna de las aglomeraciones urbanas, como Hak, el hombre fiera, el pobre criminal impulsivo, cuya alma triste y hambrienta tan bien sabía agradecer una palabra de consuelo y el menor asomo de conmiseración.

# **SEGUNDA PARTE**

**El país de los tigres**

## CAPITULO X

### La perla del este

Entre el río Amir, la frontera coreana, el Océano Pacífico y el territorio de la Manchuria se extiende la región del Usuri. Está atravesada por este río, con sus afluentes el Sungacha y el Daobi-Ho, y dividida en dos partes: la cuenca del Usuri y la vertiente marítima, por los montes Sijota-Alin. Es un país extraño, una mezcla del Norte y del Sur. Los pinos, abetos, cedros y abedules septentrionales crecen junto a los nogales, limoneros, alcornoques, palmeras dimorfas y viñas. El reno, el oso pardo y la cebellina viven en el mismo bosque que el tigre, la boa constrictora y el lobo rojo. En las aguas de los lagos y en los pantanos habitan, además del hanka, ganso norteño, los cisnes y los patos, confundidos con el cisne negro australiano, el flamenco indio, la garza china y el pato mandarín. ¿Es un enigma o una broma de la Naturaleza?

La leyenda, esa flor del pensamiento y del sentir del pueblo, dice:

*Cuando Dios terminó la creación del mundo y distribuyó por doquiera árboles, frutas, hierbas, mamíferos, aves y reptiles, sólo una parte de la tierra quedó desnuda y sin vida: el país cruzado por el río Usuri. El Espíritu del Río gritó en alta voz:*

«Creador, tú que has prodigado sobre toda la tierra tus magníficos dones, ¿por qué no te acuerdas de mis riberas? Sé compasivo y derrama en ellas tus mercedes según tu sabiduría y misericordia».

*El Señor oyó la invocación del Espíritu del Río, y, tomando de acá y de allá algunas plantas, animales, pájaros, reptiles y piedras preciosas, los esparció por todo el territorio del Usuri. La tierra dio flores en seguida y se llenó de vida, acudiendo numerosas tribus a ella en busca de felicidad y riqueza.*

Tal es la leyenda, y el naturalista Maack, que ha visitado esa región, declara en sus notas que desde el punto de vista de la filosofía natural, nada tiene que opinar contra ella. Los exploradores rusos llaman desde tiempos remotos a la región del Usuri «la perla del Este», y tienen razón.

Fui a Vladivostok por orden del gobierno ruso para estudiar los mercados del Extremo Oriente y esto me permitió adquirir un cabal conocimiento de la comarca y de su valor económico. A poco de mi llegada me eligieron secretario científico de la sección oriental de la Sociedad Geográfica rusa, lo cual me dio entrada libre en las bibliotecas, museos y archivos, facilitándome notablemente mis estudios personales.

En el curso de mis investigaciones químicas y geológicas sobre los depósitos de carbón diseminados en el territorio usuriano y a lo largo de la costa del Pacífico en las posesiones rusas, visité y viajé por gran parte de la provincia del Usuri, la isla de Sajalín, la península de Kamchatka y las costas del mar de Behring. En estas excursiones recogí muchas impresiones e historias de la vida en esas comarcas poco conocidas, algunas de las cuales intentaré referir en los capítulos siguientes.

Mediaba febrero cuando llegué a Vladivostok y el brillante sol de aquellos orientales parajes irradiaba grato calor. Los árboles retoñaban ya, los prados renovaban su alfombra primaveral de hierba, se engalanaban las laderas de las montañas y en los valles florecían las violetas y los lirios.

La ciudad se halla situada en las costas de una honda bahía, llamada Cuerno Dorado, y cubre también la península de Egersheld. En las islas rusas, opuestas a la ciudad, se destaca la fortaleza, sobre la que los enormes cañones asoman con curiosidad sus amenazadoras bocas.

La población, con su sólido conjunto de edificios de ladrillo y la no escasa cantidad de casas de madera esparcidas en ella, trepa de terraza en terraza hacia la estación meteorológica, llamada «El nido del Águila». Los edificios oficiales, los del ferrocarril y las tiendas, bancos y cuarteles, ocupan la primera terraza. Sobre la parte oficial y europea de la ciudad se levanta el barrio japonés, que vive con su peculiar modo de ser, traído de la tierra del Sol Naciente.

Más allá, detrás de la montaña, existe un montón de deshechos humanos: chozas medio escondidas en la tierra, paredes derruidas, tejados casi destruidos y un sin fin de corrientes de hediondo fango que salen de las calles y esquinas. La gente se hacina allí, viviendo como ratas de alcantarilla. Visten pantalones de algodón, blancos o encarnados, llevan el pelo cómicamente recogido en un moño, más bien nudo o penacho, y se tapan la cabeza con un sombrero hecho de crin de caballo, de la forma de los que usan los segadores, debajo de los cuales parecen pájaros enjaulados, con sus caras pequeñas, tostadas y sucias. Se expresan en un lenguaje gutural, que recuerda el ladrido de un perro. Estos harapos humanos son los coreanos, los hijos del País de la Calma Matinal. En ese barrio, en esas topineras, en ese laberinto de callejuelas fétidas y fangosas, en esas bahorrinas de los detritus de la ciudad, esos extranjeros viven fuera de la ley, separados de los demás habitantes. Sólo a veces, cuando una epidemia de cólera, viruela o peste estalla, las autoridades rusas ordenan a los coreanos dejar el distrito de la fortaleza, y so pena de severos castigos, les obligan a irse, helados y hambrientos, en dirección a la frontera de Corea, hacia las orillas del río Turnen. El barrio es incendiado, por ser el fuego el desinfectante más enérgico, y al cabo de un año, sobre las calcinadas ruinas de las chozas y de los antros, se levanta una nueva ciudad y otros coreanos llevan igual vida, dedicados al robo, a la gallofa, a la pesca de cangrejos y a embrutecerse más en unos sórdidos fumaderos de opio que sirven de guaridas secretas a los criminales de la peor estofa. La policía vacilaba en personarse en esa maraña de sinuosos callejones, donde acecha el peligro detrás de cada esquina.

Así era aquel suburbio coreano. Allí se refugiaban osadas cuadrillas de bandidos, que pululaban en Vladivostok aun en pleno día, asaltando las tiendas y los Bancos, y apoderándose de las personas ricas, para exigir por ellas crecidos rescates desde sus tugurios inaccesibles para la policía y los jueces. Cuando empezó la guerra entre Rusia y Japón, yo estaba en Vladivostok y me enteré de que del barrio coreano partían las dos galerías subterráneas destinadas a volar las principales fortalezas de la plaza, y de que todos los espías, que eran perseguidos activamente por la policía, desaparecían entre las turbas de los misteriosos, callados y aviesos hijos de la Tierra de la Calma Matinal.

La mala fama del arrabal coreano llegó a mí el primer día de mi estancia en Vladivostok.

Una luna espléndida iluminaba la bahía y la colina. Las estrellas, precisamente sobre el mar y la montaña, lucían con brillantez. Cuando mis amigos me aconsejaron subir al cerro que domina la ciudad para contemplar el hermoso panorama del mar alumbrado por las claridades estelares, me guardé en el bolsillo el revólver, del que nunca me separo en mis viajes, y trepé por las calles que conducen a las explanadas superiores. Pronto me puse junto a las últimas casas de la ciudad, y luego crucé entre barracas hechas de tablas de cajones y de otros toscos materiales. Después dejé atrás estos chamizos y pisé las laderas herbosas de la montaña, cuya cima se hallaba coronada por un grupo de arbolillos, retorcidos y achaparrados por los vientos y las nieblas.

Desde allí disfruté de una vista magnífica. A mis pies se extendía la ciudad, bañada en la luz eléctrica de las casas y las calles, que zumbaba, con la mezcla alborotada de sus voces y ruidos. Más allá, en la oscura bahía, columbraba las luces multicolores de los bosques, con las largas filas de las resplandecientes ventanillas en los transatlánticos y los terribles cruceros blancos; los confusos perfiles de la isla Rusa con las diseminadas y casi invisibles lucecillas de los fuertes; un haz de rayos luminosos que aparecía y desaparecía partiendo del faro del rocoso islote de Skriploff y tras la negra masa de ese peñascal, reinaba en el mar, poderoso, como un rey absoluto.

Me saturaba del placer de un espectáculo que la noche había preparado para mí, cuando una voz ronca y ruda, que a la legua denotaba sus simpatías por el alcohol, me sustrajo bruscamente de mis sueños y disipó con brutalidad mis encumbrados pensamientos.

—Déle usted algo a un oficial licenciado— fueron las palabras que masculló en mi presencia un hombretón con un nudoso garrote en la mano y una gorra puerca de oficial en la cabeza. Yo estaba familiarizado con ese tipo de borracho, incapaz de trabajar y vivir normalmente. A esos hombres les llaman «los desarrapados». Cogí del



bolsillo unas cuantas monedas de plata, que le entregué, y él, sonriendo irónico y haciendo bailar en su palma las monedas, que brillaban a la luz de la luna, gruñó:

—¿Nada más que esto para un hombre que puede tener lo que se le antoje?

Y al mismo tiempo me amenazó con su fuerte estaca. Sin contestarle, saqué del -bolsillo mi revólver, y mirando a mi atracador, volví a colocarlo en donde lo había retirado.

—¡Ah, dispense usted!—dijo el forajido saludándome militarmente—. Así debió usted empezar a hablar. Buenas noches, señor.

Y se fue tropezando y tambaleándose, pero blandiendo su garrote, si bien de cuando en cuando me miraba a hurtadillas, temeroso de que una bala maüser se le metiese en los riñones. Era uno de esos desgraciados que viven como alimañas en las madrigueras del arrabal cercano y que sólo de noche se lanzan en busca del alimento y el botín.

La población de Vladivostok es un rompecabezas etnográfico y una mixtura de ideas y convicciones morales totalmente divergentes. Se compone de oficiales rusos que beben y hacen fortuna cometiendo toda clase de tropelías, si no van a parar a la cárcel; oficiales borrachos y jugadores, comerciantes especuladores, pequeños industriales que usan y abusan del trabajo barato, no protegido por las leyes; bandidos, tratantes en esclavos, monederos falsos, estafadores y seres sin profesión, con toda clase de habilidades para ganar dinero sin trabajar; en suma, de la hez de todas las comarcas y naciones, entre la que es fácil reclutar personal para las más arriesgadas aventuras y expediciones, tales como ir por oro a las costas del mar de Ojotsk, viajar en velero a las islas Commander o traficar con los naturales de Kamchatka y Anadyr, donde un vaso de aguardiente y media libra de pólvora mojada es el precio de una cebellina o de la piel de un castor.

Esta población, tan equívoca moralmente considerada, fue el lienzo en que se dibujó la historia primitiva de la ciudad. Durante los primeros años de su desarrollo no pasó de ser una pequeña fortaleza rusa, cerca de la cual se creó una aglomeración urbana, con bares, restaurantes sospechosos, garitos y todos los nidos de los parásitos sociales que son la plaga de la vida fronteriza. Más tarde aparecieron en escena nuevos personajes: dos marineros alemanes desertores de un barco; un holandés perseguido por la justicia; un sueco y un finés volcados en la costa del Pacífico por la fatalidad. Pronto se les unió un fugitivo ruso, probablemente escapado de la *Katonga*, y juntos abrieron un tenducho en el que vendían vodka, tabaco, vino, cerillas, bujías, sardinas y cuerdas, que eran sus principales artículos. La tienda carecía de importancia *per se*, pero sus propietarios se hicieron ricos con pasmosa rapidez, compraron tierras y edificaron sólidas casas en las que ahora son calles céntricas de la ciudad.

Para conocer las causas de su éxito hay que mirar fuera de su tienda y hasta fuera de la región. La banda de audaces aventureros amplió sus negocios al mar abierto, equipando varios veleros de poco porte, pero de mucho andar, con los que, bien armados, atacaron los buques pequeños japoneses, chinos y americanos dedicados al transporte de pieles, ginseng, mogotes primaverales de ciervos, oro y otras mercancías compradas o robadas dentro de los límites del Extremo Oriente ruso. Todas estas presas se escondían en lugares seguros hasta que podían ser vendidas. El lucrativo negocio del grupo internacional de aventureros duró varios años y elevó a sus promovedores a honrosas posiciones en la capital, hasta que les permitió abandonar sus empresas marítimas y ocuparse de otros asuntos menos provechosos, pero enteramente legales.

Cuando un celoso fiscal inició una investigación para averiguar el pasado de aquellos potentados del Extremo Oriente, pagó con su vida su excesivo amor a la justicia. Le invitaron a una cacería de gamos, y su mala suerte hizo que le dieran un tiro en la cabeza. Con su muerte se acabaron los intentos para aclarar con luz purificadora los sombríos comienzos de los «honorables ciudadanos». Algunos de ellos vivían todavía durante mi permanencia en Vladivostok. Todos les saludaban con respeto; pero a sus espaldas referían los sangrientos detalles de sus aventuras y sus piraterías frente a las costas del mar Pacífico.

## **CAPÍTULO XI**

### **La garra del tigre**

Con la primavera empezaron mis correrías por el país. Durante la Pascua exploré, con un grupo de cazadores, dos islas situadas cerca de las costas del promontorio Muraviseff-Amurski, en la bahía de Pedro el Grande. Dichas islas son las llamadas Record y Putiatin.

La primera de ellas pertenece a un círculo de cazadores, que la ha convertido en coto de venados. La isla posee una extraordinariamente rica y abundante cantidad de hierba, muy apreciada por los ciervos. Cientos de venados se refugian en ella, siendo extraño que no la abandonen nunca, ni aun cuando el mar se huela y les deja libre el acceso al continente. Por fortuna para los cazadores, no sólo se quedan, sino que otros penetran en ella, indudablemente atraídos por la abundancia de los pastos.

Una vez al año organiza el círculo una gran cacería con sabuesos, pero sólo se matan corzos, a fin de conservar en la isla de Record, como en la Askold, el mayor número posible de ganado adulto.

Pasadas las fiestas de Pascua, visité la isla Putiatin, en la que conocí a la familia de un colono polaco apellidado Yankowski, cuyo padre había sido desterrado en Siberia por revolucionario, a raíz de la tentativa de Polonia para recobrar su independencia en 1863. Tenía montada allí una excelente parada de caballos de carreras y cultivaba el suelo, dedicado con éxito a la horticultura y jardinería. Vivía con una hija y dos hijos.

La hija, de diez y seis años, era una valiente muchacha que montaba caballos salvajes y echaba el lazo a los potros de sus yeguas con la osadía y la destreza de un cow-boy. La vi cabalgar en un animal sin domar aún y desaparecer veloz como el viento en la lejanía del llano, para regresar al cabo de una hora con el caballo lleno de espuma y dócil como un corderillo.

Los hijos de Yankowski eran dos muchachotes fuertes y decididos, de pecho desarrollado, anchos hombros y ojos que la alegría y el arrojo hacían relucir. Con facilidad se veía que, pese a sus aún cortas vidas, sabían lo que eran aventuras y que no temían a los peligros. Nos contaron que durante los ataques de los piratas y los hunghutzes a la isla combatieron al lado de sus mayores y les ayudaron a rechazar al enemigo; pero ellos no nos hablaron de sus hazañas, lo que probaba, además de su modestia, su positivo valer moral. Pasé un día en la isla Putiatin, inspeccionando con mucho gusto la yeguada del colono polaco y su cuadra de caballos de raza, al paso que estudié unas capas de superior arcilla china o kaolín. A poco de regresar a Vladivostok, supe que uno de los hijos de mi compatriota había escapado de la muerte, casi por milagro, al día siguiente de mi visita.

Los dos muchachos, después de ensillar sus jacas y de coger sus escopetas para ir a cazar patos, atravesaban el bosque en dirección a la playa, donde muchas aves acuáticas se detenían durante su vuelo al Norte, en la estación primaveral, y como el sendero era estrecho y sinuoso como el rastro de una serpiente entre la broza del monte, iban en fila india, cuando el más joven, que marchaba detrás, atisbo una zorra que desapareció en seguida entre la espesura. Levantándose sobre los estribos, el muchacho detuvo a su caballo, con la esperanza de poder matar a la raposa, y entonces oyó un rugido terrible, seguido de los gritos de su hermano. Puso el jaco a galope y no tardó en llegar a un pequeño claro del bosque, en el que vio un espectáculo espantoso que heló la sangre en sus venas. Con su montura a todo galope, su hermano corría en ella, echado hacia atrás sobre el lomo del animal. Un tigre, con una pata agarrada al hombro del joven jinete, iba arrastrado por el caballo, arañando la tierra y las matas del sendero, incapaz, a causa de la posición en que estaba, de clavar su tercera garra en la carne del noble bruto.

El pequeño Yandowski fustigó a su jaco y comprendió lo grave del trance. Su hermano empezaba a desmayarse, porque la fiera colgaba con casi todo el peso de su hombro desgarrado, del que brotaban hilos de sangre. El muchacho se acercó con

cautela al tigre, y cuando la bestia volvió a él su feroz cabeza, la dio un tiro en el oído con su revólver. El animal se desprendió del caballo y del jinete y se deslizó inerte hasta el suelo, y allí le remató a balazos el bravo mozalbete antes de acudir en auxilio de su malherido hermano. Luego ayudó a éste a desmontar, le vendó las heridas con trozos de su camisa, que rompió para ello, y le condujo a su casa. Hecho esto, volvió con un criado al sitio de la lucha, desolló el tigre y se llevó la piel como trofeo de su victoria.

Así son los jóvenes que tratan íntimamente con la Naturaleza y viven entre temerarias aventuras y continuos riesgos que exigen valor, presencia de ánimo y voluntad firme. La Naturaleza, aunque dura, es la mejor escuela para la juventud, de la que depende la suerte, la felicidad y la grandeza de las naciones.

## CAPÍTULO XII

### El mar saqueado y el rastro sangriento

En cierta ocasión, durante mis estudios de los depósitos de carbón y oro, tuve que visitar la bahía de Possiet y su puerto principal, Nijerodski, situado en la parte meridional de la región del Usuri, cerca de la frontera ruso-coreana.

Novokiyevsk, una pequeña ciudad militar, con una guarnición y varios oficiales, se alza en la costa de la bahía. En otro tiempo se pensó levantar allí un fuerte para la defensa del país de los agresores del Sur; pero no se realizó el proyecto, la población siguió solitaria en su posición extraviada y sus habitantes se hicieron borrachos y jugadores, suicidándose muchos, poniendo los más en práctica tan extraños modos de divertirse, que creó vale la pena de dedicar a referirlos este capítulo.

La ciudad está rodeada de un bosque muy espeso y se halla próxima a la frontera de Corea. Aquí y allí se encuentran *fang-tzu*, o casas de cazadores, especialmente chinos. Embarcaciones de poco tonelaje hacen el servicio entre Vladivostok y la ciudad, transportando escaso número de pasajeros, porque Novokiyevsk, desde el punto de vista industrial y comercial, carece de importancia, y no atrae a nadie.

Sin embargo, se pueden ver en el bosque que rodea a la ciudad numerosas veredas y curiosas edificaciones, barracas bajas escondidas entre la vegetación y medio escondidas en el terreno, con tejados hechos de leños cubiertos de hierba y arbustos. Me dijeron que se llaman *zasidki*, es decir, escondites para cazar bestias y pájaros. El oficial Popoff, que iba de caza conmigo, hablando de los *zasidki*, sonrió y dijo:

—Son puestos para los cisnes blancos. Nuestros cosacos los construyeron hace ya tiempo; pero también los usan ahora, aunque más raras veces.

Por entonces no le pedí más detalles, a pesar de que me sorprendió en extremo que los cosacos acecharan a los cisnes en el bosque y no en las orillas del lago. Algunos días después recibí una contestación a mi pregunta mental, de una manera totalmente inesperada.

Fui a recorrer las costas de la bahía Possiet, y cruzaba ésta en un vaporcito militar. Me sorprendía no ver señales de vida, ni siquiera esas plantas marinas que crecen con tanta abundancia en todas las bahías del mar del Japón. El capitán del buque me explicó la causa con tono de no disimulada amargura:

—¡Ya sabe usted cómo arregla los asuntos nuestro Gobierno! Hace cinco años garantizó a los japoneses una concesión para pescar en la bahía. Los concesionarios cogieron no sólo la pesca, sino que, con toda clase de artes, arrasaron el fondo del mar, dejándole sin plantas, ostras, ni cangrejos, convirtiendo el sitio en un páramo acuático, al que los peces se niegan a venir. Si le interesa verlo por sí mismo, le daré un traje de buzo y podrá dar un paseo por el fondo de la bahía.

Sus palabras despertaron mi curiosidad y acepté el ofrecimiento que me hizo. El capitán paró el barco cerca de la ciudad y ordenó arriar un bote con una bomba y aparatos de buzo. Me puse el traje de caucho y el calzado de gruesa suela de plomo, me encajé en la cabeza el casco obligado y descendí por la escala debajo del agua. Un buzo de profesión bajaba por el lado opuesto del bote. Una vez en el fondo, empecé a mirar en torno mío, pisando cuidadosamente el fangoso suelo de la bahía. En la tenue penumbra verdosa tropecé con tablones anegados en el agua y con trozos de hierro; más lejos había una ancla con un pedazo de cadena semienterrada en el lodo; latas de conservas y de petróleo enmohecidas, botellas rotas, cuerdas y harapos desparramados en distintas direcciones, pero no divisé la más ligera señal de vida. El fondo estaba completamente desnudo: faltaban allí los peces y las plantas, hasta las conchas y las anémonas y medusas marítimas. Era ciertamente un desierto abandonado por los seres vivos, como si fuese un país desolado por la peste. Contemplantarlo causaba rabia y tristeza. Tiré de la cuerda y pronto estuve de nuevo sobre cubierta, donde me despojé de mi aparejo de improvisado buzo.

—¡Eh! ¿Qué le ha parecido el paisaje? —me preguntó con ironía el capitán.

Le conté la impresión que me había producido, y el marino inclinó la frente apesadumbrado, separándose de mí.

El camino de la frontera de Corea pasa muy cerca de Novokiyevsk a través de los collados de Sijota Alin, revestidos de árboles sin follaje. Nadie transita por él, pese a su importancia estratégica, pues, por lo general, se usan otras sendas secretas seguidas por los coreanos de blancas ropas, que regresan a su melancólica tierra del país Usuriano, donde se ganaron legal o ilegalmente sus medios de existencia y los de sus familias, de las que a menudo estuvieron separados luengos años, de rudos trabajos para ellos.

Un día que yo estaba cazando con algunos oficiales en la proximidad de la frontera de Corea, nos servían de guías varios cosacos de Nikolsk-Ussuriski y de los puestos de guardias establecidos a lo largo de la frontera. Cazábamos corzos, manadas enteras de los cuales se alimentaban en las laderas montañosas de los jugosos pastos y abundantes matas que en ellas crecían. Impulsado por mi ardor cinegético, me lancé en persecución de un ciervo herido que huía para refugiarse en los barrancos de la sierra vecina, y al pasar entre un grupo de robles, vi dentro de unos peñascos un bulto negro. Creí al principio que se trataba de un hombre, y le di un grito para prevenirle de que podía recibir un balazo. No me contestó nada, y me dirigí a él, cuando oí un sordo gruñido y distinguí un enorme oso negro que salió de su escondite y echó a andar ladera abajo hasta el fondo de la garganta. Noté que la maleza se doblaba bajo el peso de la bestia, pero no pude seguirla.

Estaba a punto de darle caza, cuando sonó un disparo, que el eco fue repitiendo de cerro en cerro. Entonces vi que uno de nuestros guías cosacos llamaba a otro para que le ayudase a despellejar el oso. Al aproximarme a él hallé que la fiera había caído de un tiro en el corazón y que los cosacos se ocupaban ya en desollarla.

En la espesa broza, cerca de la derribada bestia, observé unos blancos pingajos y unos trozos de un tejido de algodón, amarillento y podrido. Los cosacos, reparando en que yo me fijaba en aquellos restos, se echaron a reír.

—Por aquí pasó un cisne blanco y yo le atrapé —murmuró un cosaco viejo mientras que desollaba con destreza al oso muerto—. Ya hace dos años. Vine aquí con mi primo, un cosaco del Ymán, para coger cisnes blancos, porque sabíamos que muchos de ellos tenían que pasar por este camino,

—¿Pero a quiénes llaman ustedes cisnes blancos?—pregunté.

—¡Toma! A los coreanos, señor, a los coreanos —replicó con zumba—. Vuelven de las minas de oro del Amur, del Sungacha, el Mai-Ho y la Bahía del Emperador, trayendo en sus morrales gran cantidad de cosas valiosas: polvo de oro, panti, ginseng, ámbar, setas, perlas de río y pieles de cebellinas, martas y armiños. ¿Cómo íbamos nosotros a permitir que se llevaran tantas riquezas tan útiles a los buenos cristianos?

Y se rieron de nuevo.

—¿Y qué hacen ustedes?—indagué temiendo saber la verdad.

—Nada más sencillo: Preparamos *zasidki* en los caminos y aguardamos. Los coreanos viajan solos, porque desconfían unos de otros, y patean a lo largo de las peores veredas. Cuando los cosacos oyen el ruido de sus pisadas, o el golpe de un hacha, o ven de noche el resplandor de las hogueras que encienden, desde la copa de los árboles se arrojan sobre los cisnes blancos y les arrebatan el fruto de sus trabajos. A veces el coreano intenta defenderse con su hacha o su cuchillo; pero en tal caso una bala le tranquiliza para siempre. Si llora o maldice, el cosaco también le mata; ¿para qué quiere la vida un cisne sin sentimientos? De todos modos, ha de morir más tarde o más temprano.

El viejo cosaco dijo todo esto con calma y tono burlón, y no me costó trabajo creerle, sobre todo después de ver los harapos, quizá teñidos de sangre, de la blanca túnica del coreano, y de contar, diseminados en la espesura, tantos puestos preparados para la caza del hombre.

—¡Pero eso es un crimen!—exclamé mirando a los cosacos sin pestañear.

—¡Bah! ¿Y eso qué importa? —repuso uno de los más jóvenes—. ¿Acaso son como nosotros? ¡Son sabandijas, y más numerosos que las hormigas! Ahora que esas hormigas nos abandonan, porque empiezan a usar los ferrocarriles y vapores, y sólo los más pobres se arriesgan a viajar a pie. Además, las autoridades castigan a los cosacos y aldeanos con seis meses de cárcel por matar a un cisne blanco, y Cirilo



Fomenko estuvo preso un año a causa de que su cónsul hizo una reclamación. El cónsul se enteró de la hazaña por un chino que la presencié, y denunció a Fomenko como asesino y ladrón de la cucaracha amarilla. Antes reinaba en estos bosques la libertad; eran el paraíso de los hombres atrevidos y fuertes. Esos tiempos se fueron. Ahora la soledad no existe, ha perdido su misterio, y los hilos del telégrafo cruzan la selva, nadie sabe dónde, ni para qué. Bueno, a mí me parece que para molestar a los hombres libres.

Los dos guías maldijeron a ese entrometido descubrimiento de la civilización y, terminada su tarea con el oso, reanudaron la cacería.

Pronto desembocamos en un vasto prado, donde tropezamos con un bando de faisanes. ¡Qué alegría! A cada paso salían de la hierba o los matorrales: las hembras con su plumaje pardo y tornasolado, y los machos con sus pechugas y cuellos de colores brillantes y mezclados, verdaderamente iridiscentes, predominando los rojos, amarillos y azules. Cobré buenas piezas.

El faisán es fácil de matar, porque este pájaro arranca a volar de prisa y con ruido; pero sólo se remonta a unos quince metros de altura, y luego se aleja en línea recta, con vuelo seguro e igual.

La caza del faisán resulta monótona, salvo en los terrenos de espesa vegetación, en los que hay que tener destreza y rapidez para dar en el blanco. Esto es cierto, sobre todo en la región del Usuri, donde abundan los faisanes de modo sorprendente. Dos oficiales y yo, cazando cerca de la bahía Possiet, matamos doscientas setenta aves en un día.

Tal es ese paraíso de los cazadores, en el que entre el botín de la caza figuran los cisnes blancos, los infelices caminantes coreanos, quienes después de haber amasado una pequeña fortuna a costa de privaciones en las selvas del Usuri o en las quebradas del Sejota Alin, pretenden regresar a sus hogares en busca del amor de los suyos, que les aguardan viviendo en la miseria y la tristeza. Suelen esperar en vano la vuelta del padre o del marido; inútilmente se ilusionan con la esperanza de un porvenir de riqueza, puesto que junto a la emboscada de los cosacos, en una encrucijada del bosque, el sol tuesta y el aire orea un montón de huesos. Esto y unos harapos sangrientos es cuanto queda de las ambiciones de una vida.

Estas ideas agobiaron mi imaginación cuando seguí y crucé las sendas recorridas por los cisnes blancos, que en la estación primaveral acuden al Norte llenos de esperanzas, y en otoño se dirigen al Sur para meterse en las fauces de la muerte, que eso significa caer en manos de los rusos europeos encargados de difundir la cultura en tierras del Extremo Oriente.

## CAPITULO XIII

### El «Tigre-Club»

Residí una corta temporada en Novokiyevsk, observando el anormal modo de ser de sus habitantes y conviviendo con los militares de su guarnición. Eran éstos una gente extraña, pues hay que advertir que el gobierno ruso destinaba a la remota plaza fronteriza a los oficiales de peor nota, tachados de borrachos, desfalcadores, díscolos y brutales. Como se ve, eran por lo general hombres desmoralizados, abyectos, dedicados por completo al alcohol y al juego, en fin, entregados a la degradación moral. Casi todos eran solteros, y si llegaba la familia de un oficial, empezaban inmediatamente los escándalos, las aventuras y los duelos. Si por casualidad caía por allí una persona natural y digna, su vida entre aquellos locos y granujas merecía la calificación de verdadero martirio; no podía acostumbrarse a las horribles condiciones del servicio ni a las costumbres locales y pasaba todo el tiempo cazando, la única diversión sana a su alcance, porque no había libros, ni sociedad, ni recreos cultos de ninguna clase. Sin embargo, la mayoría de ellos, casi olvidados por sus superiores y abandonados a sus instintos en la costa de la bahía muerta, junto a la trágica frontera de Corea, aprendían a vivir. Una embriaguez homérica, los juegos de cartas y las frecuentes reyertas llenaban los días de tan envilecidos seres humanos.

El «Tigre-Club» es el mejor ejemplo de los depravados hábitos de aquellos oficiales en las costas de la bahía Possiet. Durante mi visita a la población este «club» funcionaba en secreto, por no tolerarlo las autoridades; pero veinte años antes existía de una manera franca y su fama se extendió hacia el Oeste, hasta el centro de Siberia. Se le conocía con el nombre excéntrico de *El círculo a tiro limpio*. Me contó su historia un veterano oficial que llevaba muchos años destacado en Novokiyevsk.

Por la tarde, ya todos muy bebidos, solíamos reunirnos en el casino, un granero sucio y oscuro que apestaba a aguardiente, hasta el punto que bastaría para hacer sobrio al más borracho el entrar en nuestro cubil. Claro que a nosotros no nos producía la menor impresión. La borrachera suele poner a los hombres tristes o melancólicos, y de esto surgió el invento de un nuevo recreo llamado el «Juego del Tigre». Los asistentes al casino entraban en un cuarto alumbrado por una sola bujía. Se echaban suertes para clasificar a los socios en cazadores y tigres; blanco para los cazadores y encarnado para los tigres. Luego el azar designaba también la pareja a la que tocaba empezar el juego. De ésta el cazador recibía un revolver y el tigre una campanilla.

Los demás socios se sentaban en lo más alto de unas escaleras de mano colocadas junto a las paredes, dejando el suelo a los dos jugadores. Cuando todo estaba dispuesto, los criados entraban trayendo grandes vasos de *Vodka* para los espectadores y de alcohol puro o *arraka* para los contendientes. Consumidas estas «bebidas refrigerantes», los criados apagaban la bujía y salían cuidadosamente cerrando la puerta. Se pronunciaba la voz de iempezla la caza! y comenzaba el juego.

El tigre se arrastraba, sin ruido en la obscuridad, porque los jugadores se quitaban el calzado antes de que principiase la broma; se escondía en los rincones de la habitación, se tiraba al suelo y ponía en práctica cuantos recursos le sugería su astucia para engañar el oído y la vigilancia del cazador.

De repente se oía el tintineo de la campanilla, seguido de un disparo. A veces respondía a la detonación el ruido sordo de la caída de un cuerpo, si el tigre resultaba muerto o herido, y en ocasiones resonaba un grito de triunfo:

—¡Perdiste! ¡Toma la campanilla!

Los jugadores cambiaban de papel y la diversión se prolongaba mientras uno de los dos no daba un buen golpe o hasta que no transcurriese el tiempo marcado. A menudo, después de una velada en el «Tigre-Club», las patrullas de servicio de mañana encontraban en las playas de la tétrica bahía alguna indudable prueba del increíble entretenimiento. Aunque nadie ignoraba lo que había sucedido entre los

miembros del Círculo, el parte oficial se limitaba a manifestar: «Un oficial se ha matado casualmente manejando un arma de fuego».

El viejo capitán que me refería esta historia, quedó un momento silencioso, recordando los años pasados en los cuarteles de Novokiyevsk y luego levantó la cabeza, añadiendo:

—Al fin y al cabo todo eso era preferible a nuestra vida actual en este maldito destierro. Hay muchas cosas peores que la muerte.

Maldijo en silencio y tornó a su mutismo, dando una chupada a la pipa.

## CAPITULO XIV

### El diablo rojo del ginseng

Me sería difícil, sino imposible, olvidar mi expedición al Norte de Vladivostok, para realizar estudios geológicos en busca de carbón y oro. Una *taiga* agreste, la selva del Usuri, océano de verdor, pintoresca mixtura de la flora septentrional y meridional. Allí en el borde opuesto de la bahía del Usuri, encontré las solitarias y silenciosas torrenteras del Sijota Alin medio. Las veredas del monte, zigzagueantes y borrosas, conducen de *fang-tzu* a *fang-tzu*, habitados por cazadores rusos y chinos.

Con frecuencia entré en esos *fang-tzu*, siendo a veces acogido con agrado y hospitalidad; pero en ocasiones, el dueño de la choza, al notar que me acercaba a ella, la abandonaba con premura escondiéndose en la maleza. También se dio el caso de que la bala de una carabina invisible pasase sobre mi cabeza como un aviso para que evitase el contacto de un enemigo de la sociedad humana.

Cierto anochecer, una luz brilló entre el ramaje. Me encaminé a ella y pronto divisé una casita hecha de leños trabados con arcilla. Una cerca de estacas con una pesada puerta de tablas toscamente aserradas rodeaba al *fang-tzu*, a cuya puerta llamé para que me abrieran, y como nadie respondió, mi guía cosaco la golpeó con la culata de su fusil. Por último, sentimos algún ruido y apagados e incomprensibles gruñidos. La puerta se entreabrió lentamente y primero vimos una linterna de papel, a la luz de la cual se destacaba la enjuta y asustada cara de un chino con el pavor pintado en los muy abiertos ojos. Llevaba la coleta retorcida alrededor de la cabeza y tenía una pipa sujeta por las vueltas de la trenza.

—*Ui liao nao*. (¿Qué tal?) Le saludó mi cosaco en su mejor chino.

El hombre movió la cabeza y murmuró no sé qué, porque no pudimos comprender nada, a pesar de que mi guía hablaba con soltura el dialecto manchú. El chino continuó barbotando unos sonidos sin expresión ni tono. Al cabo abrió la boca ampliamente, aproximó la linterna a su rostro y vimos que tenía la lengua cortada y rotos los dientes de delante.

No tardó el cosaco en comprender la causa de la mutilación, y me dijo que nuestro huésped era un buscador de ginseng, cuya barraca debía haber sido asaltada en pleno bosque por los *hunghutzes*. Estos le mandaron que les entregase todo lo que tuviera de la preciosa raíz, y cuando él se negó rotundamente a cumplir la orden, se pusieron a torturarlo, hasta que por fin le arrancaron la lengua, sin que por eso el martirizado descubriese el sitio en que estaba oculta la codiciada mercancía. Explicando esto con gestos y gruñidos, el pobre chino parecía querer hacernos entender que después de su mudez nada le inspiraba temor, y que a nadie revelaría, ni siquiera a nosotros, un secreto que tanto le había costado guardar.

Nos alojamos en su casucha lo mejor que pudimos: llevamos hierba fresca para un buen lecho, desensillamos los caballos y los atamos debajo de un pequeño cobertizo, cerca del *fang-tzu*, transportamos agua de un arroyo próximo y nos pusimos a preparar la cena. El chino, entre recelos y confiado por el hecho de que no le pedíamos nada y, por el contrario, le ofrecimos tabaco y azúcar, nos trajo una cesta de huevos de faisán y un puñado de cangrejos de mar. Después de cenar y tomar el té, a lo que nos acompañó, se sintió más comunicativo. Gruñó más fuerte y rápidamente, haciendo gestos con las manos, y miró a todos los rincones del cuarto. Tras de eso desapareció un momento en una especie de agujero, y salió de él con expresión de rostro enigmática. Cuando se acercó al *kang* (yacija de ladrillos calentados por el cañón de la chimenea), tenía algo en una mano, que tapaba con la otra. A la luz de nuestra bujía colocó en el *kang* dos gruesas y pardas raíces, de forma extraña, que recordaban con claridad la del cuerpo humano, con cabeza, torso, pies y manos. Hasta una larga mata de pelo crecía sobre sus cabezas. El cosaco, ducho en estos asuntos, las miró y remiró con atención, y dijo, no sin lanzar un hondo suspiro:

—En Vladivostok o Habarovsk le pagarán por estos *ginsengs* dos veces su peso en oro, porque son unas raíces en extremo valiosas, antiguas y ricas.

Deduje de su suspiro y de su expresión meditabunda y ceñuda, que de no estar yo allí el chino mudo hubiera sufrido nuevas torturas y se vería forzado a revelar dónde escondía su tesoro, tanpreciado en todo el Este.

A media noche, un segundo buscador de ginseng, compañero del hombre sin lengua, entró en nuestro albergue. Era un gigante, de rostro adusto y terrible, de anchos hombros y de pescuezo recio como el de un oso. Cuando andaba por la habitación se movía toda la choza. Se detuvo ante nosotros, contemplándonos de arriba a abajo, y con la mirada interrogó a su mutilado compinche. La respuesta debió satisfacerle del todo, puesto que dejó la carabina en un rincón, se quitó el hacha de la cintura y espiándonos de reojo sacó del bolsillo un pequeño zurrón de cuero y lo entregó a su compañero, que lo desató con ligereza, alborozándose frente a su contenido. Evidentemente era bueno, a juzgar por su algazara y porque se puso a palmetear con la alegría de un niño. El gigante se desnudó con cansancio, tragó unas gachas de harina de maíz y resoplando con fuerza se metió en el *kang*. Pronto roncó como un cerdo, mientras que el mudo desapareció de nuevo en su escondrijo y permaneció allí un largo rato. Me pareció oír el ruido de unas piedras que rodaban y como si rasparen en hierro, pero quizás fue sólo un sueño, pues no recuerdo cuándo volvió el pobre inválido.

Nos levantamos al amanecer, y tomamos té con pan duro y galleta. El hombretón, siempre refunfuñando y terriblemente cansado, se sintió, no obstante, comunicativo y sociable. Se expresaba en ruso bastante bien, pues había sido camarero en Vladivostok durante su juventud. Debo declarar que me lo imaginé en aquel oficio tan poco a propósito para él, pues no le concebía con el cuerpo de un elefante y el cuello de un oso sirviendo la comida, limpiando la cristalería de baccarat o planchando los manteles de hilo.

—Nuestro trabajo es difícil y peligroso —dijo bebiendo su té y quejándose de lo que le dolían los pies—. Para encontrar una raíz hay que recorrer montes y bosques, casi a rastras, porque la planta es pequeña y se esconde en la espesa broza. Luego, cuando se ha hallado el ambicionado tesoro, es preciso cavar con cuidado cada pulgada de tierra. Al mismo tiempo no hay que olvidarse de la gata grande (tigre) que, como la pantera, también se dedica a buscar *ginseng*. Esta raíz da fuerza y larga vida, por lo que estos animales la buscan y comen. Si la ven en posesión de un hombre o un oso, luchan por ella y nunca se retiran sin ganarla o sin resultar mortalmente heridos. Llevo vagando seis años por la taiga, y en este tiempo he matado nueve tigres y dos panteras, sin contar los osos que he despachado. No me causa miedo la gata grande, porque cuando maté la primera, que me atacó en el Mai-Ho en un prado donde abundaban las raíces, comí su corazón y su hígado. Pero lo más espantoso de todo es el diablo que defiende al *ginseng*; pequeño, rojo y de ojos encendidos. De día protege a la planta, cegando al cazador; de noche prende fuego a los matorrales o se agarra al pecho del caminante, chupándole la sangre.

—¿Le ha visto usted? —le pregunté.

—No; pero el viejo Fu-chiang le ha visto dos veces, y tiene todo el pecho arañado por las uñas del diablo —contestó el gigante—. Sucede con frecuencia que el diablo toma la forma de la raíz del ginseng para presentarse ante el cazador, y cuando éste se aproxima a ella, la planta se aleja cada vez más hasta que el hombre pierde el camino y perece en el bosque. Una peripecia semejante me ocurrió a mí, el año pasado. Estaba en un barranco a la husma de las hojas dentadas de la milagrosa planta, y de improviso atisbé una de gran tamaño y unas florecillas rojas como llamitas. La raíz debía ser muy vieja. Me dirigí al atrayente vegetal, pero no conseguí llegar a él, ya que la distancia que me separaba de la planta era siempre la misma. La seguí, internándome en la espesura, hasta que la hoja y las flores desaparecieron. Miré en torno mío, sin que pudiese hallarla de nuevo. Caía la tarde y me urgía volver al *fang-tzu*, pero no pude hacerlo porque me había extraviado entre los breñales. Erré varias horas, y al filo de la media noche me senté, cansado y triste, debajo de un árbol, e iba a quedarme dormido a punto de oír unas recias pisadas que turbaron el silencio del campo. No tenía carabina, mas con mi hacha me apresté a defenderme. De improviso vi un oso que resollaba con fuerza; levantó la cabeza y se fijó en mí. No contento con esto avanzó hasta casi tocarme, clavó sus ojos en los míos, soltó un bufido, dio media vuelta y se fue. Comprendí que me llamaba, eché tras él, y me condujo a un riachuelo, desde el cual fácilmente me fue posible ganar el *fang-tzu*..: Sí, *tajén* (señor); en la *taiga* suelen pasar cosas muy raras.



Se puso en pie de mala gana, estiró los largos miembros hasta que le crujieron las coyunturas, se echó el fusil al hombro y terminó sus preparativos atándose el cinturón, con el que ya sujetaba un hacha, la pala y un cuchillo. El rudo cazador salió. Observé que para alimento de todo el día sólo había cogido dos pedacitos de *cuan-tieu*, panecillos chinos, cocidos en forma de pudín.

## CAPITULO XV

### La cacería azarosa

Estuve en otros *fang-tzu* de cazadores, los cuales no acostumbraban a emplear carabinas, sino toda clase de trampas y artimañas.

Las cebellinas, martas y vesos se cogen en cepos, de los que hay dos clases corrientes: una red común y una trampa, muy primitiva, pero fundada en el íntimo conocimiento de las costumbres de los animales. La caza sólo se efectúa en invierno, cuando el rastro se encuentra fácilmente en la nieve. Siguiendo las pistas, los cazadores hallan las madrigueras de las martas y cebellinas en los troncos huecos de los enhiestos árboles. Un perro de caza llamado *chow-chow*, de la raza de los peludos lobos, con orejas puntiagudas y lengua negra, que tanto se asemejan a sus remotos congéneres, ladra y escarba junto al tronco del árbol. Alarmada y curiosa la cebellina, se para en una rama para estudiar la situación. Entonces los chinos derriban los árboles que están cerca, a los que el bicho puede saltar. Hecho esto, el tronco del árbol es rodeado por redes sujetas por estacas clavadas en el suelo, y empieza la batida.

Los cazadores asustan al habitante de la oquedad, golpeando el tronco con sus herramientas, gritando y tirando a la copa del árbol trozos de corteza y guijarros. El animal se sube a lo alto del árbol, pero cada vez más aterrado por el ruido, vuelve a su agujero, que abandona casi inmediatamente. Estas idas y venidas duran algún tiempo, hasta que el desesperado bicho corre a lo largo de una rama o baja por el tronco para saltar a tierra y escapar, lo que no consigue, puesto que cae en las redes, en las que tropieza y se enreda, convirtiéndose en fácil presa al golpe de gracia del cazador. Los cepos usados para pillar a estos animales son muy sencillos. La cebellina, poco aficionada a marchar o revolverse en la nieve, procura siempre viajar por los árboles, y si el camino es largo, por los troncos caídos y las rocas. Conocedores de tal costumbre, los cazadores preparan en estos pasajes una artimaña, consistente en una tabla sostenida en un extremo por un ligero eje, contrapesada con las necesarias piedras. El animal, al andar sobre los troncos derribados y tropezar con el obstáculo, no salta a la nieve, sino que intenta abrirse paso entre la tabla y el tronco del árbol, moviendo el eje y dejando caer la plancha. Las martas y los vesos se atrapan de la misma manera, salvo la adición de un cebo, que suele ser un pájaro vivo y atado. Los ciervos y los alces se cogen en otoño, en los llamados *solanki*, es decir, sitios en los que se ha esparcido sal. Los cazadores eligen y queman en el bosque un vasto prado, que dejan completamente raso. Durante todo el invierno echan sal en el calvero, para que los animales se habitúen a ir a esa golosina. Cuando la caza se ha acostumbrado al sitio y acude allí a menudo, se cavan hondas zanjas, al entrar el otoño, se tapan con ramas y se derrama encima de ellas sal mezclada con tierra. Los venados pisan la ligera trampa que cubre los pozos y caen en éstos, donde los cazadores los despachan en un abrir y cerrar de ojos.

El príncipe pardo de la selva, el oso, también es cogido de igual manera, atraído por una carroña, y al hundirse se clava en unas puntiagudas estacas.

Aunque parezca chocante, el tigre nunca cae en ese engaño. Rondará en torno suyo, pero siempre olfatea a tiempo el trabajo de su enemigo, el hombre, y sabe librarse de la tentación y del peligro. Los cazadores chinos lo matan a tiros y corren grandes riesgos por conseguir uno, porque los médicos chinos pagan a altos precios las entrañas de la fiera y los chamanes de las diferentes tribus que pueblan los bosques también pagan bien las garras y los dientes del amo de la taiga, que les sirven para hacer populares amuletos.

En cierta ocasión, al ocuparme en investigar los yacimientos de lignito de la cuenca del Mai-Ho, llegué al *fang-tzu* de unos cazadores rusos. Estos eran dos y poseían un par de bien enseñados perros. Me presenté en su choza precisamente la víspera de una expedición que preparaban contra un tigre, del que habían hallado las huellas en el vecino bosque.

—Debe ser una bestia feroz y fuerte —me dijo uno de los cazadores—. Una noche saltó sobre la empalizada de la casa de un cosaco y se apoderó de una vaca, con la que saltó de nuevo la cerca. Parece que la vaca quiso escaparse del poder del tigre al dar éste el segundo salto, porque en las puntas de las estacas se encontraron tiras de pellejo y pelos; pero, a pesar de todo, se salió con la suya. De esto hace una semana. El tigre desapareció, para reaparecer más tarde, y anteayer capturó dos perros. Con la ayuda de Dios, mañana lo buscaremos y mataremos.

Como repararon en mi carabina Henel con su telescopio, y en mi gran maüser en su estuche de madera, me invitaron a tomar parte en la cacería. Acepté la invitación y partí con ellos al día siguiente a punto de clarear. Era otoño y el campo se mostraba espléndido con sus matices dorados y rojos, como si se ataviase para una fiesta.

Anduvimos por un angosto sendero entre matorrales tupidos que crecían en un terreno blando. De repente, los perros se pararon, olfateando y enderezando las orejas. Vi a mis compañeros escudriñar con la mirada la espesura que nos envolvía, con los dedos en los gatillos de las escopetas; pero los perros se aquietaron y se metieron en la maleza. Al cabo de algunos minutos volvieron a detenerse con los hocicos pegados al suelo, cual figuras petrificadas. Los cazadores examinaron el paraje y pronto hallaron el lugar donde la fiera había estado echada. La hierba estaba tronchada y a corta distancia descubrimos la rama de un árbol con las señales de una garra aguzada y poderosa. Los perros avanzaron con precaución y no tardaron en pararse. Entonces vimos en la tierra la profunda marca de la pata de un tigre con las huellas de la garra, claras y recientes.

—Debe estar cerca —murmuró uno de los cazadores.

Los dos continuamente miraban en todas direcciones y andaban nerviosos de un lado a otro. Luego supe que cuando un tigre se entera de que es perseguido gira alrededor de quien le acosa, atacándole por detrás.

La actitud de mis compañeros principió preocupándome y concluyó causándome terror. Ambos eran jóvenes y se notaba que carecían de experiencia. Sentí francamente haber aceptado su invitación. Brusco, vino de entre los matorrales el quejido de los perros, y sin dilación los dos retrocedieron con los rabos entre las piernas, temblorosos y jadeantes, apretándose contra nosotros, con el terror pintado en los ojos. Los cazadores dieron de prisa media vuelta y me llamaron sin dejar de correr.

Con dificultad retuve mis nervios un segundo, y después —quiera la suerte borrar tal recuerdo!— les alcancé con demasiada celeridad. Faltos de aliento por la carrera, nos vimos precisados a acortar la marcha, pero proseguimos caminando mustios y cariacontecidos. Hasta los perros comprendieron la gravedad de la situación y nos seguían con las orejas gachas.

—¡Es espantoso! —masculló uno de los cazadores.

—Sí, terrible —asintió el segundo.

—Un tigre ya era bastante —continuó el primero—, y resulta ahora que son dos.

—¿Cómo han averiguado ustedes eso? —pregunté con voz entrecortada.

—¿No vio usted los rastros de los dos? —preguntó el de más edad—. Y la pareja puede que nos aceche.

—El miedo le hizo a usted ver doble —balbucí.

—Si un hombre tropieza con dos diablos, dos peligros verá —respondió—. Vimos la verdad, señor, y la verdad es que son dos los tigres. Nos espiaban entre las matas y la hierba, y como los perros ni siquiera ladraron, sino que huyeron amedrentados, las fieras se dispusieron a acometernos por los dos lados.

—¡Oh, qué miedo pasé, qué miedo! —exclamó el bisoño matador de tigres, casi un mozalbete, sin reponerse aún del susto.

Iba a burlarme de él, pero me acordé del prado cubierto de hierba amarillenta y de las doradas ramas de los robles, del momentáneo y tétrico silencio turbado por los quejidos de los atemorizados perros, de la sensación del peligro inminente, traicionero e irresistible, y de las huellas del dominador de la selva, tan grandes como un plato, rebordeadas con los rasguños de sus aceradas garras; rememoré todo esto y no me juzgué autorizado para mofarme de aquellos compañeros con los que yo también había huido precipitadamente, temiendo el asalto de los tigres.

Mucho tiempo me avergonzó y mortificó el recuerdo de la azarosa y malograda cacería; pero más tarde, cuando cambié impresiones respecto de ella con el famoso cazador, profesor J. N. Kartaszof, director del Instituto Politécnico de Tomsk, él no

tuvo reparo en confesarme que había sentido miedo y corrido durante una cacería de tigres. Otros cazadores expertos me han dicho además que la caza de este terrible animal de presa, en medio de un espeso bosque, está preñada de riesgos, pues el cazador, al desconocer de dónde puede venir el peligro, se desconcierta, y hasta los más valientes no logran resistir los efectos del pánico que de ellos se enseñoorea. A mayor abundamiento, un bravo individuo me contó otro caso, que relataré más adelante, cantando un himno en honor suyo.

Aquel mismo otoño visité las bahías de Santa Olga, San Vladimiro y Tetinjo. Son, entre otros, los lugares de la costa de Primorsk más atrayentes para los capitalistas, debido a que en ellos existen ricas capas de hierro, cobre, zinc y carbón. En tales regiones los alemanes comerciaban activamente antes y después de la guerra ruso-japonesa, y se hubieran adueñado de tantas riquezas naturales de no haber sido por la conflagración mundial. A raíz de la Gran Guerra cambió el personal y surgieron los japoneses. Por eso se dice en el Extremo Oriente, claro que con sorna evidente:

«Santa Olga y San Vladimiro traen a los japoneses para ayudar a Rusia contra los bolcheviques».

Cierto, porque los japoneses, careciendo en su patria del mineral de hierro, tan necesario para los fines industriales y militares, en ninguna parte del continente pueden encontrarlo más a su alcance que en las bahías citadas, y he aquí uno de los motivos principales por los que el ejército y la diplomacia japoneses permanecen en Vladivostok y Nikolaievsk del Amur, y combaten con las bandas de los partidarios rojos o negocian con el Atamán Sewenoff, adversario irreconciliable de los Soviets, si es que no pactan en Dairén con los representantes del gobierno bolchevique de Moscú o con las autoridades comunistas, mal disfrazadas, de Chita.

Esas riquezas son casi inagotables y los minerales tienen una alta proporción de metal. La industria metalúrgica cuenta allí con un posible campo de actividad, por lo menos para ciento cincuenta años. Disponer de estos enormes veneros merece la pena de que la política de Tokio discuta, riña y venza a los elementos populares, opuestos a su orientación imperialista en Siberia, que hay en el propio pueblo japonés.

## CAPITULO XVI

### Una tragedia en Sijota-Alin

Viajando por la comarca del Usuri, visité no sólo los recónditos *fang-tzu* de los solitarios buscadores rusos y chinos del misterioso ginseng y del ambicionado oro, así como los de los cazadores de cebellinas, martas, ciervos y osos, sino también rústicas aldeas, la mayor parte de labradores cosacos y ucranianos transplantados allí desde las márgenes del Dniéper y del Dniéster. Estas aldeas, si se separan del ferrocarril que une a Vladivostok con Havarovsk, se componen a lo más de cincuenta casas diseminadas en una vasta área y a considerables distancias unas de otras.

En estos lugarejos, perdidos en el bosque o situados junto a rápidos torrentes montañosos, la vida es completamente distinta a la de los que se hallan próximos a la línea férrea y a la de las grandes poblaciones. Imperan en ellos sin ninguna clase de reglas formales, leyes extrañas y una moral peculiar, sujetas a la evidente influencia del modo de ser de los nómadas mongoles. No es raro que en tan pintorescos escenarios se desarrollen conmovedores dramas íntimos. Una vez fui testigo de ellos durante una excursión a caballo que hice de la estación de Tchernigoff a las costas de la bahía Tetinjo.

Nuestro camino atravesaba una zona muy forestal y cruzaba la posición central de la cordillera llamada Sijota-Alin. Estábamos a 35 millas de la costa, cuando se unió a nosotros un joven cosaco que se dirigía a su casa, en la que disfrutaría de un permiso de cuatro semanas para restablecerse de las graves heridas que recibió luchando con los *hunghutzes*, perteneciendo a un destacamento en la frontera de Manchuria. Era un mozo delgado y pálido; tenía fiebre y escupía sangre, y en sus grandes y abiertos ojos se notaba una expresión de continuo temor. El taciturno joven cosaco estaba destinado a una prematura muerte. Viajó en nuestra compañía algunos días y poco a poco se mostró conmigo más comunicativo, quizás porque le mediciné con interés, dándole quinina, y por las noches, si no podía dormir, unas cuantas gotas de valeriana. Me dijo que hacía tres años que no había estado en su casa, de la que tanto se acordaba, y me habló con emoción de la placidez de su aldea, cuyo caserío se esparcía en un robledal a orillas de un río rápido y profundo, lleno de hoyas y remolinos. Se recreó especialmente en la descripción de una laguna con su marco de espadañales y junqueras y sus hermosas cañarroyas, que parecían hechas de terciopelo.

—¡Oh! si usted viera ese lago —exclamó entusiasmado—; es precioso, sobre todo en las noches de luna. Sentado uno en su ribazo, entre los alcornoques y mirándole dormido en el resplandor lunar, parece de plata. A veces, círculos y rayas negras surcan su en apariencia bruñida superficie; las hacen el movimiento de un pez o el chapuzón de un pato retrasado que alteran la lisura de la extensión de fundida plata. ¡Qué hermoso es!

Mirando el rostro macilento y los soñadores ojos del cosaco, sonreí y le pregunté:

—Seguramente no estaría usted solo cuando se sentaba a contemplar el lago de plata.

Bajó la cabeza, y al cabo de un instante de silencio murmuró:

—Estaba con mi novia. La quiero más que a mi vida. Al separarme de ella para ir al servicio, juró que me esperaría. Ahora sólo me falta un año para cumplir, y luego volveré a mi tierra y me casaré con ella.

—Que Dios les conceda la felicidad que desean —añadí sin más comentarios.

El país, entre el ferrocarril del Usuri y la sierra de Sijota-Alin, es interesante desde el punto de vista histórico y etnográfico. Antaño existió en él una elevada cultura, probablemente coreana. El pueblo del Reino Ermitaño fue en cierta época valiente y poderoso; pero por tener vecinos más belicosos y emprendedores, los japoneses y los chinos, perdió la independencia y su civilización y aun la libertad de su patria. Hallé en los bosques ruinas de murallas y fosos, cimientos de piedra de

grandes edificios reducidos a pedazos, quizás templos, palacios o fortalezas. Vestigios del antiguo arte escultórico de aquellos tiempos subsisten en forma de inmensas tortugas de granito, de seis u ocho pies de altura, algunas de las cuales tienen grabadas en los lomos figuras que representan pájaros, flores y otros adornos.

Allí hubo una vida noble y activa, como lo demuestran los restos de amplios caminos, ahora llenos de tierra y broza, que entonces estaban empedrados con guijarros, y los bien contruidos puentes de piedra, de dos de los cuales vi las ruinas en el Daobi-Ho, sobre un torrente cuyo nombre no pude saber. En nuestros días sólo hay por doquiera una selva salvaje y deshabitada. Ni siquiera encontré los aislados *fang-tzu*, pero sí muchos rebaños de gamos y *kabargas* (*Gazella Cabargamosca*) y de antílopes almizclados.

También vimos las huellas de una *barse* o pantera del Norte, pues descubrimos el cuerpo, aún caliente, de un ciervo con el cuello desgarrado, claros indicios de que acabábamos de ahuyentar a la bestia carnífera. Las marcas de la fiera se destacaban frescas alrededor de la presa, y observándolas, los cosacos convinieron unánimemente en que eran las de una pantera, el terror de los venados, de los caballos y del ganado. Siguiendo las huellas llegamos, por último, a un paraje donde desaparecían.

—Se ha subido a un árbol—dijo el más joven de nuestros guías.

Miramos en torno nuestro las ramas de los robles y cedros más próximos, pero no pudimos distinguir al feroz animal. Fijándonos en todos los árboles a lo largo del sendero, llevábamos andada una milla, cuando divisamos un objeto oscuro que saltó de un roble, corrió a través de un claro del monte y trepó a otro roble solitario con asombrosa celeridad. Los cosacos prepararon sus carabinas y se apresuraron a rodear el árbol, y yo les seguí con mi Henel dispuesto. El cosaco enfermo fue el primero que se puso debajo del refugio de la pantera, y, sin desmontar, la apuntó e hizo fuego.

La terrible bestia cayó de las ramas como un pesado saco, muerta de un balazo en la cabeza. Tenía un color pardo oscuro y era un hermoso ejemplar, con manchas amarillas en todo el cuerpo, que medía más de un metro de largo. La cabeza era desproporcionadamente grande y la cola muy larga.

—Ha sido un buen tiro—dijo al cosaco.

—Soy de una compañía de tiradores escogidos —me contestó con orgullo—. Sólo pertenecen a ella los que tiran muy bien, y además cazo constantemente animales dañinos en los bosques de la Manchuria del Norte; así que tengo alguna práctica.

Los cosacos desollaron con habilidad la pantera, y yo adquirí la piel, por diez rublos, para el Museo.

Cuando llegamos a la aldea del cosaco enfermo me vi precisado a detenerme allí tres días, debido a que mi caballo se había torcido una pata y no podía andar. Dediqué el tiempo a cazar, porque en el lago, tan poéticamente descrito por el mozo enamorado, abundaban las aves acuáticas, que me proporcionaron grato solaz.

Me alojé en la casa del atamán del pueblo, y al principio no supe nada de mi compañero de viaje, que vivía en el extremo del diseminado lugar, a unas dos millas de distancia de donde yo paraba. Diré también que la caza me embargaba por completo y que no cesaba de recorrer las orillas de la laguna y de los numerosos arroyos que a ella aflúan. Una tarde, después de puesto el sol, regresaba a mi alojamiento, bastante cansado de mis andanzas por aquellos vericuetos, y me senté en una piedra entre los matorrales de la ribera de un riachuelo, decidido a descansar un rato, puesto que me faltaba una hora de camino para llegar a mi casa.

A punto de reanudar la marcha, oí pasos y voces en la orilla opuesta de la corriente. La curiosidad me hizo quedar quieto y prestar atención. Sentí la voz de una mujer, triste y entrecortada por ahogados sollozos, que interrumpía con frecuencia la entonación grave y profundamente conmovida de un hombre. Las voces se aproximaban a mí cada vez más, y por último, pasaron cerca de mi refugio, por la senda que bordea entre el follaje la otra orilla del arroyo, dirigiéndose al lago.

La mujer hablaba bajo, verdaderamente afligida:

—No me atreví a protestar... Mi madrastra mandó que me casara, y lo hice para no ser una carga en casa. ¡Éramos tan pobres, tan pobres y miserables!...

—Pero tú juraste esperarme —exclamó el hombre con rudeza, y empezó a toser violentamente—. ¿Lo juraste, sí o no?

—Sí, lo juré —contestó la mujer, sintiéndose desfallecer.



—Bien —añadió el hombre con sarcasmo—. ¿Qué ha sido de tu juramento?... Tú casada. ¡Estoy loco!... ¿Y con quién? ¡Con mi propio padre!... Sí, lo comprendo todo... Él es rico y tiene la mano abierta para su mujercita... Y yo, ¿qué soy? Un pobre soldado... un pordiosero... ¡Cuánto daño me has hecho! Me faltan palabras para expresar lo que padezco por ti. Y además, me da miedo hablar, porque sería para insultaros y maldeciros.

La mujer dijo algo más, pero no pude oírlo, a causa de que se habían apartado de mí y de que el viento movía los arbustos y cañizales. Salí de mi escondite, desde el que sin intención por mi parte, había sorprendido la dolorosa conversación de dos almas infelices, a tiempo de conocer a la atormentada pareja y vi que el hombre era mi compañero de viaje, el cosaco tísico, que para reponerse de su grave herida buscaba en su hogar salud, descanso y... amor.

Al día siguiente un sentimiento de malsana curiosidad me indujo a ir a verle. Le encontré en el corral arreglando la rueda de un carro. Se animó un poco al saludarme; pero no tardó en caer de nuevo en su habitual melancolía. Me invitó a tomar té, según la costumbre tradicional en Asia al recibir a un forastero. Entré en la casa, alhajada con lujo y gusto aldeanos. Pesados armarios que contenían toda clase de efectos familiares estaban arrimados a las paredes y cubría la mesa un limpio y bordado mantel. En el rincón de la derecha colgaban varios iconos de plata, imágenes de santos, con la tradicional lamparilla ardiendo día y noche delante de ellos y adornados con vistosas flores de papel. Un gran espejo y varios grabados con marcos negros pendían de las paredes. El piso de tablas enceradas, la mesa y los bancos, todo relucía como un ascua de oro. No cabía duda de que la vida en aquella casa se deslizaba normal y ordenada. Por la puerta abierta de la habitación contigua, se descubrían tapices de fabricación casera que tapaban las paredes y el suelo y una amplia cama con un montón de almohadones, que comenzaba por uno inmenso y terminaba en uno pequeñito, como para cama de una muñeca. La pila era tan alta que el cojín de arriba casi llegaba a las vigas de cedro del bajo techo. Adornaban las paredes carabinas, revólveres, sables y cuchillos de caza, prueba indudable de que la casa pertenecía a un cosaco, porque los miembros de esta casta militar gustan de las armas sin distinción de clases y las coleccionan y guardan con esmero en sus domicilios. Antes del bolchevismo dicha casta poseía sus tradiciones guerreras, hermosas por los reflejos de muchas epopeyas, pues no son otra cosa las historias semi-legendarias, semi-reales de los cosacos que se trasladaron de las márgenes del Don y del Donetz al Irtych cerca de los Sayans, al lago Baikal, al Amur y al Usuri, impulsados por sus instintos batalladores.

Cuando penetramos en la casa, el mozo cosaco llamó a su familia. A poco entró una mujer joven, delgada, morena, de pelo rizado y expresivos ojos negros. La palidez de su rostro y el gesto de amargura de sus lindos labios, contraídos, atraído mi atención. Llevaba un traje oscuro y sus dedos arrugaban el delantal con un continuo movimiento nervioso. Una vez en el cuarto echó a mi amigo el cosaco una mirada llena de pesar y terror.

*Es ella —pensé—, la que prometió aguardar a su novio y faltó a su palabra casándose con el padre de éste.*

Pronto vino del bosque el viejo. Era un hombretón grueso, de espesa y canosa cabellera y de ojos vivos y alegres. Me saludó gravemente y tras de invitarme a comer, me dijo con desagradable ironía:

—Gracias, señor, por haber asistido a este enclenque. La gente de hoy no sirve para nada. Esas heridas no tenían importancia en mi tiempo. A mí me hicieron dos boquetes en el pecho y me metieron una bala en una pierna durante la guerra turca, y ya ve usted lo fuerte que estoy.

Se rió con sorna y añadió:

—Soy joven, más joven que mi hijo, y por eso me casé el año pasado por segunda vez. ¿Supongo que mi hijo le hablaría a usted con orgullo del padre que tiene?

—Le felicito a usted —respondí—; pero hasta ahora no había oído hablar de su matrimonio. Sin embargo, creo que las heridas que usted sufrió, no fueron como la que la bala de un chino ha hecho en el pecho de este muchacho. Es una lesión seria de la que se restablecerá lentamente y debe preocuparse de su salud durante bastante tiempo. Mientras comíamos observé que el viejo contemplaba con despecho y sospecha a su callada mujer y las tristes y enflaquecidas facciones de su hijo. Me

aterró descubrir aquellos resplandores pérfidos en los animados y despiertos ojos del veterano cosaco, y comprendí que bastaría la más ligera provocación para que se trocase en el de una bestia feroz, el corazón del gigante-canoso. Era también indudable que el padre aventajaba en vigor físico a su hijo y que le ganaba en malicia. Pasé un mal rato entre aquella gente y respiré a mis anchas cuando abandoné un hogar sobre el que presentía iba a cernirse una inevitable catástrofe. Me fui con la convicción de que en plazo muy próximo estallaría en su vida íntima una tormenta de pasiones, de la que ya se veían las negras nubes, se sentían las ráfagas de impetuoso viento y se vislumbraban en la lejanía los primeros relámpagos seguidos del sordo retumbar de los truenos. Sin embargo, no pensé que se desencadenaría tan pronto.

La tarde de aquel mismo día me ocupaba en hacer mis preparativos para continuar a la mañana siguiente mi interrumpido viaje, y de repente penetró en mi cuarto el atamán que me daba hospitalidad:

—Señor, querido señor —gritó tembloroso y muy apenado—, venga conmigo en seguida, que acaba de ocurrir una terrible desgracia. Quizás pueda usted ayudarnos. El soldado cosaco que vino aquí con usted se ha suicidado.

Cogí presuroso mi botiquín de campaña y salí con el atamán. Hallamos al cosaco tendido en un banco de la habitación de afuera, desvanecido, con el rostro cadavéricamente azulado, los labios apretados y en los ojos la inconfundible expresión de la muerte. Comprendí al momento que en poco podía serle útil, porque otro mensajero se me había adelantado. Le tomé el pulso y noté que todavía palpitaba; pero cada pulsación era más débil, hasta que cesó para siempre. Temí decir la verdad, pensando que la mujer causante de todo no podría soportarla, y que su dolor despertara los instintos de fiera en el corazón del sañudo viejo. No la vi por ninguna parte; miré en la alcoba inmediata; tampoco estaba allí.

—¿Busca usted a mi mujer? —me preguntó el padre del muerto con voz escalofriante—. No está aquí. Salió antes de anoecer y no ha vuelto aún.

—Más vale así repliqué—, para que no se desespere, porque debo decir a usted que su hijo ha muerto.

El viejo no manifestó el menor pesar y se limitó a mirarme con ojos chispeantes y a murmurar:

—Esa maldita mujer no se desesperará. Ha envenenado la vida de mi hijo y la mía. Ahora ya no nos traerá más desventuras, porque todo ha terminado para los dos. El cosaco permaneció silencioso un largo rato y luego, llevándose las manos a la cabeza, dijo con Voz apagada y doliente:

—¡Se ha tirado al lago!

## CAPITULO XVII

### El tuerto

Caminando de sitio en sitio por la *taiga* del Usuri, según los informes que me facilitaban referentes a la existencia de yacimientos de carbón y oro, recorrí en cierta ocasión un estrecho sendero que en pleno bosque seguía el curso del río Bikin, salvando con rústicos puentes sus pequeños afluentes. El Bikin desagua en el Usuri y separa las sierras de Seuku y Tzi-fa-kao, naciendo en las laderas occidentales del Sajota-Alin.

Allí no hay carbón, pero en los lechos de los tributarios poco caudalosos del Bikin la Naturaleza ha esparcido algún oro. No es el Klondyke, mas, no obstante, muchos aventureros, en su afán de enriquecerse, tienen gran fe en el oro escondido en los diversos brazos del Bikin que surcan la vasta *taiga*.

Casi diariamente hallaba rastros de los descubridores de minas, esos mañosos e infatigables buscadores de oro. De ellos procedían aquellos montículos de pedruscos y pilas de guijarros machacados, los profundos pozos, los fosos y zanjas hechos para llevar fuera el agua y secar los lugares donde se supone que hay arenas auríferas. Pero los que dejaron esas pruebas de su presencia se fueron para siempre, y nuevos buscadores vinieron tras de ellos, aislados o en pequeños grupos de diferentes tipos de hombre, a menudo con un pasado criminal. Estos forajidos, escapados de la cárcel o del trabajo forzado en las minas, se atropan junto a los ríos durante el verano y el otoño, y con el agua hasta la cintura lavan las arenas que recogen, para obtener si acaso el oro preciso para subsistir hasta el próximo verano, en el que recomienzan la operación. Estos hombres se construyen madrigueras para albergarse debajo del terreno, y sufren penalidades sin cuento, con el único deseo de encontrar un poco de oro a fin de huir de la policía. No atacan a nadie, y temen a todo el mundo. Cuando por casualidad se les encuentra en el bosque, al principio nunca confiesan a lo que se dedican, y suelen decir que son cazadores o pescadores, según las localidades en que están, exhibiendo algunas pieles de veso o de ardilla, o los pescados secos que cuelgan de los arbustos cercanos a sus guaridas.

Otras personas se ocultan también en la espesura: las que componen las reducidas y errabundas partidas de ladrones que campan por sus respetos, atemorizando a la gente más o menos pacífica. Estos merodeadores acechan a los buscadores de oro, y al cabo de algunos ataques con éxito tienen que mostrarse muy vigilantes para defenderse, porque otras cuadrillas de bandidos más numerosas se forman para desvalijarles a ellos. El año que yo viajé por el país, un salteador llamado *El Tuerto* era el terror de todos los pobladores, legales e ilegales, de la *taiga*, porque sabía dar imprevistos golpes de mano; se mostraba implacable y cruel con sus adversarios, les arrebatava hasta el último grano de oro e incluso la camisa, torturaba a quienes se negaban a entregarle sus escondidos caudales, terminando por cortar la cabeza a los que caían en sus manos. Las instrucciones que daba a sus cinco compinches, tan desalmados como él, eran:

—Matad a diestro y siniestro, para que nadie pueda vengarse ni denunciarnos.

No había oído hablar nada de él cuando dejé la última estación del ferrocarril y me interné en la *taiga* habitada por unos cientos de colonos ucranianos establecidos en algunas aldeas diseminadas.

Recuerdo perfectamente que un mediodía del mes de julio llegué a uno de esos caseríos de la orilla izquierda del Bikin, compuesto de unas diez casas. Nadie salió a curiosarse al pasar yo a caballo entre ellas, seguido de una modesta escolta de dos cosacos. Las mujeres, que atisbaban por las ventanas, se retiraron sin perder tiempo, y aun los niños huyeron presurosos de nuestra presencia. Me paré delante de una de las casas más limpias y de mejor aspecto, y llamé. Transcurrió un largo rato sin que nos contestaran; pero por fin oí que alguien cerraba la puerta que da entrada al patio, encadenaba un perro y murmuraba algo que no pude comprender.

—¿Están ustedes locos, holgazanes? —gritó uno de mis cosacos enojado por la lentitud de los de la casa—. ¿Les parece bien hacer esperar a un sabio en mitad de la calle con este sol que nos abrasa?

Esto debió producir efecto, porque al cabo de un momento se abrió la puerta y apareció una vieja, que nos invitó a entrar, disculpándose:

—Perdone usted, señor, pero estamos aterrados. Dice la gente que *El Tuerto* anda por estos contornos y se dispone a acometernos para despojarnos de cuanto poseemos. Quizás nuestros hombres pudieran defenderse; pero en tal caso habría lucha, y luego vendría la policía molestando con sus pesquisas y metiéndose en todo, y, lo que aún es peor, obligándonos a ir a la ciudad a declarar, con este calor y con el trabajo que tenemos. No; vale más que no sepa nada.

Mis cosacos se echaron a reír con estrépito.

—¡Bravo! ¡Se ve que son ustedes listos! —exclamó el de más edad, un hombre alto y cenceño, de ademanes rápidos y nervioso—. ¿Y piensan encerrarse en sus casas hasta que se mueran?

—Y después también —contestó la vieja jovialmente, mientras nos preparaba té—. Siéntense, hagan el favor, y descansen. Voy a prepararles té y a traerles un pastel caliente de pescado.

Nos acomodamos a nuestro gusto, tumbándonos casi en los grandes bancos, agotados por el calor y la pelea con esos mosquitos del Usuri, que parecían haber prometido a su santo patrón chuparnos toda la sangre de nuestras venas. Los mismos guías, más acostumbrados a esa inexorable plaga del bosque, juraban enérgicamente que ni los caballos podían resistirla con calma.

Bebimos té, rociando liberalmente el excelente pastel de fresca kaluga (un pez de la familia del esturión), y decidimos tomar algún descanso.

—Yo no dormiré —anunció el viejo guía—. Charlaré con estos buenos labriegos. Tal vez me proporcionen algunos datos acerca del carbón o el oro.

—Diga usted, abuela, ¿la gente de aquí trabaja en la *taiga*?

—Claro —contestó ella—; cortan madera, cazan y cogen piñas.

—¡Vaya!, que no pierden el tiempo —añadió el cosaco satisfecho—. ¿Y prosperan ustedes?

—Sí; gracias al Señor —replicó la anciana, santiguándose devotamente—. La tierra es fértil, el pan abunda y vendemos trigo que cosechamos en Habarovsk y Nikolaievsk. Criamos cuanto ganado queremos; los hombres cazan cebellinas y martas y trafican en *vodka*, tabaco, pólvora y cerillas, con los orochones (tribu cazadora mongola que acampa en las selvas del Usuri). Somos los vecinos más próximos de estos indígenas, y les compramos o tomamos en comisión la mayoría de sus productos, que transportamos al ferrocarril y a la ciudad. El mismo Sovienko, mi hijo, les compró quinientas pieles de marta, que vendió a buen precio en Habarovsk.

Hablaba con entusiasmo y optimismo de sus riquezas y de la seguridad de su comercio.

—Debe dar gusto vivir aquí —exclamó mi cosaco. Y el otro, también de broma, intervino en la conversación:

—Pues si son ustedes tan felices, ¿por qué se esconden en sus casas como en mazmorras?

—A causa de *El Tuerto* —explicó la mujer, lavando los platos.

En este punto de la charla me quedé dormido, y cuando desperté vi que mis guías lo tenían todo listo para partir. Pagué a nuestra huéspeda y nos fuimos.

Después de unas horas, en las cuales continué siendo presa de los mosquitos y de unos moscardones rojos llamados por los cosacos *gnus*, observé en un lado del camino señales de ruedas y divisé quinientos metros más allá la cabaña de un buscador de oro. Nos acercamos a ella y sorprendimos a sus tres moradores bebiendo vodka y bastante borrachos. Tras los saludos de rigor, los buscadores nos preguntaron con interés quiénes éramos; y luego ya tranquilos, nos acogieron afablemente.

Estudié sus operaciones con las arenas auríferas, y les prometí solemnemente no nombrarles para nada delante de las autoridades. Dicho lo cual, proseguimos nuestro viaje, para mayor delicia de los mosquitos y de los *gnus*.

—Esos prójimos han encontrado seguramente algo que vale la pena —observó el cosaco viejo—; y no ocurre eso con frecuencia a unos vagabundos que no tienen donde caerse muertos.

Acampamos, para pasar la noche, en una cañada con un riachuelo que corría ruidoso sobre un fondo de guijos. A poco de cenar me envolví cabeza y todo en una gran sábana de hilo, y me entregué por completo al reposo en un muelle lecho de ramas preparado por los cosacos. En el curso de la noche, como en sueños, oí ruidos, pisadas y relinchos de caballos; pero confiado en la fidelidad de mis guías, y en que nada tenía para tentar a un ladrón, excepto mis armas de fuego, siempre al alcance de mi mano, me arrebujé en el lienzo y seguí durmiendo.

Brillaba el sol en el cielo cuando me desperté. Los cosacos, sentados junto a una hoguera, bebían té. Al reparar en que ya estaba despierto, vinieron a mi lado y me contaron que dos acémilas se habían escapado y que no les había sido posible recobrarlas, porque probablemente se habrían dirigido hacia el poblado donde descansamos dos días antes.

—Vamos en seguida por ellas —dijo el cosaco de más edad, yendo a su caballo ensillado, que por cierto estaba sudoroso, como si acabase de hacer una larga caminata.

Los cosacos se marcharon y yo les aguardé horas y horas, hasta las siete de la tarde. Eché pestes contra ellos y las acémilas, con una razón que entonces no pensaba tener. Por último, al obscurecer escuché el pataleo de varios caballos y ruido de voces. A los pocos minutos, un grupo de jinetes surgió del monte y entró en la cañada. Pronto conocí que usaban gorras y uniformes de policía.

—¡Quieto, si la vida le importa! —gritó el jefe apuntándome con su carabina.

Mi asombro era inmenso; ¡la policía atacando a un pacífico explorador! Esto, incluso en Rusia, se aparta de lo corriente.

—Muy bien, no me moveré —repuse.

Me rodearon y exigieron mis documentos. Como estaban en orden y tenían la firma del gobernador, en seguida cambiaron de actitud y se apearon de sus monturas. Cuando se sentaron conmigo, el jefe de la patrulla, visiblemente preocupado, me preguntó:

—Dispénsame, señor; ¿pero cómo es que está usted en tratos con *El Tuerto*?

—¿Con quién? —balbucí.

—Con ese ladrón, con *El Tuerto*, ese peligroso bandido.

—Si le apodan así, será porque le falte un ojo, y yo no conozco a ningún individuo con ese defecto - contesté rotundamente.

—¡Lo niega usted! —agregó el policía atónito.

—Naturalmente —exclamé.

El policía se encogió de hombros y, dirigiéndose a sus subalternos, ordenó:

—Traigan al preso para que este caballero le vea.

Ante mí trajeron al guía alto y flaco, con su habitual cara de malicia, y detrás de él me miraba con expresión atemorizada y estúpida el cosaco más joven. Enmudecí de sorpresa.

Mi guía, de cuya identidad no podía dudar, era efectivamente tuerto. Le faltaba el ojo izquierdo, presentando en su sitio un párpado caído que tapaba un hueco rojizo y lagrimoso, y con el derecho, sano y penetrante, me lanzó una ojeada astuta y serena. Rechinándole las esposas, me saludó, diciendo entre dientes:

—Perdone usted las molestias que le he causado.

Los policías se los llevaron. Tuve que explicar cómo había contratado a los dos hombres en la aldea cerca de la estación, y me costó lo indecible convencerme de que no poseían las cualidades apetecibles en unos guardianes.

El jefe del destacamento me enteró de que *El Tuerto* y su compañero asaltaron a los buscadores de oro, escondidos en el bosque, y les asesinaron, robándoles unas cinco libras del preciado metal, regresando a mi lado. Luego, con el pretexto de recobrar las bestias perdidas, se encaminaron al caserío donde nos detuvimos en la granja de la en exceso confiada vieja. Allí cayeron sobre la finca del rico labrador Sorienko, y amenazando a éste con la tortura y la muerte, le forzaron a que les entregase todo su dinero. En el momento de satisfacerles la exigencia, llegó el pelotón de policía y capturó a los ladrones, que no esperaban la para ellos desagradable irrupción. *El Tuerto* intentó resistirse, y tenía su verdadero aspecto, pues se había quitado su ojo de cristal, guardándoselo en el bolsillo, por si era preciso luchar. Ese ojo artificial servía al bandolero a modo de impenetrable careta, facilitándole la impunidad en la perpetración de sus crímenes. Con su prisión respiraron tranquilas las gentes de aquella comarca.

Me hallo en la necesidad de recordar que *El Tuerto* era un sujeto simpático y servicial. No obstante, me originó un molesto contratiempo, obligándome a continuar mi viaje con un mozallón campesino que me proporcionó la policía, zafio y holgazán, que a cada instante perdía el camino, y tan cobarde, que hasta se asustaba de los añosos robles, que creía eran morada de los diablos verdes del bosque. Solía embriagarse a tontas y a locas, y entonces se le cerraba más la mollera, riéndose como un idiota. Aquel babieca se llamaba ¡Águila!

El oro es el amo supremo en la *taiga* del Bikin. Las leyendas aluden a las vetas, fabulosamente ricas, incrustadas en los macizos montañosos y a los maravillosos tesoros ocultos en los lechos fangosos de los ríos profundos y torrenciales, como el Jor y el Yman, y de boca en boca se transmiten los relatos de los nefandos crímenes perpetrados en aquellos parajes y los de las extraordinarias aventuras de que fueron protagonistas tantos desventurados, impulsados por la codicia y la desesperación.

En nombre del Metal, del Diablo Amarillo, como los coreanos llaman al oro, se cometieron en la *taiga* usuriana actos sangrientos y terribles, igual que se realizaron hechos de valor heroico y de fuerza de voluntad; pero el Diablo Amarillo triunfa siempre y guía a los hombres, deslumbrados por el brillo del oro, a la ruina y a la perdición.



## CAPÍTULO XVIII

### ¡Ay!... El tiempo pasado

Allá en el interminable bosque virgen donde con dificultad se encuentra un hombre blanco, muchos chinos y coreanos hallan, a costa de trabajo, un abrigo y medios de vida. Son los verdaderos propietarios de esas inexploradas selvas y las conocen perfectamente, pues cada año hacen en ellas nuevos caminos y se internan en su espesura, sólo interrumpidas por los ríos que se dirigen a las tundras del Norte. Además de estos intrusos, procedentes del Sur, existe allí una población aborigen, ahora en vías de extinguirse, pero que se consideran los dueños legales de esas extensiones umbrías. Son los mongoles de la tribu nómada de los orochones. Viven en ellas desde hace siglos, dedicados a la caza mayor y menor, cogiendo con las manos desnudas alces y ciervos y usando a veces, aun en estos días del vapor y la electricidad, arcos y flechas con puntas de piedra o hueso. Los únicos factores de la civilización que han llegado al dominio de los orochones son el alcohol y la pólvora.

Una vez, en tiempos de los poderosos emperadores de China, de la dinastía mongola de los Yüan, los orochones formaban parte integrante del Celeste Imperio, siendo su muralla septentrional y defendiéndole de los tungusos. Después, a la sazón de los momentáneos cambios en el Estado de Gengis Jan y Tamerlán, los orochones pasaron sucesivamente a poder de los coreanos, tungusos y japoneses, y, por fin, cuando Rusia ocupó el Extremo Oriente hasta las costas del Pacífico y a lo largo de las fronteras manchú y coreana, la tribu figuró entre los súbditos del zar.

Pagaban puntualmente los impuestos, liquidándolos en pieles. En realidad no estaban muy seguros en cuanto a su positiva nacionalidad, pues aunque cumplían sus deberes fiscales con el Estado ruso, también visitaban de cuando en cuando a los funcionarios chinos, que iban a verles en secreto desde las cercanías del mar, y les entregaban para el Tesoro de Pekín pieles de marta, cebellina y ardilla.

Los comerciantes rusos los explotan sin compasión, y desaparecerán rápidamente, aniquilados por el alcohol, que los colonizadores rusos les distribuyen sin tasa ni medida.

En 1905 ocurrió un incidente cómico trágico, a causa de que un aventurero emprendedor se instaló entre ellos y empezó a reunir pieles de valor como contribución para el Tesoro británico. Por suerte para los orochones, el aprovechado inglés tropezó con un oficial ruso que le recogió las pieles y le detuvo. Las pieles pasaron a poder del oficial aprehensor, y se dice que éste repartió el botín con el inglés, a quien puso en libertad sin otras averiguaciones.

Los orochones son magníficos cazadores, incansables jinetes, excelentes tiradores y valientes a toda prueba, pues hacen expediciones contra los tigres y los osos sin más armas que las manos. Atraviesan en verano e invierno la *taiga* entera desde el Amir al Bikin y hasta el Yiman. No obstante, no van más al Sur a consecuencia de una tradición muy difundida en la tribu, consistente en que en el siglo XIII un Emperador chino dictó una orden prohibiendo a los bárbaros del Norte aproximarse a la frontera de Corea y al país de los manchúes, temiendo que juntos con éstos, famosos por su belicosidad, invadiesen China y comprometiesen la sucesión a la corona, tras del cierre del reinado de Gengis Jan.

Conviví con los orochones en la comarca, al Norte del Bikin, durante mi viaje a la bahía Imperator, con motivo de que el gobierno del Zar proyectaba construir un canal que uniese al Amur con el mar para disponer de una salida más corta y accesible que la que la boca de ese inmenso río, con sus barras y médanos peligrosos para la navegación, ofrece. Viajé con dos ayudantes y tres guías por un terreno enmarañado, hundiéndome a menudo en los barrancos pantanosos de las montañas.

Un anochecer, a punto de acampar para pasar la noche, divisamos en un collado no muy lejano el resplandor de una hoguera que teñía de rojo las ramas de los robles y olmos que la rodeaban.

—Deben ser los orochones —exclamó uno de los guías.

Nos aproximamos al fuego y pronto llegamos a un amplio prado donde, en torno de unos leños encendidos, estaban sentados por lo menos veinte indígenas. Vestían calzones anchos, de piel. Guardaban silencio, fumaban en pipas y contemplaban inmóviles la luminosidad de la fogata.

Algunos pasos más allá, bajo los árboles, estaba de pie un individuo corpulento, de singular catadura, envuelto en ropas andrajosas, adornadas con tiras y cintas de brillantes colores y tocado con una alta cofia hecha de cortezas de abedul. Se inclinaba continuamente al suelo y se enderezaba de nuevo, tirando de una larga correa de cuero, de la cual el extremo superior desaparecía en la obscuridad entre el ramaje de un añoso y frondoso roble. Miré con atención a las ramas y de improviso descubrí que el hombretón de la cofia se ocupaba en colgar a otro hombre, cuyo bulto negro subía lentamente a la copa del árbol, oscilando o girando en el aire. Hice intención de lanzarme en auxilio de la víctima; pero uno de los guías, que residía hace tiempo en el distrito del Ancur, se sonrió y me dijo:

—No se moleste usted. Los orochones cuelgan a sus muertos. Eso es una ceremonia fúnebre.

Así era realmente. Habíamos llegado a la mitad de los funerales de un hombre que acababa de morir de una borrachera. Resultó que el difunto se hallaba colocado entre dos piezas de corteza de abedul cortadas con esmero de un largo tronco. Luego amarran el improvisado féretro con correas de cuero y lo cuelgan de las ramas más altas de un roble. Más tarde he visto con frecuencia que en esas cajas de muerto expuestas al aire libre, suelen anidar las golondrinas de roca y las blancas lechuzas árticas (*Nyctea nivea*). Cuando el ataúd de abedul hubo quedado firmemente atado al árbol, iluminado por el resplandor de la hoguera, el *chaman* se incorporó al corro, y, sentándose también, tomó de un indígena viejo un pedazo de carne y un vaso de aguardiente. Hasta que no terminó de comer no se levantaron los nómadas para adelantarse hacia nosotros, saludándonos y preguntándonos por nuestro rumbo y nuestros planes, así como invitándonos a que nos calentásemos en su compañía.

Reparé con curiosidad en sus fisonomías serias, reflexivas y tristonas. No puedo afirmar que su expresión fuera una característica atávica de los resultados del alcoholismo, aunque he notado en distintas ocasiones que los borrachos crónicos suelen ser muy serios y poco inclinados a la broma y la risa.

Cuando la luna lucía en lo alto del cielo, el chaman reanudó su labor, porque el servicio fúnebre se compone de cuatro partes. La primera es la construcción del ataúd y la elevación del cadáver al árbol que sirve de cementerio. Las otras son más complicadas y difíciles; la segunda consiste en las plegarias a las almas de los demás muertos, que yacen, mejor dicho, cuelgan allí a fin de que acojan favorablemente al nuevo compañero; la tercera estriba en la exhortación al espíritu del difunto para que converse con su familia y amigos, y la cuarta constituye la fase más agradable de la ceremonia, por ser un banquete llamado *izana*.

Abandonando su puesto cerca del fuego, el chaman empezó a quitarse sus vestiduras ceremoniales. Se despojó de sus harapos vistosos y de sus tiras amarillas y rojas, poniéndose en su lugar cuerdas, correas y cadenas con amuletos atados a ellas, tales como raíces de plantas de enrevesadas formas, piedras de colores, trozos de huesos, dientes de oro y otros objetos misteriosos y milagrosos. En la cabeza se plantó un gran sombrero de piel de gamo, cogió un tambor y un pito hecho con un hueso y se echó a la espalda un morral con regalos que consistían en botellas de aguardiente, paquetes de tabaco y sal, pipas y guisantes secos.

Principió entonces una extraña pantomima. La hoguera proyectaba a capricho del viento luces y sombras sobre la hierba del prado y las hojas de los lozanos árboles que circundaban aquel claro del bosque. Un círculo silencioso de repulsivos y meditabundos hombres se delineaba negro y marcado en el terreno, alrededor de la chispeante hoguera, que prestaba rojizos reflejos a los mustios semblantes de los mongoles. A corta distancia de éstos, en el tupido herbazal, la sombra del *chaman*, al que sólo daba la luz por un lado, hacía desconcertados movimientos. A ratos iba y venía, erguida la cabeza, sin dejar de gritar con voz aguda: «*iJin, Jin!*», frase que acompañaba con un solo golpe al tambor. Mis guías me explicaron que esa era la manera como el chaman reclamaba de cada uno de los muertos que le escuchase. Lancé una ojeada a los árboles próximos y vi que de ellos pendían más ataúdes, en parte escondidos entre sus nuevas ramas y hojas.

El brujo golpeó el tambor cuarenta veces, repitiendo a cada golpe la llamada sacramental. Permaneció callado un momento, y luego, colocándose en posición para que todos los muertos pudiesen oírle, comenzó, con tono ronco y sepulcral, un lato discurso, subrayado a intervalos con redobles de tambor o pitidos.

—*¡Yin singu tamaz!* — exclamó solemnemente; lo que significaba que las almas de los difuntos habían acudido a aceptar los presentes que se les brindaban.

El *chamán* descorchó una botella de aguardiente y, describiendo con ella medio círculo, derramó en la hierba algo de la preciosa bebida; después echó un buen trago de ella, vertió alguna más en el suelo y tornó a beber. Esto se repitió seis veces con cada una de las dos botellas. Observé que el tal *chamán* era listo y sabía arrimar el ascua a su sardina, porque las libaciones de ultratumba eran parcas y las suyas copiosas, sin duda alguna. En vista de eso, hubiera apostado que las almas de los difuntos no serían las que se emborrachasen aquella noche. Tras del alcohol le tocó el turno al tabaco, que el *chamán* repartió a su gusto con sus invisibles auditores. Se metió en la boca un gran puñado de sal, y dejó sin distribuir las pipas y los guisantes.

A la ceremonia de las donaciones de ritual sucedieron las danzas sagradas del hechicero. Este poseía indudable mérito coreográfico. Saltaba en el aire con agilidad y a portentosa altura, hacía movimientos rápidos y graciosos con los pies y las manos, marcaba con el tambor el vivo ritmo de su baile y giraba sobre un pie con tan pasmosa velocidad, que era difícil distinguírle la cara. Bailó mucho rato, y habiéndose sofocado, empezó a desprenderse, sin interrumpir su ejercicio, de los amuletos, de su sombrero y de la prendas que le cubrían la parte superior del cuerpo, quedando desnudo hasta la cintura, sin que por eso cesase de moverse y de agitar sus escuálidas manos y descarnados brazos. Por último, se detuvo empapado en sudor, como una máquina bien engrasada y, recogiendo sus ropas y chucherías, vino al corro de los orochones, anunciándoles que el muerto había aceptado agradecido sus obsequios, y que se los agradecía desde el mundo en que descansaba.

Después el brujo tomó un poco de té, se enfrió algo, se vistió y echó un buen trago de la jarra con aguardiente que servía para uso general. Comió un trozo de carne asada, y de nuevo se puso en pie.

Entonces no llevaba adornos ni colgajos. Cogió solamente dos pequeñas tablillas, con una plancha de corteza de abedul blanco delgada como una hoja de papel entre ellas, y lentamente se dirigió al árbol sostén del último ataúd. Se mantuvo frente a él en silencio, sumido en honda meditación, como si no estuviese perdidamente borracho, y luego un ruido tan leve como el zumbido de un mosquito. Parecía que venía de lejos; pero en realidad salía de las finas tabletas que el *chamán* se había llevado a los labios. El ruido fue ganando en intensidad, hasta que se convirtió en un rumor grave que despertó a todo el bosque, desde el blando césped a las frondosas copas de los robles, y llenó los oídos, los corazones y las mentes con sonidos bastante sensibles para actuar en el cerebro. Sin duda que el *chamán* podía conducir un hombre a la locura sin más ayuda que dos tablillas de madera y unos recortes de corteza.

Por fin, el rumor fue disminuyendo y se redujo a las primeras casi imperceptibles vibraciones. A la par el *chamán* avanzó hacia la sombra proyectada por los árboles, y luego, en varios sitios de la obscuridad, aparecieron unas lengüetas fosforescentes.

En esto los orochones cuchichearon horrorizados unos con otros y miraron con espanto las densas tinieblas.

¿Qué era aquello? ¿Era una sugestión ejercida por el *chamán* bailarín, o procedía de algunos objetos fosforescentes tirados por el brujo al aire —trozos de roble podrido o polvo de hongos descompuestos—, si no es que lo causaban algunos insectos luminosos, como las luciérnagas, tan numerosas en la región del Usuri?

Cuando brotaron las llamas, el *chamán* pronunció ciertas frases para sosegar y consolar a los parientes del muerto, que estaban ya completamente borrachos, y esto indujo a los hombres encargados del festín a llenar las jarras y soperas de «brandy», con gran satisfacción de mis guías.

—¡Vaya unos funerales rumbosos!—exclamaron, frotándose de gusto las manos.

Después de que el mago hubo ocupado otra vez su puesto junto a la lumbre, dio principio un banquete, o más bien un derroche de alcohol, del que mi gente participó con creces. Los indígenas se saturaron de bebida, y, medio inconscientes, caían y volvían a levantarse para proseguir sus libaciones. Comieron poco: algunos de ellos, de tarde en tarde, mascaban un pedazo de carne asada o cocida o de pescado seco.

Pasadas unas horas el fuego se apagó, y los orochones quedaron tendidos en el suelo, durmiendo el sueño de la embriaguez, gruñendo y rebulléndose torpemente. Mis guías, ni aun entonces se separaron de las botellas, medio vacías, a pesar de que no podían con su alma.

Yo tenía mis dudas acerca de la reanudación de mi viaje a la mañana siguiente, pero me equivoqué. Al rayar el alba se despejaron y, aunque un poco pálidos, hicieron su trabajo como de costumbre, con habilidad y prontitud. Los orochones se habían ido mucho antes de que la luz del sol bañase su cementerio, el de los ataúdes de abedul balanceados por el viento.

Al cabo de algunos meses volví a hallar en la *taiga* a varios de esos genuinos nómadas, de los que conservaba tan desagradable recuerdo, con motivo de su bacanal funeraria; pero mi opinión respecto a ellos experimentó un cambio radical, al verles luchar con las duras condiciones de su existencia. Eran tres, todos cazadores, armados de escopetas viejas y de cuchillos y hachas puestos al cinto. Su indumentaria atrajo mi atención. Usaban calzones y calzado hechos de una pieza, de piel de venado, con el pelo por fuera, forrados con pellejos bien unidos de liebres blancas. Gastaban una camisa propia de ellos, y que merece ser descrita. Es una prenda doble, confeccionada con pieles de venado, con el pelo de las dos por dentro y fuera respectivamente, teniendo entre ambas entrelazadas como una red, una malla de retorcidos tendones de ciervos, que forman una especie de almohadón aislador del aire, la mejor defensa contra el frío. Una capucha que sirve, no sólo para cubrirse la cabeza, sino para taparse la cara, pegada al cuello de la zamarra, y unos manguitos de piel hasta los codos completan el práctico atavío.

He usado ese abrigo en el curso de mis cacerías invernales, y no vacilo en asegurar que no hay prenda más útil para preservarse de los rigores del frío. Protegidos por tal vestimenta, los viajeros pueden soportar al descubierto los efectos de las nevadas y ventiscas de la zona glacial.

Me junté a los cazadores orochones un atardecer, después de una accidentada jornada de caza, durante la cual mataron bastantes venados. Al amanecer del día siguiente uno de los nómadas se preparó para la caza. Me asombró notar cómo iba vestido, pues sobre el desnudo cuerpo sólo se puso unos pantalones muy finos y una zamarra de pieles curtidas de cervatillo, que, con las altas botas de piel, completaban una especie de mocasín, parecido al que llevan los indios americanos. Luego se ató a los pies un par de *esquíes* cortos y anchos, contruidos de modo que no impidiesen los movimientos entre la espesura de los bosques.

Sumamente interesado en verle trabajar le seguí de lejos, y a escasa distancia del campamento asistí a una curiosa escena de caza. El joven orochón descubrió una pista reciente y se puso a perseguir un ciervo. Con increíble velocidad se abrió paso por la maleza, gritando y silbando al venado como hostigándole. Anduvo tan de prisa que nunca perdió de vista a su víctima y lentamente la encaminó hacia el hondo barranco cubierto de nieve, en el extremo del cual estaba yo parado. Cuando la amedrentada res penetró en la garganta montañosa, se hundía en la espesa capa de nieve y adelantaba muy poco, a pesar de sus esfuerzos para ganar la pendiente opuesta. El indígena llegó al término del barranco un poco después que el venado, y con un alegre impulso a los esquíes le alcanzó, sujetándole con destreza y amarrándolo para poder tirar de él con facilidad, a la vez que llamaba a sus compañeros para que le echasen una mano.

La marcha del joven cazador fue tan rápida y segura, y cada uno de sus movimientos tenía tal elegancia y pujanza, que sentí pesar y arrepentimiento al recordar el mal juicio que de los suyos formulé la noche de la lúgubre bacanal bajo el ramaje de los robles.

## CAPÍTULO XIX

### Como las bestias feroces

La *taiga* del Usuri es extraordinariamente rica, figurando entre sus tesoros las más costosas pieles, el oro, las piedras preciosas, el ginseng, excelente pescado y caza en abundancia. Fácil es comprender que los hombres atraviesen las selvas en busca de estos valiosos productos naturales, y nada más lógico, dada la flaqueza humana, que a estos trabajadores esforzados les sigan otros aventureros menos emprendedores y desprovistos de todas las buenas cualidades. Estos aventureros de mala ralea son los apodados «hombres-tigres». Ya he hablado de *El Tuerto* y de las bandas de ladrones y otros criminales que infestan los bosques, matando y saqueando a las personas honradas que se ganan la vida a brazo partido con los implacables elementos.

Los «hombres-tigres», poética denominación dada a esos conquistadores de la Naturaleza por uno de los cazadores chinos establecidos a orillas del Wula-Ho, cazadores a menudo atormentados por ellos, son en su mayoría chinos, si bien no respetan en modo alguno a sus compatriotas. Merodean por separado o constituyen cuadrillas, organizadas con acierto y reclutadas entre los millones de constantemente hambrientos hijos del ex Celeste Imperio, en el que son legión los *coolíes* sin ocupación y los desertores del indisciplinado ejército.

Estos desesperados, verdaderos despojos de la humanidad, tienden a agruparse y forman bandas a las que alguien provee de armas y lanza al campo para que maten y roben. Actúan no sólo en China, sino también en las concesiones rusas de la Manchuria, la parte septentrional de Corea y los valles del Usuri y el Amur.

Entregados a sus propios instintos, jamás trabajan, excepto cuando plantan y cosechan setas; pero por lo general sólo son unos meros forajidos, dispuestos a cometer cualquier crimen que les proporcione algún beneficio. El cultivo y recolección de las setas es su industria peculiar. En los robles caídos o derribados crecen unos hongos blancos o amarillos de la variedad de los *Mucous morel*. Los chinos los recogen y secan para venderlos a los gastrónomos de su tierra, que los pagan a peso de oro, considerándolos un exquisito manjar. Pero estos hongos son el azote del Usuri, porque los «hombres-tigres» chinos y sus secuaces talan bosques enteros junto a los ríos Jor, Daobi-Ho y Wula-Ho, para coger los hongos que se producen en los árboles cortados. Estos abatidos gigantes yacen y se pudren sin provecho real para la vida económica de la región; pues al cabo de cuatro o cinco años los troncos no dan más hongos y carecen de valor.

Durante una de mis excursiones cinegéticas a los montes próximos al río Suchan, llegué con mi ordenanza a un solitario *fang-tzu*. Unos caballos ensillados a la china pastaban cerca de una empalizada medio desbaratada. Entramos en el *fang-tzu* inesperadamente y sorprendimos a seis chinos, bien vestidos tumbados en el *kang*, que fumaban plácidamente. Intentaron levantarse y acometernos; pero mi soldado, ducho en esas lides, les apuntó con la carabina y gritó:

—¡Arriba las manos!

Le obedecieron con el servilismo con que hubiesen atendido la orden de un jefe. El ordenanza me pidió que les tuviese al alcance de mi carabina y fue a un poste del que colgaban seis fusiles, les sacó los cartuchos y luego amarró unos a otros a los bandoleros, dirigiéndose a ellos en jerga ruso-china, ese baturrillo de palabras extrañas, tan extendido en Manchuria.

—Sabemos que sois *hunghutzes*. Los cosacos nos siguen y entonces el *pu shang kao* será con vosotros. Pero no os queremos mal. Os quitaremos cuatro carabinas y dos caballos; esconderemos las armas en un vado del río Suchan y cuando encontremos a los cosacos les diremos que no hemos visto nada de particular. Y vosotros, en cuanto os dejemos, podéis escapar a los cuatro vientos. ¿*Tung tecno*? ¿Me entendéis?

—*Tung te*. (Le entendemos) —contestaron ellos a coro.



—*Shang Kao* (bien)—dijo el astuto soldado con aire digno, cogiendo y atando las carabinas.

Retrocedimos con las armas dispuestas a disparar contra ellos, cerramos la puerta y la atrancamos por fuera con una gruesa estaca. Hecho esto, elegimos los dos mejores caballos y nos alejamos de allí.

Transcurridas algunas semanas, el soldado vendió su botín a un aficionado a las antigüedades, porque las verdaderas armas usadas por los *hunghutzes* eran muy estimadas, y habiendo realizado un buen negocio, me preguntó con picardía, guiñándome un ojo:

—Diga usted, señor, ¿quiénes en el *fang-tsu* fueron en realidad los *hunghutzes*, esos asquerosos *manzas* (nombre familiar con que los rusos designan a los chinos), o usted y yo?

—Tú, hombre, que duda cabe —contesté riendo—, porque te aprovechaste de aquellos infelices, como un consumado capitán de bandidos y no has repartido el botín conmigo.

—Supuse que no admitiría usted su parte. Y dispense que le diga, señor, que se llevó usted a Vladivostok el caballo que quitamos a los *hunghutzes*.

—Se lo devolví a la administración militar —repliqué con viveza.

—Allá usted, señor —me contestó—. Nosotros, los pobres soldados, no podemos ser tan espléndidos. Lo que Dios nos pone en las manos, debemos saber hacerlo valer.



## **CAPÍTULO XX**

### **La «Caldera Negra» y «El Tigre Borracho»**

Para mis estudios científicos, la denominada «Caldera Negra» es un paraje muy apropiado. Se trata de un valle entre los ríos Suchan y Tu-Tao-Ku. Allí existen inmensos yacimientos de carbón pardo o lignito, resultado de la amplia y gran labor de la Naturaleza, actuando como químico e ingeniero.

El carbón pardo, de relativa nueva formación, es completamente igual al que se encuentra por doquier en la península de Muravieff-Amurski, esto es, sólo es bueno como combustible.

En la cuenca del Suchan la Naturaleza ha dado, hábilmente, acceso al calor interior de la tierra hasta estas capas carboníferas, de suerte que el carbón que de ellas se obtiene se parece al cok muy notablemente. Rusia, por tanto, posee en la «Caldera Negra» un combustible excelente, como el carbón pardo; otro carbón que rinde un buen cok para usos metalúrgicos y antracita, que es el producto que más cambia bajo la influencia de las altas temperaturas. En esa «Caldera» la Naturaleza ha montado un vasto laboratorio, donde se fabrican millones de toneladas de carbón.

Los depósitos del Suchan constituyen la principal riqueza del país y tienen una marcada importancia industrial, porque los filones considerables del imprescindible combustible más próximos están en la isla de Sajalín, donde la falta de buenos *docks* y de adecuados elementos de transporte hace difícil su explotación.

Otra fuente de riqueza en el valle del Suchan es el fértil terreno negro. Este se parece tanto al suelo de los gobiernos de Kieff y Poltava, que la administración de Petrogrado envió a dicho valle grandes colonias de emigrantes, que rápidamente desarrollaron la agricultura de la región y se hicieron ricos, aumentando sus ingresos cazando cebellinas y demás animales de valiosas pieles.

Junto con el valle del río Tu-Tao-Ku, en cuyos afluentes se halla oro, el distrito de Suchan es una comarca de muchos alicientes para los capitalistas. Las bandas de primitivos mineros chinos fueron las atraídas a él en primer lugar y lograron crecidas ganancias, que aumentaron dedicándose a la explotación de la caza mayor. En este país sorprendimos a la partida de *hunghutzes*, a la que mi avisado ordenanza robó con tanta serenidad.

En una aldea, no lejos de una mina de oro en plena actividad, trabé amistad con un viejo cosaco, jovial en extremo, llamado Kangutoff. Con él, cuando yo estaba desocupado, recorrí cazando el valle del Suchan, pasando ratos ya entretenidos, ya emocionantes. Los ingenieros de la mina, al saber que yo cazaba con Kangutoff, se rieron diciendo:

—¿Kangutoff, el «Tigre borracho»? Es un buen cazador y conoce toda la *taiga* tan bien como el corral de su casa.

Como me disponía a emprender una expedición, no tuve tiempo para preguntarle el por qué del extraño mote.

Di varias batidas a los faisanes en compañía de Kangutoff, y en el curso de ellas tropezamos en distintas ocasiones con jabalíes, esos enemigos de las plantaciones de maíz de los labradores. En los campos de trigo y habas de «Koaliang» o sorgo chino y a lo largo de las riberas de los ríos, legamosas y revestidas de altas hierbas, levantamos bandos enteros de faisanes. Mi perro, un setter gordon de pura raza, estaba ya tan cansado y nervioso a medio día, a causa del constante trabajo, que después de merendar se echó y no quiso levantarse, quejándose y lamiéndose las patas, arañadas por los zarzales; pero por fin decidió seguirme al verme entrar en la espesura, olvidándose de sus sufrimientos, porque el fuerte olor de los faisanes reavivó sus naturales entusiasmos.

Ocurría a menudo que cuando el perro señalaba a un pájaro, quedándose de muestra en una artística postura, que encantaba la mirada del cazador, otras aves salían a derecha e izquierda con ruidoso batir de alas, lanzando chillidos agudos. El sorprendido perro casi se agazapaba al terreno y no se atrevía a mover la cabeza,

permaneciendo en una actitud fija, al acecho de un solo pájaro; pero la agitación de su nariz indicaba suficientemente el torbellino de sensaciones que experimentaba.

No dudo de que los faisanes de los campos y matorrales del Suchan y del Tu-Tao-Ku me recordarán todavía, Durante dos semanas tuve a veinte familias abundantemente abastecidas de la sabrosa caza, y yo mismo me harté de la estimada ave blanca, hasta el punto de que después en el Este apenas la he comido, ni siquiera guisada a la moda de Vladivostok, es decir, con champaña, aunque me figuro que incluso un trozo de neumático de goma vieja cocido en ese vino será agradable, cabiendo el recurso de beber el caldo y dejar la goma al cocinero, lo que yo solía hacer con el plato de faisanes.

Como la caza de faisanes en tales condiciones resulta fácil y monótona, me cansé pronto de ella y sentí el deseo de un sport más emocionante. Los jabalíes (*sus scrota*) me facilitaron lo que ambicionaba, toda vez que cazarlos en el valle del Suchan, entre los arbustos y la maleza de la altura de un hombre, no carece de peligros. En esa jungla los jabalíes se alimentan de bellotas, pasando allí los días, y por las noches acuden a las plantaciones de las granjas, arrancándolas y pateándolas desastrosamente.

Kangutoff me condujo a la región de Aksieivka, en la que en verano corren los jabalíes. Me llevé mi carabina Henel con su telescopio, y gran cantidad de balas dum-dum. Kangutoff me divirtió con cuentos basados en hazañas de jabalíes, la mayoría poco satisfactorias, pues cuando no había un animal que despanzurraba a un cazador, se trataba de otro que con los colmillos le traspasaba las piernas, y otras por el estilo. Le corté el hilo de aquellos relatos cruentos, preguntándole:

—Dígame, ¿por qué le llaman a usted el «Tigre borracho»?

Sonrió, moviendo la cabeza con indiferencia.

—¡Bah! —repuso—; por habladorías sin la menor importancia.

—Cuéntemelas —insistí.

—¡Uf! —refunfuñó malhumorado—. A veces se gana uno un mote por cualquier cosa. Y puesto que usted se empeña, óigame:

»El gobernador vino de Vladivostok a inspeccionar las minas del Suenan. Al marcharse fue llevado a la estación de ferrocarril en coche, y yo le serví en el viaje de caballerizo. Ya en la estación, el gobernador me regaló una pieza de oro de diez rublos, y comprenderá usted, señor, que con ese motivo cualquier hombre sano y alegre habría disfrutado un ratito. Yo lo hice así, y al obscurecer regresaba a la mina por el camino que bordea la línea férrea. La cabeza me daba vueltas y sentía en mis oídos un zumbido tal que me parecía estar asistiendo a un combate de artillería. Iba borracho, tremendamente borracho, y me sostenía en la silla por un prodigio de equilibrio. De repente el caballo resbaló en la hierba y me dejó tendido en un blando prado, en el que creí más conveniente quedarme dormido que perseguir a mi montura. Terminaba el crepúsculo y empezaba a cerrar la noche. Desperté al clarear y alcé la cabeza, dolorida y pesada como si la tuviese llena de plomo. Quise dormirme de nuevo, pero no pude. Me incorporé para ver el sitio en que me hallaba, y el pelo se me puso de punta. Entre los raíles había un tigre meneando la cola y mirándome fijamente. Sin tiempo que perder, agarré la carabina que colgaba de mi hombro izquierdo, apunté a la fiera y disparé, ocultándome presuroso entre la maleza. Transcurridos unos instantes eché una ojeada, y ¡oh asombro! el tigre continuaba sobre la vía, sin quitarme la vista de encima. Seguro de haber errado el tiro a causa de mi borrachera, hice fuego otra vez, apuntándole con cuidado, pues temía que el vodka me cegase los ojos. Pasó un largo rato y dirigí la mirada al sitio del peligro; caí de espaldas, porque la fiera seguía allí, si bien entonces se hallaba vuelta de espaldas a mi escondrijo. Le descerrajé otro tiro y me oculté de nuevo. Permanecí acurrucado entre las matas cerca de una hora, pensando que más le valdría al tigre irse, ya que mi estado de embriaguez no me permitía hacerle daño, que devorarme.

»Al cabo de bastante tiempo atisbé, para enterarme lo que había sucedido. El feroz animal ya no estaba donde antes. Entonces, tras una breve vacilación, carabina en mano, me arrastré fuera de la maleza, hacia la vía, y en ella encontré tres tigres muertos, unos al lado de otros. Eran dos machos y una hembra. En medio de mi borrachera había matado a los tres. Por eso me llaman el «Tigre borracho». Vendí las pieles en Vladivostok por seiscientos rublos, y el gobernador, al informarme de mi aventura, me envió una recompensa de veinticinco rublos. Volví a remojar el gaznate copiosamente, con los mismos resultados, pero, por fortuna, sin tigres. Digo, sin

tigres no, porque a mí me llaman el «Tigre», y lo que es peor, el «Tigre borracho». ¡Chismes y cuentos y afán de la gente de divertirse a costa mía!

Por último, Kangutoff, alias el «Tigre borracho», me guió al sitio elegido para la caza. Era un pueblecito de cinco o seis casas, pertenecientes a varios labradores ricos que empleaban a más de cien jornaleros chinos en el cultivo de sus fincas. Cosechaban mucho trigo, pero no lo vendían, porque lo dedicaban a la ilegal fabricación de aguardiente, que se consumía en las aldeas cercanas. Sus alambiques eran muy primitivos y los escondían en el interior de los bosques, donde tenían a mano el combustible que precisaban y les era fácil eludir la vigilancia de los inspectores del Gobierno, que mantenía un monopolio y obtenía la mitad del total de los ingresos de la explotación de una pasión popular. Naturalmente, el Gobierno castigaba a los competidores clandestinos, como los habitantes de aquella aldea, tan amigos del «Tigre borracho», quien presumo sería uno de sus mejores clientes. Nos recibieron con gran afecto, que tomó la forma de constantes ofrecimientos de vodka de día y de noche y sin ton ni son. Cazamos por las inmediaciones del caserío, y cada jabalí que matábamos y hasta que herimos dio motivo a nuevos holgorios, tan del gusto de los cosacos.

Como ya expliqué antes, la caza tenía lugar en terrenos de monte espeso y de altas hierbas. Algunos campesinos solían acompañarnos, y con Kangutoff se adelantaban a mí cuarenta o sesenta pasos espesura adentro, para servirme de ojeadores. En la estación estival el jabalí despidе un olor muy fuerte, que permite descubrirle con poco trabajo. Sin embargo, sucede con frecuencia que el animal sale de la maleza sin que su aroma lo denuncie, por lo cual hay que andar con sumas precauciones, pues es corriente que los jabalíes viejos ataquen a los hombres, costumbre que pude comprobar durante mi primera cacería a la variedad usuriana.

Acababa de cruzar un tremedal bastante extenso, desprovisto de hierba, que había sido quemada, y me interné de nuevo en la jungla. Llevaría recorrido un corto trecho, cuando sentí el desagradable olor del jabalí, y al mismo tiempo le vi venir hacia mí como un peñasco que se desprende de la montaña. Se arrojó contra un grueso abedul, detrás de cuyo tronco conseguí refugiarme; desarraigó al arrancar un gran arbusto, rozó el árbol con sus colmillos y pasó junto a mí cual un huracán, resoplando furiosamente. Se precipitó a la pradera, pero allí le alcanzó mi bala *dumdum*, rebotándole en la cabeza, detrás de una oreja, y convirtiéndosela en un montón de huesos rotos.

Lo colgamos de un árbol, a fin de que las bestias de presa no lo destrozasen, seguimos cazando, y más tarde mandamos a los campesinos que lo despedazasen. Anduvimos por la jungla hasta que anocheció, y por entonces yo había matado un jabalí y Kangutoff dos. Durante esta excursión pude apreciar la maravillosa destreza del cosaco. Tiraba con pasmosa rapidez y seguridad. Apenas avizoraba una res entre los matorrales, la enviaba una bala, que rara vez erraba el blanco. Además de los tres jabalíes muertos por él, los rastros de sangre demostraban que había herido a cinco más, uno de los cuales fue hallado al día siguiente cerca del camino por unos trajinantes.

En el curso de una de nuestras cacerías llegamos a un *fang-tzu* situado en un estrecho barranco de tupida vegetación. Hallamos en él a un viejo chino, que nos recibió con cortesía, aunque parecía estar inquieto, puesto que miraba constantemente una cajita que había en un rincón del cuarto. Tomamos té y charlamos con el chino, el cual, poco antes de despedirnos, nos refirió esta verídica historia:

—El otoño último se presentó un chino en mi casa. No sé quién era. Entró en mi uranida para pasar en ella la noche, y cayó enfermo. Estuvo una temporada conmigo, y cuando sanó e iba a irse, como no tenía con qué pagarme, me ofreció una plancha de cobre, diciendo: «Vale más que el dinero, porque ha sido quitada de la tumba de un gran jefe y de un milagroso artífice». Quizás le guste a usted conocer esa plancha.

Acepté la invitación. Abrí la caja y saqué de ella un objeto envuelto en un pañuelo rojo. Desdoblé éste y quedó en mi mano una pieza o lámina de metal de diez pulgadas de largo por cuatro de ancho. La cubrían unos signos grabados, que no acerté a descifrar, entrelazados a un dibujo sinuoso, peculiar del Tibet y la Mongolia. La placa conservaba aún rastros del esmalte negro con el que debía haber estado bañada. Tenía en un lado los restos de una bisagra, de lo que deduje que había formado parte de la puertecita de un bufete o de un cofrecillo. Le faltaba un trozo

correspondiente a una esquina, separado sin duda con un instrumento cortante. El chino me entregó también el fragmento desunido.

—Déme veinticinco rublos y le venderé a usted esta plancha—me propuso, sonriendo con picardía.

Le compré aquel raro objeto, y luego, cuando un rico comerciante chino de Vladivostok lo vio, me dijo que era una plancha de cobre con encantamientos, como las que se colocaban en los féretros de los mongoles Ordos. Al saber lo que yo pagué por ella, en seguida me entregó la misma suma y me permitió quedarme con la piececita separada, que conservé durante mucho tiempo. De vuelta de Petrogrado hice con ella un dije para la cadena del reloj, y en cierta ocasión me encontré al célebre orientalista, el académico Radloff, a quien le mostré la chuchería con sus enigmáticos signos, que nadie lograba entender. Al sabio le interesó el asunto, se llevó mi colgante y tardó poco en telefonearme, manifestándome que tenía una inscripción en tibetano antiguo que empezaba:

«Al ovante guerrero que...»

El resto de la sentencia quedó en la plancha que me había comprado el chino. Radloff me dijo que el objeto era de oro. El joyero, al que llevé sin tardar la alhaja para que la tasara, me aseguró que era de una mezcla de oro y platino. Supe a destiempo que el chino de Vladivostok tuvo la maña de estafarme dos libras de oro y platino, privando a la ciencia de un documento tal vez único y de incalculable mérito para los estudios arqueológicos.

Por entonces no sentí con exceso el acto poco escrupuloso del taimado hijo del Celeste Imperio; pero ahora que la fatalidad y el drama de nuestra época me han empujado desde el Kuan-lun a los Sayans y de la Dzungaria al Pacífico, territorios sobre los que el Gran Guerrero al que la plaquita de oro y platino se refiere debe haber dominado, no puedo consolarme de mi imprevisión e ignorancia.

Mi imaginación, acuciada por ese fragmento, vislumbra sin esfuerzo magníficos cuadros de un pasado remoto, cuando Asia se hallaba regida por los descendientes de Gengis Temuchín, un pastor de Kerulen, dotado de genio para crear un inmenso Estado que lindaba a Occidente con el majestuoso Volga.

¿A cuál de los descendientes del Gran Mongol alude mi trozo de oro y platino? Quizás la sacrílega mano de un salteador chino o de un osado mercader la sustrajo de la tumba del excelso Kublai o del mausoleo de Gundjur Jan en Erdeni Dzei, el monarca casado con una polaca, o del pilar que marca el sepulcro de Tamerlán el Cojo, si no la robó del templo arábigo del postrero de los Gengis, descendientes del magnífico sultán Baber.

Pero seguramente jamás obtendré del pasado la menor respuesta, y la placa del desconocido caudillo se habrá transformado hace tiempo en anillos y pendientes regalados a las chinas por sus *si-fas*.

## CAPÍTULO XXI

### Los hombres de voluntad férrea

La estación y el pueblo de Rasdoluaya están en el camino de hierro de Vladivostok a Nikolsk-Ussuriski. Durante la colonización de este país fue una de las primeras localidades que adquirieron extensión y riqueza, por hallarse en el cruce de las vías comerciales que unen las fronteras de Corea y Manchuria al lago Hanka, al Oeste y a la *taiga* septentrional, a lo largo de los ríos Usuri, Daobi, Wula y Bikin. Los cazadores, los viajeros de las casas de comercio, chinos y coreanos, los caminantes, y en general todas las personas a las que la selva mantiene y enriquece, tienen que pasar por Rasdoluaya para ir a Vladivostok. Allí corren numerosos riesgos. Una caterva de especuladores trafica con artículos variadísimos y a menudo con dinero falso, mogotes de ciervos, raíces milagrosas, pieles y hongos nacidos en los robles. Los taberneros, fondistas y tahúres, los ganchos de los fumaderos de opio, los ladrones y otras gentes de baja calaña que pululan por la noche en las calles de Vladivostok, aguardan en Rasdoluaya a los trabajadores de la floresta y acechan vorazmente un descuido que les permita apoderarse de los morrales de cuero o lona y de las cestas de mimbre o caña que contienen tantos bienes que la Naturaleza otorga. Todos estos valiosos productos pasan por las manos de los habitantes de Rasdoluaya antes de llegar a Vladivostok e inducen a los pillos de todas clases a procurar arrebatárselos a los intermediarios campesinos, sin reparar en los medios puestos en juego, ni siquiera en los más abominables asesinatos. El desarrollo de la población ha dependido de tan importantes transacciones. La primera vez que yo estuve en ella ya se gloriaba de sus bien construidas casas de piedra, iglesias, edificios oficiales, escuelas, y, sobre todo, del cuartel del magnífico regimiento de dragones, mandado por el coronel Volkoff, el conocido *sportman* y caballista, ex-oficial de la Guardia y amigo personal del Zar Nicolás II. En el Círculo de Cazadores, el coronel me presentó a dos de las más relevantes personalidades de todo el Extremo Oriente: los hermanos Kudiakoff.

Eran unos simples labradores rusos que habían ido allí espontáneamente cuando apenas había comenzado la colonización de la comarca del Usuri. Procedían de la parte Norte de los Urales y estaban acostumbrados a los más rudos climas, pues no en balde recorrieron cazando todos los bosques y yermos de las tundras entre Ekaterinburgo y la boca del río Kara en la costa ártica. Durante sus dos primeros años en el Primorsk, anduvieron por todo el territorio cruzándolo desde el río Hubtu, en la frontera coreana, a las orillas del mar de Ojotsk y desde el lago Hanka y el Sungacha, al Oeste, a las playas del Océano Pacífico.

Volvieron de esta expedición con un profundo conocimiento del valor del país y de sus riquezas explotables, y con la inestimable ventaja de haber aprendido los idiomas chino y coreano, y el lenguaje de los orochones y tungusos, con quienes vivieron aquéllos dos años en íntimo trato. La proverbial facilidad de los rusos para asimilarse las lenguas extranjeras y su habilidad para expresarse con muy reducidos vocabularios, les facilitaron el poder entablar relaciones amistosas con los indígenas. Cuando yo les conocí ya poseían una gran fortuna y disfrutaban de preponderante influencia; pero desde que oí referir sus aventuras y el relato epopéyico de sus vidas, luchas y andanzas en las costas del Pacífico, tal como me lo hicieron los señores Potorotzhinoff y Walden, antiguos habitantes de la región, siempre he puesto como ejemplo a imitar la historia de aquellos hombres de voluntad inquebrantable.

Años y años los hermanos Kudiakoff se dedicaron a la caza, matando ardillas, cebellinas, martas, armiños y vesos, y vendiendo las pieles a los agentes extranjeros. Al mismo tiempo traficaban con los pobladores de la *taiga*, cambiando por pieles, pólvora, carabinas, cartuchos, tabaco y té. No tardaron en enriquecerse los emprendedores hermanos, sin despertar el odio de los indígenas, porque los Kudiakoff no les explotaban y jamás les vendían alcohol, ese veneno que conduce seguramente a la muerte. Mientras los dos hermanos fueron solamente simples cazadores, las



tragedias de los «Cisnes Blancos» no sucedieron con tanta frecuencia, porque los coreanos que transportaban los bienes que habían ganado, solían ponerse bajo la protección de los Kudiakoff, y los pagaban con generosidad para que les escoltasen hasta la frontera de Corea. Los experimentados hijos de las estepas sabían de sobra cómo evitar las emboscadas de los cosacos en los senderos de las selvas, y si topaban con los bandidos que los esperaban, acudían a su valor y destreza, logrando siempre defender a sus clientes de blancos vestidos que se confiaron a su custodia. Sus nombres eran conocidos y alabados en toda Corea e incluso en el Norte de China, y los avisados hermanos se aprovecharon de su justa popularidad para obtener el mejor *ginseng*, los mogotes de ciervo más codiciables y buena parte del oro hallado por los orientales en las junglas del Usuri.

Percatados con inteligencia del valor comercial de las preciosas raíces del *ginseng*, contrataron con sus clientes del monte el suministro de plantas vivas y con ellas montaron la primera plantación de *ginseng* en un barranco de la sierra Sijota-Alin. Esta plantación duró hasta 1907 y proporcionó a sus propietarios cuantiosas ganancias. Los Kudiakoff prestaban a los trabajadores de los bosques dinero, herramientas y víveres para auxiliarles en sus operaciones de buscadores de oro, y nunca perdieron al hacer esto, porque aquellos hombres, que nadie sabía de dónde venían, perseguidos por la policía, jamás les engañaron y siempre pagaron sus deudas de una manera o de otra, con oro o pieles, o trabajando por cuenta de sus protectores.

El principal teatro de la actividad de los Kudiakoff fue la comarca entre Rasdoluaya y el río Suchan, en la que abundan los tigres y las panteras; circunstancia que mantenía alejados de ella a los agricultores y ganaderos. Los hermanos, en un solo verano, mataron diez y seis tigres y cinco panteras, librando a la zona citada de esos animales feroces, y a la vez lucrándose con la venta de sus pieles en Vladivostok y de sus entrañas a los chinos del campo, ya que los corazones e hígados de «las gatas» los usan los brujos chinos y coreanos como talismanes contra las fieras y las enfermedades mortales. Claro que el logro de tantos triunfos les costó sufrir lo indecible, y los dos hermanos estuvieron en varias ocasiones a merced de sus crueles enemigos, mostrando ambos en sus pechos y piernas las cicatrices de las heridas que recibieron. Ello no les desalentó en lo más mínimo, y entre los cazadores y exploradores se les conocía con el brillante apodo de los «Matadores de tigres».

El hermano mayor me contó una vez lo siguiente:

—Como usted no ignora, llevo matados cien tigres, y he visto y aprendido mucho durante mis cacerías. Mi hermano y yo hemos observado que el tigre comprende en seguida cuándo se le da caza, y averigua qué clase de hombre es el que le persigue. Si el cazador carece de experiencia, y no es un profesional, como nosotros, el tigre suele burlarse de él y le permite que se vaya a ocultar entre los matorrales y detrás de las rocas. Ahora, con el que tiene sangre de tigre sobre su conciencia, procede de distinto modo. Tan pronto como el tigre olfatea a un hombre así, empieza acto continuo a cambiar los papeles, intentando cazarle, buscando, para atacarle de improviso, un sitio donde el cazador se halle en malas condiciones para tirarle, esto es, un paraje de espesa vegetación, un bosque de árboles gruesos y próximos o una quebrada en las montañas, cubierta de altas hierbas.

Nosotros, por ejemplo, después de cobrar nuestro tercer tigre, nunca conseguimos derribar uno tirándole de frente, sino que, invariablemente, tuvimos que hacerles fuego a la media vuelta, cuando la fiera nos acometía por detrás. Esto implicaba la necesidad de girar con rapidez y disparar en el momento en que el tigre daba el salto o se agazapaba en el terreno disponiéndose a darlo. Un disparo hecho con tanta precipitación, en una posición incómoda, es poco seguro y da ocasiona a graves peligros, porque si la bala no pone a la bestia fuera de combate, la catástrofe raras veces puede evitarse. La fiera seguramente caerá sobre el cazador, y toda la esperanza de éste estriba en la destreza con que maneje el cuchillo o el hacha. También hemos tenido que recurrir a estas armas, y harto sabemos lo expuesto de tales encuentros. Si el tigre está hambriento y ansioso de comida, no vacila en atacar a un hombre, lo cual hace, sólo cuando el hambre lo desespera, y aun en ese caso prefiere arremeter contra un amarillo que contra un blanco. Se ha notado que si un par de tigres andan en busca de comida y tropiezan simultáneamente con un chino, un blanco y un perro, primero asaltan al perro, luego al chino, y en último lugar al blanco.



A los tigres no les gusta la carne de los europeos —añadió Kudiakoff riendo—. Es indudable que les repugna la carne empapada en alcohol. Ha ocurrido que un tigre, después de herir mortalmente a un ruso, se ha separado de él, dejándole; en cambio, chupa los huesos de un chino como si fuesen los de un pollo.

Confirmé esta opinión de Kudiakoff algunos meses más tarde, con motivo de un caso que me sucedió en la línea férrea Harbin-Vladivostok, cerca de la estación de Udzimi, donde a la sazón residía, ocupado en acelerar la explotación de unas minas de carbón con destino al abastecimiento del ejército ruso durante la guerra ruso-japonesa. Para defenderme de los *hunghutzes* me acompañaban algunos cosacos, uno de los cuales era un entusiasta cazador, y nos proveía con abundancia de venados y otros animales comestibles.

Un día salió muy temprano y no regresó del campo; pero su ausencia pasó inadvertida hasta el día siguiente, poniéndonos *in continenti* en movimiento para buscarle. Le hallamos entre unas matas con la cabeza aplastada y la masa encefálica desgarrada por las garras de un tigre, el cual había también mordido y retorcido sus articulaciones, pues debió jugar con él como un gato juega con un ratón. Los de mi escolta me dijeron que cuando un tigre acomete a un hombre, primero le atonta con un golpe, y luego, hincándole sus terribles garras en las coyunturas, le rompe todos los tendones y huesos. Una vez que la víctima yace inerte, la fiera le destroza el cráneo y le deja agonizar lenta y penosamente, volviendo después a su lado para devorarlo.

En Vladivostok acabé de enterarme de los comienzos de la verdadera fortuna de los Kudiakoff. Tras de varios años en la región del Usuri, los hermanos se trasladaron al Norte y habitaron una temporada en las costas de la bahía Imperator, no muy lejos de la desembocadura del Amur, en la Manga de Tartaria. Allí comerciaron con los orochis y los orochones, tribus nómadas cazadoras, y simultáneamente construyeron con grandes dificultades dos buques de vela de regular tonelaje. Su primera intención consistió en doblar la punta Norte de Sajalín, para ir a la bahía de Ryisk, en la parte oriental, inmediata al país de Nutovo, en el que los naturales de él afirmaron que hay importantes depósitos de petróleo. Allá fue donde, veinte años más tarde, el ingeniero alemán Kleie, empleado en el *Lloyd Ostasiatische*, descubrió este aceite, y fundó para utilizarlo una sociedad anónima.

Cuando los Kudiakoff, con sus tripulaciones de arrojados marinos, emprendieron la navegación, les sorprendió el mal tiempo y un fuerte ventarrón del Este, que les forzó a desembarcar en la costa de una isla desconocida del mar de Ojotsk, que resultó ser la más meridional del archipiélago de las Shantars. En ella los osados nautas encontraron en las aguas gran número de ballenas y las márgenes pobladas por innumerables focas. Se dedicaron de lleno a la pesca y caza de los nombrados animales, y pronto adquirieron práctica y maestría. Además, entablaron porfiadas luchas con los pescadores japoneses, que aniquilan las focas sin compasión, contrariando todas las leyes dictadas para conservarlas, y en aquellas refriegas más de uno de los valientes rusos sintieron la caricia de las balas japonesas.

Los hermanos dirigieron sus operaciones como cosa de dos años. Establecieron relaciones con los cazadores indígenas y con los pastores de renos, recogiendo pieles, muchos colmillos de morsas y de vacas marinas y esperma de ballena, todo lo que, noticiosos de que se vendía bien en Petropawlovsk y Markovo (Kamchatka), transportaron a estas ciudades, abriendo así un nuevo mercado a sus productos.

Kudiakoff me participó que pensaron establecerse en Kamchatka, para ocuparse personalmente de la caza en las islas Shantar del mar de Ojotsk; pero que oyeron hablar de las del Comendador, en el mar de Behring, al Este de Kamchatka, como de unos lugares repletos de las más pequeñas y finas variedades de focas, muy apreciadas y pedidas en las plazas inglesas y americanas.

Decidimos visitar las islas del Comendador y cazar las focas, cuya cantidad, a juzgar por los dichos de los naturales de Kamchatka y de los viajeros, era incalculable; pero como además nos previnieron de que en las cercanías de aquel grupo de islas cabía la posibilidad de tropezar con algún buque japonés, y aun canadiense, dedicado a la matanza de dichos animales, entre los preparativos que hicimos para nuestra expedición incluimos el montaje, en el barco en que habíamos de emprenderla, de un cañoncito comprado en Markovo.

Navegamos a lo largo con extraordinaria buena suerte, hasta que nos alcanzó un cañonero ruso que se dirigía a las islas para limpiarlas de piratas japoneses, que

habían construido una aldea en una de ellas. Como el cañonero no era, ni mucho menos, el compañero que necesitábamos, resolvimos seguir en el mar y lo cruzamos por espacio de diez días, no sin provecho, puesto que hallamos una bandada de ballenas. Matamos dos de esos monstruos marinos, y, arrastrándolos a los arrecifes de una isla, los quitamos la grasa y las barbas, viendo con alegría al terminar nuestra tarea que en el horizonte se desvanecía la humareda del importuno cañonero.

Nos acercamos al archipiélago del Comendador y arribamos en el Sur a una extensa bahía, en la que no encontramos nada, salvo un banco de arenques, que acababa de entrar. Cogimos y salamos gran número de ellos, y continuamos bordeando la isla hasta las costas de una ensenada, en la que contemplamos un espectáculo que jamás olvidaremos. No había allí visible ni un pie de terreno, a causa de que un tropel de millares de parduscas focas se calentaban al sol. Algunas de éstas, al dormir, parecían sacos bien rellenos; otras retozaban y jugaban, saltando con torpeza y cayendo cuan largas eran. En una parte más elevada de la arenosa playa vimos un grupo de bestias de mayor tamaño, formando círculo. Echamos el ancla, y cuando nos aproximamos a la playa en nuestras canoas, los animales, sin duda apostados de centinela, nos vigilaron, y, con movimientos desmañados, previnieron al rebaño del peligro que corría. Avanzamos armados de remos y fuertes palos. Fue una horrible matanza de seres indefensos. Las pobres bestias perecieron una tras otra, mugiendo triste y prolongadamente; sólo algunas de las más viejas, levantándose sobre sus aletas, nos enseñaron los colmillos e intentaron asustarnos con sus breves y ridículos aullidos. No hicieron más protestas aquellos pacíficos y débiles animales. Matamos un centenar de ellos, eligiendo los más grandes, para lo cual rodeamos el banco de arena y nos encarnizamos en el grupo de los que en él descansaban. Esto resultó ser un grave error, pues dejamos la parte principal del rebaño, que consistía en mil quinientas cabezas, entre nosotros y el mar. Lo comprendimos así demasiado tarde, al presenciar a la movable y compacta masa de las focas penetrar en el mar y desaparecer. Después supimos que los cazadores expertos empujan a las focas al centro de la isla y cada día matan unas cuantas, hasta que se apoderan de todas. Aquel rebaño se aprovechó de nuestra ignorancia, y aunque invertimos varios días en desollar nuestro rico botín y en esperar, lo cierto es que no volvieron.

Dirigiéndonos más al Este, a lo largo de la costa Sur encontramos un rebaño más pequeño, que nos proporcionó ochenta y cinco pieles. Con ellas en la bodega del buque, hicimos en seguida rumbo al Sur, dejando a estribor Petroparlovsk y yendo directamente a Dué, puertecillo de la isla de Sajalín, en la Manga de Tartaria, desde donde fuimos a Vladivostok, tras una corta estancia allí. En Vladivostok, los espléndidos beneficios que realizamos nos compensaron plenamente de nuestros riesgos y fatigas. Al año siguiente emprendimos otro y más afortunado viaje a las islas del Comendador, vendiendo nuestras presas a los comerciantes alemanes, que nos las pagaron sin regatear a elevados precios, deseando asegurarse pieles contra la competencia de los americanos. Pero ¡ay! fue nuestra última excursión al mar de Behring. A poco de ella, el Gobierno mandó una patrulla armada a proteger las focas de los cazadores rusos y extranjeros. Desde entonces sólo se podía ser un cazador furtivo, y a los dos nos repugnaba serlo.

Kudiakoff terminó su relato.

—¿Y a qué dedicaron ustedes sus marineros? —le pregunté, interesado en los detalles de sus aventuras marítimas y por la suerte de sus valientes cooperadores.

—Les mantuvimos en sus puestos durante mucho tiempo después —me contestó—, porque arreglamos nuestros asuntos de la manera siguiente: Cada año uno de nosotros dirigía los negocios en casa, organizando expediciones de caza para proveernos de pieles de cebellinas, osos, tigres, martas, ardillas, alces y gamos; comprando *ginseng*, oro y *panti* (cuernos de venado con pelusa); explotando la madera de los bosques; roturando tierras para plantar trigo, habas y mijo; construyendo molinos aceiteros para la extracción del aceite del soya; edificando nuevas casas; suministrando traviesas al ferrocarril y descubriendo o vendiendo campos dotados de filones de carbón, oro y otros minerales. El otro navegaba por el mar de Ojotsk, en el que, junto a las islas Shantar, pescaba ballenas, extrayéndolas la grasa y las barbas, y cogía salmones y arenques, vendiendo tan estimables productos, que son objeto de un activo comercio en Vladivostok e incluso en Shangai, adonde varias veces llegaron nuestros buques mercantes, cargando de retorno té chino,

*tussah* o tejidos de seda y paños ingleses. Un verano, mi hermano hizo una excursión al mar de Behring, y allí, en la costa de la bahía de Anadyr, halló un gran depósito de ámbar y ámbar-gris arrojado por las olas, trayendo de tan extraviada comarca gruesos pedazos de verdadero ámbar, algunos de los cuales pesaban varias libras. Tenían el hermoso color amarillo de oro, que a los chinos les gusta tanto para fabricar objetos de adorno femeninos, y además amuletos que dan la salud y la felicidad. El ámbar-gris es un producto expelido por las ballenas, y posee un olor fuerte y agradable. Se disuelve en aceites vegetales y en alcohol, y esta es la razón de que se emplee en China para la preparación de perfumes, alcanzando un precio igual a su peso en oro.

Los Kudiakoff me enseñaron su maravillosa colección de toda clase de artículos y curiosidades del Extremo Oriente. Era un valioso museo, en el que habían reunido las raíces de *ginseng* de más peregrinas formas (*Pentifolia panacea ginseng*), mogotes primaverales de ciervo, almizcles, pieles de oso, tigre y pantera, colmillos de morsas, barbas de ballena, ámbar-gris y verdadero ámbar, arenas auríferas, piedras preciosas, minerales diversos, pájaros del Usuri y efectos relacionados con los cultos religiosos de los orochones, ainos, kamchadales, coreanos y chinos. Más tarde supe que los hermanos habían regalado su curiosa colección al Museo de la Sociedad Geográfica Rusa de Vladivostok y Habarovsk.

Los hermanos Kudiakoff, por su vida, opiniones políticas y sociales y caracteres, despertaron en mí una profunda simpatía, y a menudo he pensado que aquellos hombres, de voluntad férrea, deben ser puestos como modelos a los jóvenes que hoy se jactan de su debilidad moral y no se avergüenzan de su falta de energía en esta época de relajación y de convulsiones tan hondas, que están destruyendo los cimientos en que descansa la sociedad.

## **CAPÍTULO XXII**

### **Los beneficios del «vodka»**

El ferrocarril del Usuri une Vladivostok a la capital de todo el país del Amur, Habarovsk. Próximamente á la tercera parte del camino está la estación de Shmakovka, en cuyas cercanías se levanta un gran monasterio ortodoxo, *Shmakovskaya Obitel*, en el que antes del bolchevismo residían un centenar de monjes dedicados a vastas explotaciones agrícolas, a la ganadería y al fomento de la hermosa raza de caballos de Jolgomorsk, así como también a la agricultura, a la pesca y a la fabricación de quesos, todo ello sin dejar de llevar una vida austera, piadosa y edificante.

Tras de las tempestades bolcheviques nada en realidad queda allí de cuanto había, excepto unos edificios arruinados. Los frailes fueron muertos o desterrados, y los que viven todavía flotan a la deriva en el inmenso y proceloso mar de la actual sociedad rusa, sin amparo ni derechos, perseguidos por los anti-religiosos gobernantes de la Rusia roja. Los revolucionarios destruyeron los rebaños y se incautaron de los caballos para el ejército bolchevique, apoderándose también del tesoro del convento, de las imágenes de los santos y de los efectos sagrados de la iglesia saqueada, convirtiendo el monasterio de Shmakovski en un enorme montón de escombros. Yo lo visité en el curso de mis primeros viajes a la región del Usuri, interesándome sobremanera las labores a que los frailes se aplicaban y la fuente de agua mineral del monasterio, famosa en muchas leguas a la redonda, que era similar al tipo de las de Giesshubler, Kreiznach y Essentuki, del Cáucaso. Centenares de personas acudían a ella en verano para curar o aliviar sus dolencias, y hallaban en el convento abrigo, asistencia médica y una hospitalaria acogida.

Las esenciales características del manantial eran su notable radioactividad y la persistencia de las emanaciones que desprendía, lo cual le daba una poderosa y rápida acción salutífera.

Oí muchos rumores acerca de la existencia en los contornos del monasterio de otras fuentes minerales, y me comisionó la Sociedad Geográfica para estudiarlas y analizarlas. Con este motivo exploré cuidadosamente el territorio en que podían ser halladas; pero con la excepción de un manadero escaso, cargado con exceso de ácido carbónico, que salía de debajo de unas rocas dolomíticas, mis investigaciones resultaron inútiles. Durante mis caminatas observé, sin embargo, curiosos detalles peculiares de la vida fronteriza. A treinta millas al Este del monasterio, en el seno de una floresta que se extendía a orillas de un riachuelo, caí de improviso en medio de un pintoresco campamento de nómadas. En la pradera y en la ribera del pedregoso río se alzaban unas veinte tiendas o wigwams, hechas de delgadas estacas de abedul, cubiertas con cortezas de este árbol. De los boquetes de las techumbres de estas chozas no salía la más ligera humareda denotadora de las hogueras que en el interior de ellas suelen encender los indígenas. Un hombre estaba agachado al lado de la entrada de una de las tiendas.

—Debe ser un campamento de orochones —opinó mi guía, uno de los frailes—. Vienen aquí al empezar el otoño, para la caza invernal de las cebellinas. Son gente tranquila, trabajadora y obediente. Reunámonos a ellos, porque vale la pena conocer sus singulares costumbres.

Nos acercamos a su rancho y el monje gritó:

—¡Salud, amigo! ¿Quiere darnos posada unas cuantas horas?

Como el indígena sentado junto a la choza no contestó, nos aproximamos a él, y con espanto y asombro vimos que aquel hombre, que apoyaba la espalda en la pared de la cabaña y vestía un blusón de pieles, calzones y botas, estaba muerto. Taciturnos y conmovidos nos miramos uno al otro, y sin hablar echamos pie a tierra con rapidez, poniéndonos a registrar las barracas. En todas encontramos cadáveres de hombres, mujeres y niños, y hasta en una, inmediata a un apagado hogar, el de un niño de pecho en su colgada cuna.

—¿Quién es el culpable de la muerte de estos infelices?— pregunté por fin al monje.

Este se bajó la capucha y rezó en silencio. Luego, al cabo de un rato, dobló la cabeza sobre el pecho, y me respondió suspirando:

—¡La maldad de Rusia, señor!

No le comprendí y se explicó así:

—Mire en torno suyo, señor. Por doquiera botellas, bidones y otros envases. Todos contuvieron alcohol, y esto es lo que mata a los nómadas. Los comerciantes rusos no tratan a los indígenas como a seres humanos. Se puede con impunidad robarles, enloquecerles e incluso matarles; lo importante es ahogarles en ese maldito líquido. Este es el modo convencional de negociar con los nómadas. Primero, los mercaderes rusos les hacen beber; luego les adquieren las pieles de mayor mérito, por desgracia, a precios irrisorios, y se las pagan con algunos litros de aguardiente pésimamente destilado. Con tan funesto sistema, los orochones hace largo tiempo que se entregaron de lleno a la bebida, y entregan sus almas al diablo por un vaso de *vodka*. Este habrá sido el caso de estas pobres criaturas. Probablemente venderían sus mercancías y vendrían aquí con su *vodka* para pasar el invierno. Durante una de sus vacaciones bebieron hasta emborracharse, y el frío y el viento, sumiéndoles en el estupor, acabó con ellos. Se extinguieron las hogueras y, con el calor de éstas, sus vidas. ¡Ah, qué enormes crímenes se cometen, señor, por el ansia de oro y riquezas! El diablo ha difundido esta epidemia de codicia entre la raza humana, y para agravarla ha puesto en manos de los hombres el alcohol, ese terrible veneno. Anula la conciencia, la voluntad y el vigor, y conduce a sus víctimas a la irremediable ruina.

El fraile concluyó levantando la mano como para maldecir tantos males y a quienes los causaban.

La infame actividad de los comerciantes rusos entre los nómadas de Siberia y Mongolia, ocasiona la desaparición de tribus enteras, que constaban de numerosos individuos no hace mucho tiempo. Así ha ocurrido en Kamchatka, en las márgenes del Anadyr, en el promontorio Tsukostsk y con los yakutos, ostiacos, orochis y ainos de Sajalín. Los funcionarios, sabios y cazadores rusos que algunas veces han ido a esas apartadas y poco pobladas regiones, saben muy bien hasta qué punto han pagado los infelices indígenas su tributo a la civilización. Toda clase de epidemias, especialmente la viruela, diezman a los degenerados habitantes de esos rincones del Nordeste de Asia, y nadie, a no ser los chamanes, lucha contra los bacilos y gérmenes de las enfermedades, y los brujos creen combatir a los demonios creados por ellos, pretendiendo atemorizarles y expulsarles con silbidos, redobles de tambor y gritos idiotas propios de alucinados.

Decaídos y henchidas las imaginaciones de negros pensamientos, abandonamos el campamento de los muertos. Precisamente inmediato a él, al pasar a través de un alto y tupido herbazal, encontramos en el suelo los restos de algunos faisanes con los cuellos enganchados en lazos hechos con crines de caballo. Los naturales del país atan la hierba de manera que forman un número de pasadizos bajos y estrechos, en los cuales preparan con habilidad los lazos de crin. Los faisanes y otras aves, buscando en el suelo qué comer, caen en estas trampas, y perecen a centenares de este modo tan bárbaro.

En las vecindades del monasterio, en las que abundan los faisanes, vi con frecuencia esos engaños. Cierta mañana hallé en uno de ellos una serpiente que tenía la garganta cortada por la crin de caballo atada a unos fuertes arbustos. El inmenso reptil pudo romper el lazo que lo estrangulaba, pero murió a corta distancia de él. Medía metro y medio de largo y presentaba en su flexible cuerpo pardo rayas y lunares negros: pertenecía al tipo de la boa constrictora. En el Usuri hay *fictiones* de esta clase; pero no suelen dejarse ver. Sabido es que atacan no sólo a los pájaros, sino también a las gamas y los jabatos. Cuando recorrí el valle pantanoso del río Suifun, nuestro carruaje pasó sobre una boa dormida después de un copioso banquete; las ruedas del coche la partieron en dos y en la tripa la encontramos cinco liebres, un pájaro y una rata. Me han dicho además que en varias localidades próximas a la línea férrea las boas hacen estragos entre las aves de corral.

Con anterioridad a la época bolchevique, el museo de la Sociedad para el estudio de la cuenca del Amur poseía algunos ejemplares de boas usurianas. Este tipo zoológico demuestra evidentemente que la comarca del Usuri es el campo de batalla del Norte y el Sur. En la misma selva, los habitantes de las nevadas tierras sub-



árticas, las cebellinas, afrontan el furor de la boa, el azote de las junglas tropicales. La Naturaleza ha proporcionado a la boa una morada familiar, poniendo en la *taiga* del Usuri la palmera (*dimorphantus palmoideus*), que prospera tranquilamente codeándose con el cedro, oriundo de la zona ártica, envuelto en enredaderas de Virginia, entre las cuales se abre camino el tigre del Amur, primo del de Bengala. Todo esto fuerza al viajero a pensar que la Naturaleza, en el momento en que fueron creadas la flora y la fauna del territorio, se complació en mezclarlo todo, olvidándose de sus habituales principios meticulosos o queriendo gastar una broma práctica.

Chanzas de esta índole no son apreciadas del todo por los hombres. Una de ellas eligió al trigo como objeto de su travesura. Algunos años después de que los colonos hicieran distintos ensayos de siembra de las variedades del Sur de Rusia, las cosechas salieron infestadas por un veneno. Los labradores le llamaron «trigo borracho», porque los síntomas del envenenamiento se parecían a los de la acción del alcohol. Los estudios que se verificaron acerca del asunto demostraron que un hongo especial, de la familia de los mixomicetes, se desarrollaba en el trigo, originando una fermentación en la harina, más acentuada al levantarse la masa hecha con el maleado cereal. En aquel pan se formaban los alcoholes denominados de alta graduación, como el amílico, así como la glicerina y la acetona. Al cabo de unos años el trigo del Usuri sobrevivió a su infección, y el «pan que emborracha» ya no daña a la población del país.



## **CAPÍTULO XXIII**

### **El paraíso de los cazadores**

Empero si el viajero quiere contemplar la mezcla más anómala del Norte y del Sur, un sitio donde las regiones boreales se enlazan al Egipto y la India, y la Siberia alterna con el Japón, debe visitar el lago Hanka, situado en la frontera que separa la Manchuria de la comarca del Usuri. Si el tal viajero es, además de un cultivador de las ciencias naturales, un amante de la caza, indudablemente saldrá encantado de su excursión, porque el lago, el río Sungacha, que en él desemboca, y unas cincuenta millas de aguazales y tremedales al Este del Hanka, cubiertas de cañas, juncos, espadañas y otras plantas acuáticas, son el verdadero paraíso de los cazadores.

Mi primera visita a semejante edén cinegético tuvo lugar al iniciarse la primavera, cuando el invierno tiene todavía corrido el cerrojo de hielo en los arroyos y lagunas que rodean al lago Hanka. Ciertó que la helada corteza de éstos ostentaba ya un color azuloso y mostraba muchos boquetes hechos por los rayos del sol; pero aún conservaba bastante resistencia para sostener un hombre y hasta un carruaje arrastrado por dos caballos.

Fui allí con un grupo de cazadores para tirar a las aves acuáticas migratorias. En una de las estaciones de la línea Nikolsk-Habarovsk alquilamos un coche y nos encaminamos al Oeste del lago Hanka. Los tremedales empiezan en aquel punto a cuarenta millas y pico del lago y están en comunicación por una red de arroyuelos y regatos que afluyen o salen de las incontables lagunas, grandes y pequeñas, ocultas por espesos cañaverales. Cuando partimos, al rayar el alba, el aire frío del amanecer nos cortaba las caras; pero a medio día el sol calentaba tanto, que las ruedas de nuestro vehículo se hundían en el negro suelo fangoso y los caballos a duras penas sacaban los cascos del pegajoso barro. Tuvimos que reducir la velocidad, y nuestro cochero, un cosaco, nos avisó que los animales no podrían llegar al paraje designado. Tras breve consulta, acordamos permanecer en aquel lugar, donde los lagos y las charcas con condiciones favorables para establecer puestos de caza eran muy numerosos. Ya, mientras viajábamos, no fue posible contener las exclamaciones de asombro al ver los innumerables bandos de gansos, cisnes y patos que revoloteaban sobre la cuenca del Hanka, se posaban en los aguazales y entre los cañares o arrancaban a volar de nuevo en persecución de la renaciente primavera.

Hicimos alto cerca de una laguna bastante extensa que, sin embargo, no podíamos distinguir a causa de estar rodeada de un tupido marco de plantas acuáticas. Un montón de heno que no había sido quitado de allí durante el invierno, continuaba cerca del lago. Junto a él ordenamos al cochero que desenganchase los caballos e instalase el campamento. Luego, con el heno de la pila, nos proveímos de blandos asientos y lechos en cuanto el campamento quedó dispuesto.

Sin aguardar al té que el cosaco principió a preparar, cogí mi escopeta, silbé a mi perro y eché a andar camino del lago. A los pocos pasos mi setter-gordon levantó la cabeza, enderezó las orejas y el rabo y comenzó a avanzar con lentitud por un frondoso prado. No vi nada, pero sentí claramente los graznidos y el chapotear de los patos e incluso diferencié las voces de las diferentes variedades. A veces oí los tonos bajos de los gansos y la prolongada nota del cisne norteño. Surcaban el aire a elevada altura, bandada tras bandada, llenando el ambiente con sus llamadas, y a menudo descendían describiendo grandes espirales para reposar en algún marjal.

A corta distancia de ellos, el perro se paró frente a una junquera y permaneció inmóvil como una estatua de bronce artísticamente colocada. Su actitud me sorprendió, porque estábamos en terreno seco, y, por consecuencia, sólo podía esperar que levantase una agachadiza. Azucé al setter para que entrase y divisé un instante algo negro que en seguida desapareció en la espesura. No era un pájaro, y sentí comezón por saber qué animal podía vivir envuelto en lodo. Dirigí al perro de nuevo al sitio donde el desconocido bicho se había escondido, di unos cincuenta pasos y el setter volvió a ponerse de muestra. Una liebre muy obscura saltó de la hierba y

fue alcanzada por un certero disparo. La cogí y estudié, chocándome la pequeñez de sus patas, el tamaño de su cabeza, que era mayor que la de la liebre vulgar, y el pelaje casi negro que la cubría. Se trataba de una liebre negra, variedad descubierta y descrita primeramente por el famoso explorador asiático Pshewalski, quien la halló a orillas del Sungacha, al Norte de Hunka. Pero Pshewalski la denominó liebre, mientras que yo me incliné a clasificarla como conejo.

Muchos años después, en el curso de mi viaje a través del Urianhai y Mongolia, confirmé mi hipótesis, pues en la vecindad del lago Kosogol, en los bosques de alerces, próximos a la ciudad de Jatyl, vi varias veces conejos salvajes con un pelo pardo muy oscuro, que por sus dimensiones se parecían extraordinariamente a la raza belga de esos animales. Estos roedores escasean, porque la raza pura ha desaparecido, sin duda debido al hecho de que los conejos se han mezclado con las liebres comunes, entre las que se encuentran con frecuencia ejemplares de pelaje oscuro, apenas distintos de los de los climas septentrionales.

El hallazgo de la liebre fue un nuevo accidente, y sólo la rareza de su color me consoló de haber espantado con la destrucción nubes de aves acuáticas que volaron de toda la extensa ciénaga. Con penetrantes graznidos, centenares de patos salieron por el aire, para pararse en unas distantes charcas; grandes ocas chillaron al elevarse verticalmente llenas de miedo; las agachadizas y las gaviotas se dispersaron en todas direcciones, y los tranquilos cisnes, las garras y las pensativas grullas huyeron rozando la vastedad de los cañaverales, y desaparecieron por el Oeste al amparo de unos otros.

Supuse que todo había terminado y que con mi imprudencia habría espantado al reino entero de las aves, estropeando mi diversión y la de mis compañeros por el resto del día; pero me equivoqué, pues apenas acababa de colgarme la liebre negra del cinturón, cuando mi perro, que iba delante, se detuvo de repente junto a un pequeño lodazal, en postura tan significativa, que comprendí se hallaba frente a una buena presa. Le estimulé con la voz, diciéndole: ¡anda! y dio un corto salto que levantó tres grandes patos grises, los cuales salieron chirriando de su escondrijo. Les disparé dos tiros, y sólo uno del terceto siguió volando, mientras que el perro me traía los otros dos para mi morral de cazador. Después de esto regresé al campamento sin dilación, disculpándome ante mis compañeros por haber asustado a toda la caza. Mis excusas fueron acogidas con carcajadas, y uno de los cazadores me dijo:

—Si no hubiera usted tirado más que un minuto, aún tendríamos caza abundante para todos nosotros. Todavía hay luz; luego que anochezca, ya me dirá usted lo que es -bueno. ¿Cuántos cartuchos ha traído usted?

—Quinientos—contesté, casi avergonzado de mi ambición.

—¡Cómo! —exclamaron los demás cazadores —, ¿quinientos para tres días? Cada uno de nosotros trae dos mil, sin contar una reserva de pólvora, perdigones y cartuchos vacíos.

Estas palabras me dejaron atónito; pero en mi interior me felicité de mi previsión, porque guardaba en la maleta cien cajas de cartuchos, dos latas de pólvora y un saco de cinco libras de perdigones núm. 3.

Con suma impaciencia aguardé a que anoheciera. No pude ni comer. Revisé mi canana, que contenía sesenta y cuatro cartuchos, y me distribuí veinte más en los bolsillos de mi chaqueta de pieles, que ya había presenciado tantas escalofrantes cacerías en las selvas, montañas, lagos y mares de la Rusia europea y asiática. Limpié la escopeta, unté de vaselina mis altas votas de agua, até a mi fiel setter, que podía estorbarme durante la proyectada caza crepuscular al vuelo, y me tendí en un colchón de blando heno, mirando envidioso a los patos, gansos y cisnes que volaban en todas direcciones.

Por último, llegó el deseado momento de quedar en mi puesto, resguardado por los juncos de la orilla del lago.

El sol, como mofándose de mi ansiedad, se ocultaba lentamente por Occidente dejando en el cielo un inmenso arco de color. Ya las primeras ondas del crepúsculo, diáfanas aún y llenas de luz, envolvían la tierra. En los macizos de apretada vegetación se distinguían unos reflejos azules y purpúreos, entre los cuales los pajarillos buscaban su refugio nocturno, piando con soñolientas voces. En el Oeste, jirones de nubes empezaban a encenderse rojo y oro en el firmamento pálidamente verdoso. Una sombra como una gasa transparente velaba las puntas de las secas cañas, de oscuros y aterciopelados zamojos, haciendo perfiles y formas más suaves

y vagas, extinguiéndose en las áureas superficies de los lagos y en las cintas argentadas de los arroyos. Un silencio místico lo invadía todo, y parecía pretender ahogar en el mundo oyente de la Naturaleza las menores voces y los ruidos más ledos.

Los pájaros cantores, luego de gorjear su postrer plegaría de agradecimiento y su adiós al astro que desaparecía, se acurrucaban para dormir; el croar de las ranas, ya despertadas de su letargo invernal, no turbaba la paz del cisne; la brisa que había deslucido las plantas, las hierbas marchitas por la implacable escarcha, se sosegó clemente; los patos no se chapuzaban en las charcas, y sólo interrumpían la beatitud de la hora los murciélagos con sus vuelos bajos y tortuosos.

La quietud aumentó en poder e intensidad. Hasta molestaban el zumbido de los mosquitos, y el rumor de los escarabajos trepando por un tallo seco.

Los últimos vistosos trajes del cortejo del sol poniente traspasaban el horizonte, y el silencio se posesionó decididamente de la desfallecida tierra.

Luego, de la lejanía vino flotando, en las olas de las negruras vecinas, una nota grave. Tornó el silencio, y a poco se repitió la misma nota, pero más próxima y marcada. Siguió nuevos ruidos y los ecos de una masa en movimiento. Una bandada de gansos, a corta distancia del pantano, volaba formando un ángulo agudo, de vértice tan afilado como la punta de una flecha, y con muchos bultos en los dos lados. El jefe, en el vértice del ángulo, graznaba de cuando en cuando, fuerte y calmamente, como tranquilizando y llamando a sus camaradas.

Sonó el tiro inaugural, que hendió cual un trueno la serenidad que imperaba. De arriba, con un ala rota, palpitante, cayó como una piedra un pato salvaje. El bando, con furioso griterío, prosiguió su marcha, reformando las filas, extendiéndose en línea larga y ondulante, a semejanza de una telaraña otoñal.

Empezó la caza. De todos los puestos salieron incesantes disparos, y vi o escuché el desplome de innumerables aves. Tuve que ir tres veces al campamento por más cartuchos; en dos horas escasas hice trescientos disparos, y con frecuencia el cañón de mi Winchester se ponía tan caliente que no podía tocarle con la mano.

Cuando fue completamente de noche, mandamos los perros a recoger las aves muertas y heridas que habíamos abandonado en el campo. Mi morral contenía ciento cinco, de las cuales ochenta y cuatro eran patos de veintiséis distintas variedades.

El resto de mis víctimas eran gansos, cisnes árticos (*Cygnus músicos*) y hasta un flamenco indio, perdido con seguridad en el bando de las grullas vulgares.

## CAPÍTULO XXIV

### En el pantano

Después de almorzar, mis compañeros volvieron a tumbarse a dormir, y yo, con mi perro, me interné en un mar de verdinegra hierba, para averiguar qué otra clase de caza podían ofrecerme aquellos húmedos parajes. Salían a cada momento las agachadizas, pero no las tiré, porque sólo disponía de munición gruesa y comprendía que debía economizarla. En seguida se me alcanzó que no estaba el día a propósito para cazar por tierra áspera, porque las plantas, excesivamente secas, crujían bajo mis pisadas, produciendo un ruido que espantaba a los animales; pero, sin embargo, continué andando, pues deseaba estudiar el pantanoso valle, descrito con tanto entusiasmo por los viajeros Pshewalski, Russe y Maack, y proyectaba observar la vida de las aves acuáticas que animaban sus soledades. Este es un pasatiempo inmensamente grato para mí desde los lejanos años de mi infancia, cuando mi madre estimuló mis dotes observadoras durante nuestros paseos por los bosques y los campos, y suscitó en mí el amor fuerte y casi elemental a la Naturaleza libre, al que atribuyo la razón de mi pasión por la caza. También es probable que esta inclinación a la bravía Naturaleza despierte en mí los instintos del hombre primitivo que luchaba con la ayuda de su imaginación, de sus músculos y de su golpe de vista para ganarse el sustento y hasta la probabilidad de existir.

Más tarde, cuando me cansé de vigilar y esconderme por las orillas del lago, me separé por fin de ellas y penetré de nuevo en la espesura, presenciando allí una escena extraordinaria, colmada de salvaje encanto. Un gran pájaro, que tenía forma de garza, cayó como una piedra, intentando sin duda ocultarse entre los cañedos. Un águila le siguió, deslizándose hacia abajo habilidosamente, empujó a la garza contra el suelo y pasó sobre ella, obligándola a remontarse de nuevo en el aire. En dos majestuosas vueltas en espiral, el ave de rapiña se puso encima-de la garza, cerniéndose sobre ella un instante y luego cerró las alas para convertirse en una bola negra que se precipitó como un dardo sobre la víctima elegida, la cual pretendía huir oblicuamente. La garza vio la maniobra y en seguida se aprestó a la defensa metiendo la cabeza debajo del ala y apuntando con su afilado pico a su cruel asaltante, con la intención de atravesarle el pecho; pero el águila también notó el movimiento de su contendiente, y golpeándola detrás de la protegida cabeza, la hizo dar en el aire un salto mortal, quedando al descubierto su indefensa pechuga. En otra rápida acometida el águila asestó a su presa el golpe de gracia y la envió ensangrentada a la tierra en un vuelo desalentado. Iba el águila a rematarla, pero yo me apresuré a dirigirme a ella, a través de la maleza, haciendo un ruido tremendo, que la asustó; ya desde la altura a la que subió no dudo me maldeciría al ver que un ser tan ajeno a su raza se apoderaba del trofeo de su victoria. En lugar de una garza, el pájaro resultó ser un ibis japonés, tipo que no suele abundar allí; era un ejemplar magnífico, más grande que una garza, con cresta y lomo azules, pechuga rojo pálido y alas escarlata. Cuando lo cogí ya no respiraba, porque el águila le había desgarrado el cuello donde se junta con el pecho. Gracias al ave de rapiña, ganó mi museo una pieza soberbia y rara.

Al cabo de andar varias millas y de matar algunos patos, decidí no tirar más, porque el morral me pesaba ya y me encontraba a bastante distancia del campamento; pero apenas había tomado esta decisión, distinguí una zorra que me atisbaba entre el ramaje sin perder de vista ninguno de mis movimientos. Casi sin darme tiempo de echarme la escopeta a la cara, emprendió la huida por la espesura; pero lo hizo en vano, pues aún calculando que la carga de mis cartuchos no servía para tal caza, la disparé el segundo tiro de mi Winchester. Quedó la zorra tendida en el suelo y corrió mi perro a recogerla; mas al acercarse a ella retrocedió, volviendo a mi lado con el rabo entre las piernas. Acostumbrado a cazar pájaros, no podía comprender el gusto de matar otros animales, y menos uno que era hasta cierto punto pariente suyo.

Distraído con tantos incidentes no reparé en que se aproximaba la noche y en que, por tanto, me era imposible llegar a tiempo al campamento para tomar parte en la partida del anochecer, por lo que resolví cazar solo y buscar un buen puesto, con la intención de regresar junto a mis amigos, orientándome por el resplandor de la hoguera que éstos encenderían, dejando a cargo del cosaco el recoger al día siguiente las piezas que hubiese matado.

Millones de aves acuáticas cruzaban y revoloteaban sobre la dilatada cuenca del Hanka. Tiré hasta quedarme un solo cartucho cargado, que reservé por si lo necesitaba para hacer una señal. Ayudado por el perro, recogí mi botín, compuesto en su mayoría de gansos, bandadas de los cuales volaron encima del lago, tan cerca de mi escondite, que derribé tres de ellos de un mismo disparo. Luego de reunir y tapar las piezas cobradas, advertí que la noche caía con rapidez y que densas y negras nubes obscurecían el cielo. Presumí que me sería preciso encender una fogata y pasar la noche al raso. Me resigné a la situación. Asé un pato en unos carbones y terminé la comida con una onza de chocolate que tenía en el morral. A poco divisé a lo lejos un reflejo brillante. Comprendí que salía de nuestro campamento y que mis compañeros estaban arrojando al fuego gavillas de heno para avisarme. Inmediatamente de eso oí una descarga que era también una señal. Con el morral a medio llenar y la cartuchera vacía partí, poniendo término a la que pudo ser para mí desastrosa jornada; pero como no conseguí descubrir el camino que había seguido antes, tuve que atravesar los lodazales lo mejor que pude, y me fijé tan mal en uno de ellos, disimulado por una delgada y traidora capa de musgo, que me ensucié de negro fango de los pies a la cabeza, y a punto estuve de perder la vida en el insondable cenagal. No sin esfuerzo logré salir de allí y ganar la negreante faja de espesa vegetación que circundaba al pantano, sintiendo por fin bajo mis pies la dureza del terreno. Descansé un instante y reanudé la caminata, orillando las lagunas, atravesando arroyos y abriéndome paso entre los cañizales. Por último me vi de nuevo al lado de mis compañeros, que ya temían me hubiese sucedido algún accidente.

Sentados alrededor de la hoguera reparé en la ausencia de uno de los cazadores, un alemán llamado Martín Luther, tenedor de libros en la Compañía del ferrocarril del Usuri. Me dijeron que había ido a buscarme, preocupado porque, a causa de desconocer el país, hubiera podido perderme o ahogarme. Nadie se inquietaba por él, aunque se había alejado del campamento hacía algunas horas.

—Luther conoce palmo a palmo la jungla y la ciénaga, de modo que no corre el más ligero riesgo.

Como respondiendo a esta afirmación, a larga distancia de nosotros saltaron en el aire unas llamas rojizas que, inclinándose a continuación hacia el campo, se esparcieron en corrientes de un dorado intenso, fluyendo a través de la pradera. A ratos, brotando de esta veloz avenida invasora, las olas llameantes se elevaban a la altura, lanzando a las nubes haces de luminosas chispas.

—Es un *pal* o fuego en la pradera —exclamó uno de los cazadores—. Esperemos que no llegue a nosotros, porque en tal caso tendremos que levantar el campo de este sitio tan favorable.

Transcurrida media hora los resplandores se extinguieron, si bien durante un rato largo divisamos en la obscuridad una estrecha cinta de fuego que al cabo se subdividió en pequeñas lenguas, las que a su vez desaparecieron poco a poco completamente. No tardamos en sentir los chasquidos de las cañas y los pesados pasos de un hombre. De repente, el cuerpo alto y flaco de Luther surgió de las sombras, seguido de su viejo, inseparable y gordo perro Osman.

—¿Vio usted el fuego? —preguntó uno de los cazadores—. ¿Quién diablos lo habrá prendido?

—Yo —contestó Luther—, para secarle la cola a Osman, que la tenía muy mojada.

Nos reímos gozosos del buen alemán, que estaba dispuesto a abrasarnos a todos con tal de que a su Osman se le secase la cola.



## **CAPÍTULO XXV**

### **La muerte me llama tres veces**

—Caballeros —dijo Luther al día siguiente, cuando al romper el alba nos disponíamos a ocupar nuestros puestos—, ¡basta de esta caza! Ya se cansa uno de matar siempre patos y gansos o gansos y patos. Ayer, mientras chapoteaba por el barro en busca del señor Ossendowski, hice un importante descubrimiento: la emigración de los venados ha comenzado.

—¿Es eso cierto? —preguntó un ingeniero viejo, experimentado cazador—. Me parece algo pronto.

—Vi yo mismo un rebaño que escapaba entre los matorrales de la orilla Oeste del Lago Antiguo —insistió Luther.

Después de deliberar nos pusimos en marcha en dirección al lago, y nos acomodamos en unos escondites con una cortina de mimbreras y espadanales delante de nosotros.

Permanecí una hora entera aguardando sentado, sin oír ni un solo tiro; pero por último llegó la mía, pues el ramaje se movió lentamente y un par de ciervos, sin sospechar nada, avanzaban a través de la maleza ramoneando un poco de hierba o unas suculentas ramillas. Uno de la pareja cayó a un segundo disparo, y casi a continuación de él un grupo pasó a mi izquierda, en el que también causé estragos con mi escopeta.

Inmensos rebaños de venados procedentes de las laderas del Lijota Alin y de las varias partes del valle del Usuri invernan en aquel mar de verdura que rodea al lago Hanka, donde en el helado barro se halla con facilidad abundante alimento. En la estación primaveral, cuando las congeladas charcas se derriten, los venados regresan a las faldas forestales de las montañas. A uno de esos caminos seguidos por los animales emigrantes, nos condujo el sagaz alemán para proporcionarnos una mañana de verdadera diversión. En la espesura vimos, detrás de los ciervos, jabalíes salvajes, pero no les tiramos por carecer de cartuchos con bala.

De mediodía a la puesta del sol suspendimos la caza por motivo de que los venados se guarecen en las umbrías a esas horas calurosas.

Después de comer, según mi costumbre, anduve por los lodazales, evitando los cobijos de los ciervos para no espantarles a ellos. En una laguna, en la que di, divisé un gran bando de patos, en el que había varios pelícanos encarnados. Deseoso de coger una de esas aves para añadirla a mi surtida colección zoológica del Hanka, me acerqué con cuidado, pero fui sentido por los gansos, y con disgusto vi a toda la bandada huir volando del lagunajo en que estaba a otro más distante. Partí en dirección a él, pero hallé un riachuelo angosto y rápido que me interceptaba el paso y que desaguaba en el Hanka. Aún tenía helados los bordes, mas en su centro presentaba un estrecho canal al aire libre, practicado por la apresurada corriente. Noté que el hielo en las orillas conservaba bastante resistencia, y que el canal era demasiado ancho para saltarlo. Había cerca de allí un rimero de haces de paja, y resolví utilizarlo para cruzar el riachuelo; pero al punto de agarrar una gran brazada, el bando se levantó otra vez y vino volando hacia mí. Desde detrás de la niara les disparé unos cuantos tiros, y tuve la satisfacción de derribar uno de los pelícanos, que cayó en los cañares del lado opuesto del río. Entonces coloqué la paja de modo que formase una gruesa capa en el agua del canal, y casi sin tocarla con los pies, pues precisaba muy escasa ayuda para cruzarle, gané el otro borde de la abertura. Recogí el ave muerta y la arrojé con fuerza por encima de la corriente, tras de lo cual intenté volver adonde estuve, sirviéndome del puente de paja; pero éste, por haberse ya humedecido, cedió con mi cuerpo y me hundí en seguida.

Caí al fondo del riachuelo, y cuando no sin penosos esfuerzos conseguí subir a la superficie, sentí que mi cabeza golpeaba en el hielo. En mi cerebro surgió la idea de que me hallaba debajo de la costra helada del río, por lo que no podía perder un minuto si quería salvarme, y por fortuna recordé que había caído hacia delante debajo del hielo, lo cual significaba que el canal estaba detrás de mí. Me zafé del hielo con las

manos lo mejor que pude, y luchando con la corriente sumamente impetuosa, di algunos pasos contra ella, llegando por fin a la parte abierta. Ya libre la cabeza, miré en torno mío y vi a mi perro, que sobre el hielo me contemplaba con el cuello ladeado, sin reponerse de su asombro. Me fue difícil auparme de aquel foso glacial hasta sus resbaladizos bordes, y volví al campamento escalofriado y mohíno. Un rato al fuego, además de unos tragos de aguardiente con pimienta, me confortaron tan bien, que antes de ponerse el sol ocupé mi sitio cerca del lago, pensando en los detalles de mi peligrosa aventura.

Aquella tarde estaba de malas. Vi algunos corzos, pero iban a mucha distancia para que mis tiros pudiesen tocarles. Me senté, esperando, y por un momento tuve la impresión de que las puntas de las cañas que había delante de mí se movían imperceptiblemente. Fijé la atención en la espesura, experimentando la sensación fugaz de que dos ojos ardientes me acechaban. Sentí el efecto de una influencia traidora, preñada de odio. Un estremecimiento de miedo me agitó el corazón. Dirigí la vista a aquellos ojos fosforescentes sin encontrarlos, por lo que pensé haber sido juguete de una alucinación. En el mismo instante, Luther, apostado a mi derecha, gritó en voz alta:

—¡Un tigre, un tigre!

Salí de mi escondrijo con el tiempo justo para ver que un cuerpo largo y rayado corría dando descomunales saltos a las lomas situadas detrás del pantano. Comprendí que había sido espiado por los relucientes ojos de una bestia feroz, que indudablemente dudó si acometerme o huir. Por ventura, decidió volverme el rabo, pues, de lo contrario, no hubiera habido para mí la menor esperanza de salvación. Cuando registramos el lugar en que distinguí los ojos del tigre, el diestro cazador, ingeniero Golovin, me hizo observar cómo las huellas de la fiera tenían en el barro las dimensiones de grandes platos.

—Aquí se agazapó el tigre al acecho, con las cuatro patas dispuestas a dar el salto. ¡De buena se ha librado usted, amigo mío!

Diciendo esto se quitó la gorra, santiguándose devotamente. Así, en veinticuatro horas, estuve tres veces en trance de muerte: una, cuando me hundí en un lodazal; otra, al caer bajo el hielo, en el profundo y rápido riachuelo, y, la última, al ser objeto de las asechanzas de un tigre. La suerte hizo cuanto pudo aquel día para darme impresiones fuertes a orillas del lago Hanka.

## CAPÍTULO XXVI

### Me encuentro solo en el mundo bajo la capa del cielo...

Cuando regresamos de esta expedición cinegética, redacté un informe para la Sociedad de Geografía, acerca de cuanto había visto, y propuse que se emprendiera una segunda excursión al lago Hanka para completar las colecciones Zoológicas. Solicité que me acompañase en el viaje un joven entomólogo de la Dirección del Museo, y que lo realizásemos dentro de un breve plazo, en cuanto el verano empezase a manifestarse. Aceptadas mis proposiciones íntegramente, en mayo estuvimos preparados para cumplir nuestro cometido. Hacía un tiempo espléndido y caluroso; todos los árboles y arbustos estaban llenos de hojas y flores. Los prados de los bosques resplandecían de lirios amarillos, peonías y dioscóreas, mientras que un follaje esmeralda revestía las ramas de las líneas de los olmos, fresnos, alcornoques, nogales, robles y abedules. Florecían los manzanos y los cerezos silvestres. En las florestas los macizos de verdura brillaban de noche, iluminados por los gusanos de luz o luciérnagas, muchas de las cuales trepaban por las delgadas y jugosas cañas en busca de alimento, alumbrando el camino como con linternas, y de allá y acullá vibraban en el aire las soñadoras notas del ruiseñor. De día, sobre las flores cálidamente acariciadas por el sol, revoloteaban las mariposas Maak (*Papillio Maackü*), casi del tamaño de golondrinas, y los amarillos Apolos con sus moteadas alas blancas. Por doquiera, se desbordaba la vida disfrutando de la pródiga generosidad del sol y del tibio y misterioso encanto de las noches primaverales.

El Hanka se había despojado de su investidura invernal. La verde franja de tiernas cañas y espadañas se unía en el horizonte a la refulgente superficie del lago, convirtiéndola en un inmenso diamante engastado entre esmeraldas, con un cerco de otras esmeraldas más chicas que no eran sino las charcas que rodean a la vasta laguna. Hacia el Norte, retorciéndose como una serpiente entre las riberas de exuberante vegetación, el río Sungacha desembocaba en el Hanka. Los incontables bandos de aves acuáticas huyeron de allí desde que comenzó la primavera, y ni las agachadizas volaban asustadas al sentir nuestros pasos, porque todos los volátiles viajeros habían emigrado ya al Norte o se refugiaban en los nidos estivales que fabricaron en los parajes más recónditos. Ya no se trataba de cazar aves, porque éstas se acurrucaban en sus nidos y soñaban con sus amores. Mi compañero y yo practicábamos otros deportes: él, correteaba por los montes en busca de mariposas, abejas y otros insectos, y yo, provisto de una buena caña de pescar inglesa y de una pequeña red, arremetí contra los habitantes de los lagos y ríos de la cuenca del Hanka. Cogí sollos, carpas, tencas, y, sobre todo, *Kasatkas*. Estos son unos peces de poco tamaño, amarillo-grisáceos, parecidos a tiburones, que tienen en el lomo y en las aletas inferiores punzantes púas. Dichos *Kasatkas* me daban mucho que hacer, porque solían llevarse el cebo con suma maestría, y asustaban a los demás peces. Por añadidura no servían para comer, ni merecían figurar en una colección de la fauna regional.

Nos instalamos durante una larga temporada a orillas del lago Antiguo, ya mencionado en mi capítulo anterior. Viendo constantemente surcos en la superficie del lago, resolví una tarde emprender un formidable ataque. Para ello puse en el lago una red especial que los tártaros de Siberia llaman *morda*: es una bolsa de malla, sujeta a un aro de madera, con una boca de entrada en uno de sus extremos que da acceso a una red de forma cónica, extendida dentro de la bolsa. Cualquier pez por grande que sea puede introducirse en la *morda* por esa abertura, pero no salir de ella, a causa de que la entrada tiende a cerrarse cuando se la aprieta hacia afuera desde el interior. Se coloca un trozo de carne o pan en la red, como cebo, y todo el aparejo se sumerge hasta el fondo del lago, y se ata a unas estacas o a un árbol de la orilla.

Luego de emplazar convenientemente mi red, regresé al campamento con la intención de volver al sitio en que la puse, al cabo de una hora, para ver si todo seguía en orden. Así lo hice: tiré un poco de la *morda*, por vía de ensayo, y notando que pesaba mucho la saqué a la costa con dificultad, pues se hallaba repleta de unos

grandes salmones de la variedad Keta o salmón-perro, de carpas y de las inevitables cuanto desagradables kasatkas. Cuando eché de nuevo la red, trasladé al campamento el copioso botín.

Al atardecer, mientras peleaba con los mosquitos y saboreaba el té al amor de la lumbre, propuse a mi compañero que diésemos un vistazo a nuestro aparato de pesca. Encendimos una pequeña hoguera en sitio apropiado para que nos alumbrase, y nos acercamos a las amarras de la *morda*. Atónito por no encontrar la cuerda, comencé a buscar la red con un garfio sujeto a un largo palo. Lleno de asombro y sin saber que pensar, el entomólogo exclamó:

—Quizás un anacrónico ictiosauro se ha enredado en ella y se ha llevado su red de usted,

— Quizás —respondí.

Recorrimos en distintas direcciones las márgenes del Antiguo sin hallar rastro de la *morda*. De improviso, mi compañero me llamó, corrí a él, y con un gesto me señaló unas plantas dentro del lago, junto a las cuales el agua espumaba como si algo se agitase debajo de ella. A la luz de la luna los aros de la red brillaron un segundo sobre la superficie, pero desaparecieron en seguida, bullendo el agua con mayor furia.

—Bien; debe ser el ictiosauro—dijo riendo mi compañero.

A mí me irritaba la pérdida de la *morda*, por lo que me desnudé con presteza, empuñé un bichero, y con una cuerda fuerte penetré en el agua. Inmediatamente agarré los aros de la red, teniendo que soltarlos sin perder tiempo.

—¡Eh! haga el favor de venir a ayudarme —grité al naturalista—. Lo del ictiosauro es verdad, y si usted lo coge, le permitiré que lo clave con un alfiler y lo exponga en una vitrina.

Sin chistar, me prestó el auxilio pedido. A duras penas desprendimos el aparejo de las cañas en que se había enredado y le sacamos a la orilla, donde, tras de encender una nueva hoguera, nos pusimos a registrarlo.

Pronto desciframos todo el misterio, causado por un sollo gigantesco, de metro y medio de largo aproximadamente. El pez había metido la cabeza en la red, quedando prendido por detrás de las agallas, sin poder entrar ni salir, y entonces tiró de la *morda*, soltándola y llevándosela consigo. Pesaba sus buenas ciento veinte libras. Con él hallamos algunas carpas . y tencas que debieron servir de cebo para atraer al colosal sollo, terror probablemente de los pobladores del lago Antiguo.

Volvimos al campamento cargados con nuestro botín, y sin demora nos ocupamos en preparar la cena. Después de tomar una sabrosa sopa de tenca, nos sentamos al lado de la hoguera, charlando acerca de los acontecimientos del día. Desde el montículo en el que armamos nuestra tiéndase abarcaba con la vista todo el valle del Hanka, con su obscura vestidura de hierbas y plantas acuáticas, salpicada de lagunas y charcas que relucían como lentejuelas de plata, y surcada por las serpenteantes cintas de los riachuelos y los arroyos, brillando en la pálida claridad de la luna. Bruscamente, en un hueco entre la maleza vi el vacilante resplandor de una fogata. No cabía duda de que no estábamos solos en los tremedales del Hanka. Otros hombres habían encendido en ellos su fuego y, sentados como nosotros, se entretenían hablando, pensando o solazándose, si no añoraban algo que les faltase. A veces una silueta negra se esbozaba en el terreno iluminado o se proyectaba del todo. ¿Quizás alguien se ocultaba en aquellas soledades? Porque ¿qué otra cosa podría hacer allí? No era cazador, ni pescador, puesto que jamás le habíamos encontrado mientras nos dedicábamos a estos *sports*. El descubrimiento de la hoguera excitó mi curiosidad. A la mañana siguiente determiné averiguar quiénes eran nuestros vecinos, que con seguridad trabajaban en algo distinto a pescar con anzuelo o a pinchar mariposas con alfileres. Seguí el curso de un arroyo que con remolinos y declives se abría un camino tortuoso hasta el Hanka. En ocasiones un ánade macho solitario surgía de los cañaverales y al verme retrocedía aterrorizado a la espesura, donde su hembra le aguardaría al calor del nido. Las gaviotas negras, de pechugas y colas blancas, revoloteaban sobre mí a lo largo de las márgenes, posándose constantemente en la arena, para reanudar su vuelo un instante después. Los peces dormían en las caletas y los bajíos. Un buitres, remontándose cerca de unos jirones de nubes parecidos a cisnes plateados, se afanaban en caer sobre alguna presa. De improviso, dominando el bravío reino de la Naturaleza, percibí un rítmico chapotear en el agua, y las notas graves, sentidas, de una canción rusa:

Me encuentro solo en el mundo  
bajo la capa del cielo...

Me detuve detrás de un cañizal y aguardé. Del sitio en que el río formaba un violento recodo salió una pequeña balsa, hecha con cuatro leños atados con varillas de mimbre, avanzando velozmente en el sentido de la corriente. Un saco, a no dudar con provisiones, dos cañas de pescar y un perol ocupaban la parte delantera de la almadía, y en el centro se mantenía en pie un hombre alto, de ropas astrosas y desgarradas, descubierto y descalzo. Tenía la cara tostada por el sol, una enmarañada pelambreira, barba negra cerrada, y observé además que llevaba un hacha sujeta a un cinturón de cuerda ordinaria. El ritmo de su pértiga medía la cadencia de su triste canto. Cuando se aproximó a mi escondite, me planté en la orilla y le saludé:

—¿Adonde va, mi amigo?

El hombre se estremeció y, sin darme tiempo para completar mi pregunta, con un frenético impulso se tiró al agua y ganó la ribera opuesta, huyendo como un acobardado corzo. Recogiendo la abandonada pértiga, me apoderé de la balsa y la hice atracar a la orilla. Comprendí que cualquier relación con sus semejantes era molesta y hasta peligrosa para el solitario navegante. Un buen rato permanecí en la embarcación contemplando los ligeros movimientos de las plantas a través de la corriente, y por último, pesaroso de mi imprevisión e indiscreción, observé. Supuse que debían espíarme, pero tardé bastante en comprobar mi suposición. Al fin atisbé una cabeza humana con unos ojos que me miraban, llenos de espanto, indefiniblemente expectantes.

Reí con fuerza y le llamé:

—Nada tema; no soy un oficial, y por mí no le ocurrirá cosa mala.

El hombre achantado continuó silencioso todavía, estudiándome con cuidado, y por último me preguntó con voz trémula, que denotaba intranquilidad:

—¿Dice usted la verdad?

—Si no me cree usted —le repuse—, le daré a usted su pértiga y me iré.

Así lo hice.

Regresé a nuestro rancho y conté a mi compañero el encuentro con aquel hombre que prefería vivir apartado del trato humano, «solo bajo la capa del cielo», y mi escasa habilidad para entablar con él relaciones diplomáticas.

—¡Oh! —dijo el naturalista—, por todos estos pantanos y bosques se hallan en verano bandas enteras de facinerosos, reñidos con la sociedad, la policía y la ley.

A poco se fue a cazar abejas, mientras que yo seguía en el campamento, haciendo un bosquejo a la acuarela del enorme sollo. No tardé mucho en oír crujidos y pisadas en las cañas, y aun pensé que hasta mí llegaba la respiración anhelosa de un hombre. Sonreí, pues ya sabía de lo que se trataba. Durante largo tiempo aquel despojo humano, perseguido años y años por el halcón de la ley, merodeó alrededor de nosotros, espionando nuestros movimientos y procurando averiguar a su modo quiénes éramos.

Cuando el sol acababa de ponerse, surgió de la espesura y se colocó en un traidor claro del monte, a cincuenta pasos de mí, mostrando en cada ademán el irrefrenable deseo de escapar y ocultarse al primer indicio de peligro. Unos minutos se mantuvo callado, vigilándome como un animal, sin dejar de clavar en mí su mirada huraña y sobresaltada.

—Bueno, basta —exclamé—. Se pasa usted el día entero en esta maleza. Concluirá usted por ahogarse. Venga, siéntese y tome té y unas galletas.

Dudó un instante; luego se acercó y se sentó junto a la hoguera, en frente de donde yo estaba. Con la mano derecha empuñaba un hacha.

—Tranquílese usted, amigo —dije dulcemente— y póngase el hacha en el cinturón. Conmigo no tendrá necesidad de emplearla.

Me obedeció con la docilidad de un cordero, y tras breve pausa murmuró:

—Siempre conviene saber con quién tiene uno que entenderse.

—Cierto —contesté—; pero ahora, descansen primero, beba y coma.

—Gracias —dijo más sociable, recreándose en beber el té y chupando el terrón más pequeño de azúcar que pudo encontrar en el zurrón.

No le hice nuevas preguntas y esperé sencillamente que empezase a referirme su historia, verdadera o falsa. Terminó el té e intentó primeramente engañarme diciéndome que había ido allí a pescar, con la idea de salar y transportar los peces



que cogiese, para venderlos por los pueblos. Sin embargo, como yo no ignoraba que sólo poseía cañas de pescar, sin barricas, ni abastecimiento de sal, comprendí que pretendía embaucarme, por lo que no le seguí la conversación. Este comentario mudo produjo el apetecido resultado. De repente, se rascó la cabeza y dijo, como a pesar suyo:

—Me he escapado de la cárcel de Habarovsk. Es la segunda vez en un año. La primera me cogieron; pero la segunda tuve más suerte.

Aquello sí era verdad.

—¿Piensa usted pasar aquí el verano?—le interrogué.

Me echó una mirada sombría y gruñó:

—No sé; veré.

Renuncié a hacerle otras preguntas, temiendo avivar su desconfianza.

—Construiré una choza al lado de ustedes —añadió, poniendo en su voz inflexiones de súplica y de lamento.

—¡Muy bien! —repliqué—. Seremos vecinos, y usted nos ayudará a pescar y coger mariposas.

—¡Vaya! —fue la pronta respuesta—. ¿Me darán de comer?

—Sí.

—Pues entonces, no hablemos más. Me voy para traer aquí mis trastos. Gracias por el té.

Se marchó, deslizándose como un lagarto entre la hojarasca.

Al día siguiente no volvió, sin duda para que no creyésemos que nos pedía protección. Esos vagabundos siberianos tienen un orgullo especial, y quizás aquél deseaba que yo fuese a buscarle. Al anochecer, noté que a media milla de nosotros había encendido una hoguera, y me dirigí hacia ella. Vi a mi hombre que, al sentir mis pasos, se inclinaba al suelo y echaba mano a su hacha... ¡por si acaso!

Al conocerme me acogió cordialmente, invitándome a calentarme a su fuego, donde hervía el té en un caldero ennegrecido al humo.

Examiné el rancho de mi nuevo amigo con gran interés y curiosidad y hallé allí muchas cosas de la que me figuré que carecía; por ejemplo, una carabina y una cartuchera de soldado llena de cartuchos.

—¿Dónde ocultaba usted todo esto? —le pregunté, señalando el arma con los ojos.

Él, sonriendo, repuso:

—Estos juguetes no se sacan al aire libre. Cuando construí mi balsa en los bosques de la montaña, ahuequé uno de los leños para guardar en él mi fusil. Es posible que tenga que invernar en la selva; ¿y qué haría un hombre en ese caso sin un arma de fuego? ¿Cómo alimentarse y defenderse?

Pasé bastante tiempo hablando con el desconocido. Brillaba la luna en lo alto del cielo, en cuarto menguante, y era tan pequeña y afilada, que las nubes que pasaban delante de ella no la obscurecían. La llanura pantanosa estaba bañada en luz plateada y parecía sumida en extática admiración. Dormitaban los cañaverales y junqueras; enmudecían los lagos y las corrientes; los peces no agitaban el agua, y ningún ruido turbaba la mansa calma de la Naturaleza. Nacían en mi alma indescritibles deseos, y los recuerdos se agolpaban en mi imaginación.

Jamás he sabido por qué en aquella soledad, en aquel rincón del mundo, me sentí tan comunicativo con un escapado de presidio, hasta el punto de no resistir la tentación de participarle mi íntimo y agobiante anhelo.

—Estoy aquí con usted perdido en estos descampados, y mientras, ignoro lo que les sucede a los míos. ¿Me entiende usted, verdad? Nada veo más allá de este círculo luminoso. ¡Qué lúgubre se me figura, si pienso que ella puede estar enferma o triste! ¡Quizás! No, mi pensamiento no puede llegar hasta donde se halla.

Murmuré estas palabras, temiendo instintivamente alterar aquel momento de hondo y puro silencio; las pronuncié más bien con el alma que con los labios, pensando alto, solo, y creo firmemente que el forajido, sentado frente a mí, no me la oyó decir. Pero en seguida levantó la hirsuta cabeza, y me miró muy fijo, con los ojos del todo abiertos, en los que el resplandor de la hoguera ponía reflejos rojos.

Luego ocurrió una cosa extraña y aun trágica. Vi claramente que de aquellos ojos, habitualmente denotadores de fiereza, brotaban grandes lagrimones que desaparecían en la enredada barba del pobre hombre: eran la expresión externa de unos sufrimientos recónditos que se negaban a permanecer aplacados. El vagabundo

lloraba y las rojizas llamaradas del fuego reverberaban en sus lágrimas, siempre de cristal puro, como manando de los ojos de un santo o de un criminal, porque «una lágrima es el sacrificio de un alma apenada», como ha dicho un poeta de Oriente. Lloró largo rato con amargo desconsuelo; los sollozos sacudían su cuerpo convulsivamente, y entre ayes y suspiros, me dijo, palabra tras palabra y sentencia tras sentencia, con voz afligida y entrecortada:

—Ha dicho usted una gran verdad... Yo... yo también pensaba lo mismo en ese momento, porque... sí... verá usted, no quiero callar... es inútil... porque amo a una mujer y por ella estuve en la cárcel. Por ella, además, me escapé de allí; pero otro hombre que también la quería me hizo traición y los cosacos me prendieron. Volvieron a encerrarme y sufrí por ella. Huí de nuevo, sin poder encontrarla, porque se había ido muy lejos. El traidor, sabiendo que yo estaba libre, tuvo miedo y se quitó de mi presencia, viniendo a refugiarse aquí, en los lodazales del Hanka. Ando detrás de él para que ajustemos cuentas; pero mientras, la rabia me roe el corazón y me seca el alma... Tiene usted razón... Tal vez no valga la pena matar o morir por ella... pues es posible que de mí no conserve ni el más vago recuerdo.

Su cuerpo entero se agitó con espasmos nerviosos, y yo pensé que la vida es un peregrino capricho; a veces lo sume todo en el misterio y a veces explaya a plena luz las páginas más recatadas del libro del corazón. Comprendí perfectamente el motivo de la conducta del presidiario, su afán de venganza por la traición y el engaño de que había sido objeto. Todo era comprensible, sencillo y claro, como la luna en el cielo, el silencio en la selva y las lágrimas del vagabundo.

Me acompañó a nuestro campamento por la mañana temprano, y desde entonces nos ayudó en nuestras habituales tareas, pescando y conservando en formalina los peces que cogíamos o cazando mariposas y persiguiendo a los insectos con mi amigo el naturalista. Permanecimos en el pantano cinco días más. Al tercero, nuestro ayudante no acudió a la hora de costumbre, pero apareció a media tarde, cansado, los cabellos y la barba llenos de paja y hierbajos, y las ropas cubiertas de una espesa costra de lodo. Tenía una expresión ceñuda y resuelta.

—Ayer di con él en las mimbreras del Río de los Patos. Estaba escondido allí y ni siquiera había encendido lumbre; pero al clarear distinguí que un hombre se arrastraba a lo largo de los ribazos. Era él. Por fin descubrí su escondrijo. Me deslicé como una serpiente y sé al dedillo cuanto posee, que es un revólver, una carabina y un hacha. Pronto nos veremos las caras.

Tomó té con nosotros y se fue.

A la mañana siguiente, cuando nos ocupábamos en arreglar nuestra colección, oímos un disparo aislado. No escuchamos ningún otro ruido alarmante. El vagabundo no volvió.

Por último vino a recogernos un cosaco, que metió todas nuestras cosas en un carro y nos condujo a la estación. Paseábamos arriba y abajo por el andén aguardando que el tren llegara, cuando reparamos en un grupo de gente que rodeaba a un joven guapo y simpático que refería algo a los atentos cosacos y a los empleados del ferrocarril. Al acercarnos, el joven movía la cabeza enérgicamente y decía:

—Le tenía miedo porque era un malvado escapado de presidio. Por eso me refugié en el lago Hanka, y estaba sentado en su orilla cuando se arrojó sobre mí blandiendo un hacha para asesinarme a traición. Le maté de un tiro a boca de jarro. Se zambulló en el Río de los Patos y allí se comerán su cuerpo los peces.

La noticia me entristeció y me aparté del grupo para dirigir la vista al sereno lago, junto al cual me reveló sus cuitas un ser desventurado, a quien todavía contemplo iluminado por el rojizo resplandor de la hoguera, envuelto en las tinieblas nocturnas.

En 1921, después de un accidentado viaje por Asia Central, el Destino me condujo de nuevo a la comarca del Usuri. Me detuve no lejos del Hanka, en los parajes que nunca podrá olvidar mi agradecido corazón de hombre amante de la Naturaleza. Visité Rasdoluaya, donde conocí a los valientes Kudiakoff y residí otra vez en Vladivostok, la ciudad en la que la débil cultura rusa combate con los peores elementos de China y Corea; pero entonces no me llevaban a ella mis inclinaciones científicas ni el deseo de divertirme. Necesitaba indagar si el naciente movimiento anti-bolchevique era una cosa seria y lo que de su desarrollo se podía esperar.

Encontré las luchas habituales en Rusia entre los partidos políticos, las bajas intrigas de siempre, la amenaza de la guerra civil y el claro presentimiento de los inevitables desastres que cayeron sobre la región un año más tarde.

El hermoso, rico y fascinador país del Usuri, lleno del encanto de las misteriosas selvas; la tierra del señoril tigre, del lobo rojo y de la pantera; el terreno predilecto de los cisnes negros australianos, de los flamencos indios, de los ibis japoneses y de las grullas chinas; el paraíso terrestre, en suma, es hoy un territorio maldito, en el que no pueden vivir los seres humanos normales, porque lo manchan y arruinan con su presencia las bandas crueles y desaforadas de los partidarios rojos, ebrios de sangre y alcohol. Una cultura cierta, sabia y racional debe penetrar allí y hacer de esas montañas, ríos, lagos, bosques y campos, una enorme fragua de felicidad para la sociedad y la humanidad, a fin de que las mercedes del Creador, quien según la leyenda concedió al Usuri una muestra de cuanto poseen todos los climas y continentes, no se pierda de modo definitivo y lamentable.

# **TERCERA PARTE**

## **La isla de los deportados**

## CAPÍTULO XXVII

### La costa inaccesible

La vasta isla de Sajalin se extiende a lo largo de la costa siberiana, desde los estrechos de La Perouse a la boca del río Amur, y está separada del continente asiático por la Manga de Tartaria, que mide de veinte a ochenta millas de ancho.

Los buques rusos suelen navegar de Odessa a la costa occidental de Sajalin dos o tres veces al año, y estos buques tienen un aspecto anormal. No se ven pasajeros en sus cubiertas, y una bandera negra con algunas letras ondea en lo alto del palo mayor. Si alguien se aproximaba a esos barcos misteriosos en las escalas de Colombo o de Shanghai, quedaba sorprendido por un ruido de cadenas que chocaban o por el continuo zumbido que sonaba en sus bodegas, que recordaba el de una enorme colmena; sólo que aquellas abejas no eran insectos libres, capaces de volar en las direcciones que se les antojase, sino hombres con grilletes en los pies y las muñecas, a menudo amarrados en lotes de cuatro o cinco a una larga cadena, que vivían en jaulas de hierro, guardados por los más brutales soldados fusil en mano. Esos vapores transportaban de Odessa a Sajalín a los criminales de peor estofa, asesinos, ladrones, incendiarios y reincidentes. En Odessa, la administración del Gobierno reunía a los criminales sentenciados a deportación y los mandaba a Sajalín, ese lugar de prisión perpetua y *katorga*, esto es, de rudos trabajos forzados. El viaje por mar de aquellos miserables encadenados y de mujeres encerradas en jaulas de hierro evocaba las más terribles escenas del Infierno de Dante. Las tormentas, el calor en los trópicos, el frío en el Norte del Pacífico, la suciedad, sobrepasaban a cuanto la más calenturienta imaginación puede concebir, y tal cúmulo de calamidades sobre las indefensas víctimas les arrancaba a centenares de su cautiverio por obra de la muerte, resultado en extremo satisfactorio desde el punto de vista del Gobierno, pues le ahorra perturbaciones y gastos.

Por fin, tales buques entraban en la Manga de Tartaria y fondeaban en uno de los dos puertos, principales centros administrativos: Dué y Alexandrovsk. Se arriaban los botes, y los maltratados pasajeros, cansados y enfermos, con sus pobres efectos, eran desembarcados.

Por lo general, el mar suele estar siempre alborotado en la Manga. Cuando las olas azotan los botes, no es raro que dos pasajeros encadenados juntos caigan al agua, y lo corriente es que nadie se moleste en sacarlos a flote. Baúles y cajas con toda clase de harapos, botas, tabaco y cerillas son con frecuencia embebidos o reclamados por las olas. El desembarco se realiza en condiciones particularmente difíciles y peligrosas, porque la marejada descarga en las rocas de la desamparada costa; el Gobierno ruso, durante todo el tiempo de su dominación en Sajalín, no ha construido un puerto ni un mal abrigo que facilite el desembarco.

Los lastimosos pasajeros llegan a tierra y, empujados por las bayonetas, marchan a la principal oficina de la Dirección de Penales de una de las tres mayores poblaciones, donde se les registra y se les designa el penal en que han de cumplir su condena y la clase de trabajo forzado a que ha de dedicárseles, que consiste por lo común en tirar de un carro o en arrastrar una carretilla, según sus fuerzas. Desde aquel momento la ciudad contaba con un nuevo habitante.

Estas localidades tenían todas el mismo tipo, pues se componían del edificio jefatura de la penitenciaría, una iglesia, cuarteles para la guarnición, algunos tenduchos y varios caserones dedicados a cárceles, sombríos y repugnantes, porque de ellos se desprendía y rezumaba un vaho de angustias, tristezas y torturas padecidas dentro de sus recintos por los millares de hombres borrados de las filas de la sociedad y privados en absoluto de sus derechos civiles y naturales.

Con la excepción de estas colonias, el resto de la isla es casi un yermo, y digo casi, porque existen algunas minas de excelente carbón, para estudiar las cuales fui a la isla, que bien pudiera denominarse «la abominable». Cerca de esas minas,



explotadas enteramente por el trabajo de los penados, había unos barrios para albergar a los obreros.

Diseminados por distintos puntos de la isla vivían unos cuantos colonos; pero de éstos hablaré más adelante.

Las minas de carbón, administradas muy mal y sin interés, se hallan próximas a Dué, Onor, Alexandrovsk y a los ríos Mgatch y Nayasi. Ahora, una parte de estos magníficos filones de carbón de Sajalín han sido cedidos al Japón por el tratado de Portsmouth y esa nación ha fomentado con esmero las riquezas de la isla, llamada en japonés Karafuto, construyendo diversos ferrocarriles, puertos y otras obras públicas de importancia.

Mucho me han hablado los ex presidiarios colonizadores de la isla de los terribles accidentes que sobrevienen en esas minas, donde cientos de encadenados trabajadores, atados a menudo a las carretillas, carros o bombas, perecen en incendios, explosiones y derrumbamientos de las galerías. Se escribirían volúmenes enteros de espantosas historias, pintando la ignorancia técnica y la despreocupación de los funcionarios que dirigen esos establecimientos, que traen innumerables desastres a los infelices penados.

Las terribles condiciones de su vida, lo rudo de su labor, la indescriptible influencia debilitante del riguroso clima, la locura causada por los recuerdos y la desesperación, inducen a los prisioneros a la rebelión o la huida. En ambos casos la administración emplea tropas especiales, pertenecientes a un batallón formado por los peores y más indisciplinados soldados de toda Siberia y aun de Rusia europea. Este batallón disciplinario es una especie de *katorga* militar, en el que la disciplina y la corrección son tan horribles y severas que con frecuencia los soldados enloquecen o se suicidan; pero la mayoría de ellos hacen cuanto pueden para salir pronto de la maldita isla y, por consecuencia, dedican todos sus esfuerzos a conseguir el favor de sus oficiales y de los funcionarios de la administración penal. La mejor recomendación para estos soldados es una implacable rigidez y crueldad con los prisioneros, crueldad que sobrepasa los límites de la imaginación humana, especialmente cuando se trata de castigar presos evadidos y recapturados o de sofocar un motín en las minas o en las cárceles.

Los hombres culpables de huelgas y rebeliones, así como los que pretenden escaparse, son castigados con un aumento de trabajo y con un régimen carcelario más despiadado, pero antes de esto sufren la bárbara pena de ser azotados. A menudo este castigo es el último de la vida del prisionero, pues tienen que abrir para él una nueva tumba en el cementerio de la cárcel.

El condenado era entregado a los encargados de cumplir la sentencia. Estos verdugos de Sajalín formaban una casta o parte aborrecida de todo el mundo. Se elegían por la administración entre los más abyectos de los prisioneros y se les colocaba en pabellones separados, porque en los generales hubiesen sido muertos instantáneamente por los demás habitantes de la *katorga*, que los odiaban mortalmente.

Estos verdugos ejecutan todas las sentencias, no sólo con los prisioneros, sino con los soldados e incluso con los oficiales convictos de haber robado los fondos del Tesoro. Cumplen su misión concienzudamente, pues reciben una remuneración en metálico y una aminoración de condena, cumplida la cual se les concede una relativa libertad y el derecho a establecerse en la isla donde quieran, haciéndose colonos de ella. Conviene tener en cuenta que durante los últimos veinticinco años sólo uno de los verdugos ha utilizado este derecho, mientras que los otros han continuado en la cárcel, temerosos, con razón, de la venganza de los otros presidiarios, cada uno de los cuales ha jurado cumplir la sentencia de su tribunal secreto contra tan odiosos personajes, aunque el vengador no haya sufrido nunca en manos del execrable torturador.

El condenado recibe de 15 a 300 golpes dados con varas de sauce, hervidas antes de usarlas en agua del mar. Al decimoquinto golpe no ha habido caso de que no haya brotado la sangre de la desgarrada piel. Si no sale sangre, el oficial que presencia la ejecución acusa al verdugo de indulgencia, y le condena a ser golpeado. Las varas laceran y rasgan la piel y la carne de las espaldas y los pies de la víctima, que está tendida sobre un banco. Cuando se desmaya se la conduce al hospital, donde permanece hasta que sus heridas se cicatrizan un poco; pero si no recibió el número de varazos a que fue condenado, la paliza se completa en una segunda tanda, en la

que a menudo sucumbe el martirizado. La crueldad con que son tratados los prisioneros excede a las suposiciones de las inteligencias más fértiles en ideas sanguinarias. Todo esto ocurría al margen de las autoridades del Gobierno central, al que de tarde en tarde llegaban vagos rumores de ello, a los que nadie prestaba la menor atención.

Sólo cuando el famoso filántropo ruso doctor Haase, visitó la *Katorga* de Sajalín, establecida en Onor, y dio un número de conferencias y publicó artículos en diarios y revistas sobre lo que había visto en ella, se dictaron algunas reformas, tales como la sustitución de las pesadas esposas Akatoni, de casi 30 libras, por otras más ligeras, llamadas después de la modificación «esposas Haase».

Pero las varas de mimbre continuaron silbando en el aire y lacerando los cuerpos de los habitantes de la isla maldita, de esos verdaderos guiñapos sociales. Luego, a causa de que el escritor ruso Doroshevitch estudió las *katorgas* y escribió su libro *Sajalín*, la atención pública y oficial se enfocó un momento sobre la horrenda vida y suerte de los lastimosos isleños, y se hicieron algunas ligeras modificaciones en el número de golpes, instituyéndose una menos severa graduación de las penas. El sistema estuvo en boga hasta la guerra ruso-japonesa de 1905, pues el gobierno ruso, temiendo que los japoneses se apoderaran de la isla y movilizaran a los presidiarios en peligrosos destacamentos de vengadores, desembarcándoles en las costas del Continente, trasladaron los presos a las cárceles de Nicolaievsk, en el Amur, Habarovsk, Blagorescheusk y Vladivostok. Pero las murallas y rejas de esos sepulcros vivientes no pudieron mantener en esclavitud durante los primeros meses de la guerra a los que habían soportado los tormentos infernales de Sajalín. Casi todos los presos se escaparon, y agrupándose en cuadrillas de salteadores se dedicaron a robar las minas de oro del Lena, de Bodaibo, Zeya, Kerbi y de la cuenca del Amur, tan llena de bosques vírgenes, desconocidas gargantas montañosas y traidores pantanos.

Muchos de estos ladrones perecieron muertos a tiros o ahorcados por sus perseguidores los cosacos; sin embargo, muchos sobrevivieron, hasta que el Gobierno revolucionario ruso del Príncipe Lvoff y Kerenski amnistiaron a cuantos habían sido sentenciados por los tribunales del Zar. Entonces esos hombres, de cuyas almas desaparecieron para siempre en los presidios imperiales todas las características humanas, acudieron a las ciudades, aguardando en ellas, como lo que eran, unas bestias salvajes, poder caer sobre fáciles presas. Pronto les llegó su vez, proporcionándoles excelentes oportunidades. Cuando los bolcheviques se adueñaron del mando en Rusia, recurrieron a esos seres semi-hombres, semi-fieras para que ejecutasen sus cruentas sentencias, y les pusieron al frente de los tribunales revolucionarios, de las comisiones de investigaciones políticas y de la omnipotente Cheka; así que los miserables antaño maltratados por las varas y los vergajos de unos sayones sin entrañas, aprovecharon la ocasión para tomar venganza de sus martirios en los representantes del gobierno zarista y de la sociedad.

Las autoridades comunistas de los Soviets en Petrogrado y Moscú restablecieron poco a poco la policía del Zar, y miraron con indulgencia las crueldades, que sólo se diferenciaban de las del antiguo régimen en que la sangre no brotaba de los cuerpos de unos millares de malvados y degenerados, peligrosos para la sociedad, sino de los más de tres millones de hombres inteligentes, entre los que figuraban profesores, organizadores, escritores, artistas y héroes de las dos últimas guerras. Como todos éstos criticaban franca o tácitamente al bárbaro sistema bolchevique, fueron considerados dañosos y perjudiciales a los nuevos zares de la Rusia comunista, y en ellos, las víctimas supervivientes de los potros sangrientos y de los varaes salados de Sajalín cebaron su hambre de venganza, aplicándoles los correctivos violentos que habían aprendido a su costa en las mazmorras de Dué, Alexandrovsk y Onor.

La historia se repite, y el crimen siempre encuentra un juicio y un castigo. Este fue y es el caso de la Rusia soviética.

## CAPÍTULO XXVIII

### Entre los ainos velludos

Un verano llegué a Sajalín en el buque Alent para realizar unas investigaciones químicas y geológicas. Me pusieron con mi equipaje en una pequeña lancha, y con dificultad desembarqué en la costa cerca del pueblo llamado Dué, en el que me recibieron los médicos de la localidad, los que, por ser los habitantes más cultos del lugar, tenían encargo del Gobernador general de atenderme.

Me dirigí a la casa de uno de estos doctores. Durante el almuerzo vino un soldado, y con él se fue el doctor a la oficina. Al cabo de media hora volvió el médico, se disculpó conmigo por su tardanza, y continuó comiendo tranquilamente. A una pregunta de su mujer, contestó entre trago de *brandy* y bocado de comida, sin dar la menor señal de sentimiento o emoción:

—Nada, lo de siempre: han matado un preso de una paliza, y me llamaron para que certificase su muerte.

Me estremecí de indignación al oír que una persona culta hablaba impasible de la muerte de un infeliz prisionero sin más amparo que la ley. Me pareció aquello tan monstruoso, que me rebelé a la idea de vivir con un tipo así; y aunque me hallaba muy quebrantado por la penosa travesía del mar del Japón y de la Manga de Tartaria y necesitado de unos cuantos días de descanso, decidí ponerme inmediatamente en camino.

Para el día siguiente me proporcioné dos carruajes, con buenos caballos del Gobierno, y tres asistentes que pocos viajeros hubiesen aceptado, pues los tres eran asesinos que habían cometido sus crímenes no hacía mucho. Dos de ellos actuaban de cocheros, mientras el tercero estaba encargado de cuidar de mí y del equipaje.

Ese hombre era un georgiano de poca estatura, ágil como una serpiente, de pelo negro, tez morena, rostro dominado por unas espesas cejas y ojos fieros, que pestañeaban raras veces y miraban constantemente con la fijeza propia de un jerifalte. Se llamaba Karandashvili, y tenía fama de haber sido un audaz jefe de bandoleros, que sistemáticamente saqueó las oficinas y líneas de correos del Gobierno. Después, durante la época bolchevique, su nombre se hizo célebre en distintas partes de Rusia como capitán cruel y valiente de los destacamentos de partidarios rojos, que el Gobierno de los soviets empleó contra los ejércitos del almirante Kolchak, y de los generales Beloff y Greschin. No estoy por completo seguro de su identidad; pero la descripción de su persona y la conducta del Karandashvili bolchevique, tan semejante en todo a la del hombre que como prisionero en Sajalín fue mi ayudante y defensor en la isla de los deportados, me autoriza a suponer que ambos son el mismo sujeto. Conservo de su trato un buen recuerdo, porque era honrado, cortés y activo y me prestó muy útiles servicios en el curso de mi viaje por el interior agreste de Sajalín.

Seguí el camino que atraviesa el centro de la isla, y digo «camino», porque en realidad merece este nombre.

Las autoridades, con el trabajo de los penados, han abierto una vía a través del bosque, de Norte a Sur, y construido una cómoda calzada de cinco metros de anchura, con puentes de madera sobre los riachuelos y ramblas y sólidas obras de piedra y de sostenimiento en los parajes pantanosos.

Esta carretera se usaba con frecuencia por los oficiales para mandar por ella a los soldados en persecución de los presidiarios fugados, que por lo general se dirigían a la costa Noroeste, desde donde les era más fácil ganar el continente cruzando los pasos estrechos. Los soldados, sirviéndose del amplio camino, podían adelantarse a los fugitivos y atraparlos cuando intentaban dejar la isla.

El sitio al que los evadidos solían ir era la aldea de Pogibi, situada en el punto en que el estrecho tiene poco más de veinte millas de ancho. Una vez en el continente, el fugitivo estaba en condiciones de ocultarse en la espesa taiga del país del Amur, y lentamente encaminarse a la ciudad de Nikolaievsk, en cuyos arrabales pululan toda

clase de elementos aventureros, deseosos de proteger a los extranjeros de sombrío y sangriento pasado, a fin de utilizarles en ocasiones para sus tenebrosos planes. El pueblo de Pogibi, «el sitio de perdición», contaba con un gran número de emigrantes de los suburbios de Nikolaievsk, que vivían de la pesca, del contrabando y de facilitar a buen precio la huida a los prisioneros de Sajalín.

Sus protegidos acostumbraban a pagarles robando o asesinando a los enemigos de su padrino, transportando mercancías para él de la isla al continente y haciendo arriesgadas expediciones al centro de la isla o a los cazaderos de focas de la Bahía Pateence, llevando las pieles de los animales que mataban al continente para venderlas.

La carretera del Gobierno iba hasta Pogibi, y allí fui con mi pequeña comitiva, bajo la dirección del diligente Karandashvili.

Entre Dué y Pogibi pasé junto a varias excelentes explotaciones de arenas auríferas propiedad de los colonos, montadas en los lechos de angostos ríos. Los mineros lavaban las arenas, que no proporcionaban grandes rendimientos, pero cubrían por lo general extensas áreas. Se me figuró impracticable trabajar aquellas arenas de escaso valor con métodos manuales; pero no obstante, los dragadores y excavadores ponían en la empresa todo su afán, y no he de negar que con notable fruto, pues extraían una considerable cantidad de oro, que se veían obligados a vender exclusivamente a las autoridades penales, quienes se lo pagaban a la mitad del precio fijado para el polvo en bruto.

Magníficos bosques cubrían las laderas de una cordillera poco elevada, que cruzaba la isla de Norte a Sur. A trechos la selva era totalmente virgen, aumentando su fragosidad cerca de la costa oriental, despoblada por completo. Desde mi coche, al caminar por la ancha calzada, vi muchos animales salvajes, grandes y chicos. Las ardillas saltaban entre las ramas de los cedros y pinos; varios voses y zorras atravesaron el camino, y de noche oí claramente el breve aullido de los lobos. Una vez, al franquear un arroyo, divisé los cuernos de un alce en unos tupidos matorrales. Como el animal no se movía a pesar de mis gritos y silbidos, me quedé sorprendido en extremo, y pregunté a mi cochero cuál era la causa de aquello.

—En verano Sajalín padece una terrible plaga de mosquitos, moscas, abejorros y picadoras avispa, que casi se comen vivo al ganado. Las terneras y los potros, si no se les cubriera con esterillas o arpilleras, morirían a poco de nacer, devorados por los insectos. Los animales salvajes sufren también horriblemente, porque las moscas hacen agujeros en sus pellejos y depositan en ellos sus huevos, que, al convertirse en larvas, les torturan hasta el extremo de volverles locos. Esos atormentados animales se refugian en los lugares umbríos, donde las moscas y las avispa no abundan tanto, y raras veces abandonan los bosques.

Esta fue la explicación que me dio mi cochero; y se expresó con tal ansiedad, que costaba poco trabajo comprender la magnitud, de los estragos producidos por la perniciosa y alada tropa. Al ponerse el sol supe por experiencia la gravedad de la peste; pero pese al relato de mi sirviente, mi instinto de cazador me impulsó a intentar apoderarme del alce. Bajé del coche y escondido en un altozano a orillas del río, mandé al georgiano y a uno de los cocheros que se aproximasen al alce por el otro lado y le obligasen a salir de su guarida. Tras de aguardar sólo un rato oí las voces de los ojeadores seguidas de un ruido de ramas rotas y del choque de unas pezuñas en la pedregosa margen del río. Me dispuse a disparar y con impaciencia saqué la cabeza por la enramada, viendo con sorpresa que el animal estaba parado a unos cuantos metros de mí, oyendo atentamente con sus largas orejas enderezadas. Al levantar la escopeta y apuntarle, la bestia me atisbo en seguida, me miró un instante y luego, inclinando su astada cabeza, arremetió contra mí. Mi bala lo detuvo a mitad del camino y a los pocos minutos llegaron mis facinerosos, desollaron el alce y le quitaron los cuernos, así como los mejores trozos de carne.

—¡Bravo! —exclamó el vivaracho Karandashvili, siempre propenso al entusiasmo—; vamos a tener carne abundante y fresca. Y ahora, señor, fíjese usted en el pellejo.

Lo levantó y extendió delante de mí y vi que estaba lleno de agujeros como si fuese una enorme criba.

—Son los agujeros hechos por las larvas de las moscas y avispa —dijo el cochero.



Mientras marchábamos con dirección al Norte, cacé en varias ocasiones las aves características de los montes, gallos silvestres y perdices blancas, entre otras. Hallé gran número de estas últimas por doquiera y observé que no se asustaban a nuestro paso.

En otoño asistí en los alrededores de Alexandrovsk a una cacería de urogallos valiéndose de un pájaro imitado, procedimiento corriente en Siberia. Mi amigo el ingeniero Gorloff, tenía un bicho hecho de paño oscuro con dos tiras de papel fuerte retorcido unidas a él para figurar la cola, y dos galones rojos en la cabeza para remedar las crestas del cuello. Completo el reclamo, se le coloca en un palo alto atado a la copa de un abedul. Se prepara para los cazadores un escondite de ramajes y dos soldados a caballo empiezan a batir el bosque para espantar a los gallos silvestres parados desde la mañana en las ramas de los árboles.

Cuando las hostigadas aves huían y descubrían a un gallo posado tranquilamente en la copa de un abedul, acudían junto al reclamo y poco a poco se detenían en lo alto de los árboles vecinos, cacareando y peleándose por los sitios. Una vez acomodados todos, Gorloff daba principio a la matanza. Comenzando por las aves posadas en los ramojos más bajos, las mataba una tras otra, porque el urogallo es un animal tan estúpido que se puede ir debajo de él y tirarle tres veces antes de que vuele.

Cuando yo viajaba con Karandashvili, los últimos bancos de peces acababan de entrar en los ríos para desovar. Mi compañero dijo que los peces escaseaban ya; pero a mis ojos europeos no les pareció eso, pues distinguí las aletas y lomos de ellos nadando en contra de la corriente, medio fuera de la superficie, empujados por las masas que nadaban detrás. Cogimos varios ejemplares con la rama de un cedro doblada como un cucharón y además les hice algunos disparos con éxito, porque después de cada uno de ellos, entumecidos por la conmoción, salían a la superficie tripa arriba y Karandashvili los echaba a la orilla con un largo palo.

No éramos nosotros los únicos pescadores, porque un enorme oso pardo, quieto como un peñasco junto al agua, los atrapaba diestramente con su monstruosa pata. Tenía un gusto muy particular, pues se comía solo las cabezas y dejaba el resto de los peces a las aves de rapiña que rondaban como los mendigos medievales el castillo feudal, esperando que el amo de la selva terminase su comida.

Todos estos peces eran de la misma variedad, ketas o salmones orientales-asiáticos, y pesaban de 10 a 25 libras. En aquella época del año apenas vi esturiones, que desovan antes que el salmón.

En la parte central de la isla hallé los primeros campamentos de los primitivos naturales de Sajalin y de las islas septentrionales del Japón, los ainos velludos. Estos son unos individuos de corta estatura, de pies curiosamente estrechos, provistos de grandes mechones de pelos en la cabeza, rostro y pecho. Aunque los ainos suelen ser por lo general cazadores y pescadores, en el interior de la isla algunas tribus han construido casas y se ocupan en el cultivo del suelo y de la cría de ganado.

Los cazadores ainos emplean sólo trampas y cepos para los animales pequeños y pozos con puntiagudas estacas para los de gran tamaño.

A lo largo de la costa norteña de la isla, próximo al Cabo Elizabeth, los ainos se aplican a la pesca marítima en grandes lanchas hechas de cortezas y pieles de foca, con las que van al mar de Ojotsk que nunca se hiela. Son arrojados y prácticos arponeros y en sus navegaciones cogen focas, morsas y hasta ballenas.

Las focas y morsas muertas en el mar se hunden en seguida, perdiéndose para el cazador. A fin de obviar este inconveniente, los ainos sujetan el arpón a un largo dardo o palo, formado por varias varas atadas juntas, que constituyen una especie de lanza desmesuradamente alargada. Armados así, los ainos se arriman en su bote a las vacas marinas tendidas en los *ice-fields* y lanzan el arpón, que el animal al sumergirse lleva consigo en unión del dardo y de la cuerda atada a él. Al cabo de un rato la fluctuación del palo tira del animal y lo devuelve a la superficie, en la que los ainos lo rematan.

Es imposible imaginar mejores pescadores que esos ainos. Realmente parece como si sus negros y enigmáticos ojos penetrasen en los abismos del mar y viesen las bandadas de peces nadando en distintas direcciones. Fui con ellos en sus embarcaciones al mar de Ojotsk, y tuve plena oportunidad de admirar su destreza para la pesca. Conocen el mar cual sus propios bolsillos, y en apariencia nada les asombra; los más leves signos, como el color del agua, las algas flotantes, los animalillos marinos y hasta la forma de las olas son un libro abierto para el aino.

Siguiendo las manadas de ballenas se alejan de la tierra y con frecuencia perecen durante las terribles tempestades que a menudo se desencadenan en el alevoso mar de Ojotsk. Más de un fugitivo prisionero de Sajalín ha encontrado seguro refugio en un bote aino, y trabajando para su patrón ha arribado a las islas Shantar, desde las cuales, por diferentes y siempre azarosas rutas, ha ganado el continente para caer en el torbellino humano de las ciudades, desapareciendo en ellas como una gota de lluvia en el océano. Calmosos, hospitalarios y siempre bien dispuestos, los ainos descuellan por su valor y soportan sobradamente las fatigas y las duras pruebas a las que les someten el mar y la perversa isla en que moran.

Estos pueblos no comen pan y lo substituyen por *yukola* o pescado seco, que es el alimento de todos los naturales de la Siberia boreal. Este alimento se compone con arenques y escombros (caballas) que atraviesan en enormes bancos dos veces al año el citado mar de Ojotsk. Sirve de habitual manjar no sólo a los hombres sino a las mutas de perros que los ainos utilizan para el tráfico invernal.

Los ainos son primitivos idólatras, chamanistas, y en los pechos de sus brujos y curanderos he visto los dibujos mágicos o *mentrams*, que después he encontrado en el Tibet del Norte.

Cuando visité uno de sus campamentos, cerca del cabo Elizabeth, observé un fenómeno muy interesante. Un gran campo de peces muertos de media milla de ancho y algunas millas de largo, se extendía hacia el cabo, como si procediese de la punta Sur de Kamchatka y de las Kuriles del Norte. Nubes de todas clases de pájaros acompañaban al cementerio en marcha; manadas de focas y hasta de pequeñas ballenas les seguían nutriéndose de él. Estudié los peces y noté que estaban cubiertos de una especie de moho blanco, acumulado principalmente en sus agallas. Ese moho se parecía mucho a las pintas y placas de las gargantas en las personas que padecen de difteria, y cabe suponer que la enfermedad principia en las agallas, que estaban sanguinolentas y por completo cubiertas de esa vegetación. Un pescador viejo me dijo que el fenómeno es de antiguo conocido en el mar de Ojotsk; pero que en los últimos años se presentaba con más frecuencia. Me contó también que los chamanes se proponían aquel año ofrecer un sacrificio humano al mal Espíritu que residía en las plantas acuáticas del mar septentrional. Los ainos iban a elegir entre ellos un mozo y una moza para ponerles con regalos en una lancha y conducirlos al mar libre, desde donde les correspondía navegar en un bote de vela al sitio indicado por el *chaman*, como mansión del endemoniado Genio del Mar.

—Si dan con él —añadió el viejo pescador—les ofrendarán sus presentes y El les proporcionará un viento favorable que les devolverá a su querida isla nativa.

Así habló el anciano aino, mas yo no dudo de que antes de que la juvenil pareja halle al «Espíritu del Mar», las olas encrespadas del Pacífico se la tragarán a la vez que a la lancha de vela de piel de foca.



## CAPÍTULO XXIX

### Con los que salieron del infierno

En la parte septentrional de Sajalín visité varias aldeas habitadas por licenciados de presidio que habían sido puestos en libertad, permitiéndoles establecerse en sus propias casas.

La más al Norte de todas era el caserío de Lisakoff. El edificio central consistía en un pabellón bien construido, con troncos de cedro, provisto de anchas ventanas y de una alta cerca para protegerlo; tenía tres cuartos, una cocina y un zaguán. Cuando llegamos, el amo ató los ladradores y agresivos perros, nos hizo entrar y luego atrancó la puerta con cuidado. Era un labrador bajo, de anchos hombros, con barba bien cuidada, ya muy canosa, pelo corto y rostro enjuto y ascético. Nunca me miraba a los ojos y se expresaba siempre en voz débil, en consonancia con su aspecto severo. Me condujo a una habitación limpia y ordenada que contenía una cama de madera blanca, varias sillas y un largo banco tapado con una piel de oso. Se mostró muy cortés y hospitalario, y me presentó a su familia. Su mujer era delgada y alta, usaba peinado liso con raya en medio, y me chocaron sus ojos grandes, sin color especial, pero fríos y astutos, y la fresca boca, de labios rojos y finos, por lo general aplastados. Al sonreírse se le veían unos dientes blancos e iguales. La pareja tenía un hijo de siete años, al que llamaban Misja, rojo como una llama, travieso y con alegres ojos azules. Pasé algunos días en la casa de aquellas gentes, recorriendo sus cercanías en busca de indicios de petróleo en los pantanos y las lagunas, pues en Dué me habían dicho las autoridades que existía allí este combustible. Esto me proporcionó ocasión de observar la vida de la por muchos conceptos extraña pareja.

Lo primero en que reparé desde el instante de mi llegada fue en que mi patrón no salía nunca sin el hacha, que continuamente llevaba al cinto. También no pude por menos de advertir que Karandashvili y mis dos cocheros dirigían a Lisakoff furiosas miradas, y que a veces cambiaban entre ellos significativas señales. Un día, yendo al bosque con el georgiano, me puse a hablar con él de Lisakoff. Mi guía procuró responderme con evasivas; pero comprendiendo que no pensaba dejarme engañar, principió, con el ceño fruncido y tono que revelaba un odio concentrado, el siguiente extraordinario relato:

—Lisakoff es un antiguo presidiario. Se escapó varias veces de la isla, recibió 300 varazos y fue también atizonado. La vida en la *Katorga* era muy dura para él, por lo que se rebeló con insistencia contra ella; pero por último se rindió y se hizo malo, ruin y servil.

—¿Por qué? —le pregunté.

—¡Sentó plaza de verdugo! —exclamó Karandashvili, apretando los puños y rechinando los dientes—. Como es natural, fue condenado a muerte por los presos. Estos le atacaron y le rompieron varias costillas y los huesos de una mano; pero curó y las autoridades le trasladaron a los cuarteles con los otros ejecutores. Sin embargo, Lisakoff era el mejor de ellos, pues nunca castigó indebidamente a los condenados y a menudo intentaba ahorrar sufrimientos a los viejos y débiles, por cuya lenidad los oficiales mandaron en distintas ocasiones que le azotasen.

—¿Entonces por qué le odiáis hasta ese extremo? —pregunté de nuevo—. No se me oculta la aversión que sentís por él.

—La sentencia de muerte cuelga sobre la cabeza de Lisakoff. Es cierto que le aborrecemos, porque ser verdugo constituye para los presos la mayor infamia. La compasión de Lisakoff obedecía al miedo que le inspirábamos; pero esto no le salvará y morirá a nuestras manos, tarde o temprano. Por eso se ha establecido aquí, en este rincón solitario, al que los fugitivos apenas suelen venir.

Clavé mis ojos con insistencia en los de Karandashvili y él en seguida cerró los párpados. Tan expresivo movimiento me decidió a vigilar a mi bandido con todo cuidado.

Una circunstancia atrajo mi atención en la casa: la de que Lisakoff y su mujer, que habían cumplido una condena de diez años por envenenamiento, jamás hablaban juntos. A veces pronunciaban breves palabras y volvían a quedarse silenciosos y pensativos, sin levantar la vista del suelo, y ella cuando lo hacía tendía la mirada penetrante hacia el horizonte, pintándose en sus ojos la inquietud y angustia de un animal acosado que quiere evitar el peligro que le amenaza.

Había demasiados acontecimientos horribles en las vidas de aquellos seres; sus tormentos durante tantos años fueron hartos crueles para entenebreecer por siempre sus almas, consintiéndoles no recatar el uno al otro la multitud de pensamientos desolados que la invadían. Vivían al día, evitando entrar en la sombría estancia del recuerdo y despojados de esperanzas para el porvenir. ¿Qué podía reservarles éste de grato a las dos criaturas unidas por orden del Gobierno y a las que en modo alguno se permitía abandonar la isla?

Tenían un hijo, verdad, y debían sentirse capaces de esperar para él mejor suerte; pero aun este consuelo se les negaba, porque los hijos de los ex presidiarios eran recibidos con repugnancia en el continente, donde los consideraban la escoria de la humanidad y como pertenecientes a una casta marcada con el sello de una infamia imborrable. De sobra sabían los padres que aquel ciudadano libre nacido en Sajalín sería arrastrado a la borrascosa y degenerada existencia de la maldita tierra donde florece la planta siniestra del crimen, y más pronto o más tarde se vería encerrado dentro de los paredones de la cárcel.

Estábamos comiendo sentados a la mesa un anochecer, cuando la puerta se abrió bruscamente y penetró un hombre o más bien un espectro de hombre. Llevaba la ropa hecha jirones; se hallaba cubierto de heridas y cardenales; le sangraban los desollados pies descalzos y miraba con ojos en los que ardía la fiebre e indicaban que durante mucho tiempo no sabían lo que era el sueño. Entró, se detuvo junto a la puerta y dijo con voz ronca:

—¡Saryn!<sup>2</sup> ¡Agua!

El amo de la casa y mis servidores se pusieron en pie.

—¿Quién te persigue? —le interrogaron simultáneamente.

—El teniente Nosoff —murmuró el fugitivo—. ¡Están ya muy cerca!

Hubo un largo silencio. Luego Lisakoff se adelantó al recién llegado, con la cabeza más baja que de costumbre y le dijo:

—¡Ven conmigo!

Salieron, Lisakoff regresó al cabo de una hora, lleno de lodo, con el traje desgarrado en varias partes, como si hubiese andado entre zarzas y jarales.

—¿Ya? —preguntó Karandashvili.

El hizo un gesto de afirmación y se sentó a la mesa. Unos minutos después oímos el pateo de unos caballos y a continuación unos golpes rudos en la puerta del corral, que nos estremecieron.

—¡Abrid, abrid! —exclamaron con voz de mando.

El amo se adelantó hacia la puerta; pero su mujer le contuvo, diciéndole con tono de espanto:

—Múdate de ropa y escóndete. Yo seré quien abra a esa gente. Se fueron los dos y a los pocos momentos hicieron su aparición unos soldados calzados con pesadas botas. Los mandaba un oficial de corta estatura, pecoso y de pelo rojo y recio. Era Nosoff. Se detuvo, nos miró a todos inquisitorialmente y preguntó con voz ceceante:

—¿Dónde está Lisakoff?

Mis hombres permanecieron silenciosos, mostrando en sus actitudes el miedo servil que les dominaba.

Me vi en la precisión de contestar por ellos:

—Acaba de salir, pero volverá en seguida.

—¿Quién es usted? —preguntó Nosoff, mirándome de arriba a abajo.

—¿Y usted quién es? —le repliqué—. Usa usted charreteras de oficial, pero se expresa como un patán. De seguro que habrá usted robado esas charreteras para obligar a la gente a que le respete y le obedezca.

Quedó desconcertado e inclinó la cabeza, mientras que sus ojos se velaron por el temor endémico en la isla. Después me saludó, dándose a conocer:

—Soy el teniente Nosoff, de la guarnición de Pogibi.

La mutua presentación se completó, enseñándole yo mis documentos con las firmas del gobernador general y de otros importantes funcionarios.

Se manifestó tranquilo bastante tiempo; pero luego de haber tomado té con *arraka*, que traía con él, tornó a mostrarse imprudente y tosco. Habló de los presidiarios como de perros rabiosos o de gentuza, sin preocuparse de que le escuchaban mis amedrentados ayudantes. Me asombró ver que con su mano pequeña y fina de un solo golpe derribó al mocetón de mi cochero, que en realidad poseía la fortaleza de un roble.

—Esposen a todos—ordenó Nosoff de improviso.

La orden se cumplió con rapidez, y en un momento todos menos yo fueron esposados; hasta el chiquillo Misja, que se divertía con el ruido que hacían sus muñecas al chocar una con otra.

—¡Silencio, monigote! —le gritó Nosoff dándole un puntapié violento.

Mis servidores humillaron las abatidas frentes y los padres del niño echaron una ojeada de impotente rabia al villano oficial.

—¡Registren toda la casa! —dijo con perentorio acento.

No tardó en volver uno de los soldados portador del calzado y de las ropas de Lisakoff, que había encontrado en el desván.

—¿Estuvo alguien aquí? —dijo el oficial encarándose con Lisakoff.

—No —fue la rotunda respuesta.

Nosoff sonrió malévolamente y me miró. Yo le devolví la mirada, creyendo que iba a interrogarme; pero debió pensarlo mejor o quizás no se atrevió a dirigirse a mí de modo directo.

—¿Ha visto usted a alguien? —preguntó a la patrona—. ¿Y usted? ¿Y usted? ¿Y usted?

Pregunta tras pregunta, contestadas invariablemente con unos enérgicos ¡No!

Ninguno de los presidiarios vendió al fugitivo escondido por Lisakoff, y hasta el pequeño Misja musitó su ¡No! moviendo su cabecita de doradas guedejas.

—¡Muy bien! —exclamó Nosoff en son de mofa—. Llévense a ese muñeco y denle sin tardar cincuenta latigazos.

Mi intervención resultó inútil, porque el oficial justificó su conducta enseñándome un librito de reglas para la guarnición, que contenía las leyes y castigos fijados para los fugitivos y para quienes los amparan y protegen.

Los soldados se apoderaron de Misja y le sacaron al patio; sus padres palidecieron y un espasmo nervioso contrajo el rostro de la madre. Cuando oímos los lastimeros ayes del niño, Lisakoff hundió en el oficial una mirada de rencor y rugió:

—¡Que no le peguen, teniente, que no le peguen! Lo diré todo.

Los sollozos de la madre y el sonido de las cadenas de los otros subrayaron la desgarradora súplica del atribulado padre.

—¡Eh! —voceó el oficial—, ¡Basta!

Los soldados trajeron al cuarto al lloroso y golpeado Misja, y yo me fui henchido de emoción, no deseando asistir al interrogatorio ni ser reclamado como testigo.

Al volver hallé en la casa enormes cambios. Lisakoff estaba en cama con fiebre, gritando y maldiciendo. Había recibido ciento cincuenta palos con una gruesa vara que le destrozaron las espaldas y le costaron mucha sangre. Mis hombres sufrieron cincuenta vergazajos cada uno, por lo que no les era posible seguir acompañándome. El teniente se había llevado a la mujer de Lisakoff como testigo presencial de la llegada a su casa del fugitivo Vlasenko, al que los soldados apresaron en los cañaverales de unas charcas a menos de una milla del caserío. El tierno Misja, muerto de miedo, gimoteaba un rincón oscuro del cuarto, sin atreverse a acercarse a su delirante padre.

Dediqué algún tiempo a curar las heridas de Lisakoff y de mis asistentes, pero al fin tuve que dejarles, no para ir al Norte, sino para regresar a Pogibi, con el propósito de proporcionarme nuevos guía y cochero.

En ese pueblo me recibió el capitán jefe de la guarnición, a quien referí los acontecimientos de los últimos días y la aspereza y crueldad de Nosoff. El capitán me consideró con gravedad y me dijo con tono que no admitía réplica:

—Nos atenemos a reglas establecidas para tratar a los prisioneros y no podemos alterarlas. Además, ya conocerá usted a esa gente: son peores que fieras, y me alegraré que no lo averigüe usted a su costa.

Mi mediación en el asunto de los Lisakoff me ocasionó algunos contratiempos, porque las autoridades de Pogibi arreglaron las cosas de modo que me impidieron facilitarme hombres para continuar mi expedición. Tuve que enviar un mensajero a

Dué, al director de las prisiones, quien mandó terminantemente al capitán que me ayudase. En todo esto invertí más de una semana, que aproveché para estudiar a los habitantes de la colonia, que era la más septentrional de la isla. La población se componía de antiguos presidiarios, licenciados por haber cumplido sus condenas o a causa de un indulto del zar, y de toda clase de elementos continentales, consistentes en su mayoría en aventureros con turbios y misteriosos pasados, ocupados preferentemente en excursiones pesqueras, a bordo de pequeños buques de vela, a la isla de San Jonás, en el mar de Ojotsk, donde cogían peces y cazaban focas y ballenas, si no contrabandeaban, destilaban alcohol ilícitamente o comerciaban con los indígenas. También obtenían no escasas ganancias transportando fugitivos de Sajalin a las costas de Asia. Allí había rusos, armenios, georgianos, tártaros, griegos y turcos. Esta banda internacional existía como un tumor maligno, como un repulsivo parásito del cuerpo social de la isla nefanda, plena de lágrimas y congojas.

El quinto día de mi estancia en Pogibi recibí la visita de la mujer de Lisakoff, en cuyos ojos se leía la desesperación más intensa; sus labios dibujaban una mueca trágica y tenía la cara tan blanca como la cal. Según la costumbre propia de los penados, permaneció un largo rato silenciosa, ordenando sus pensamientos y meditando lo que iba a decir. Me contó lo siguiente:

—Se me permitió volver a casa después de declarar. Un mercader me prestó un caballo y un coche. A la mitad de camino, entre Pogibi y nuestro caserío, tropecé con los ayudantes de usted, uno de los cuales huyó al bosque, mientras que los otros dos se me acercaron. Les pregunté por usted, y al saber que se había ido a Pogibi, sentí un triste presentimiento y hostigué a mi caballo para que me pusiese con los míos a primera hora de la tarde.

Hablaba entre suspiros y se retorció nerviosamente las manos.

—Encontré mi casa completamente quemada, y adiviné que Karandashvili había ejecutado su sentencia contra mi marido, el antiguo verdugo. Registrando las ruinas di con su cadáver, que tenía el cuello cortado y la cabeza aplastada. No pude encontrar al pequeño. Entonces empecé a buscar afuera y al fin le descubrí en un espinar próximo al pantano, donde yacía muerto, con la cabecita partida por un hachazo. Me figuré que había huido y que los vengadores, para librarse de un testigo, le persiguieron y asesinaron. Lo destruyeron todo, y hasta los perros, atados a sus cadenas, han perecido. ¿Y ahora, señor, qué debo hacer?

—Presentar una denuncia ante el tribunal contra las personas de quienes usted sospecha. Cuente conmigo, y la prometo no perder de vista a esa gente. Expondré también el asunto al gobernador general.

Calló la mujer un largo rato, resignada en apariencia e impávida al concluir de narrarme la espantosa tragedia.

Como no me respondía ni se movía de la silla en que se sentaba, añadí:

—Bueno, ¿cuándo quiere usted comenzar sus gestiones?

Alzó la pobre mujer el humillado rostro y vislumbré en él un destello de ira y de la inflexible resolución de vengarse que hasta entonces jamás había reparado en ella. Tras un instante de indecisión, rompió a hablar con voz alterada y conmovedora:

—El gobernador no me devolverá a mi hijo... Eso es imposible. Nada me importa la riqueza y la libertad. La sangre pide sangre... No piense mal de mí, señor, si luego oye decir que he cometido un crimen... Cuando salí de la cárcel, yo era otra, yo quería vivir en paz, yo deseaba reposo, trabajo y humildad y ansiaba terminar así el resto de mis días de martirio... ¡Ay! ¡Qué ilusiones! Ha sucedido todo lo contrario... todo lo contrario.

Se inclinó ante mí, aceptó agradecida algún dinero que la entregué, y se marchó callada y resignada en apariencia, pero planeando una horrible resolución.

Aquella misma tarde, en un bar clandestino, uno de mis anteriores cocheros fue envenenado con sublimado, y al día siguiente Karandashvili estuvo a punto de perecer asesinado, hallándose en casa de unos amigos en la que habían organizado un *cuaydan* (partida de juego). Duraba ésta ya muy entrada la noche, y de repente le dispararon un tiro a Karandashvili, a través de la ventana, que a poco le deja en el sitio. Una patrulla que acudió a la detonación detuvo a dos personas sospechosas, escondidas cerca: la viuda del asesinato Lisakoff, y un pésimamente reputado comerciante griego que facilitó a la rencorosa mujer el veneno y el arma con la que pretendió vengarse.

Claro que el castigo de la desventurada madre fue severo y su destino sumamente trágico, porque es probable que jamás traspusiera las murallas de las que se alejó una vez para principiar una nueva vida de libertad. Ignoro su suerte, pero no que las leyes rusas implantadas en Sajalín ocasionaban incesantes y más espantosos crímenes que tendían a castigar. La mujer de Lisakoff sufrió el rigor de aquellas leyes, y ahora sus creadores y ejecutores pagan con su sangre, sus bienes y la felicidad de su patria su tributo a los bolcheviques opresores.



## CAPÍTULO XXX

### El vengador de honor

A raíz de los dramáticos sucesos de Pogibi, y después de proveerme de nuevos guías y de víveres, me dirigí al Este hacia la costa, junto a la cual había, al decir de la gente, depósitos de petróleo.

Me encaminé primero al Nordeste, atravesando una región forestal surcada por algunas sierras poco elevadas. Visité dos bahías del mar de Ojotsk, Nyixk y Nabil, en las que desembocaban los ríos Tim, Mutovo y Poata-Syn. En los parajes pantanosos cerca de dichas bahías encontré varios sitios donde el petróleo, actuando en forma de vapor a través de las capas geológicas, había formado lagunas evaporadas anteriormente, convirtiéndose en estanques llenos de una materia negra y viscosa, llamada *Kir* o Keroseno, fuertemente oxidado. Aun a profundidades menores de doscientos metros se hallan arcillas con rastros de aceite mineral. Este petróleo, por su composición química y sus propiedades físicas, se parece al del Cáucaso, que contiene como máximo un 30 por 100 de Keroseno. Tales capas son contemporáneas de los yacimientos de carbón existentes en la isla. Empezando en la bahía de Uyisk, los depósitos subterráneos de distintos tamaños se extienden muy al Sur y hasta el archipiélago Fox, en la bahía Patience, muestra señales de petróleo en los estratos geológicos inferiores.

La costa oriental de la isla no está habitada oficialmente. Hay en ella algunas pequeñas localidades indígenas, Pilvige y Unnu, y también unos cuantos campamentos de comerciantes ilícitos canadienses y japoneses. Temerosos de ser detenidos por los buques del Gobierno que suelen hacer viajes de inspección alrededor de la isla, esos intrusos suben sus embarcaciones a la costa, las tapan con heno y disfrazan los mástiles con ramas para darles aspecto de árboles.

Los extranjeros trafican con los indígenas comprándoles pieles, oro y barbas y grasa de ballena, a cambio de tabaco, cerillas, agujas, tejidos de algodón, opio, alcohol y naipes, de modo que difunden en ellos la afición al juego y la embriaguez. También cogen perlas de agua fresca en los ríos Tim y Mutovo; camarones, los mayores del mundo, que tienen a veces 20 pulgadas de largo, y cangrejos, que secan al sol y muelen, haciendo con ellos una espesa harina.

En la zona Norte emplean esta harina para cocer una masa que allí sustituye al pan con ventaja, pues es muy nutritivo y soporta bien las mudanzas de clima.

Junto a los indígenas ainos, conviven los orochis, orochones y manegros del Uscusi y el Amur, que cruzan la Manga de Tartaria en invierno, y atraviesan toda la isla para instalarse en su costa oriental. A más de los nómadas mongoles, representan al mundo animal del Continente alces, gamos y tigres que vienen a Sajalin sobre el hielo. Estas bestias salvajes, evitando las secciones más cultivadas de la costa Oeste, se refugian con preferencia a orillas del mar de Ojotsk para procrear, y a veces para residir allí con carácter permanente.

Los tigres son funestos para los ainos, porque no sólo les arrebatan sus ganados y perros de arrastre, sino que a menudo les atacan a ellos mismos, asaltando sus campamentos, que a duras penas defienden con lanzas y flechas, únicas armas de que disponen. Los ainos permiten a los forasteros establecerse en su territorio sin condiciones y sin pagarles tributos, salvo la obligación por parte de esos bravos cazadores de combatir a los bárbaros invasores procedentes de tierra firme. Estos nómadas orochis y orochones fueron los primeros que facilitaron informes de los depósitos de petróleo.

Muy al Norte de Pogibi, adonde volví después de haber visitado las localidades petrolíferas, se halla el cabo María, una de las puntas más septentrionales de la isla.

Me habían dicho que cerca de ese cabo existía un cenagal con trazas evidentes de aceite y *kir*, y como aún faltaban dos semanas para la llegada del buque puesto a mi disposición para trasladarme a mi casa, decidí estudiar en persona el lugar designado. Fui a él a caballo con un guía que tuve que proporcionarme yo mismo. Me



irritó que las autoridades rusas respondiesen con evasivas a mis apremiantes instancias a fin de que me concediesen la cooperación de un soldado. En la necesidad de contratar un guía particular, acepté el ofrecimiento de un pescador, medio mongol, medio ruso, tipo que suele abundar en Siberia. La isla y los mares que la circundan eran un libro abierto para él, pues en sus excursiones de pesca y caza había ido más allá del archipiélago de San Jonás y del cabo Elizabeth.

Cuando le expliqué que deseaba recorrer las proximidades de los cabos María y Elizabeth se puso muy contento y me pidió una moderada retribución; pero estipuló que le permitiera llevar dos caballos de carga.

Accedí a ello, y al día siguiente, de madrugada, partimos a lo largo de una vereda poco transitada, cubierta de hierbas y matas.

Gustaff era un hombre taciturno. Iba siempre guiando los caballos, atados uno al otro, y nunca me miraba cuando yo le llamaba a mi lado. A menudo me apeaba de mi cabalgadura y cazaba, porque por doquiera salían a nuestro paso los bandos de perdices blancas y de gallos silvestres. En una ocasión acampé veinticuatro horas a orillas de una laguna llena de aves acuáticas, entre las que se contaban distintas variedades de gaviotas, circunstancia explicable por la proximidad de la Manga y la abundancia de pesca en el lago, las cuales constantemente se posaban en la superficie líquida y en los marjales limítrofes. Allí vi por primera vez una emigración de peces.

A trescientos metros del lago grande hay otro más pequeño, que en realidad sólo es una charca recubierta de plantas propias de esos terrenos. Cuando me acerqué a ella se me antojó un vivero artificial de peces, porque su superficie no estaba nunca tranquila, sino constantemente alterada por los remolinos y círculos de enjambres de esos seres.

Paseando al rayar el alba entre el lago y la charca, vi algo que se movía en el herbazal y di un grito para asustar al animal o pájaro que fuese; pero no salió ninguno. Registré luego cuidadosamente la hierba, y con gran asombro y sorpresa descubrí que un sollo de buen tamaño se dirigía serpenteando a través de la alta hierba, humedecida por el rocío, a la laguna inmediata, atraído sin duda a ella por la abundancia de comida. Aquella misma tarde, después de la puesta del sol, observé que un segundo sollo volvía al lago grande, ahito hasta el punto de no haber podido tragar el último pez, cuya cola todavía le sobresalía de la boca. Mucho había leído acerca de la emigración de los peces por tierra, y en Sajalín pude comprobar por mí mismo la realidad de ese extraordinario fenómeno.

A poco de abandonar el lago encontramos un jinete que recorría el bosque. Estaba en la plenitud de la vida y poseía una complexión fuerte, un rostro antipático y una espesa barba rubia. Al aproximarnos a él, puso su caballo cruzado en el sendero para estorbarnos el paso. Mi guía entabló conversación con el desconocido, señalándome con una mirada. Entonces el jinete del extraño aspecto se apartó a un lado del camino para que pasase nuestra pequeña caravana. Al llegar yo junto a él se unió a mí, saludándome cortésmente.

—Nuestra isla le parecerá a usted sorprendente—me dijo.

Le contesté, expresándome con sinceridad y llaneza, sin disimular mis opiniones sobre la isla y sus pobladores.

—¡Oh, sí! —exclamó—; en otras manos que las de los rusos, esta tierra sería una riquísima colonia. Aquí hay de todo: carbón, petróleo, hierro, oro, pesca, valiosas pieles, focas y ballenas. ¡Un verdadero paraíso! Y sin embargo sólo sirve para albergar criminales, mientras que las autoridades dejan sin desarrollar las riquezas naturales de la isla, infestando con el aliento y los cuerpos de esos monstruos el fértil suelo y el aire puro de Sajalín.

—¡No se muestra usted bien dispuesto para los infelices presos! —agregué maravillado, pues creía estar frente a un colono licenciado de presidio.

—Hay que conocerles como yo les conozco para apreciar la maldad de sus almas negras y viles —repuso, crispando los puños al propio tiempo—. El Gobierno es un imbécil consintiendo que vivan esos hombres-fieras. Mejor hace el Oeste enviándoles a la silla eléctrica, librando así a la sociedad de su perjudicial y peligrosa presencia.

—¿No admite usted la posibilidad de que mejoren los prisioneros de Sajalín? —le pregunté.

—No —contestó con voz bronca—. ¿Cómo han de mejorar unos hombres que antes de venir aquí han estado en la cárcel varias veces por los crímenes más

atroces? Sólo son unos seres verdaderamente abyectos, unas criaturas desalmadas, sin el divino destello. He conocido a los hijos y los nietos de esas fieras, educados por padres indignos, e indignos eran también ellos, por consecuencia. Resulta de eso que a la primera tentación se entregan a sus viles instintos, y a menudo superan a sus familiares en crueldad.

Oyéndole hablar con tan profunda convicción, realzada por una excitación creciente, me perdí en conjeturas en cuanto a su personalidad. Con sagacidad y precisión impropias de su apariencia tosca había reflejado acertadamente el carácter de Sajalín y los rasgos principales de su terrible y desgraciada población. A pesar de todo, no logré averiguar quién era, aunque por descontado supo granjearse mi confianza.

—Veo que ha llegado usted hace poco —me dijo riendo—. Así se explica que todavía no haya oído hablar de mí. Soy Andrés Bolotoff.

Como quiera que su nombre no significara nada para mí, le hice varias preguntas respecto al tiempo que llevaba en la isla y sobre su procedencia y motivo que le había traído a ella.

Me repuso que residía en Sajalín hacía unos siete años y que había venido del distrito de Tomsk. Luego reflexionó un instante y añadió:

—Vine aquí con una misión religiosa, sabiendo que estas gentes necesitaban apaciguar los reproches de sus conciencias y descargar de culpas sus corazones. Les vendí libros piadosos, Biblias, iconos y cruces, y recogí dinero para construir iglesias.

—¿Y triunfó usted?

Permaneció silencioso y se obscureció su semblante.

—¡Vaya! —repuso con ironía—. ¿No ve usted mis cabellos blancos? Ellos demuestran a las claras el éxito de mi cristiana empresa.

—Confieso que no le comprendo.

—Sí —prorrumpió—, es difícil comprenderme; difícilísimo.

Me ofreció tabaco para mi pipa, me tendió a continuación una cerilla y añadió:

—Si me lo permite, iré con ustedes un largo rato.

—Con mucho gusto —contesté.

Bolotoff se puso a mi lado, fumando su pipa. Cuando la terminó, tiró la ceniza y se la guardó en una de las polainas, prosiguiendo su narración.

—Me ha ocurrido una gran desgracia en esta maldita tierra; tan grande, que es imposible comentarla. Al hablar de ella mi alma derrama lágrimas de sangre. En mi país tuve una esposa amada, que murió, dejándome un hijo de diez años de edad, listo, formal y bueno. Juré a mi mujer moribunda que le protegería de todo mal y haría de él un hombre. Juzgué que Dios me había quitado a mi mujer como castigo de mis pecados y decidí purgarlos con hechos piadosos, por lo que emprendí una vida devota, vendiendo imágenes y libros, cuyo producto sirviese para la construcción de iglesias. Recorrí toda Siberia con mi hijo, que en los pueblos tenebrosos e impíos leía la Biblia fervorosamente y les hablaba con juvenil convicción y sencillez de Dios Creador y de Cristo, Salvador del Mundo. Por último, resolví terminar mis andanzas y establecerme donde mi hijo pudiese estudiar. Pensé finalizar mi actividad religiosa, tan alentada y favorecida por los obispos Nicolás, Silvestre y Makari, con una visita a esta isla de Sajalín, con el propósito de aportar consuelos espirituales a los pobres presos, privados para siempre de libertad y derechos humanos. Según mi costumbre, traje conmigo a mi hijo. Hallamos aquí criaturas que parecían escuchar con sinceridad y recogimiento las palabras del Espíritu Santo, armoniosamente leídas por mi hijo, lleno de entusiasmo cristiano. ¡A cuántos niños de presidiarios enseñó a leer y escribir!

Pasado algún tiempo, necesité enviar todo el dinero que había recaudado en Siberia al obispo Makari. Estábamos en Onor, y como caí gravemente enfermo, mandé a mi hijo con los fondos a la oficina de correos de Dué. Fue, pero no volvió... Le busqué un mes entero, y por fin le encontré en un bosque con la cabeza aplastada por un hachazo. Le habían robado hasta las ropas y el calzado, y no digamos el dinero reunido con tanto esfuerzo para erigir templos a Dios. Indagué sin descanso quiénes podrían ser los asesinos, y acabé por descubrirlos. Eran hombres que habían oído las máximas de la caridad cristiana de labios de su víctima; pero no, no eran hombres, sino unas bestias feroces.

Calló, jadeante, mostrando el odio que encendía su alma en todos sus rasgos fisonómicos.

—Ahora me explico por qué aborrece usted de ese modo a los habitantes de la isla —observé, mirando con compasión al infortunado padre—. ¿Pero por qué sigue usted en ella?

—¿Se figura usted que después de haber jurado junto al lecho de muerte de mi mujer cuidarme de su hijo iba a prescindir de mi promesa, viviendo tranquilamente, sin vengar con creces la sangre inocente tan inicualemente vertida?

Dijo esto con un sentimiento reprimido, pero terrible. No atiné a responderle nada, y permanecí silencioso hasta que empezó otra vez a hablar febrilmente.

—Al cabo hallé a los asesinos. Eran Koshka, Sokol, Solwanoff, Dormidoníoff y Grenitch. Cuando sé enteraron de que me proponía castigarles, huyeron de Onor en dirección a Pogibi. Las autoridades les persiguieron, pero sin éxito. Yo les sorprendí por casualidad, y uno tras otro cayeron a los golpes de mi hacha. Entonces la hez de los presidios y de los presos cumplidos me sentenció a muerte y me lo participaron así. Repuse que mataría a todos los que se cruzasen en mi camino, y el Señor es testigo de que he hecho honor a mi palabra. En vista de eso, los ex presidiarios y fugitivos de la cárcel de Onor se dedicaron a darme caza. Varias veces me tuvieron en sus manos; me rompieron las costillas y me cosieron a puñaladas; pero mis heridas les han costado un enorme precio. ¡No, ninguno de los presos de Onor se me escapará! Las autoridades saben que yo no sigo otros prisioneros, pero que si alguno se fuga de Onor, basta con mandarme un recado para que mi brazo vengador les alcance siempre... Ni uno de ellos se escapará, ¡no, ni uno!

Tal era el vengador Andrés Bolotoff. Más tarde, en Dué, el jefe del batallón disciplinario, coronel Ieravski, me dijo que Bolotoff vagaba por todas las partes de la isla, viviendo de la caza, y que con sólo se le comunicase que un preso de Onor se había evadido, reunía cuantos antecedentes se conocían del fugitivo y desaparecía bruscamente. En esos casos las autoridades ni siquiera se molestaban en enviar tropas para perseguir al escapado, conociendo de sobra que «El Vengador» le echaría la garra. El premio que recibía por cada captura lo entregaba por entero para obras piadosas o para oraciones por el alma de su hijo.

Cuando Bolotoff concluyó su relato, no pude eximirme un buen rato de la intensa y abrumadora impresión que me había producido. Juzgué que la venganza es un mal consejero, pero no por eso dejé de admirar la entereza de ánimo y la voluntad acérrima del desventurado Bolotoff.

Al despedirme de él, le di la mano y dije:

—Plegué a Dios apaciguaros el corazón.

Bolotoff se santiguó devotamente y murmuró:

—Yo también se lo pido; pero con seguridad no me concederá ese favor.

Aunque parezca extraño, pasados muchos años encontré de nuevo a «El Vengador». Fue en enero de 1920, cuando a toda costa me abría camino de Tomsk a Krasnoyarsk para huir de los bolcheviques. Tuve que atravesar el pueblo de Bogotol, cerca del cual estaba acampada una famosa partida de rojos, entregados a la matanza y al saqueo no sólo de los ciudadanos vulgares, sino de los comisarios, oficiales y soldados bolcheviques. Todo el mundo evitaba la localidad y viajaba por la carretera situada al Norte, antes que utilizar el ferrocarril.

Como tenía la convicción moral de que iba a perecer, seguí el casi desierto camino que bordea la línea férrea, ocupada por una no interrumpida fila de trenes abandonados por los ejércitos e instituciones del Estado del almirante Kolchak, que no fueron retirados por los bolcheviques hasta tres meses después. En una de esas pequeñas estaciones al Oeste de Bogotol, me paré para descansar y comer, pues tenía hambre, frío y cansancio. En ella no había más que un empleado y varios trabajadores, sin contar a un singular individuo, sentado en un rincón, que se levantó de repente al entrar yo y se volvió a sentar inmediatamente, subiéndose, para taparse la cara, un gran cuello de pieles. A pesar de eso, reparé en su luenga barba blanca y en la melena que le salía de una alta *papakha* de piel de oveja.

Pedí al empleado y a los obreros que me vendiesen algo de comer, y se negaron rotundamente a complacerme e incluso a hablar conmigo.

Como yo viajaba en un ligero trineo tirado por dos pesados caballos, abandoné la estación para inspeccionar a mis animales y calcular si podrían conducirme a la estación próxima, distante doce millas, donde quizás mereciese una acogida más

favorable. ¡Ay! los caballos estaban agotados y por milagro se mantenían en pie, con las cabezas bajas, estremeciéndose de fatiga.

Crujió la puerta del edificio-estación y vi de reojo que un campesino fornido, de pelo blanco, abrigado con una pelliza de pieles con amplio cuello y cubierto con una gorra de piel de oveja, se detenía en el umbral de la puerta, mirándome con atención. Por último, se frotó la frente con la mano y me preguntó:

—¿No tiene usted nada que comer?

—Nada —contesté—, y no sé cómo arreglármelas para irme de aquí, porque mis caballos están rendidos. ¿Tal vez usted puede indicarme algún sitio en que vendan pan y cebada o paja para el ganado?

Se echó a reír fuerte y replicó:

—Difícil será, a causa de que todo ha sido robado, primero por las tropas de Kolchak y luego por los bolcheviques; pero si usted precisa algo, yo se lo proporcionaré.

Sin más, dio una palmada, y del bosque, separado sólo de la estación por la línea férrea, salió un jinete. Le ordenó el viejo acercarse a él, le habló en voz baja, y enseguida me invitó a entrar en la estación. A los pocos momentos el jinete volvió, trayendo un zurrón, del que sacó una botella de vodka, un vaso, pan, huevos y un trozo de tocino, colocándolo todo sobre la mesa.

—¡Coma! —exclamó el campesino dirigiéndose a mí—. Y tú, Alexei, desengancha los caballos y dales un pienso. Este viajero es amigo mío. ¿Me entiendes?

Prescindí de ceremonias y comí como corresponde a un hombre sano, de conciencia limpia, que nada teme y nada espera.

—¿Y usted se atreve a atravesar este país? —me preguntó el viejo sonriendo y encogiéndose de hombros.

—¿De qué y por qué voy a tener miedo? Carezco de dinero, a nadie hice daño, y si muero, santo y bueno, puesto que la vida me pesa. ¡Figúrese! He trabajado desde niño como un buey, no nací rico, jamás he robado y todo se lo debo a mis manos y a mi cerebro. A pesar de eso, los bolcheviques me tratan como a un explotador del pueblo, me tachan de burgués y de vampiro que chupa la sangre de los humildes. Este estado de cosas me disgusta y deseo ponerle término.

El viejo tornó a reír y exclamó:

—Sí, los bolcheviques son unos estúpidos y están cometiendo un sinnúmero de enormidades que yo castigaré. Pero aquí corre usted muy graves peligros; el cabecilla Bolotoff devasta el país próximo a Bogotol. ¿Seguramente habrá usted oído referir la matanza que hizo en la ciudad de Kusnetsk?

Las noticias de las horrendas fechorías realizadas en Kusnetsk por las bandas rojas habían repercutido en toda Siberia y el nombre de Bolotoff engendrado odio en todos los corazones generosos, porque en Kusnetsk, las cabezas de los ingenieros Pervoff y Sadoff y otros fueron clavadas en palos y expuestas en la plaza pública, las mujeres ultrajadas vilmente, los hombres cultos atormentados y las escuelas, hospitales e iglesias incendiados.

—Sí, algo sé de eso —contesté—; pero no puedo elegir. Ando a la ventura, y quizás esto sea el fin de todo. ¿Llegaré? Lo ignoro. No tardaré en averiguarlo.

Mi desconocido protector no contuvo la risa, visiblemente divertido por mi despreocupación en materia de vida o muerte; pero recobró pronto la serenidad, e inclinándose a mí, balbuceó:

—¿Ha estado usted en Sajalín?

—Sí, visité toda la isla; pero hace ya mucho tiempo.

El viejo aldeano se levantó y me tendió la mano.

—¿No se acuerda usted de Andrés Bolotoff, «El Vengador», a quien encontró en el camino de Pogibi al cabo María?...

Calló de repente y luego añadió:

—... Sí, el que ¡e contó que le habían matado a su hijo cerca de Onor. ¿Lo recuerda usted ahora?

—¡Cómo! —mascullé—. ¿Es usted la misma persona? Ha cambiado de un modo atroz.

—¡Bah, ha llovido tanto desde entonces! —añadió pensativo—. Además, todo ha cambiado y yo he cambiado también. Antes recogía dinero para las iglesias; hoy empuño un fusil y derramo como agua la sangre humana.

—¿Entonces es usted Bolotoff... el cabecilla de Kusnetsk?

—Sí —replicó alegremente, moviendo su blanca melena—. Disfruto enormemente y soy el amo indiscutible de esta comarca.

—¿A qué obedece eso? —le pregunté estupefacto, olvidándome de la clase de sujeto con quien trataba—. En Sajalín perseguía usted a los presos de Onor y aquí es el azote de los mismos a los que censuraba por débiles y condescendientes!

—Cuestión de tiempo —me objetó—. Después de la primera revolución, el Gobierno amnistió a los prisioneros de Sajalin, y los que en primer lugar se marcharon fueron los encarcelados en Onor. Les perseguí por doquiera. Debido a ello, los oficiales me prendieron y condenaron a cinco años de presidio. Me escapé, llegué a Kusnetsk, mi ciudad natal, y formé una banda para atacar a los funcionarios del Gobierno que se compadecieron de mis enemigos. Les di una buena lección, y tras de ella los bolcheviques se encargaron de matarlos. Creí que realmente ocupaban el poder unos hombres justos y dignos, y me uní a ellos; pero no tardé en ver que los anteriores presos de Onor eran los nuevos comisarios, por lo que no vacilé en combatir a los bolcheviques. ¡He aquí toda mi historia! ¡Me es imposible tener paz mientras que aliente uno solo de los asesinos de mi hijo, uno de los bandidos de aquel espantoso infierno!

A cuenta de mi antiguo conocimiento con Bolotoff crucé tranquilamente su zona de influencia y fui, sin duda alguna, el único viajero que atravesó sin escolta ni daño un país tan mal reputado. El casual encuentro con «El Vengador», terror de la *taiga* de Sajalín, en el camino entre Pogibi y las costas del mar de Ojotsk, me había salvado. Hay en la vida contingencias extrañas que suelen producir resultados maravillosos.



## CAPÍTULO XXXI

### Un duelo con un oso

Después de mi paseo con Bolotoff, llegué al cabo María sin otros incidentes que merezcan ser referidos. Toda la parte septentrional de la isla, atravesada por mí, se hallaba completamente despoblada, salvo los dos aldeorrios, Motuar y Pilwo, de la costa Oeste, fuera de mi itinerario.

Dondequiera del bosque vi unos osos, no muy grandes y casi negros, llamados «hormigueros», porque comen hormigas y sus larvas, que extraen de los agujeros de los que reciben el nombre. Este alimento les estimula hasta el punto que no necesitan invernar, ni siquiera guarecerse en ningún abrigo durante la estación invernal. Los cazadores siberianos opinan que los osos «hormigueros» no sólo son una especie distinta, sino que son ejemplares físicamente degenerados, contenidos en su desarrollo, que se distinguen además por lo oscuro de su pelaje. De todas maneras, son mucho más feroces que el oso pardo común.

Los orochones y otros nómadas, diestros en la caza de osos, consideran al «hormiguero» un mal espíritu, al que deben en ocasiones tener propicio para incluso contar con él como un poderoso aliado. A causa de esto, lo matan únicamente cuando les fuerzan a hacerlo las circunstancias, o sea cuando atacan al oso común sin ayuda. No he visto nunca a los orochones cazando al amo de la selva, pero he tenido el extraordinario privilegio de asistir a una ceremonia religiosa en la cual tuvo lugar un duelo entre un hombre y un oso.

Sucedió en un campamento de orochones, cerca de Nikolaievsk del Amur. Había sido cogido un oso corpulento, de seiscientas libras de peso, que, atado con correas de cuero, fue arrastrado a un claro del bosque, donde lo pusieron en medio de un pequeño cercado, hecho con cortas y fuertes estacas, sólidamente hincadas en el terreno. Luego, un chamán echó las suertes para designar a quién le tocaba pelear con la fiera. La suerte eligió a un muchacho de diez y seis años, que, evidentemente satisfecho y orgulloso de su papel, se puso un cuchillo en el cinturón, se estiró la blusa de cuero y se plantó en el centro del ruedo. Cortaron las ligaduras que sujetaban al animal, y los compañeros del campeón se retiraron detrás de la barrera, permaneciendo en el cercado el mozo con el cuchillo dispuesto. El oso miró en torno suyo con sus ojillos sanguinolentos, se enderezó sobre las patas traseras y se dirigió a quien le desafiaba. El muchacho no esperó el ataque, sino que, inclinando la cabeza, se lanzó contra la bestia, y tapándose la cara con el brazo izquierdo, apretó el hombro derecho hasta la coyuntura debajo de la pata derecha, extendida, del animal, poniendo así ese miembro fuera de peligro, quedándole libre el izquierdo para dar a su enemigo una cuchillada en la espalda con la velocidad del rayo. El golpe fue tan violento y certero, que derribó al oso en tierra antes de que hubiera podido valerse de sus terribles armas naturales. El muchacho no recibió el menor arañazo y remató a la fiera, contentísimo por su triunfo. Los indígenas cazan al oso en la taiga de esa manera, y los iniciados en los arcanos de la prueba religiosa que he descrito me participaron que el secreto del éxito estriba en apretar el antebrazo izquierdo contra el sobaco del bruto, que es precisamente donde el antebrazo se une al cuerpo, estorbando al oso los movimientos de sus patas delanteras. Los nómadas reconocen que ninguno tiene valor para luchar con el oso «hormiguero» cuerpo a cuerpo. Cuando molestan demasiado a los orochones, los matan a tiros y se comen sus corazones, siendo éste su modo de entendérselas con unos seres desprovistos de la consideración que merecen sus vecinos humanos.

## CAPÍTULO XXXII

### El Fraile Negro

Por fin, como remate de nuestra caminata hacia el Norte, vimos el mar y las arenas del cabo María. Nubes de pájaros se remontaban sobre la costa, llenando el aire con sus chillidos y graznidos. Cuando surgimos del bosque, divisamos en la playa, encima del vasto arenal, una alta cruz de troncos de abedul toscamente cortados. Me dirigí a ella y leí la siguiente inscripción en ruso, tan poco en armonía con el ambiente general del país:

«Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres en la tierra y en el mar de la vida».

La presencia del símbolo cristiano en aquella soledad me asombró y pregunté a mi guía quién había erigido la cruz allí.

Me contestó con evidentes muestras de estar emocionado:

—¡El Fraile Negro!

Le hice la pregunta precisamente cuando subíamos una empinada cuesta arenosa, tan penosa de andar, que los caballos marchaban a duras penas, viéndonos obligados a desmontarnos y a transportar nuestros equipajes para ayudar a las acémilas. Esto me privó durante un rato de pedir más informes acerca del Fraile Negro. Cuando al cabo cruzamos aquellas movedizas arenas, plegadas en largas olas por la acción del viento, vi frente a nosotros una casa vieja, de una sola planta, construida con ennegrecidos leños de alerce. En su extremo Norte había una especie de torrecilla provista de Una cruz dorada.

—Allí es donde vive el Fraile Negro —me explicó el guía—. No sé si le encontraremos ahora en casa, porque estos días suele ir al mar.

Nos acercamos a la casa, pero nadie salió a recibirnos, y sólo después de dar algunos gritos aparecieron varios ainos, que con dificultad nos dijeron que el monje estaba en el mar, que habían venido de muy lejos para pedirle consejo y que aguardaban su regreso con impaciencia.

Pasamos dos días allí, instalándonos de *motu-proprio* en la casa del fraile, habiéndonos asegurado el guía que al santo varón le agradaría sumamente que así lo hubiéramos hecho. Al alba de la mañana siguiente nos despertaron los ladridos de los perros de los ainos. Salí de la casa en el mismo momento que una gran lancha de vela varaba en la playa. Luego que aferraron las velas y afianzaron sólidamente el bote, saltaron a tierra tres hombres. Yo me apresuré a adelantarme a su encuentro.

El que iba delante era un fraile de elevada estatura, blanco como una paloma y tan flaco, que me produjo la impresión de ser sólo un esqueleto envuelto en un hábito negro. Al reparar en mí, se alisó su larga barba blanca y su bigote, y con un movimiento rápido se echó sobre la cabeza la negra cogulla de su sotana. Como la cogulla le cayó hasta la frente, vislumbré una cruz blanca en el borde del negro ropaje. Un pesado crucifijo de hierro colgaba de una cadena sobre su pecho. Usaba botas altas de piel de foca con piso de hierro. Le ceñía la sotana una cuerda recia y en la muñeca izquierda llevaba un rosario de gruesas cuentas de hueso. Aunque la cogulla casi le tapaba la cara, observé a pesar de eso su mirada penetrante e investigadora, sus espesas cejas blancas, su fina nariz aguileña y su boca de pronunciados rasgos, que demostraban una fortaleza de ánimo sin igual.

A medida que nos aproximábamos el uno al otro, me sorprendió el ruido de cadenas, tan peculiar de la región de las prisiones.

—¿Será también un presidiario? —fue la idea que surcó mi imaginación.

En aquel momento el Fraile Negro levantó la seca mano e hizo en mi dirección la señal de la cruz, exclamando con reposado tono:

—¡Que Dios bendiga vuestra llegada a nuestro retiro, hijo mío!

Me presenté a mí mismo y juntos entramos en la casa. Mi guía y los ainos aguardaban al monje a la entrada, arrodillándose y prosternándose humildemente ante él. Después que les puso las manos sobre las cabezas y les bendijo, se alzaron y

besaron con veneración las ropas del anciano. El se fue a su cuarto y volvió a poco, vestido con una sotana más ligera y la cogulla echada hacia atrás, lo que permitía ver sus largos y blancos cabellos.

Pasé el día y otra noche en su única morada. Me interrogó acerca de la vida política en Rusia y en otras naciones, sobre la actualidad filosófica y religiosa y con respecto a varias eminentes personalidades rusas en las esferas científicas y gubernamentales, y a continuación, e inesperadamente, rompió a explicarme en excelente francés que había realizado algunas transacciones con mi guía, quien le proporcionaba los víveres que necesitaba, y que tenía que hablar con los ainos, que solicitaban su ayuda médica. Me anunció que más tarde podríamos hablar sin interrupción.

Sin embargo, no quedó desocupado hasta concluida la cena, compuesta de pescado fresco, porque el monje no comía carne hacia cincuenta años, y nunca la ponía en su mesa. Comió muy poco y como contra su gusto, sujeto a hacerlo por la necesidad. Bebió una taza de té sin azúcar, pronunció una breve oración de gracias y se sentó más cómodamente en un banco cubierto con una moteada piel de foca.

Un buen rato tuve que darle noticias de Petrogrado y Moscú. Después, al saber que yo había residido en París varios años, me preguntó por Lichtenberger, Réclus, Roux, Boussinesque, Flammarion, Poincaré y otros sabios de su categoría. Se interesó especialmente por León Tolstoi, Vladumi Solwieff y el escritor Korolenko, a los cuales conocía personalmente por haber viajado mucho por toda Europa.

Era muy versado en literatura y poseía gran erudición y agudo sentido crítico, pero por lo que dijo comprendí que su contacto y relaciones con la vida contemporánea se detenían hacía treinta años.

Aquel hombre tenía una gravedad, una sensatez y una calma inalterable y se hallaba dotado de una comprensión tan honda de la vida y de una majestad de pensamiento, que no me sentí capaz de interrumpirle y me limité a esperar que por sí empezase a referirme sus años juveniles. No esperé en vano.

Reparó en que varias veces oí con sorpresa el ruido de las cadenas que llevaba, perceptible al más ligero de sus movimientos, y fijando en mi rostro la mirada de sus brillantes ojos azules, se expresó así con voz sencilla:

—Sí, uso el *vérigi*, cadenas que cruzan la espalda y se unen en la cintura con un pesado cerraje, y jamás me desprendo de una camisa de crin. Lo hago para mortificar mi carne, y me impongo este voluntario castigo y afrenta, porque soy un gran criminal.

No protesté, contentándome con mirarle fijamente a los ojos.

—Sí; soy un criminal, ¿lo oye usted? —me preguntó con viveza.

—Le oigo —contesté.

—Bueno, ¿y qué piensa usted de eso?

Aunque la curiosidad y la impaciencia se translucían en mi voz, me encogí de hombros y simulé prepararme a escuchar con indiferencia las revelaciones del monje. No obstante, creí oportuno añadir:

—Todos hemos sido en ocasiones los más grandes criminales, y cada uno de nosotros puede ser, si lo desea, un confesor y el juez más severo de él mismo, padre.

El anciano cerró los ojos un instante, y tras de una breve pausa me preguntó de nuevo, como apremiándome a mostrarme franco:

—¿Y qué más?

—¿Qué más? Que pueden ocurrir cosas terribles si al hombre no le falta la voluntad para analizar sus secretos crímenes. Puede volverse loco, imponerse horribles penitencias o cambiar del todo.

—Es usted joven, hijo mío, pero habla como si conociese la vida.

—Padre —respondí—, durante mucho tiempo, los problemas de la vida, implacables, arteros y llenos de insidiosas tentaciones, me han rodeado. Sé que la tentación más fuerte estriba en los deseos insatisfechos, susceptibles de convertir a un hombre en un mártir con una radiante aunque débil alma llena de lágrimas, o de trocarlo en un malvado de alma negra, henchida de odio y crueldad. Toca a los más fuertes resistirse y servir con sus vidas duras y tristes de modelos a los demás, para que su labor produzca rica cosecha.

El monje inclinó la nevada cabeza y meditó profundamente. Se prolongó el silencio y no dudé de que iba a escuchar la confesión de un alma humana plena de angustias y preocupaciones. Se levantó el fraile, echó té para los dos, volvió a ocupar

su sitio en el banco y empezó a hablar, interrumpiendo su narración de cuando en cuando con vacilaciones respecto a lo que pensaba decir.

—Cierto que sólo la tortura moral puede destruir o crear un hombre. Eso me sucedió a mí. ¿Cuál fue mi crimen? ¡Qué más da! No hay diferencia entre matar un cuerpo o un alma: el crimen siempre es crimen e implica penas, recuerdos, reproches y desesperación. He pasado en la vida por todas esas estaciones del camino del dolor. Tuve un alma pura, luego la enfangué en el pecado, y ahora me figuro que no tengo alma, porque ni siento ni padezco. Al fin algo me ha conducido por esta senda, algo me impulsó a sacrificarme por el prójimo. Quise seguir este camino, sin separarme de los centros de cultura, pero no me fue posible. Mis relaciones sociales presentaron infranqueables obstáculos a mis nuevos gustos. Por eso entré en un monasterio, el más austero de toda Rusia, y pronto alcancé el puesto más elevado de la comunidad por mi devoción y humildad, pero comprendí que el claustro tampoco me daría la paz. Entonces me puse el *verigi* y el cilicio de crin y viajé de aquí para allá en busca de un territorio en el que trabajar por mis hermanos. Vine a Sajalín, contemplé este abismo de indescriptibles torturas, este averno donde arden los cuerpos y las almas de los hombres vivientes, y comprendí que sobre este fondo podría pintar el cuadro que yo había soñado. Puse todo mi empeño en desarrollar el plan trazado, pero el punto de vista de las autoridades hizo mi trabajo imposible. Abandoné los presidios y las colonias de los licenciados y me trasladé al Norte, donde difundí el cristianismo entre los indígenas y peleé sin descanso con las plagas de la embriaguez, la degradación y del juego, introducida aquí por los rusos y los extranjeros. Curé los cuerpos y las almas.

Lanzó un hondo suspiro y agregó en tono resuelto:

—Hablo como si me alabase a mí mismo, pero no es ésa mi intención. Al contrario, expongo lo que pienso con lealtad, porque siento que he llegado al fin de mis días. Lo siento perfectamente; es más, presiento que he regresado de mi último viaje por ese mar que tantas veces me ha mecido en sus olas.

Inicié una protesta, pero notando que no le causaba impresión, le pregunté:

—¿Qué viajes ha hecho usted por mar, padre?

Me respondió con una animación que revelaba lo grato que a su corazón le era el tema:

—Viviendo en esta costa, en el extremo de la Manga de Tartaria, vi con frecuencia las lanchas de los pescadores y fugitivos de Sajalín empujadas por los vientos y las olas al mar libre, donde con seguridad aguardaba la muerte a sus tripulantes. Es un deber cristiano salvar a los ahogados, y no ignoro además que la señal de auxilio de los buques a punto de hundirse, empleada en el misterioso lenguaje de la telegrafía sin hilos, es: S. O. S., que en inglés significa: «Salvad nuestras almas». Aquí en mi propio campo me dediqué de lleno al salvamento de las almas que se ahogaban. Con la ayuda de dos antiguos amigos, cristianos ainos, construí un bote resistente, en el que durante las tormentas navegábamos arriba y abajo por el mar para socorrer a quienes estuviesen en riesgo de perecer. De noche encendemos una linterna en el cabo arenoso donde varamos nuestro bote.

Al decir esto rió jovialmente, y me señaló por la ventana un alto mástil, con una linterna en la punta.

—Quemamos en la linterna aceite de hígado de bacalao, y durante las tempestades encendemos hogueras y echamos *kir* en ellas para evitar que el viento y la lluvia las apague. Mis ainos son diestros y audaces marineros. Voy a enseñárselos a usted.

Dio dos palmadas para avisarles, y entraron dos viejos ainos, vestidos por completo con chaquetones de cuero y pantalones y botas que casi les llegaban a la cintura. Me fijé en sus caras horribles, sin narices, labios ni pestañas, semejantes a calaveras, que mostraban sus amarillentos y grandes dientes. No dudé acerca de la enfermedad que había desfigurado los rostros de aquellos fieles y abnegados servidores.

—¿Lepra? —pregunté.

—Sí —contestó el monje—; pero se desarrolla muy lentamente, puesto que estas gentes han cumplido ya los treinta años. Además, estoy seguro de que no es contagiosa, pues llevo conviviendo con ellos años y años sin novedad, y los amigos que suelen visitarme anualmente, ninguno ha cogido el terrible mal, aunque han estado en íntimo trato con ellos.

—¿Habrá usted salvado a muchos, padre?

Durante los últimos cuarenta años hemos hecho varios salvamentos, porque no aguardamos a que las olas nos traigan los náufragos, sino que salimos a buscarles mar afuera, cruzando la parte septentrional de la Manga de Tartaria. Somos conocidísimos en todas esas aguas. Un poeta, llamado Kuriloff, vino a verme y me denominó «El Monje errante». Cuando amparo a los presidiarios fugitivos, las autoridades ni protestan ni me molestan... ¿por qué?... lo ignoro. No se me oculta que cada prisionero que recojo perecería tarde o temprano, o volvería a entrar en la cárcel; sé que más le valdría morir ahogado, pero imagino que al rebelarse y huir obedecen al afán decisivo de buscar un ambiente que les proporcione la paz, y que favoreciéndoles les pongo en el trance de soportar todas las torturas espirituales, capaces de sustraer su alma de las tinieblas que les envuelven. Libro de la muerte a los que van a sucumbir, no para la alegría y la felicidad, sino para las penas y los remordimientos.

—¿Y los evadidos que pretenden atravesar los estrechos, saben que usted existe?

—Oh, sí; me conocen en todas las *katorgas*, y como los presos son muy supersticiosos, cuando parten para su peligroso viaje hacen con pan tierno y polvo de carbón unas figuritas que representan frailes negros, las cuales llevan a modo de talismanes para que mi bote les recoja en el caso de que el mar enfurecido les amenace.

Y el santo varón sonrió con amargura.

Se avecinaba la mañana, de suerte que el cielo palidecía con las primeras tintas del alba, cuando terminó nuestro coloquio. El Fraile Negro de las resonantes cadenas se levantó del banco y me deseó buenas noches, dándome su cariñosa bendición. Se retiró a un cuarto contiguo que le servía de celda, y durante un buen rato oí el ruido de su *verigi* y la suave entonación de su voz rezando fervorosas plegarias, hasta que clareó.

Serían las seis cuando desperté, y salí al campo, donde el padre estaba ya hablando con mi guía, prodigándole consejos y direcciones.

—Temprano se ha levantado usted —observé—, y poco debe haber dormido.

—Los viejos apenas necesitan descanso —contestó afablemente—, sobre todo si les espera el reposo eterno.

Algunas horas después dije adiós al Fraile Negro, junto a la Cruz, hasta la que me había acompañado. Se mantuvo allí erguido bastante tiempo, como una alta estatua de bronce, con la mano alzada en actitud de bendecir, y de nuevo, al volver la vista hacia atrás, me impresionó la apacible majestad de aquella alma misteriosa, que a causa de un crimen, sólo por ella conocido, había experimentado los feroces tormentos de la conciencia y el recuerdo, ganando por fin la inviolable paz, purificado en su ser glorioso, limpio como el cristal, tenaz como el acero y sensible como la superficie del mar sin límites.

El buque *Alent* me aguardaba en Dué. El capitán explicó que tenía que ir por la Manga de Tartaria al cabo María, con objeto de entregar varias cartas de uno de los Grandes Duques al Fraile Negro, y me indicó la conveniencia de que esperase su vuelta en Dué; pero yo preferí viajar con él para tener la satisfacción de ver de nuevo al santo monje.

Después de dos días de navegación fondeamos, muy entrada la noche, a milla y media del cabo.

—Es extraño —dijo el capitán—. Hace una noche tormentosa y la linterna del fraile no está encendida, como sucede siempre cuando hay tormenta. Quizás haya salido al mar; pero me sorprende no haberle encontrado en la Manga. ¿Qué le pasará?

Aquella noche no pudimos desembarcar, pero a la mañana siguiente, muy temprano, nos dirigimos a casa del monje.

Nadie se adelantó a recibirnos, mas todo parecía en ella normal. Llamamos y golpeamos con fuerza la puerta de la celda. Como no nos contestaron, abrimos la puerta y nos quedamos inmóviles y sobrecogidos. El viejo monje se hallaba inclinado ante un alto pupitre, cubierto de terciopelo negro, que ostentaba una cruz bordada en plata. Junto a él había una Biblia. Evidentemente la muerte le sorprendió en el momento de arrodillarse, y tocó su frente humillándose para la postrera oración. Tenía echada la capucha, y los huesudos dedos, ya fríos, agarraban crispadamente las cuentas del rosario.



Miramos por todo el cuarto y vimos que nada faltaba en él y que todo ocupaba su sitio. La única cosa importante que hallamos fue un pequeño sobre blanco sellado, puesto en una mesa, al lado de la ventana. En él leí:

«Para que lo entierren conmigo».

A través del delgado papel del sobre se transparentaba el retrato de una mujer, con rico traje de boda y un largo velo sobre sus negros cabellos. En el reverso del retrato se distinguían unas palabras indescifrables, escritas con letra de persona fina. Cerca encontramos un trozo de papel que decía:

«Muero en paz y feliz. Los náufragos del mar de la vida pueden salvarse. Yo les bendigo en nombre de Dios».

Sepultamos al Fraile Negro al pie de la cruz que había erigido, y abandonamos aquel paraje.

Al dejar por fin la tierra de las torturas y las cuitas, la isla maldita sobre la que flota la canción infame de las cadenas, llevé conmigo el recuerdo imperecedero de tres mártires, totalmente distintos unos de otros.

Evoco el rostro trágico, la mueca rígida y los ojos avizorantes de la esposa y madre que vi por última vez en el deprimente Pogibi; repito las palabras cargadas de odio de Andrés Bolotoff, el perseguidor de los asesinos de su hijo, y no se aparta de mí el semblante majestuoso y espiritual del enigmático Monje Negro, tan anheloso de conseguir la paz de su alma. Y sobre todos ellos, como el símbolo supremo del sufrimiento humano en las luchas de nuestro penoso vivir, veo la cruz sencilla clavada en el cabo María, y la inefable inscripción que hay en ella:

«Gloria a Dios en las alturas y Paz a los hombres en la Tierra y en el Mar de la Vida».

# **CUARTA PARTE**

**A la sombra del Gran Altai**

## CAPÍTULO XXXIII

### Cruzando un antiguo mar

El hombre propone y Dios dispone.

Estaba yo un día sentado en mi despacho de Petrogrado, leyendo la carta de un amigo que me invitaba a visitarle en una finca suya y a pasar el verano en ella, y como me encontraba cansado de todo un invierno de penosa labor en el laboratorio químico, iba a escribirle para darle las gracias y aceptar su invitación, cuando sonó con impaciencia el timbre del teléfono.

—¡Alló!

Oí la conocida voz de mi antiguo maestro, el profesor Estanislao Zaleski, que me decía:

—Cuento con usted para salir mañana en viaje de exploración, ¿verdad?

—¿Pero adonde iremos?

—Al Gran Altai, querido —repuso con flema—. Visitaremos las poco conocidas estepas del Kulunda, con sus interesantes lagos salados, y las montañas del Altai, más hermosas que los Alpes.

—Pero...

Sin prestar atención a mi «pero», el sabio continuó:

—Para un cazador y un escritor como usted son un verdadero paraíso.

—¿Qué clase de caza hay allí? —pregunté.

—Jabalíes, gamos, gallos silvestres, y en las montañas se dice que existe una especie de bisonte, enormes toros monteses, parecidos a los uros.

—Bien, iré —dije ante tan halagüeña perspectiva.

—Mañana, a las tres, saldré en el expreso de Siberia. Sin perder tiempo escribí a mi amigo que no podía aceptar su invitación porque tenía que ir al Altai, lo que deseaba hacía muchos años.

Al día siguiente, el expreso de Siberia nos alejaba de las humeantes chimeneas de las fábricas de Petrogrado y del bullicio de las anchas y magníficas calles de la capital de Rusia, para conducirnos a los Montes Urales y a la libertad de las llanuras. Al sexto día de nuestro viaje llegamos a la ciudad de Tomsk, principal centro de cultura de Siberia, situada en el río Tom, un afluente del gran río asiático Obi, que nace en las montañas Altai y desemboca en el Océano Ártico. Allí recibimos de las autoridades los documentos necesarios y adquirimos en la biblioteca de la Universidad las obras que trataban de la región que nos disponíamos a recorrer. El director de la Universidad, doctor W. W. Sapoznikoff, nos facilitó preciosos informes sobre el Altai.

Después de una estancia de algunos días en Tomsk, continuamos nuestro viaje en un vaporcito que nos llevó, descendiendo el Tom, hasta el Obi, donde comenzó una monótona lucha contra la rápida corriente y los barras arenosas del poderoso río y contra las masas de troncos flotantes que las riadas habían arrancado a las montañas. Marchábamos con lentitud, deteniéndonos a menudo para proveernos de leña para la máquina y para no varar en los vastos arenales del río, los que salvábamos con enormes dificultades. Un marinero, a proa, hacía constantes sondeos con un palo graduado y no dejaba de cantar;

—¡Cuidado!... Tres pies... Dos pies, seis... Dos... ¡Vamos a encallar!

Entonces, dando marcha atrás, nos escapábamos del peligro, para buscar otra parte de la corriente.

El paisaje contribuía a aumentar el tedio del viaje, pues navegábamos entre islas bajas, cubiertas de sauces, o cerca de orillas uniformes, revestidas de escasa vegetación y de claros bosques de abedules. Nuestra única diversión era comer, yiqué apetito se nos desarrolló en aquel cascarón que luchaba contra la corriente del amarillento Obi como una torpe tortuga! Por suerte, el alimento era variado, porque los pescadores costeros surtían al cocinero de pescados frescos, especialmente de *nelms* y *maksuns*, ejemplares de la familia del salmón, tan sabrosos, que a veces nos hacían olvidar la pesadez de nuestro buque-tortuga.

Por fin arribamos a Novo-Nicolaievs, entonces población sin importancia y ahora capital del Soviet de Siberia. Está situada en la margen derecha del Obi, junto al extremo oriental del inmenso puente tendido sobre el río. La ciudad, unida por el Obi a las fértiles tierras del Sur y que el ferrocarril pone en contacto con todos los mercados del mundo, crece a saltos y mejora a ojos vistas.

Pasamos un día en ese foco del comercio siberiano y luego nos entregamos de nuevo a la corriente, condenados a perder la paciencia en el forcejeo de nuestra embarcación con las barras de arena y los troncos a la deriva y a comer esguines a todo pasto.

Teníamos que ir embarcados hasta la ciudad de Barnaul, capital del distrito minero del Altai, y de allí dirigirnos en coche a las estepas del Kulunda. Los bordes del Obi, debajo de Barnaul, no eran tan pintorescos como los que vi y admiré en el espléndido y majestuoso Yenisei, ese país soñado por un pintor. Por este motivo, nuestro viaje siguió siendo fastidioso y desprovisto de incidentes, salvo que en un sitio, a cincuenta millas al Norte de la ciudad, junto a las afueras de un pueblo desconocido, presenciábamos un curioso drama del bosque. En un pequeño prado próximo a la orilla pastaba un caballo atado a un abedul. De repente el animal alzó la cabeza y tiró de la cuerda con todas sus fuerzas, intentando romperla. Como no lo consiguió, se puso a dar vueltas por el prado, relinchando aterrorizado. Creí al principio que nuestro con exceso asmático vapor le había asustado, pero pronto descubrí la real y más peligrosa causa de su terror. Un gran oso pardo, surgiendo del bosque y balanceándose al andar, se adelantó hacia el caballo, le echó una pata al cuello y con otra quiso apretarle contra un árbol. En el primer momento el caballo arrastró a la fiera, pero al cabo ésta logró agarrarse a un tronco, y en un instante derribó a su víctima con un poderoso zarpazo y la destrozó. Le hice varios disparos, sin más resultado que ver al oso abandonar la pradera y esconderse en la espesura.

A la mañana siguiente la sirena de nuestro vapor anunció que llegábamos a Barnaul.

En cuanto nos fue posible completamos la documentación que precisábamos en la Oficina de Minas y en la Administración de las Tierras de la Corona Imperial, porque teníamos que hacer en ellas parte de nuestros estudios, y ya todo listo, partimos hacia el Oeste en dos coches, tirado cada uno por tres hermosos caballos del país.

Al principio el camino zigzagueaba entre unos pintorescos cerros de escasa elevación, últimas y distantes ramificaciones de la cordillera del Altai. Cruzábamos continuamente en medio de bosques de abedules, salpicados con profusión de aldehuelas y caseríos rusos. Como desde Barnaul nos precedía un agente de la policía para facilitarnos el cambio de caballos y los caminos eran magníficos, marchamos con rapidez, cubriendo de diez a doce millas por hora.

Fue una excursión extraordinaria. Unos caballos fuertes y mal domados eran cogidos de las yeguas y enganchados a nuestros carruajes, llamados en tártaro *tazantas*. Mientras les ponían los arreos, los campesinos procuraban sujetar a los fogosos brutos, que se encabritaban y daban botes. El cochero, denominado *yamstchik*, ocupaba su asiento en el pescante, cogía en sus manos las riendas y con un largo látigo de cuero verde, o *knut*, azotaba a los caballos con toda su energía, gritando a los campesinos que los soltasen. Los hombres saltaban a un lado, y el coche, como si lo empujase el viento, volaba más que corría a la aldea inmediata. Si un caballo, más débil, empezaba a cansarse, el mayoral se inclinaba sin apearse y cortaba la cuerda del tiro, dejando al animal libre para que descansase y volviese a su caballada.

Nuestro policía, aparte de la ayuda que nos proporcionó preparándonos tiros de refresco, produjo bastantes trastornos al profesor. La gente nos tomó por altos funcionarios, y como no podían imaginar nada más encumbrado que un gobernador, no le dejaban ni a sol ni a sombra, acosándole materialmente con peticiones de todas clases sobre los más distintos asuntos. En un pueblo, una mujer joven acusó a su marido de que la pegaba cuando estaba borracho; en otro, una pareja le pidió el divorcio, y en un tercero, un labrador le declaró que su difunto padre había sido envenenado por unos herederos ilegales. Nos costó trabajo enterarles de nuestra misión, planes e intenciones.

Pronto desaparecieron los bosques y empezaron los pastizales y las dehesas. Los rebaños pastaban por doquiera en la dilatada extensión de las estepas del Kulunda. Los pastores montados resultaron ser talut-kirguises, a quienes pertenecían las

praderas que atravesábamos. Sin embargo, el Gobierno estableció en ellas a los emigrantes de Rusia europea y las arrebató a los kirguises, verdaderos propietarios de gran parte de aquellos terrenos. Esto originó violentas disputas y odios entre los indígenas y los emigrantes y hasta reyertas sangrientas. Los kirguises defendieron con las armas en la mano sus pastos y sus rebaños, y como siempre ha acontecido en Rusia, debido a su agresiva psicología, la sangre tiñó con frecuencia la hierba de las praderas, con su inevitable cortejo de atestados y procesos para llenar las prisiones y las minas con los condenados kirguises, los cuales, rezando en la cárcel a su Profeta, procuraban en vano comprender por qué habían sido encerrados, y, como es natural, sólo vivían pensando en vengarse de sus agresores, opresores y jueces.

Los kirguises, con los que entablamos muy amistosas relaciones en cuanto se fue nuestro policía a Barnaul, nos refirieron innumerables y deplorables episodios de los atropellos que aquella pacífica y culta tribu mongola había tenido que soportar a cambio de engendrar en sus corazones el odio y la desesperación.

Las praderas del Kulunda están cubiertas de una red de pequeños lagos, la mayoría salinos, el mayor de los cuales es el Kulunda con el Kutchuk al Sur de él, separado por una estrecha faja de tierra pantanosa. Ambos son depósitos de agua salada; el primero, de cuarenta millas de largo, y el segundo, de quince. Al Oeste de ese grupo hay una curiosa cadena de lagos salados que llega al río Irtych, más allá del cual existen otras agrupaciones lacustres en las tierras de los Grandes y Pequeños Kirguises. Al Sur de la cuenca del Kulunda se extiende la estepa del Belyaga, a cuya continuación se hallan los inmensos depósitos del Zaisan y Balkach o Ak-Dengiz, que son los centinelas más meridionales del sistema.

Tras un viaje de dos días llegamos por fin al lago Kulunda y nos detuvimos en una aldea rusa, situada en la orilla Sudeste. Permanecimos allí el tiempo preciso para comprar una yurta kirguisa, carne y pan, alquilando también caballos y un bote para recorrer las estepas y trabajar en el lago. En ese pueblo se puso a nuestras órdenes un policía, cuya presencia nos obligó a distraernos en asuntos por completo ajenos a nuestras ocupaciones habituales. Estuvimos dos días en compañía de aquel sujeto, que para los kirguises y campesinos representaba la más eminente y respetable autoridad. Después de su marcha, la vida de restricciones que su presencia imponía, tornó a su curso acostumbrado y más grato. Primero se organizó una comilona para celebrar el hecho de que, a causa de nuestra intervención, se había ido sin prender a nadie, sin cometer exacciones ilegales y sin castigar corporalmente a ningún infeliz. Pero la consecuencia de tales festejos fue una serie de riñas entre los campesinos, en las que no sólo se aporrearon con sus descomunales puños, sino con garrotes y piedras, así que a las pocas horas de haberse ausentado el aborrecido funcionario, nos vimos y deseamos para arreglar descalabraduras y mandíbulas rotas.

La aventura peor ocurrió por la noche.

Algunos labradores mozos, borrachos, hicieron una escapada a los rebaños kirguises que pastaban a seis millas de allí, mataron a los pastores y robaron muchas cabezas de ganado. Se llevó a cabo una nueva jarana en honor de los acometedores.

No pudimos dormir en toda la noche. Los lugareños rondaron por el pueblo alborotando y cantando con voces avinadas, tocando el acordeón, bailando, rompiendo ventanas y profiriendo soeces palabrotas que sólo existen en el Idioma ruso. Por último, se acalló la algazara, algunos de los escandalizadores se quedaron dormidos al raso y nosotros creímos llegado el momento de reposar y dormir. ¡Ay! La noche no se me olvidará por lo agitada y terrorífica.

Apenas habíamos conciliado el sueño, cuando oímos en la calle una sorprendente gritería.

—¡Fuego! ¡Fuego!

Salimos a escape al aire libre y vimos que el poblado ardía por sus dos extremos y que las llamas se propagaban hacia el centro. Alistamos un pelotón de bomberos, pero sirvieron para muy poco, porque los labradores estaban medio atontados por el *vodka*. El profesor miró a los tambaleantes campesinos y me dijo:

—Cualquiera de estos individuos, empapados en alcohol, puede arder como una lamparilla volcada.

Cuando contuvimos el incendio, que por fortuna sólo devoró un par de casas, regresábamos a nuestro hospedaje fatigados y dispuestos a disfrutar de un descanso bien ganado; pero escuchamos una nueva batahola.



—¡Otra aventura! —exclamó el profesor—. ¡Pues hemos caído en un sitio tranquilo! En fin, veremos cómo evitamos ésta.

Seguimos andando y hallamos un tropel de labriegos que rodeaban a un hombre y le amenazaban con puños y estacas. Era el incendiario. El asunto poseía un particular color etnográfico. Los campesinos saquearon los rebaños kirguises y los nómadas intentaron quemar el pueblo.

El incendiario había sido encontrado oculto en las hierbas cerca de la aldea e iba a ser linchado. En realidad estaba ya medio muerto, porque la turba le había golpeado tan furiosamente que su cabeza y cara no se parecían a las de un hombre. Tenía un brazo roto en la lucha con sus enemigos y un pie fuera de combate.

Nos pusimos al lado del kirguiso, opinando que se le debía encarcelar y entregarlo luego a las autoridades competentes para que lo juzgasen.

El «mayor» del pueblo, que sustentó la misma opinión, echó atrás a los asaltantes, encerró en persona al kirguiso en su despacho y se guardó la llave de la puerta.

A la mañana, cuando aguardábamos nuestras monturas, el profesor preguntó al mayor si había dado cuenta a la superioridad de los sucesos de la noche.

—No, señor —contestó avergonzado el rústico alcalde—. Es inútil hacerlo, porque yo no sé cómo ocurrió; pero alguien llegó junto al prisionero, le sacó a la calle y allí le asesinaron a hachazos.

Así era la vida en la pradera del Kulunda, donde la red de lagos salados y las formaciones geológicas indican claramente la existencia antigua de un inmenso mar centroasiático, poderoso y tranquilo. Ahora en su seco álveo hierve una modalidad moral insana y preñada de rencores, resultado indudable de la arribada de una raza occidental que ha despertado y avivado en el alma de los pobladores primitivos orientales la llamarada del odio, amortiguada durante siglos enteros.

Zaleski, persona culta y honrada, no podía aceptar con frío silencio el ultraje final de la noche y se expresó con entereza, acusando a los campesinos de desmoralizar la nación, censurándoles por sus crímenes y amenazándoles con informar al Gobernador e incluso a las autoridades centrales de su abominable acto, lo que cumplió, si bien el hacerlo le granjeó bastantes perjuicios y críticas por mezclarse en asuntos que no le interesaban directamente. El profesor, no obstante, obtuvo, bajo otro aspecto, la recompensa debida a su deseo de que se hiciese justicia, porque la noticia de nuestro intento para salvar al incendiario y de su enérgica protesta, se divulgó, ignoramos de qué manera, entre las tribus kirguisas, y estos agradecidos nómadas no desperdiciaron la menor ocasión para prestarnos sus muy útiles servicios.

## CAPÍTULO XXXIV

### La caza de los lobos kirguises

En cuanto llegamos a la orilla Sur del lago Kulunda y montamos nuestra *yurta*, se nos presentaron algunos jinetes kirguises y se pusieron inmediatamente a ayudarnos, nadando en el lago con nosotros, trayéndonos los carneros más gordos, cuidándose de nuestros caballos y sirviéndonos de guías.

Uno de ellos, llamado Sulimán Awdzaroff, joven y bien parecido, con ojos penetrantes de ave de rapiña, fue un compañero de expediciones en torno de los lagos Kulunda y Kulchuk. Con él de ayudante estudié la profundidad escasa de los lagos, la composición química del agua y del limo del fondo, y deduje la hipótesis de que los lagos se habían separado en un período relativamente próximo.

Como de costumbre, me dediqué a la caza allí y en otras extensiones pantanosas cercanas. La diversión no resultaba muy atractiva, porque en los lagos, revestidos de plantas acuáticas, no había más que patos y distintas variedades de agachadizas, pero en tales cantidades, que era sumamente difícil no matar dos o tres aves de un solo tiro. Encontré también en aquellos lagos pelícanos y alcaravanes, y en las praderas limítrofes aves de rapiña, entre ellas el colosal *bercut* (buitre), de la familia del cóndor. Es un pajarraco pardo, de pescuezo pelado, rodeado por un collar de suaves plumas grises.

Tiré varias veces a esos *bercuts*, aunque sin éxito, porque son cautos y saben evitar ponerse al alcance de las armas de fuego, especialmente en campo abierto. El profesor me aconsejó envenenarles, para lo cual cogí varios patos, que saturé de sublimado y estricnina, dejándoles donde los vieses los buitres. El primer día me proporcioné con ese sistema dos ejemplares, midiendo las alas de uno de punta a punta dos metros y medio. La consecuencia inesperada de aquel extraño procedimiento cinegético fue que desde entonces ni los *bercuts* ni las demás aves rapaces tocaron a uno de los patos envenenados. En cambio, dos zorras y un veso mordieron el cebo y cayeron en nuestras manos.

Notando mi entusiasmo por la caza, Sulimán, un domingo, se sonrió misteriosamente, me prometió una gran sorpresa y se separó de mí. Le esperé con impaciencia. Volvió pronto con cinco kirguises jóvenes y con un excelente y brioso jaco, al que puso mi silla, invitándome luego a que les acompañase. No me dijo lo que pensaba hacer, pero adiviné que proyectaba algo excepcional y digno de conocerse. La realidad no me engañó.

Después de recorrer por la pradera unas doce millas y al acercarnos a un vasto tremedal, cubierto de juncos, Sulimán detuvo la cabalgata, y sin ambages ni rodeos pronunció esta curiosa arenga:

—Los lobos atacan a menudo a nuestros rebaños y cogen nuestras ovejas y carneros. En estos matorrales están sus guaridas y vamos a cazarlos.

—¡Bribón! —exclamé—. ¿Por qué no me lo dijiste para que trajese mi carabina?

—No es necesario —repuso—; los cazaremos a la moda kirguisa.

Diciendo esto me tendió un látigo de clase singular, con mango largo y correa fuertemente trenzada, provista en el cabo y sujeta a ella con firmeza de una pesada bola de plomo.

—Mis compañeros expulsarán a los lobos de la maleza y los empujarán a la pradera. En ella les alcanzarán nuestros veloces caballos y los mataremos a latigazos. ¡Va usted a divertirse, *Kunak!*

Tres de los kirguises dieron la vuelta al pantano, mientras que los cuatro restantes se apostaron con nosotros a un lado de la jungla, esperando a las fieras. Con gran griterío, los ojeadores se lanzaron a la espesura, y a los pocos minutos los lobos empezaron a salir de ella. Corrían cuanto les era posible, pegándose materialmente al terreno, con los rabos tiesos y las orejas hacia atrás.

—¡De prisa, *Kunak!* —gritó Sulimán.

Espoleé a mi caballo, que, adiestrado en aquellas lides, partió como una flecha, comenzando a perseguir un lobato de pelaje color gris plateado. La fiera, comprendiendo que iba a ser alcanzada, se puso a describir zigzags por la llanada, a fin de marear al caballo. Me asombró la perspicacia de mi cabalgadura, porque sin aguardar mis indicaciones giraba y cambiaba de dirección, aprovechando la menor ventaja, y corría con velocidad suma, siempre a la izquierda de la acosada alimaña, para facilitar el golpe del cazador. Era la correría más salvaje y emocionante en la que yo había tomado parte. Me pareció haber entrado de repente en el mundo animal y estar participando en una batalla primitiva de bestias feroces.

Gradualmente el lobo se fue cansando y acortándose la distancia que me separaba de él. Después de unos minutos más de frenética galopada, en la que anduvimos bastantes millas, logré ponerme junto a la fiera.

Me alcé en los estribos y le di un golpe con toda mi fuerza. El lobo lanzó un aullido y vaciló ligeramente, pero en un guiñar de ojos se repuso y siguió corriendo. Reanudamos nuestro desafío a vida o muerte, y cuando volví a alcanzarle le asesté un nuevo golpe, pero entonces no al azar, sino apuntándole a la cabeza. Tras de unos cuantos brincos convulsivos, el animal se tambaleó, cayó hacia delante, se levantó otra vez para proseguir su huida, pero un certero porrazo con el que le atiné de lleno puso término a sus hazañas de merodeador de rebaños.

Antes de que mi caballo se hubiese repuesto de su desenfrenado galope y de que yo rematase al lobo, llegó uno de los kirguisos, quien echó pie a tierra y degolló a la cruel alimaña.

—*iJakszi, ok jakszi djigit bek at!* (¡Bravo por el caballo y por el jinete!) —exclamó uno de los kirguisos, cuando se unieron a nosotros trayendo arrastrados por sus lazos tres lobos corpulentos.

Al cabo de algunas horas regresé a nuestra *yurta*, muy ufano de mi proeza. Ante la tienda estaba sentado el profesor, quien me manifestó le había preocupado mucho mi ausencia. Sabía, sin embargo, que con el fiel y valiente Sulimán no corría el menor peligro, y creo que lo que disgustó a mi maestro fue que le dejase solo, porque el eminente sabio era muy sociable y aficionado a la conversación. Pronto se le pasó el enfado al enseñarle las cuatro fieras, trofeos de nuestra victoria.

Luego de tan extraordinaria cacería, nos dedicamos con obstinación al trabajo. Realicé en el lago y en las praderas lindantes a él diversos reconocimientos científicos, aumentando nuestras colecciones y haciendo análisis de las aguas de los arroyos y pozos.

Durante una de esas expediciones fuimos con Sulimán muy adentro de una pradera en la que nos habían dicho que existía un depósito de salitre. Llegamos al lago en cuestión, cercano al río Irtich, pero hallamos que se trataba de un vulgar lago salino con una ligera adición de sales de magnesio. En el curso de este viaje, una tarántula maligna picó a mi kirguiso en el pulgar de la mano derecha. Fue el primero y el único caso que presencié mientras residí en las praderas del Kulunda, aunque éstas son el país de tales arañas. Sulimán no me contó el incidente hasta algunos días después de haberle ocurrido y cuando ya tenía el dedo muy hinchado. La iodina no sirvió para nada, y pronto mi ayudante se retorció de dolor y fiebre. Examiné con cuidado la picadura y me convencí de que la sangre estaba infectada y que se imponía una inminente operación. Así se lo dije a Sulimán, añadiéndole que, naturalmente, podía equivocarme, pero que si mi diagnóstico era cierto, se hallaba en grave peligro. Acampábamos a ciento doce millas de nuestra tienda, de la orilla del Kulunda, y hacía un calor sofocante.

—Córteme usted el dedo—contestó el kirguiso.

—No tengo más instrumento —respondí— que una navajita.

—Con una navaja se puede matar un toro —agregó—, y el dolor va a acabar conmigo, *Kunak*.

Me compadecí de él, y Sulimán en persona afiló mi navaja en una piedra. Después que le esterilicé el dedo con alcohol, colocó la mano en la misma piedra y dijo apretando los dientes:

—¡Corte!

Amputé el pulgar por la segunda falange e hice la cura, maravillándome y admirándome la serenidad y paciencia del mozo. Este ni se estremeció ni retrocedió, soportando la operación sin la más ligera queja, y cuando la terminé, se levantó, me

dio las gracias y tranquilamente se dispuso a ensillar los caballos. Temeroso de haberle amputado el pulgar sin motivo suficiente, puse el miembro en alcohol, para enseñarlo al profesor Zaleski a nuestra vuelta al Kulunda, quien al verlo opinó que si la operación se hubiese aplazado, la gangrena habría pasado más adelante y hubiera habido que cortar toda la mano.

Al oír esto, Sulimán se me aproximó, me puso la mano en el pecho, se la llevó luego al suyo y exclamó en tono solemne:

—Yo soy su *Kunak* y usted es *Kunak* mío, mientras yo viva. ¡Lo juro por el Profeta!

Con los cuidados del profesor, el kirguiso curó en seguida, y a los pocos días trabajaba con nosotros en el lago Kutchuk. La parte del lago que explorábamos se llamaba Solonovka, y en realidad no era sino una zanja de veinte metros próximamente de largo, llena de agua salada que aflucía con rapidez al lago citado. Se trataba de un curioso fenómeno geológico, puesto que en su lecho burbujeaban unos manantiales fríos a la temperatura de 43° Fahrenheit y, por lo contrario, en sus bordes había dos fuentes de agua caliente con temperaturas de 80 y 100° Fahrenheit, respectivamente. Por tanto, en Solonovka existían tres capas de agua de diferente temperatura.

Cuando terminamos nuestros estudios en las estepas del Kulunda, nos despedimos del kirguiso, sin sospechar que habíamos de volverle a encontrar algunas semanas más tarde en la pradera que atravesamos para dirigirnos al ferrocarril siberiano.

Nosotros fuimos a Barnaul, punto de partida del proyectado viaje a la cordillera del Altai.

## CAPÍTULO XXXV

### Una expedición poco científica

Descansamos de nuestras fatigas en Barnaul, siendo hospitalariamente acogidos por los ingenieros de Minas y las autoridades locales. Barnaul es una pequeña población muy atrayente, con muchos parques llenos de abedules blancos y con vistosos edificios de ladrillo, en los que viven los habitantes ricos de la ciudad, bastante numerosos por cierto, a causa de que Barnaul era hacía veinte años el centro de un distrito aurífero.

En todos los ramales del Obi y del Tom abundaban las minas de oro y de plata, y la tierra proporcionó pródicamente grandes fortunas y placeres sin cuento. Las damas de Barnaul no sólo encargaban afuera sus vestidos, sino que mandaban a lavar su ropa a París. Más tarde, la administración de los bienes de la Corona Imperial confiscó la mayor parte de las propiedades con yacimientos de oro, prohibió las empresas privadas, y la prosperidad del Altai murió desde aquel momento. Las ciudades de Barnaul, Biesk y Kusnetsk empezaron a decaer, y por último los bolcheviques precipitaron su decadencia incendiando Barnaul casi por completo.

Una noche, en casa de uno de los ingenieros, conocí al jefe de la policía local, Bogatchoff, quien me confió que tenía orden de prender a una célebre banda de monederos falsos, que eran también bandidos y ladrones, y que sin perder tiempo iba a detenerlos. Suponía que habría lucha, y su instinto batallador se regocijaba ante tal idea.

Viendo que yo demostraba un vivo interés, me propuso que le acompañase en su servicio, prometiéndome que volveríamos antes de que amaneciese. Miré interrogativamente a mi maestro, indeciso acerca de si tal expedición podría considerarse entre los estudios químicos y geológicos, pero el profesor Zaleski me tocó en el hombro y dijo:

—El hombre debe sacar de la vida el mejor partido posible. Además de hombre de ciencia es usted escritor. Está bien que en el campo se dedique a las investigaciones químicas, pero aquí, en la ciudad, le conviene recoger temas literarios. Vaya usted, si le interesa el asunto. Sólo le aconsejo que se lleve mi revólver.

Conocía de sobra el revólver del profesor. Era un artefacto arqueológico, un *bulldog* de antiguo modelo, mohoso y de dos tiros nada más. Figuraba siempre en la lista de los objetos que el profesor llevaba en cada expedición, pero por lo regular lo metía en el fondo de uno de los baúles; de modo que costaba gran trabajo encontrarlo. No pretendí buscarlo en aquella ocasión, puesto que Bogatchoff me facilitó un buen revólver Hagan y una linterna sorda. A las nueve nos acomodamos en una amplia *tazanta* tirada por cuatro excelentes caballos. Frente a mí iba sentado un hombretón pelirrojo, llamado Sokoloff, con cara jovial e inteligente.

—¿Son muchos los ladrones? —pregunté al jefe de policía.

—Cinco —contestó; y notando mi evidente asombro al considerar lo reducido de nuestro destacamento, se echó a reír y me explicó:

—Sokoloff solo basta para ellos, porque es una máquina y no un hombre. Nosotros somos tres, y dividiremos así la tarea: Sokoloff detendrá a dos; yo me encargaré de otros dos, y usted se las entenderá con uno. ¿Le conviene?

Yo ansiaba desempeñar mi papel.

—¿Y cómo le cojo?

—¡Graciosa pregunta! —exclamó Bogatoff—. Sujétele por el cuello o por donde pueda mejor, para que no se escape.

—¡Hum! —refunfuñé.

A decir verdad, hubiese preferido ser mero espectador del suceso, sin tomar parte activa en él ni verme obligado a agarrar a nadie por el pescuezo.

Entretanto, el jefe de policía y su compañero discutían el plan de ataque. Anduvimos varias horas a lo largo de la orilla del río, hasta que las luces de un lugarejo se divisaron a lo lejos. Nos acercamos a la primera casa, y Sokoloff mandó a



su aterrorizado dueño que saliese de ella. Cuando metieron la *tazanta* en el patio, Sokoloff ordenó al policía que hacía de cochero que no permitiese a nadie abandonar la casa, y exigió al patrón que nos llevase a su bote y que remase en la dirección que le indicó.

Fuimos a favor de la corriente una considerable distancia, y bogamos hasta la media noche y quizá más tarde. Por último distinguimos los rayos de un farol, que iluminaban una casita junto a la orilla. Sokoloff se volvió al campesino que remaba, le cogió por el cuello, le ató las manos y le amordazó. Luego, empuñando él mismo los remos, murmuró mientras remaba:

—Así no silbará, ni prevendrá a los criminales, con quienes todos estos lugareños están en buena armonía.

Desembarcamos debajo de un alto ribazo cubierto de vegetación colgada sobre el agua, y dejando al campesino amarrado en el fondo de su larga almadía, nos deslizamos por la maleza en dirección a la casa. Los malhechores estaban tan confiados, que ni siquiera habían montado una guardia; de modo que nos aproximamos a la ventana y miramos al interior de la habitación.

Sentados a una mesa y a la luz de una gran lámpara de aceite, dos hombres se ocupaban uno en examinar unos billetes de Banco y otro en arreglarlos en diferentes paquetes. Otros tres manipulaban en torno de una pequeña prensa donde tiraban los billetes.

—Están ayudando al ministro de Hacienda —murmuró Bogatchoff, tocándome ligeramente en el hombro—; pero me parece que va a ser preciso detenerlos.

Sokoloff avanzó primero, linterna sorda en mano; Bogatchoff le siguió y yo entré detrás de éste. Cuando Sokoloff abrió de repente la puerta y se precipitó en el cuarto, uno de los criminales arrojó la lámpara contra el piso y nos dejó envueltos en densa obscuridad. Un disparo de revólver hecho por los falsificadores inició la batalla, y a continuación la luz de la linterna alumbró un rostro humano que recibió de pleno un tremendo puñetazo. Comenzó una lucha silenciosa y desesperada, durante la cual los dos policías empujaron a los delincuentes hacia un rincón, no perdiendo el contacto con ellos para impedirles usar sus armas de fuego. Oí una confusión de golpes, gemidos y maldiciones, y el ruido de unos cuerpos que caían al suelo; pero los sorprendidos hombres rompieron el movimiento envolvente, principiando en la habitación una carrera loca. Sentí que me derribaban en tierra y que me daban una fuerte patada en la cabeza. Apenas me levanté, recibí un golpe en un ojo, que me aturdió, y otro detrás de la oreja, que me hizo tambalear como si estuviese borracho, y me puso fuera de mí. Enfoqué la linterna a una fisonomía repulsiva, e iba a lanzarme contra su poseedor, pero éste desapareció como si la tierra se lo hubiese tragado.

—Bien —dijo Sokoloff en voz alta—; éste por lo menos quedará tranquilo algunos minutos.

Y precisamente en aquel momento me dieron en la nuca una formidable puñada. Giré con velocidad sobre los talones, y al resplandor de la linterna distinguí un carnoso cogote, en el que hice presa con toda mi energía. El agredido se estremeció, volvió la cabeza y, ¡horror!, era Bogatchoff.

—No vale pegar a los amigos—gritó, sin cesar de forcejear con uno de los criminales, a quien tenía sujeto por el pescuezo.

No tuve tiempo de disculparme, porque me interesaba entendérmelas con mi agresor, que se había ocultado debajo de la mesa, aunque no por eso dejé de comprender que el primer golpe, que me atontó como un mazazo, debió dármelo también un amigo, y nadie sino Bogatchoff o Sokoloff podían haber sido mis aporreadores. Conseguí apoderarme del hombre, y breves instantes después, la banda, con los brazos atados y las cabezas gachas, fue conducida a nuestra embarcación. Sokoloff llevaba una maleta con los billetes y las planchas, mientras que el jefe de policía, revólver en mano, custodiaba a los falsificadores. Yo, frotándome el ojo dañado y palpándome el dolorido cuello, cubría la retaguardia. Deseaba vivamente verme la cara en un espejo, temiendo estar muy poco presentable, pero me sorprendió, cuando cumplí mi deseo, comprobar hasta qué extremo la realidad justificó mis temores.

Sokoloff libró al asustado campesino de su mordaza y ligaduras y ató a los prisioneros por los pies como si fuesen pavos, metiéndolos en la lancha a empujones. Empujamos ésta fuera de la ribera y remamos hacia el pueblo, al que arribamos

pronto gracias al supremo esfuerzo del campesino, siempre dominado por el vigoroso Sokoloff. Cuando nos hallamos a medio camino, uno de los cautivos se escurrió con la agilidad de una anguila y dio un salto en el aire, apoyándose en la regala con tanta fuerza que la lancha se inclinó de lado y casi volcó. Sólo tuve el tiempo justo para observar que se zambullía en el río resueltamente y que la rápida corriente de éste le arrebató a las sombras favorecedoras del osado aventurero. Los policías dispararon sus revólveres en dirección al fugado, sin más resultado que oír el «plop» de las balas en el agua. A punto de llegar a la aldea escuchamos a lo lejos un prolongado grito. ¿Era el clamor triunfal del fugitivo al ganar la orilla o el postrer llamamiento en su lucha por la vida, antes de que el acelerado y traicionero Obi trasladase los restos mortales del delincuente a su frío sepulcro en los abismos del Ártico?

Bogatchoff mandó que preparasen las tazantas y dispuso que tres lugareños guardasen a los prisioneros, mientras nosotros tomábamos té con el alcalde de la aldea. El cuarto, iluminado por la débil luz de un candil, estaba más bien oscuro; pero, no obstante, al reparar en un espejo colgado en la pared, me acerqué a él para examinar el estado de mi cara.

Me quedé estupefacto. Tenía el ojo derecho completamente negro y tan hinchado, que sólo por una rajita podía ver con él; ostentaba en la frente un extenso y sanguinolento cardenal, consecuencia del puntapié que me dieron estando en el suelo, y me dolía tanto el lastimado cuello que con dificultad podía moverlo.

—¡Vaya una ensalada que han hecho conmigo! —observé procurando mostrarme jovial y riéndome forzosamente.

—Sí —repuso Bogatchoff—; está usted bastante feo. Pero eso dura poco. Sé un remedio excelente para esas cosas, y cuando vuelva usted a las montañas le aseguro que no se le conocerá nada.

La impasibilidad profesional del jefe de policía con respecto a mi cara me desagradó, pero era preciso resignarse. Me vendé el ojo con el pañuelo y me lavé el cuello tumefacto con agua fría.

—¡Bah, eso no es nada! —exclamó Bogatchoff—. Usted también me dio una buena en el cogote. ¡La guerra es la guerra! ¡Vamos a tomar té!

Por la mañana regresamos a Barnaul, donde el profesor, después de curarme las contusiones, movió la cabeza y me dijo:

—¡Bueno, bueno! No se olvidará usted de esa expedición. No sé si habrá recogido o no materiales literarios, pero de cardenales ha obtenido usted opima cosecha!

En mi enojo y pesadumbre, esas observaciones del profesor me parecieron inoportunas y ásperas. Estuve algunas semanas mustio y cariacontecido, y todo lo que saqué de auxiliar voluntariamente al ministro de Hacienda fue un ojo morado y el cuello tieso.

## CAPÍTULO XXXVI

### Un buscador de oro

En Barnaul, el profesor Zaleski me presentó a su anterior discípulo el doctor Zass, alumno suyo cuando el profesor fue rector de la Universidad de Tomsk. El doctor Zass era un alemán alto, seco, corto de vista y de pelo largo de color indefinido. Gozaba en el distrito del Altai de excelente reputación como cirujano; no bebía ni jugaba a las cartas; pero tenía una pasión dominante, con gran desagrado de su mujer: era un cazador entusiasta, un tirador de primer orden y un consumado deportista.

Mi amistad con Zass principió llevándome éste a su casa para enseñarme su colección de armas; en ella había escopetas de todas clases, de las fábricas más célebres, y apropiadas para las distintas cazas: Lebeda, de Bohemia; Lepage, de Bélgica; Scott, Purdey y Lancaster, de Inglaterra; Holland, de Holanda; Winchester y Remington, americanas; Sauer, de Alemania, y de otras marcas suecas y francesas. Luego de mostrarme sus tesoros, me miró a través de sus gafas y dijo:

—Si usted quiere, señor, iremos a cazar avutardas. Los polluelos han empezado a volar, y los pájaros viejos andan reunidos en bandadas.

Acepté gustoso la invitación, y a las pocas horas estaba al lado del doctor, en su carricoche, atravesando los bosques de abedules cercanos a la población. Nos seguía un fino sabueso. A una milla de Barnaul, cuando cruzábamos un claro del monte, cubierto de tupida hierba, el perro estiró el cuello y la cola y avanzó prudentemente hacia unos matorrales situados a su derecha. El doctor detuvo el caballo y echó mano a la escopeta en el preciso momento que un bando de gallináceas arrancaba de la espesura. Disparó dos tiros y derribó dos aves; luego volvió a cargar, con increíble presteza, y tuvo tiempo para añadir otro gallo a la primera pareja.

Me maravilló la precisión y rapidez de su tiro. En toda mi vida sólo había encontrado otro cazador tan estupendo: el famoso minero siberiano K. I. Yvanibsky, conocidísimo además en Petrogrado y Moscú.

Así, mientras marchábamos al verdadero lugar de la caza, matamos veinticuatro gallos silvestres. Por fin terminaron los bosques de abedules y se extendió ante nosotros la parte septentrional de las estepas del Belyaga. Traspusimos unas lomas y nos encontramos en una vasta llanura, que era un sorprendente criadero de avutardas. Sirviéndonos de nuestros anteojos, divisamos a nuestro sabor a esas pintorescas aves parduscas, de largas patas y patillas alrededor de sus picos. Se parecen a las pavas, pero son más delgadas y altas. Al sentirnos principiaron a moverse, en apariencia con calma, pero pronto desarrollaron considerable velocidad.

Zass desenganchó el caballo del carruaje y, llevando al animal de las riendas, se dirigió conmigo, que caminaba al otro lado del caballo, en sentido contrario al en que iban las aves. Realizamos una sencilla maniobra estratégica, durante la cual describimos un gran círculo alrededor de la bandada, hasta que, acortando paulatinamente la distancia que nos separaba de ella, nos pusimos a veinticinco pasos de las avutardas. Entonces dieron muestras de inquietud y de prepararse a volar, por lo que el doctor me ordenó:

—Tire, señor; pero apunte bien, porque sólo podrá tirar dos veces.

Saltamos de detrás del caballo y disparamos los cuatro cañones de nuestras armas: Zass mató dos y yo herí una en un ala, lo que me obligó a perseguirla por la pradera. Corría como un avestruz, y un buen rato me llevó gran delantera; pero al cabo perdió mucha sangre y, resentida por el dolor, aflojó la marcha, gracias a lo cual pude alcanzarla. Era un macho viejo, de veintiocho libras de peso, que bien valía la caminata que me hizo dar entre el polvo.

Durante mi permanencia en Barnaul hice varias excursiones por las afueras de la ciudad, con algunos de mis nuevos amigos. En el curso de una de ellas tropezamos con un hombre harapiento y melancólico, que paseaba a orillas del Obi. Al vernos se acercó a nosotros y nos pidió un cigarro, diciendo que llevaba tres días sin fumar.

Le preguntamos quién era, y nos contó la historia habitual de los buscadores de oro en Siberia. Había sido cartero, y teniendo algunos ahorros, decidió meterse a minero para llegar a millonario. Por diez rublos un ser caritativo le enseñó un sitio seguro para hacerse rico, y en él enterró su confianza, sus economías y el trabajo de un verano entero, sin sacar más que guijarros y desengaños.

—Y ahora ¿dónde piensa usted ir? —le pregunté.

—Estoy a la mira de una balsa que me conduzca por el Obi a Novo-Nikolaievsk, para desde allí dirigirme a Tomsk. En mi pueblo volveré al correo, o me dedicaré a escribir.

—¿Entonces ya no aspira usted a millonario? —le interrogó uno de los del grupo.

—¡Oh, sí! —repuso el infortunado iluso, asintiendo con la cabeza—. Reuniré trabajando un pequeño capital, y regresaré a Barnaul, donde tengo la completa seguridad de que me aguarda la riqueza.

—Le será a usted muy difícil conseguir algo sin realizar previas observaciones geológicas —dije.

—Cierto que es difícil —contestó—; pero tengo instinto de luchador. Esta es la quinta vez que lo intento, y los fracasos no me amilanán, porque confío en mi definitiva buena estrella.

Se sentó para comer un poco de pan y manteca, que le dimos de nuestras provisiones, y nos refirió algunos episodios de su vida aventurera.

—En cierta ocasión buscaba oro cerca de la ciudad de Kusnetsk, en el río Tom. Lo había perdido todo, y con sólo cincuenta copecks en el bolsillo, esperaba el paso de una lancha. Por último, vi una almadía, formada por diez leños, que flotaba sobre la corriente. En la popa de la embarcación un hombre hacía té en un hornillo construido con piedras. El hombre gobernaba la almadía con ayuda de una larga escoba toscamente hecha. Como yo le saludé, dirigió la balsa a la orilla y entró en negociaciones conmigo. Iba a Tomsk, y me pidió un rublo por llevarme con él, pero cuando se convenció, registrándome todos los bolsillos, de que sólo tenía la mitad de la cantidad que me exigía, se avino a servirme por ese precio. Viajamos en el lanchón río abajo, y como estaba formado por troncos recién cortados, a los pocos días empezó a hundirse, de suerte que cuando entramos en Tomsk, el agua nos llegaba ya a la cintura. Los campesinos, desde los pueblos ribereños, nos miraban con asombro y se burlaban de nosotros, preguntándonos entre ruidosas carcajadas:

—¿Dónde está su buque? ¿En qué navegan ustedes? Era fácil reírse desde la orilla de unos marineros como nosotros, que a cada rápido o brusco recodo del río coríamos el riesgo de irnos a pique, pues nos manteníamos a flote merced a nuestros sobrehumanos esfuerzos. La piel se nos desprendía de los pies, cuerpos y manos, a causa de la continua inmersión.

El patrón de la lancha, al divisar las cúpulas de las iglesias de Tomsk, dijo en tono lleno de desdén:

—Le he llevado a usted barato por recorrer más de 350 millas.

La mayor parte del viaje transcurrió para mí procurando indagar por qué leyes físicas flotaba y maniobraba nuestra tosca almadía, puesto que hallaba justificadas a más no poder las preguntas que nos dirigían los labradores que nos veían pasar. Pero, en fin, lo principal fue que llegamos, y no la cantidad satisfecha por el transporte. Algunos días después me ocupé en el correo en registrar cartas, sin dejar de soñar en la riqueza, que tan esquiva se mostraba conmigo. A pesar de todo, no cejo en mi empeño, y tengo la convicción de que ganaré el oro a montones.

Dicho esto echó un cigarrillo, con indiferencia, y bebió con ademán de gran señor la leche que contenía mi cantimplora.

En otoño es frecuente encontrar tipos semejantes junto a los ríos de Siberia. Muchos de esos aventureros, atrevidos, dispuestos a todo, y soñadores al propio tiempo, sucumben en las selvas siberianas o en los remolinos de las corrientes, cuando no de fatiga o de hambre; pero otros les siguen indefectiblemente, atraídos por el brillo del oro, esa potencia contemporánea, a la que se consagran tantas energías, capacidades y abnegaciones.

## CAPITULO XXXVII

### En presencia de Dios

Por fin salimos de Barnaul luego de terminar no pocos complicados análisis químicos en el laboratorio de la Dirección de Minas.

Cruzamos en barco a la orilla derecha del Obi, yendo en dirección Sudeste a la ciudad de Biisk, donde se unen los dos ríos Katun y Biya, que salen de los glaciares del Altai para formar el caudaloso Obi. Biisk es una típica ciudad siberiana de 5.000 habitantes, pintorescamente situada al borde del Biya, corriente rápida, fría y de color esmeralda, que serpentea entre riberas rocosas, revestidas de espesos bosques. De Biisk fui a la ciudad de Kusnetsk del Tom, que entonces era un lugar solitario, que se ha convertido en el centro de una gran región industrial después del descubrimiento de inmensos filones de hulla y de mineral de hierro de alta graduación. Antes del advenimiento del Gobierno de los Soviets se había emprendido la construcción de importantes fábricas metalúrgicas y químicas, que, andando el tiempo, serán una inagotable fuente de riqueza para esa parte de Siberia.

Recogí algunas muestras de carbón y mineral, que entregué al profesor Zaleski para su colección, y en la vecindad de la población visité varias minas de oro muy medianas.

A mi regreso a Biisk supe que el profesor había sido llamado a Barnaul por teléfono y aproveché su ausencia para hacer unas cuantas excursiones por el Altai. Alquilé un caballo, me abastecí de municiones y víveres, y seguí la orilla del Katun hacia el Sur. El camino se abría paso sinuosamente entre pintorescos pinares y por un montañoso panorama, atravesando arroyos torrenciales y espumantes. Aquellos bosques eran magníficos, sin malezas ni herbazales que entorpeciesen la marcha; pero los pinos que los formaban se erguían gallardamente, y sus elevadas copas se inclinaban unas a las otras como si tuviesen que murmurarse algún misterio secreto.

Me detuve para comer en un lugarejo en el que no había personas mayores, porque todo el mundo se ocupaba en la siega del heno. Sólo los niños y los perros jugaban en su única calle. En una casa hallé a una pobre vieja, muy sorda, a la que expliqué por señas que deseaba comer.

—No tengo leche ni pan, porque el amo ha cerrado la despensa; pero le freiré algún pescado —me dijo.

—¡Muy bien! —exclamé—; fríalo.

—¡Pedro, Pedro! —llamó la vieja asomándose a una ventana—. ¡Oye! Ha llegado un huésped. Ve a coger unos peces.

—¡Cómo! —exclamé, protestando—. ¿Tienen que pescarlos todavía? Entonces me moriré de hambre antes de que estén listos.

—No, señor; estarán aquí inmediatamente —contestó la mujer poniéndose a limpiar la sartén.

Pedro, chico de unos diez años, cogió un cenacho de forma oblonga, atado a una corta vara, y salió con él.

—Espera un momento —le grité—. Iré contigo.

El muchacho me condujo a un arroyo estrecho y profundo, donde me señaló un sitio con una cascada artificial, que había hecho un hueco en el pedregoso suelo. Cuando el rapaz puso el cesto en el hoyo, como se pone un cucharón en una sopera, y lo retiró del agua, vi que a la vieja le sobraba la razón. En muy escasos minutos cogimos cinco grandes jairas o truchas asiáticas, suficientes para alimentar al más glotón de los aficionados a ese pescado, sin contar otros peces de menor tamaño. Media hora más tarde me di un festín, gracias a nuestra buena suerte, y bendije a la Providencia porque los ríos de Asia proporcionaban tan deliciosos manjares a los viajeros hambrientos.

Continué caminando a la largo del Katun, y la noche me sorprendió junto a una aldea insignificante que sólo tenía quince casas. Busqué la que me pareció más limpia que las demás y pedí en ella hospitalidad.



—¡Entre! —dijo su dueño, un labriego viejo, de aspecto grave—. Tendrá usted compañía, porque otra persona, una señora, acaba de llegar de Ongudai.

Llevó mi caballo a la cuadra, y mientras, yo, con el maletín de cuero en la mano, penetré en una habitación en la que distinguí, a la luz de una lámpara humosa, a una mujer joven vestida de luto, de grandes ojos negros, mirada inteligente y cara triste.

La saludé con una inclinación de cabeza, y me respondió con una sonrisa cordial, que me incitó a entablar amistad con ella. Durante la cena, con los posaderos, hablamos y supe que era la mujer de un ingeniero, y que los dos habían venido a Ongudai, sitio sanísimo, de las montañas del Altai, muy frecuentado por los habitantes de Siberia occidental. Me sorprendió hallarla sola en un pueblo apartado del camino principal; pero la prudencia me impidió intervenir en asuntos que en modo alguno eran de mi incumbencia.

A punto de terminar nuestra cena, se abrió la puerta silenciosamente, y entró un hombre enjuto y alto. Tenía los ojos encendidos, y los cabellos largos y negros, que ya empezaban a blanquearle, caían sobre sus hombros. Usaba un hábito de sacerdote, y colgaba de su cuello, sujeto por una fuerte cadena de plata, un crucifijo del mismo metal.

Se adelantó hacia nosotros y se sentó a la mesa sin pronunciar una palabra. El respeto y el miedo brillaron en los ojos de los campesinos cuando se fijaron en el recién venido. Él se mantenía mudo e inmóvil. Observándole de reojo, noté que su mirada se cruzó repetidas veces con la triste y casi trágica de la mujer, quien de repente enrojeció para palidecer luego perceptiblemente, y por la espasmódica crispación de los finos dedos de ésta comprendí la agitación que se apoderaba de ella. El monje también permaneció con los dedos tan fuertemente entrelazados, que la sangre afluyó a sus manos coloreándoselas.

Algo ocurría en aquel cuarto y en aquel perdido aldeorrio; pero ¿qué? Mis aficiones literarias me obligaron a seguir allí para asistir al drama que presentía.

El sacerdote bebió una taza de té, se levantó, bendijo a los presentes y dijo con voz sorda, pero de modo significativo:

—Mañana es domingo. Celebraré la misa. De nuevo miró penetrante e insistentemente a la extranjera, que continuaba sentada con la cabeza baja; alzó la mano para bendecirnos, hizo con un gesto rápido la señal de la cruz abarcando a toda la reunión, y salió cerrando con cuidado la puerta tras de sí.

El silencio invadió largo rato la habitación. Examiné atentamente a todas las personas que me rodeaban, y mi imaginación intentó bucear en sus almas, perdiéndose en suposiciones.

—Ese cura es terrible—dijo por último el posadero lanzando un penoso suspiro.

—¡Oh, sí, terrible —repitieron las dos sencillas lugareñas—; terrible!

—Es un santo —protestó la dama desconocida, con entonación vehemente que nos produjo sorpresa—. Ese varón dice grandes verdades, y si son terribles, ¿no son nuestros pecados mucho más terribles aún?

Durante estas impetuosas frases, mi atención se dirigía a la ventana, donde se me figuró ver una sombra que apareció para desaparecer en seguida. A poco surgió de nuevo, y entonces vislumbré una cara pálida con ojos llenos de espanto.

—Voy a echar un vistazo a mi caballo —dije, y me fui.

Me escurrí con viveza hacia una esquina de la casa y miré en torno mío con precaución para ver un hombre bien vestido que, absorto en sus pensamientos, atisbaba por la ventana lo que ocurría en el interior de la habitación. Ya no me cupo duda de que algo muy grave iba a acontecer en aquel remoto rincón de la frondosa selva.

Volví a la casa y me dispuse a descansar. A través de un delgado tabique oí que la mujer del aspecto melancólico lloraba y rezaba largo rato, hasta que por fin me quedé dormido al son de sus fervientes y apasionadas plegarias a Dios, que concede la paz y el deseo de vivir.

Luego de levantarme a la mañana siguiente, bebí un poco de leche, y con el pretexto de cazar cogí una escopeta y salí.

Me escondí entre los matorrales de una ladera y aguardé.

No tardaron algunos hombres y mujeres en pasar frente a las casas, santiguándose devotamente, y se alejaron por un sendero que penetraba en el bosque. Pronto la mujer desconocida tomó la misma dirección. Cuando calculé que me llevaban bastante delantera me puse a seguirlos, devorado por la curiosidad.

Al cabo de andar dos millas, escuché de repente un ruido en la espesura y el sonido de unas pisadas. Preparé la escopeta.

—¡No tire! —exclamó una voz clara, y de la maleza surgió el hombre al que había visto espiando por la ventana la noche anterior. Le conocí sin vacilación por su ropa y su pulcra barba.

Me fijé en él escrutadoramente; él lo comprendió e inició con la cabeza un movimiento de desaliento.

—No puedo decir nada; no puedo, no debo... Pero sé que va a ocurrir una gran desgracia.

Estimé que no tenía derecho a inmiscuirme en sus asuntos; pero reparando en su desesperación y sobresalto, le ofrecí un cigarrillo y le pregunté con indiferencia:

—¿Adonde conduce esta senda?

Alzó los aterrorizados ojos y dijo:

—A un pequeño *skeet* (capilla de sectarios), en la que celebran la misa. Bien; adiós —concluyó, tornando a internarse en el fondo del bosque.

Mientras, el campo había emprendido una conversación en voz alta, atribulada y profética. El viento agitaba y conmovía las copas de los árboles. Una nube inmensa y cárdena, mensajera de la tormenta, surcaba con lentitud el encapotado cielo. Blancas nubecillas, desgarradas y plumosas, cambiaban continuamente de figura, precediendo, como heraldos, al amenazador nubarrón. Allá en el ramaje un gavián chilló, al paso que sobre el bosque una bandada de cuervos revoloteaba lanzando desmayados graznidos.

El sendero que serpenteaba a través del bosque me condujo a un vasto cenagal cubierto de juncos y espadañas, en el que la tierra blanda cedía bajo mis pies y se ondulaba hasta el extremo de que las cañas próximas temblaban y se inclinaban a cada pisada mía. Comprendí que de allí en adelante no había más que un hondo y viscoso tremedal.

Anduve aún una hora, y por fin llegué a una despejada pradera bordeada de árboles. Al extremo de ella, precisamente enfrente de mí, vi una capillita hecha con troncos de alerces, ennegrecida por el tiempo y rematada por una pequeña cúpula sobre la que se alzaba una cruz. Algunos campesinos de otros pueblos entraban en ella a la sazón, y yo les imité. El interior estaba oscuro, y en él se apretujaban cincuenta personas y pico. Me coloqué en un rincón sombrío y me dispuse a no perder detalle de lo que viese. Cerca del único ventanuco había una mesa tosca con una cruz de metal y una Biblia en ella. En el rincón de la izquierda colgaba una imagen de Cristo, ahumada y negruzca, ante la cual ardían con llamas oscilantes dos velas de cera puestas en sendos candelabros. Las lengüetas de fuego con sus altibajos de luz enviaban sombras y claridades a la superficie de la pintura, que representaba al Salvador del Mundo con su corona de espinas y su expresión de divino dolor. A veces los ojos del icono parecían adquirir realidad y la boca sonreír con expresión de conmiseración piadosa. Los aldeanos contemplaban extáticos el casi viviente rostro del Hijo de Dios, y postrándose de hinojos se santiguaban e inclinaban al suelo sus abatidas cabezas.

Ante la mesa se mantenía erguida e inmóvil, como esculpida en negro granito, la figura augusta del monje de los ojos ardidos y del rostro exangüe, que miraba con fijeza a la ventana y musitaba algo con sus descoloridos labios. No lejos de la mesa reparé que estaba de rodillas la mujer desconocida, clavada la vista en el suelo y sumida en intensa meditación.

De improviso, el sacerdote se volvió a la gente con rápido ademán, la recorrió con una mirada comprensiva y habló así con tono de dominador:

—Veo con los ojos del espíritu que se aproxima Dios, el Creador del Mundo y de nuestras almas; Dios, la fuente de todo bien y felicidad; Dios, el Juez de las acciones humanas. Rogadle y pedidle con las voces de vuestras almas y con todo el fuego de vuestros corazones que descienda entre nosotros para vivir con forma carnal, y que se muestre a nosotros, redimiéndonos de nuestros pecados con su sola presencia.

Habiendo dicho esto se inclinó, hasta casi tocar el suelo, en una postura de súplica y remordimiento; extendió los brazos y salió por en medio de los fieles oyentes, que le abrieron paso con sumo respeto. Cuando atravesó entre ellos, se arrodillaron y comenzaron entusiastamente a entonar plegarias, humillando las frentes y clamando como sugestionados por algo sobrenatural.

—¡Señor, apiádate! ¡Señor omnipotente, juzgador, protégenos! —exclamó la recia voz del fraile desde fuera de las paredes de la ermita—. ¡Acude a tu templo, donde tu rebaño quiere cumplir tu voluntad, cuando Tú entres en tu morada!

El gentío jadeaba de expectación y terror, y se doblegaban los cuerpos inundados de sudor frío. Como respondiendo a las exhortaciones del sacerdote, vino a nuestros oídos el clamor tembloroso y amedrentado de la Naturaleza, porque un fuerte viento comenzaba a agitar los árboles de la floresta. El rugido del trueno, todavía distante, se propagó por el aire y se estrelló en los muros de la capilla.

—¡Aquí están tus siervos y esclavos, Señor! —pronunció la más próxima voz del monje—. Dispuestos se hallan a verter su sangre por los pecados del mundo, para lavar las manchas que mancillan la pureza de la tierra.

De nuevo el fragor de la tormenta vino a favor del viento reinante.

Transcurrido un instante apareció el iluminado apóstol. Entró en la capilla, retrocediendo, arrastrándose de rodillas, con la cara casi pegada al suelo y como si sostuviese a un ser invisible sobre su tendida mano. Traspuso la puerta de la ermita, sin que nadie osase mirarle, pues todos los asistentes se hallaban presos por la garra del más arrebatado e irresistible pavor deísta. Contemplé al monje, y vi que no había nada delante de él; admití que el viento, el trueno, la tempestad y el bosque colaboraban con su celo, complaciéndose en subrayar las palabras del hombre de los ojos fogosos, pero a la vez sentí que un miedo exasperante se adueñaba de mi voluntad y que mi cerebro se negaba a funcionar serena y lógicamente.

Busqué con la vista a la mujer enlutada. Proseguía arrodillada y no apartaba la mirada de la imagen de Cristo; en sus grandes y abiertos ojos, llenos de lágrimas, de esperanzas y de las angustias de la expectación, brillaba una fe tal, que me creí transportado a los primeros siglos del cristianismo y a alguna catacumba de la época de Nerón o Calígula, entre los que ansiaban arrojar a la arena de los circos para ser despedazados por las fieras o para morir a manos de los crueles esclavos africanos.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por el monje, que se puso en pie de un salto, asemejándose a un gigante. Luego, agitando un brazo con desesperación, cayó de nuevo en tierra, volvió a levantarse, corrió a la mesa y se encaminó a la puerta. Por último, gritó ronco y desaforado:

—¿Te vas? ¿Dejas a tus ovejas sumidas en el pecado y el crimen? No te separes de nosotros, Grande y Poderoso Señor. ¡Acepta nuestro sacrificio!

Una vez más cayó al suelo para volver a levantarse y para entrar en la capilla gritando sin aliento y con voz ahogada:

—¡Sí, nos abandona, pueblo de Dios! El Creador y el Soberano nos desprecia. De nuevo el crimen, el pecado y las tinieblas reinarán en la tierra. ¡Con sangre, pedidle que vuelva! ¡Con sangre!... ¡Pronto!... ¡De prisa!...

La orden del monje penetraba en los arcanos de las almas, sojuzgaba y anonadaba la voluntad, hasta que, trocándose en un silbante farfullido, repitió:

—¡De prisa!... ¡De prisa!...

Se oyeron lamentos, suspiros y sollozos en la baja y atestada estancia; se notó cierta conmoción en un rincón de ella, en el que los fieles, apretándose unos contra otros, permitieron que se adelantase al altar un mozo, robusto y simpático, quien tembloroso, pero resuelto, balbucía esta sola palabra:

—¡Yo... yo... yo...!

Sobrevino lo que en modo alguno podía yo suponer. El campesino blandió un cuchillo de caza y se lo hundió en el pecho, desplomándose ensangrentado.

El sacerdote se irguió sobre el moribundo y exclamó con tono espantoso y avasallador:

—¡Al suelo!... ¡Al suelo!... Ya está aquí... ¡El, el Gran Dios Misericordioso! ¡El Señor que ha aceptado esta sangre como redención de los pecados del mundo!

En aquel momento, exactamente cuando todo el auditorio se prosternaba subyugado, un resplandor cegador deslumbró mis ojos, y un terrorífico trueno sacudió el bosque; pareció que la ermita se derribaba; nos envolvió una nube de polvo, y los cristales del ventanuco se rompieron en mil pedazos.

Los despavoridos campesinos, creyendo implícitamente que aquel casual relámpago en la capilla era la verdadera manifestación de Dios, y no comprendiendo que el fraile se limitaba a utilizar los fenómenos vulgares de la Naturaleza para actuar en sus dormidas imaginaciones en apoyo de su propaganda suicida, se mantuvieron

echados de bruces en el suelo, estremecidos y temerosos de mirar la cara de Dios, y de oír de nuevo sus llamamientos inexorables.

La primera que recobró la presencia de ánimo fue la mujer desconocida, quien, contemplando con terror al joven suicida y recogiendo la falda para no mancharla en el charco de sangre, se deslizó con presteza entre los tumbados labriegos hasta que ganó la puerta, desde la que salió corriendo desaladamente, lívida, jadeante y pronunciando incoherentes frases.

Se dio cuenta el monje de la huida de la mujer, y acudió veloz a la puerta, pisando sin escrúpulos a los prosternados lugareños, para alcanzarla a los pocos pasos. Yo salí de la capilla detrás de él, con tiempo para ver cómo la sujetaba y la estrechaba entre sus brazos, cubriéndola de besos la boca, los ojos y el cuello. Con un impulso supremo y un alarido de desesperación, la mujer se desasíó de su abrazo, le hizo retroceder de un violento empujón y corrió en dirección al bosque. El monje la siguió.

Corrí tras ellos para defender a la mujer. Cuando la espesura me cercó por completo, sentí que alguien me precedía entre la jungla, pero no pude saber quién era. En un recodo del sendero descubrí al fraile, que valiéndose de un atajo pretendía cortar el paso a la mujer, sin reparar en que había penetrado en el peligroso cenagal. De improviso oí su voz alterada y llena de espanto que gritaba:

—¡Oh!... ¡oh!... ¡Socorro!...

Casi llegaba al sitio del que había salido el grito del monje, cuando bruscamente sonó un tiro. Hundiéndome en el lodo a cada pisada, proseguí andando con dificultad entre las plantas, y de súbito me detuve, petrificado.

Me hallaba frente a un prado revestido de musgo brillante y verde. Ya el fango chupaba al hombre hacia su abismo y en la superficie sólo se divisaba un rostro desencajado, de ojos que imploraban enloquecidos, y una frente manchada por la sangre que le brotaba de una herida en la cabeza. La fisonomía espectral desapareció en un momento y en su puesto sólo quedó un charquito de agua negruzca con algunas burbujas que alteraban la superficie. En la linde del tremedal estaba el desconocido a quien había sorprendido acechando por la ventana la noche antes y con el que cambié en el bosque unas breves palabras. Tenía una carabina en la mano y miraba con odio el paraje de negro fango que se destacaba de la verde y traidora alfombra que cubría el pantano. Levantó la cabeza y nuestras miradas se encontraron.

—La sentencia ha sido terrible y severa, pero la voluntad del hombre le castigó!  
—dijo con voz que pretendió en vano hacer firme.

Permanecemos callados un largo rato, absortos en nuestras reflexiones y confundidos en caos de sensaciones antagónicas. Comprendí que aquel sacerdote medio loco, fundador de una repugnante secta de suicidas; que aquel exhortador que exigía sangre de los fieles para borrar los pecados del mundo; que el perseguidor de la triste e interesante mujer que había sido esclavizada por su fuerza mística y su elocuencia, merecía la muerte; pero, sin embargo, sentí dudas. Para calmarlas, pregunté:

—¿Y usted quién es?

—Soy el marido de esa mujer —fue la rotunda contestación.

La selva entera encogió su ser; me pareció notar la suspensión de toda la naturaleza; una tregua que, como una bestia cauta y tímida, se escondía por doquiera y aún más en la sima fangosa ataviada de verde musgo y de plantas acuáticas. Pió, entristecido, un pajarillo; graznó un cuervo; de un árbol roto por la tormenta se desgajó una gruesa rama, y de pronto el pantano habló con voces salvajes y cruelmente triunfadoras. Las ideas se agolpaban en mi cerebro; nació en él una decisión, que ganó fuerza y maduró al cabo.

Miré al hombre pensativo, de la expresión de odio, y le dije:

—Tranquilícese: ni he visto ni sé nada.

Sin aguardar su respuesta me alejé de él, en busca de la vereda.

—¡Gracias! —fue la frase que llegó a mis oídos, envuelta en un suspiro de consuelo.

Caían las primeras gotas de un aguacero, cuando yo andaba de prisa por el sendero del bosque para regresar a mi hostel.

Aquel mismo día dejé la aldea, teatro de las hazañas de Esteban Klesuikoff, el sanguinario monje sectario fugado de algún monasterio. Dejé también detrás de mí a

la mujer desconocida y a su vengador marido, todavía estremecido de odio, seguro de que jamás se interpondrían en mi camino.

Cuando me aparté de las últimas tapias del pueblo, del bosque y del pantano, surgieron infinidad de quejas silvestres que repetían una aflictiva cantinela:

—¡Ay! ¡Ay!

Pero eran sólo el eco de los acontecimientos e impresiones de aquella trágica jornada.



## CAPÍTULO XXXVIII

### La caza del oso y la maldición de un «chamán»

Después de los sucesos que he narrado, proseguí mi camino a lo largo del Katun, meditabundo y perturbado. Mil pensamientos opuestos y sentimientos contradictorios se adueñaban de mi imaginación.

Nada lograba desalojarlos de mi mente ni alegrarme el espíritu aunque el tiempo era espléndido y me rodeaba una naturaleza lozana que realzaba la magnificencia de un selvático paisaje. No probé bocado en todo el día y llegué a Ongudai al anochecer. Ongudai es un pueblo grande y pintoresco, situado en la ribera derecha del río. En sus cercanías el Katun era alimentado profusamente por rugidores y espumeantes torrentes montañosos, que saltaban por escalones de piedra directamente de las nieves eternas que coronan la cordillera principal del Gran Altai.

Había anochecido hacía tiempo cuando llegué y contemplé ante mí, al Sur, el pico de Byeluja con su elevado capacete teñido de carmesí por los últimos rayos del sol poniente.

Imperaban en Ongudai la animación y el bullicio, porque todo el mundo se hallaba en las calles admirando en el cálido silencio del crepúsculo el fascinador ocaso y a la Reina del majestuoso Altai, la sierra del Byeluja, con sus ropajes de tonalidades penumbrosas. Encontré a mis amigos de Barnaul y me fui a pasar la noche con ellos. A la mañana siguiente llegaron el ingeniero X y su mujer, que vivían casualmente en la casa inmediata a la de mis amigos. Cuando les conocí aquel mismo día, vi que no eran sino los dos principales protagonistas de la desgarradora tragedia del bosque, que en el seno del cual, y junto al alevoso pantano se había desarrollado, con todas las acerbias emociones que la furiosa Némesis se complació en producir, para que yo solo, salvo Dios y la Naturaleza, las presenciara.

Residí en Ongudai tres días que pasé cazando con el ingeniero Wolski y uno de los tártaros más cultos de la localidad. Cerca del pueblo las montañas empezaban a elevarse abruptamente hasta grandes alturas y comprendían muchas deliciosas praderas alpinas, en las que suelen encontrarse venados y su tradicional enemigo el jabalí. Subiendo por una de esas sierras, dimos con un prado revestido de fresca y jugosa hierba. Wolski estudió el paraje con atención, sirviéndose de sus gemelos, y pronto me llamó a su lado. Cuando estuve a su alcance, me tendió los prismáticos y me aconsejó que mirase en dirección de un espeso macizo de rododendros que limitaba por el Sur la vasta explanada. Contuve a duras penas un grito de alegría al descubrir un soberbio venado de grandes mogotes que pastaba tranquilamente en el tupido herbazal, a otro cerca de él, y a un tercero que mostraba su cornamenta entre los arbustos. Como nos separaban de esos animales una distancia de dos kilómetros largos, convinimos en aproximarnos a ellos para poder tirarles con probabilidades de éxito. Entonces principió la parte más difícil de la aventura, porque era necesario subir a una meseta más alta y desde ella, después de arrastrarse entre la maleza, a riesgo de arañarse la cara y las manos, y de hacerse la ropa jirones, acercarse con cautela al confiado rebaño; pero nos dimos tanta maña, que realizamos nuestro propósito sin que los ciervos notasen nuestra maniobra. La circunstancia de que el viento soprase de los animales hacia nosotros nos favoreció notablemente. Por último, cansados y ensangrentados, nos pusimos a medio kilómetro de nuestro objetivo, a una altura de veinte metros sobre ella. Les apuntamos con el mayor cuidado, apoyamos las carabinas en unas matas y disparamos simultáneamente. Los dos lanzamos exclamaciones de júbilo cuando comprobamos que nuestras balas habían dado en el blanco, tumbando en el campo a tres de los venados. Al cabo de un momento el que se escondía en el ramaje desapareció de repente y pudimos seguir su marcha por el movimiento de la vegetación entre la que se deslizaba. Era evidentemente que el animal iba tan malherido que no podía levantarse, y que por consiguiente le sería imposible apartarse mucho de allí. Buscando sobre las piedras y esquivando los mayores obstáculos, corrimos a nuestras víctimas. Dos estaban muertas y la tercera

había desaparecido. Los arbustos tronchados y la hierba pisoteada indicaban claramente la dirección emprendida por el moribundo animal.

Hallamos además en el terreno grandes manchas de sangre; pero bruscamente se perdían todas las huellas. Nos miramos con asombro unos a otros, y el tártaro exclamó:

—¿Qué habrá ocurrido? ¿Se lo habrá tragado la tierra?

Entonces Wolski se puso a registrar las cercanías y de repente le oímos decir:

—¡Eh! ¡Miren ustedes a aquella pendiente!

Le obedecemos y lo comprendimos todo: por una empinada ladera trepaba con lentitud un corpulento oso que andaba con el ciervo a cuestas. No cabía duda de que también él había estado acechando a los ciervos y que, aprovechándose de nuestra buena puntería, no vaciló en echar la zarpa al más próximo, tirando de él para llevarle a un claro del monte, donde cargó con su presa para transportarla a su recóndita guarida.

—¡Oh, demonio! —gritó el tártaro—. ¡Ojo con robarme lo mío! ¡Ya veremos si te atreves a disputármelo!

Echó a correr detrás del ladrón, saltando de peña en peña, de modo que hasta temblamos por su vida; pero aquel hijo de las montañas era tan ágil, fuerte y musculoso como una cabra, y ni tropezó ni se cayó. La distancia que mediaba entre él y el oso, entorpecido con su pesada carga, disminuía rápidamente. Por último, el perseguidor se detuvo a unos setecientos metros de la fiera, apuntó y tiró, sin conseguir más que herirla. Reanudó el tártaro la persecución y tiró otra vez a los trescientos metros de su enemigo. El oso se tambaleó y soltó al venado, gruñendo y arañando con rabia la hierba y la tierra. Se aproximó a él nuestro amigo el tártaro y le hizo un tercer y último disparo.

Tres venados y un oso, muerto éste de tan sorprendente manera, fueron los trofeos de la mañana. Invertimos el resto del día en ir a la aldea vecina para proporcionarnos caballos y un carro que transportase nuestro botín a Ongudai, donde entramos al caer de la tarde, sofocados y orgullosos de nuestra indiscutible victoria.

Partimos de Ongudai a la mañana siguiente. Al atravesar una aldea de tártaros negros o *kara*, nos detuvimos para cambiar de caballos. Junto al posadero había en la casa un hombrecillo flaco con la cara picada de viruelas. Tartamudeaba al hablar y nos suplicó que le diésemos un rublo y nos acompañaría a un sitio en el que le constaba se ocultaban tres jabalíes, uno de los cuales, muy grande y feroz, tenía asustada toda la comarca.

Le dijimos que era demasiado débil y viejo para esa cacería, de lo que él protestó, y para demostrarnos que nos sería útil, nos afirmó que olía a los jabalíes desde muy lejos. El posadero confirmó sus aseveraciones; pero a pesar de todo prescindimos de los servicios del viejo tártaro, dándole veinte copecks para que se consolase. Los rechazó con desdén y empezó a murmurar tartajeando:

—¡Mal van a pasarlo... muy mal! Yo soy un brujo, un *chaman*, y todo lo veo y lo sé. Encontrarán jabalíes, uno... dos... tres; sí, tres; pero no matarán ninguno y tendrán una pérdida mucho mayor que un rublo... ya lo creo... mucho mayor.

Riendo, Wolski le repuso:

—Bueno, vejete; si tropiezo con un jabalí será mío. Lo mataré aunque cinco *chamanes* y veinticinco *cheitanes* (diablos) se opongan a ello. Sé tirar. ¡Mira!

A continuación de expresarse así, se asomó a la ventana y apuntó a un pichón posado en la rama de un árbol. Disparó y el pichón cayó. El brujo no se dio por vencido. Sacó del bolsillo una piedra con ciertos signos y frotó con ella nuestras escopetas.

—Veremos quién tiene razón —murmuró, y refunfuñando enojado salió del cuarto.

Mientras, nos habían preparado los caballos y continuamos nuestra marcha hasta llegar a la desembocadura de un río llamado Shurmak, paraje en que abundaban las espesuras, no muy extensas, pero sí sumamente a propósito para guarida de los jabalíes, según nos lo enseñó un veterano cazador de Ongudai pocos días antes.

Abandonamos el carruaje y nos internamos en el monte. Tras de recorrer una considerable distancia, descubrimos de improviso un jabalí subiendo por una escabrosa cuesta. Nos apresuramos por aquella dirección y hallamos cortado el camino por un aguazal que no pudimos cruzar y que nos obligó a suspender la persecución. Luego, después de vagar sin objeto de un punto a otro del bosque,

Wolski divisó dos jabatos bastante cerca de él. «Ya son míos!», pensó, según nos dijo más tarde. Hizo fuego; pero la bala se atascó en el cañón de la carabina y el gatillo de ésta saltó, pegándole e hiriéndole en una mandíbula. El dolor le desvaneció y yo acudí presuroso a socorrerle.

—¡Maldito chamán! ¿Por qué le despreciamos y le negamos el rublo?

Desde entonces me he hecho supersticioso. Todos los cazadores lo son y yo no puedo eximirme de esa regla general. El que no lo es no merece el título de verdadero cazador, porque esa debilidad constituye parte integrante de un cierto tipo de cazadores de buena fe. Lo atribuyo a una recrudescencia del atavismo porque su destreza para la caza fue el factor dominante que elevó al hombre primitivo en la lucha con sus rivales de la selva, y el hombre primitivo, como fruto de la Naturaleza, tenía que ser forzosamente supersticioso.

Después de perder dos días en aquella malhadada aventura, maldita por el chamán, regresamos a Ongudai, avergonzados todos, y el ingeniero con la cara vendada. Allí encontré una carta del profesor Zaleski mandándome ir a Barnaul inmediatamente.

## CAPÍTULO XXXIX

### La novia nómada

Hallé al profesor muy enojado por haber recibido de Petrogrado la orden de visitar el lago Chany, próximo a la ciudad de Kainsk, centro de las aldeas fundadas por los nuevos colonos enviados a la región desde la Rusia europea. El Gobierno carecía de datos referentes al carácter del agua de ese inmenso lago y además remitió varias instrucciones que obligaban al profesor a cambiar su plan para visitar los lagos minerales cercanos al río Irtych y explorar las praderas pertenecientes a la Gran y Pequeña Horda Kirguisa a ambas orillas del noble río.

Como nuestro trabajo implicaba la necesidad de estudiar detenidamente toda clase de pequeños lagos sobre los que no existían informes fidedignos, decidimos acudir a los servicios de un guía, y convencidos de que ninguno nos sería tan útil como nuestro Sulimán, acordamos pasar por el Kulunda para recoger al fiel kirguiso.

Dimos con él en un campamento situado entre Barnaul y Kulunda, en el límite oriental de la pradera. Se alegró lo indecible al vernos, y aceptó gustoso nuestra proposición, entristeciéndose al saber que desde Kainsk nos dirigiríamos a Petrogrado. Nos pidió permiso por unas cuantas horas para arreglar unos asuntos y se fue. Volvió antes de la puesta del sol con un camello joven, que me ofreció ostentosamente como un regalo a su entrañable *kunak* que le había amputado el dedo pulgar. Me costó trabajo explicarle que no podía andar por la capital en aquella nave del desierto y que en Petrogrado espantaría a todos los caballos si me presentase en la *Prospekt Newsky* montado en él; pero al fin se dejó convencer.

Pasamos la noche en la aldea Kulunda y observé que Sulimán se había ausentado de nuevo. Pregunté al posadero si sabía dónde estaba y me dijo que el kirguiso se había ido con el camello. Sin embargo, cuando nos levantamos por la mañana, Sulimán en persona nos anunció que el carruaje estaba listo y los baúles y cajas colocados en él, por lo que podíamos partir cuando quisiésemos. Después del té de la mañana, emprendimos el viaje precedidos por Sulimán, que iba montado en un brioso caballo, y cerca del coche, al lado mío, cabalgaba un joven kirguiso, casi un niño, de cara hermosa y atezada y negros ojos, expresivos y soñadores. En el curso del día reparé que, obedeciendo las órdenes de Sulimán, el muchacho sólo me atendía y se cuidaba de mí. En efecto, me servía el té con esmero y ceremoniosamente, ponía la comida en mi plato, empaquetaba mis cosas, cepillaba mi ropa, me limpiaba el calzado y traía agua para beber y para lavarme.

Por la tarde, al prepararme la cama, colocó junto a ella un ramo de flores. Muy divertido, le pregunté si Sulimán era quien le aconsejaba mostrarse tan solícito y delicado.

—Sí, amo—me contestó con voz melodiosa—, y lo hago con alegría ahora que soy su *hanun* de usted (primera mujer).

Quedé aturdido e inmediatamente me pinté el cuadro del desconsuelo de mi madre y de la chacota de mis amigos al conocer a mi primera mujer. La situación era en verdad crítica, pues no se me ocultaba que me sería más difícil rechazar la *hanun* que el camello.

Consulté al profesor, que apreció mi nueva aventura desde un punto de vista meramente superficial, y llamé a Sulimán para tantear con él el terreno.

—¿Cómo debo interpretar las palabras de este niño? —le pregunté con severidad.

—¿Qué niño? —contestó devolviéndome la pregunta y encogiéndose de hombros—. Esta es Bibi la Mayor, mi hermana querida, a la que he recomendado que sea vuestra *hanun*, *kunak*, pues os la entrego como si fuese un camello, un caballo o un perro. Desde hoy Bibi la Mayor es vuestra esclava y de ella podéis disponer como os plazca. Tiene trece años y es la más bella de las mozas de nuestra tribu. ¡Uníos y sed eternamente felices!

Procuré disuadirle de su intención, antes de negarme rotundamente a aceptar su regalo; pero al oírme, Sulimán echó mano a su puñal y lució en sus ojos la cólera.

—Eso es un agravio y un insulto a toda la tribu, *kunak* —gritó fuera de sí—, que sólo con sangre puede borrarse. *Kunak*, no haga eso: lleve a la muchacha a un lago y arrójela a él; estará en su derecho, porque mi hermana le pertenece en cuerpo y alma; pero no la rechace, no la rechace, *kunak*.

El kirguiso imploró, saludó, se postró de hinojos ante mí y desvarió, al tiempo que mi mujer adornó con flores los arreos de los caballos que iban a conducir por la pradera a su amo y marido.

No dormí en toda la noche, meditando en lo que podría hacer y lamentando que no hubiese cerca algún lago profundo para tirar a él al obstinado Sulimán y, libre de su furor, mandar a su tienda a la muchacha, regalándola como *kalyur* (obsequio de boda) unas cuantas libras de dulces de la confitería de la aldea.

¡Qué apuro, Dios mío! ¡Cómo me escaparía más tarde de Bibi la Mayor, la «tierna alondra de la pradera»!

Esta idea me apesadumbró durante todo el período de nuestros estudios en el lago Chany, en el que por cierto descubrimos un curioso fenómeno. El lago es salado y sin peces, con la extraordinaria excepción de una caleta o ensenada al Nordeste, que es de agua dulce, en la que abundan las carpas, tencas, sollos y percas. Además el lago está cubierto de tupidos cañaverales y rodeado de marjales, donde anidan los patos y los gansos salvajes, habiéndose desprendido de las bandadas emigrantes que distribuyen sus miembros a través de Siberia hasta las mismas costas del Océano Ártico. Solía ir de caza con frecuencia y mi *hanun* pretendía acompañarme; pero yo no se lo permití, con gran desesperación de Bibi e irritación de Sulimán.

Un día se reunió conmigo al volver a nuestra tienda con el morral cargado de patos, y quitándome éste de encima, me preguntó con su grata voz musical:

—¿Sigue mi amo enfadado con su Bibi?

Adiviné que había llegado el momento de la conversación decisiva y resolví no perder la serenidad.

—No estoy enfadado contigo, niña —la dije riendo para disimular mi real turbación.

—Ya no soy una niña, porque mi padre y mi hermano me han entregado a ti en matrimonio —me respondió con un mohín de desagrado.

—Debo decirte que no eres mi mujer: mi fe no me consiente, Bibi la Mayor, casarme con una mahometana.

—Soy tu perra y tu esclava; rezaré a tu Dios cuando tú le reces —me respondió entornando los lindos ojos.

Bibi había conquistado mi primera línea de defensa. Con toda el alma reclamaba de algún ser desconocido que me ayudase, pero nadie vino en mi auxilio, y para aumentar lo crítico de mi situación nos separaban tres millas del campamento.

Entretanto, la graciosa y provocativa doncella kirguisa caminaba a mi lado, respirando con fuerza. Lo encendido de su rostro era clara prueba de su emoción y de la firmeza de lo que tenía resuelto hacer.

—Tu *hanun* te pregunta, amo, si te gusta. ¿No soy hermosa, ágil y fuerte? ¿Mi canto y baile no conmueve tu corazón, dueño mío? Contéstame, porque tu silencio me mata y lloro de noche sin cesar. Mira, mis ojos se enturbian por el llanto, especialmente el izquierdo. ¡Mira!

Se alzó de puntillas mirándome a la cara con sus «enturbiados» ojos, que ¡ay! brillaban como el limpio cristal herido por el sol.

La contemplé complacido y la acaricié los cabellos.

—Sí, es verdad; tus ojos brillan como estrellas, bella Bibi —dije.

—¡Oh! —exclamó ella palmoteando jubilosa, tirando mi morral al suelo—; ¿luego mis ojos te gustan, amo de mi vida?

—Mucho —repuse incautamente, siguiendo mi costumbre de galantear a las mujeres, sobretodo si ellas me lo pedían.

—¡Qué felicidad! —gritó Bibi saltando como una cordera—. ¿Me llevarás a la gran ciudad? ¿Seré tu *hanun*?

¡Dios mío! ¡Mahoma el Profeta! ¿Más preguntas incontestables? Callé; pero mi «esposa», ya tranquila y dichosa, se puso a charlar deliciosamente. Harto de mi problema y deseando distraerme la imaginación, me condujo a Petrogrado y me trasladó con la moza tártara a aquellos lugares, que indudablemente hubieran empañado el fulgor de la pradera en los ojos de mi *hanun*, a la que de repente tuve



que dirigirme para prodigarla algunas frases de esperanza que estaba lejos de sentir. Me sustraje de mis reflexiones a tiempo para oírle decir:

—Rechazar a una joven ofrecida como *hanun* es condenarla a una muerte cierta, porque todos la arrojarán de su lado y se verá obligada, para evitar las burlas y el menosprecio de su tribu, a suicidarse. ¡Esta es la costumbre centenaria de los kirguises! El único modo de que la muchacha se libre de tales humillaciones es que su hombre se vaya de manera que los ojos de la abandonada novia no le distingan en el instante que su caballo o carruaje parta. Entonces la joven desata sus cabellos y los lleva sueltos tres días, y transcurridos éstos se arranca tres de ellos y los lanza en la dirección por la que el hombre desapareció. Todo el recuerdo del que se fue se desvanece como se pierden en el aire los tres cabellos y la *hanun* torna a ser doncella, libre para casarse segunda vez.

Nos hallábamos a la vista de nuestra hoguera. Apresuré el paso para dar término a la conversación y a más comprometedoras preguntas.

«Írme de modo que los ojos de Bibi no me vean en el momento de partir». Esta idea no dejaba de acuciarme un segundo. ¿Pero cómo ponerla en ejecución? Por doquiera de la pradera me seguían las inquietas miradas de Sulimán y los dulces requerimientos de mi *hanun*. En forma alguna quería causar el menor daño a la enamorada moza, infligiéndola la pena de mi desvío; yo debía huir, tenía que huir de ella. Era la única solución. ¿Cómo?...

La idea degeneró en verdadera manía. Seguramente Foch y los demás generales no derrocharían más estrategia en sus batallas contra los alemanes que yo para proyectar mi plan de huida del lado de una virgen, hermosa como la primavera y libre como el viento de las llanuras que recorría; de la encantadora Bibi la Mayor, dedicada a mí para ser mi obligada *hanun*.

Por fin concluimos nuestras tareas en el lago Chany y realizamos el viaje final a Kainsk por el ferrocarril siberiano.

Sulimán y Bibi no se separaban de mí y me vigilaban estrechamente, temerosos de que pusiese tierra por en medio. No quise hablar con el profesor acerca de mi plan porque era comunicativo e indiscreto y fácilmente podía desbaratar el programa que yo estaba resuelto a llevar a cabo.

Llegamos a la estación una hora antes de que pasase el tren. Llamé aparte al profesor con cualquier pretexto y le rogué que ocupase a Sulimán y a la muchacha con continuos encargos. Cuando vino el tren, el ruido y el gentío maravillaron por completo a la inocente hija de las praderas. Yo había concedido todo su valor a este elemento del problema y permanecí junto a Sulimán y su hermana sin revelar ni por asomos mis astutas intenciones. En apariencia estaba tranquilo y resignado. En una choza, de un extremo a otro del andén, compré un brazalete de plata con crisolitas engastadas en él, que entregué como regalo a Bibi, y a su hermano, mi *kunak* y cuñado, le di un anillo semejante. Los dos, en el colmo de la alegría, gritaban con admiración y regocijo, mostrándose mutuamente los vistosos presentes, y por un instante parecieron prescindir de su marido y cuñado, que, como un traidor, no apartaba los ojos de las manecillas del reloj. Sólo faltaban para que arrancase el tren cinco minutos... tres... dos...

Enseñé a los kirguises las luces de las piedras, que despedían brillantes rayos iluminadas por el sol, y mientras las contemplaban y admiraban con asombro, me escabullí entre la multitud, corrí a la trasera del tren y subí al estribo de un vagón, que no era en el que el profesor se había acomodado. Procuré pasar inadvertido afuera de la cerrada puerta y aguardé a que una campana, un pitido, la fuerte respiración de la locomotora, el primer estremecimiento del tren y el ruido de las ruedas me previniesen del grave momento de la partida. Abrí la puerta y me precipité dentro del coche cual si estuviese a la espera de un gamo, aunque en realidad entonces el gamo era yo. Me oculté como pude entre los pasajeros y bultos de un coche de tercera hasta que las últimas agujas de la estación, los últimos faroles y los últimos edificios desfilaron delante de las ventanillas. A pesar de todo, no fui al coche del profesor, temiendo mortalmente hallar en él el rostro ingenuo y sonriente de mi *hanun* kirguisa. Sólo en la estación inmediata me reuní con mi jefe y tuve la satisfacción de comprobar que mi amada no estaba allí. Las crisolitas me habían salvado. Los hermanos kirguises, deslumbrados por los reflejos de las piedras, cuando el tren partió no repararon en mi ausencia, y la *hanun* no vio la cara de su falaz esposo al ponerse el tren en movimiento.

—¡Querida hermosa Bibi la Mayor! —pensé mientras contemplaba el paisaje—. Ahora desatarás tus negros cabellos, que huelen a sándalo y almizcle, y lanzarás tres de ellos hacia el sol poniente para extinguir los recuerdos de mi persona. ¡No te enfades conmigo! Eres bella, esbelta y graciosa; cantas como una alondra, bailas como una hurí del Paraíso; bordas preciosos tapices orientales y asas en los carbones el más succulento *shashlyk* y el *azú* más exquisito como la mujer más de su casa; pero no puedo hacerte mía, porque ¿qué sería de ti con un aburrido gusano de papeles? Y sobre todo, porque ¿qué diría mi madre, tan recta, digna y meticulosa?... ¡Adiós, mi adorada mocita, mi pequeña Bibi la Mayor! ¡Sé feliz cuando tus sueltos cabellos floten al viento del Oeste!

Cinco días más tarde llegamos a Petrogrado, y mi madre, fijándose en mi cara curtida y tostada por el sol y en mis manos encallecidas, se rió y exclamó jovialmente:

—¡Tienes algo de tártaro!

*¡Ah! —pensé—. ¿Qué hubieras dicho, madre mía, si hubiese vuelto a ti con la encantadora Bibi la Mayor, mi novia nómada?*

Y, además, ¿qué hubiera dicho y hecho mi verdadera *hanun*, la elegida de mi corazón, a la que no he dado crisolitas, sino alma y vida, y a la que nunca consentiré que arroje al viento los tres cabellos que, según la tradición de la pradera, proporcionan el consuelo del olvido a las amantes desdeñadas?

**FIN**

# ÍNDICE

Introducción.....	2
Prefacio del autor.....	4

## PRIMERA PARTE — La tierra de los fugaces nómadas

I.—El lago amargo.....	6
II.—La huida de las aves cautivas.....	11
III.—La ciudad sumergida.....	18
IV.—Entre flores.....	20
V.—Domando caballos tártaros.....	24
VI.—Un drama en la pradera... ..	28
VII.—Batalla de tarántulas.....	31
VIII.—La maldición de Abuk-Jan.....	37
IX.—Una boda en la tribu nómada.....	41

## SEGUNDA PARTE — El país de los tigres

X.—La perla del Este.....	45
XI.—La garra del tigre.....	48
XII.—El mar saqueado y el rastro sangriento.....	50
XIII.—El «Tigre-Club».....	53
XIV.—El diablo rojo del Ginseng.....	55
XV.—La cacería azarosa.....	58
XVI.—Una tragedia en Sijota-Alin.....	61
XVII.—El tuerto.....	65
XVIII.—¡Ay!... El tiempo pasado.....	69
XIX.—Como las bestias feroces.....	73
XX.—La «Caldera negra» y «El tigre borracho».....	75
XXI.—Los hombres de voluntad férrea.....	79
XXII.—Los beneficios del vodka.....	84
XXIII.—El paraíso de los cazadores.....	87
XXIV.—En el pantano.....	90
XXV.—La muerte me llama tres veces.....	92
XXVI.—Me encuentro solo en el mundo bajo la capa del cielo..	94

## TERCERA PARTE — La isla de los deportados

XXVII.—La costa inaccesible.....	101
XXVIII.—Entre los ainos velludos.....	104
XXIX.—Con los que salieron del infierno.....	108
XXX.—El vengador de honor.....	113
XXXI.—Un duelo con un oso.....	119
XXXII.—El fraile negro.....	120

## CUARTA PARTE — A la sombra del gran Altai

XXXIII.—Cruzando un antiguo mar.....	126
XXXIV.—La caza de los lobos kirguises.....	130
XXV.—Una expedición poco científica.....	133
XXXVI.—Un buscador de oro.....	136
XXXVII.—En presencia de Dios.....	138
XXXVIII.—La caza del oso y la maldición del chamán.....	144
XXXIX.—La novia nómada.....	147

---

<sup>1</sup> El sabor totalmente amargo de las aguas del lago se debe a las grandes cantidades de sales de Gláuber y de magnesio disueltas en ellas.

<sup>2</sup> En la jerga de los presidiarios, buenas tardes.